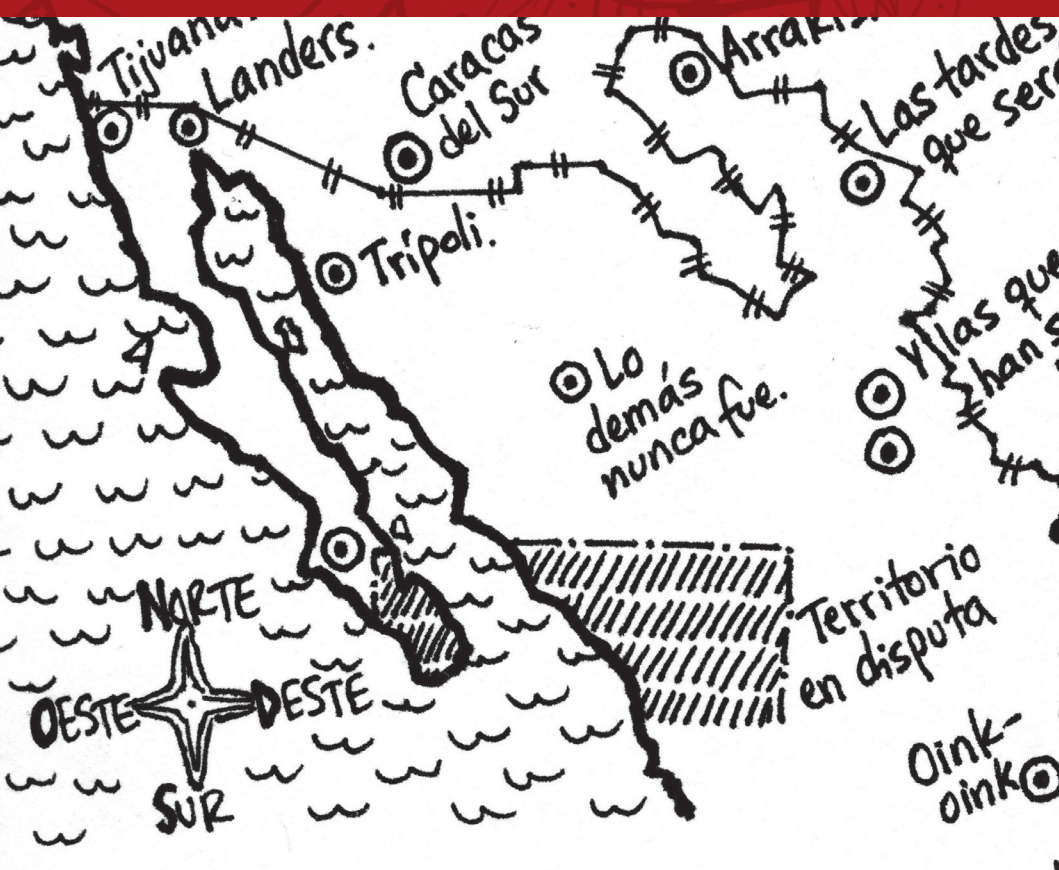


CUENTOS FRONTERIZOS



Javier Fernández

Cuentos fronterizos

Selección de obra publicada,
1992-2019

Javier Fernández

CUENTOS FRONTERIZOS
SELECCIÓN DE OBRA PUBLICADA, 1992-2019
Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.
© Francisco Javier Fernández Acévez
De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez
Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio
Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina
Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez
Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: Francisco Javier Fernández Acévez
Corrección de estilo: Juan Manuel Villalobos Cos
Diseño editorial: Estudio APP
Portada: Ilustraciones de Francisco Javier Fernández Acévez

ISBN: 978-607-546-378-0

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.
Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

Índice

“SI TARDA MUCHO MI AUSENCIA”.

Premio Estatal de Literatura 1992: Cuento. ICBC, 1993

1. “En un lugar de la mancha...” 7
2. Cimarrones, cuiden su mascota 29
3. Crónica de la construcción de un objeto de estudio (el Sanyo
toca puro blues) 33
4. Se llama Martha, es un ángel y está lejos 39

“SEÑORA KRUPPS”. Static Libros, 2010 / CONACULTA, 2012.

5. Señora Krupps 41
6. Bíceps 79
7. Sabás y el circo 95

“SEGUIR A LOS GANSOS”. Static Libros, 2014

8. Con tantos Buda 113
9. Mr. Narrow 125
10. “La conocí en el Melt” 149
11. Randy era otra cosa 155
12. Katchoo y el búngalo 163

13. Rafa en exteriores	179
14. Tío Pepe, Tía Remus	211

PUBLICADO EN REVISTA “LETRAS EXPLÍCITAS”.

Febrero 2015

15. Monerías sin estuche.	231
--------------------------------	-----

PUBLICADO EN REVISTA “PEZ BANANA”. Agosto 2019

16. Tenemos un Lycoming	235
-------------------------------	-----

“En un lugar de la mancha...”

En verdad les digo: si el grano de trigo no cae en tierra
y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto.

Juan 12: 24

Que maten mis cuentos.

Que dejen sin vida; que sean la cruz, la sogá al cuello, el paredón, el mausoleo de los profetas, la piel de Judas, el olvido, el pecado, el proyectil, la mentira, la saeta impredecible, la sed, la migra, el autogol, la Celestina, la Llorona, el shock eléctrico, el hombre blanco, la Huesuda, la cicuta, la laguna, la boca del lobo, el Freddy, el tiburón, el Coco, el napalm, el dogma, la línea recta, la gasera, el lodo, la munición y el cólera. Que maten.

Y si matan,
empiecen por ti, Martha, ángel que está lejos.

Después, con la ternura de sus manos jóvenes –pero también con toda su furia– borren la luz de cada tarde. También el azúcar morena.

Deshagan las siglas PROFORHUM A. C., que tanto lo necesitan: agonizar, rasgar sus costuras, llorar el suplicio, morir en el parto.

No se olviden de eliminar a los Fernández Acévez, primeros culpables.

Descuarticen a Toño, al mano Juan, al maestro Saldaña, a osos y lagartos; se ocupen de borrar del mapa a toda la fauna.

Se encarguen, Dios quiera, de los Chinatús y el Gallo; de los colonos privilegiados que viven con vista a la mar.

Fallezcan sin alegato los jesuas. Uno a uno, formaditos, nos libre la muerte de todos ellos.

Arranquen la vida a Fernanda Marín, compleja mujer. A las pilares, y también a las glorias, fotos enmarcadas de mi cabecera.

Maten sin falta a José Revueltas, a Juan Preciado, al joven Adso de Melk, a Leo Boff, engendros de la muerte misma.

Sí, sueño con que maten mis cuentos.

En la carnicería, en medio del festín, muera Jesús, el de las crónicas ensangrentadas.

A todos, les digo en vida: gracias, descansen en paz.

1

lo que tú
nunca has querido decir
está escrito
en las paredes de los baños.

Roberto Castillo Udiarte.

2

Empiezo por confesar, aliviada la vergüenza de los del Sur, que Tijuana me alfabetiza. Diez años le han sido suficientes para enseñarme a abrir el mundo con llaves que no conocía, que aún no aprendo a controlar, que me avientan al conflicto diario de la frontera (la que se alza entre lo real y lo imaginario y nos vuelve migrantes a todos).

Pero sabe lo que enseña. Lo presume.

Admirado, luego de algunas clases, a veces reprobado, a veces exento, leo garabatos, leyendas, diplomas, chistes y meados, pentagramas, espejos, rastros de reptil, testimonios en las paredes rayadas de la ciudad.

3

“Se pintan paredes a domicilio.”

“Masajista, sobador y huesero de confianza.”

Llevo media hora aquí sentado, como un tonto, esperando que al Christian se le ocurra reportarse. Sabía que me estaba tirando al loco cuando prometimos que como a las ocho pasaditas empezaríamos a mandarnos señales, yo con unas velas y él con su lámpara negra, la que lleva esas pilas grandes y gruesas como cartuchos de escopeta.

Serán como las nueve y no he visto nada que se parezca a la lámpara del Christian, ni a sus señales, con todo y que él mismo dijo que lo mejor era empezar después de las ocho, porque es la hora en que salen sus papás y lo dejan solo con su hermanito, a cuidarlo como cada viernes. Él me ha explicado que se van juntos, porque toman el mismo taxi para su trabajo. Don Julio es velador de la llantera que está a un lado del Taconazo; la Chata, su mamá, se sigue hasta donde la deja el carro, y ahí le queda muy bien, a dos cuerdas del Hotel Villa Zaragoza donde es recamarera. Los dos regresan el sábado muy temprano, y así el Christian se queda más tranquilo para salir y mandarme señales con su lámpara, buscando las que yo le mando con mis velas.

Si todo lo que me dijo es verdad, ya deben estar solos él y Joselito, como para que me estuvieran mandando las primeras señales. Pero el Christian es muy vago y ya no le creo nada.

Esto de las señales de luz es un juego muy divertido. Lo único que se necesita es algo con qué aluzar, aprender a distinguir de lejos las señales del otro y, de preferencia, estar a oscuras. Para nosotros es muy fácil porque de noche el lugar donde vivimos se mira como una gran mancha en la ciudad, como si alguien hubiera arrancado a pedazos a Tijuana o los hubiera tapado con tierra. Por eso se ven tan claras las señales que el Christian, Joselito y yo nos mandamos de cerro a cerro, cada quien desde su mancha.

Yo creo que, de toda Tijuana, la mancha en la que viven el Christian y su familia es una de las mejores, de las más bien delineadas. He-

mos contado, entre los tres, cuatro cerros grandes escondidos en ella, todos llenos de casas, que le dan a la noche una elegancia incomparable (Joselito, que todavía no sabe contar, levanta las manitas y suelta unos gemidos cuando encuentra un pedazo desperdigado de mancha, para que nosotros lo vayamos sumando).

Van tres veces que doña Rosa voltea con desconfianza y me ve aquí sentado. No sé cómo explicarle con la mirada qué es lo que estoy esperando, para que deje de asomarse por entre las maderas húmedas de su casita y se vaya a dormir tranquila. Cada vez que voltea me hace sentir como si de veras estuviera yo esperando que todos duerman para hacer una maldad.

La verdad es que debe ser chistoso ver a un niño de once años, sin finta de castigado, soportar por tanto rato en la espalda este viento fresco, que pasa chiflando por las lomas del Murúa para bajar a calentarse a los cañones; pero lo que extraña a doña Rosa es que esté yo tan atento a la oscuridad, como si platicara con algún aparecido que ella no distingue o como si algo me estuviera diciendo, sorda y envolvente, la boca negra de la noche.

Estoy seguro de que si alcanzara a ver la veladora que traigo para dibujar señales en el aire y sintiera estos pedazos de coraje que traigo en el estómago, estaría de acuerdo conmigo en que al Christian no se le puede creer nada.

No sé qué será bueno hacer con él. Que ni se le ocurra pedirme mañana salir otra vez a esperarlo.

Ya ni por la castigada que me dieron. Mi mamá hizo un corajote por la veladora de San Judas que le rompí, esa que le bendijo el Papa por la tele cuando pasó saludando a la gente que atascaba las avenidas de Guadalajara, hace como un año, haciendo grandes cruces en el aire con sus manos santas. Entre mi mamá y mis tías alcanzaron a poner frente a la televisión el almanaque de la Virgen de Guadalupe, mis medallitas de Primera Comunión, la última foto que hay de mi papá y tres o cuatro veladoras.

Ahí estaba el Papa: sonriente, forrado de blanco, bañándolo todo con su bendición.

El caso es que no hallé en el armario ninguna vela que me sirviera para el juego de señales, y tuve que tomar la veladora más grande que

encontré, la que trae la foto de San Judas. No fue fácil hacer que sirviera para lo que yo la necesitaba, porque el mechoncito se escondía muy adentro, casi a la mitad de la veladora, y la luz que despedía era de un verde tieso, sucio, muy triste, como si pudieran envejecer los colores y éste anduviera ya muy cerca de la muerte. El Christian nunca vería desde su mancha una luz así.

Decidí rebajarle una parte al vidrio que ocultaba la llamita, quebrándolo poco a poco, con cuidado de no abrirlo por completo. Me entretuve bastante, quitando trocitos de vidrio, cortando pedazos de santo, hasta dejar libre un resplandor inquieto y claro que en todas partes proyectaba figuras enormes, haciendo con las sombras mágicos seres de increíbles movimientos, vibrantes y encimosos, que jugaban sin parar unos con otros.

Ahora mismo puedo hacer que la veladora desbarate el mantel de noche que me cubre, rasgándolo de pronto en jirones y garras de luz que se amarran a las cosas y se agitan con fuerza como por un ventarrón. De mis zapatos brotan dos bultos inflables que bailan al mismo ritmo, embarrados en el terregal de la bajada, respirando con violencia, como endemoniados. Si muevo lentamente los dedos de mi mano, aparece un formidable genio oscuro, que aumenta de tamaño al ponerme cerca de la flama. Se levanta, invencible, lleno de poder; devora todo lo que toca, con un extraño pacto con la negrura de la noche para devolver lo que el resplandor le arrebató en sus juegos.

Cuando parece que el genio empieza a cobrar vida y pretende voltear a verme directo a los ojos, para dejarme agarrotado y comerme en silencio con sus fauces de lobo, quito mi mano con un terrible escalofrío y vuelven a danzar, deshilachadas e indefensas, las tiras delgadas de sombra.

Así juego con la veladora favorita de mi mamá, la que aguardó la pasada del Papa y que teníamos empotrada en la pared del fondo para conservar como siempre la bendición de Dios. Claro, ella se enojó muchísimo, pero era la única que me servía. Ahora estoy castigado. Me quedé sin comer. Tengo que confesarme por lo que hice con San Judas.

Y todo por el pinche Christian, que no ha sido bueno para mandar una sola señal como quedamos de acuerdo en la escuela. Ya me cansé

de esperar a que brinque de repente un foquito nuevo, que me diga que el Christian está sentado como yo, entumido por el frío en un lugar de la mancha.

De vez en cuando se ven unos puntos brillantes que se meten a interrumpir lo negro que se ve el cerro de su casa; navegan con lentitud, se detienen a pastar en la oscuridad, vagan otro poco y tarde o temprano desaparecen en el segmento de ciudad que los engulle, majestuoso, sin hacer gestos, volviendo a su plana elegancia. Así duerme la ciudad, luminosa y manchada, sin dejar de parpadear con sus millones de ojos regados.

Hay otros más débiles, casi invisibles, distantes como estrellas. A veces solo se nota de ellos un rastro tan borroso y sutil que dan la impresión de ser viejos fulgores que se traen grabados en la mirada, que lo siguen a uno para posarse en todas las visiones.

Derrotado, antes de regresar a mi casa reviso las lomas agujereadas, los cañones parchados, suspirando largo de la resignación. Descubro los mismos reflejos, parpadeantes, olvidados. Ninguno de ellos es la lámpara negra del Christian.

Me voy, rumbo al castigo de mi abuelo por andar a estas horas fuera de la casa, con las tripas duras de tanta paciencia apretada que me fui guardando.

6

Con los ojos pelones, prietos, opacos, vigila la iguana mal estirada, la de furiosa crin de espinas y larga cola de látigo, a las víctimas del sol y el aire pesado de la ciudad. Nada más terrible que sus garras huesudas, divididas en largos dedos de zancudo, ancladas a la banquetta como una raíz que revienta el concreto y brota, burbujeante, en nudos interminables. Las garras de la iguana, enclenques, maléficas, además de torpes y descuadradas, sostienen su metro veinte de cartón embutido y alambazón, torturándose sola con las fauces asquerosamente abiertas desde siglos, tan grotesca, como si lograra inventar una sonrisa desdentada que nos muestre sin reservas su interior de aserrín y corcholatas.

Pero no le teme nadie. Ahí están las codornices de copete alzado, de barriga firme, de porte medieval. Un ejemplar –parece el semenetal de la parvada– presume a sus congéneres la perfección de las formas, erguido sobre una roca labrada a machetazos; le distinguen del resto más de tres pulgadas de estatura, un formidable, casi fálico copete al frente, y su cadencia de clásico que lo mantiene en pie frente a los ventarrones, el paso de los camiones y las tormentas de arena. Nadie cuestiona su alteza. Hembras y polluelos se someten a su majestad, sin discusión, homogéneos y ordenados, miembros de una especie ajena y condenada a la servidumbre.

A poca distancia se ve pastar a una docena de gallardos cimarrones, que avanzan o parecen avanzar a un mismo rumbo con pasos pequeños, llenando el mantel oscuro de su territorio dominado. Muy cerca, un pez vela revienta la pasividad del mar urbano en un racimo espumoso y frágil, firmando el cielo con su presencia estelar y un aullido de monarca indiscutible.

Desentonan en el paisaje desértico varias tiras de colores, plagadas de folclor y encanto, que coquetean con un grotesco sapo de buen tamaño, que observa con odio todo lo que le rodea, a punto de escupir a cualquier intruso pegajosos cartuchos de baba.

La iguana no ha cerrado las fauces, ni los ojos.

Siguen clavadas sus garras al suelo, como en un suplicio agotador y eterno, velado por la paciencia de un par de seres gigantescos que dibujan su sombra sobre el valle, paseándola durante días como una sábana que aparece de pronto, lo cubre todo y vuelve a perderse más allá de lo desconocido. Dialogan brevemente y están pendientes de cualquier movimiento que suceda entre los habitantes del tapete, metiendo a veces sus manos de cíclope, foscas, maltratadas, escogiendo alguna víctima que se llevan para siempre, entregándola a la suerte de otras monstruosas manos que se funden, sin previo aviso, con el sol del mediodía.

–*That one, the quail, miss* –interrumpe melódicamente una voz el diálogo apresurado de las tenderas–. *Yes, the big one. It's beautiful.*

–Fiftín bocs –responde secamente una de ellas.

Tuerce la boca con lentitud una rubia de piernas pálidas, simulando meditar la respuesta que recibió de la compacta morena. Cuatro,

cinco segundos después, quita la vista del semental de las codornices y pasea sus ojos claros por el resto del tapete, llevándose la mano a la cabeza, rascándose sin comezón.

—*I give you twelve, it's all I have* —dice sin mirar a nadie, revisando los últimos objetos.

Contesta la tendera mayor:

—Fortín bocs. Palo fierro, muy bueno.

—*I said twelve, thanks* —concluye la rubia, playera Pizza Hut, ahora con algo de desprecio en el ceño fruncido, dirigiendo decididamente la vista al tapete de junto.

Gira sobre sí misma y da la espalda a los curiosos que siguieron de cerca el proceso: niños, padrotes, arcos y mariachis, quienes ensartan en una red de agudas miradas al par de morenas, que se entumen en la impotencia. Madre e hija deliberan rápidamente entre sí, intercambiando extraños vocablos que aterrorizan a las hembras, polluelos, ci-marrones y pez vela.

—Güerita, tuel bocs, oquei —la voz silbante de la hija dando unos pasos al frente, esperando a que la de piernas pálidas regrese, anónima, y entregue tres billetes: mano blanca de doncella en mano gris de labrador, momentos antes de cerrarse el trato, con el macho del copete envuelto en papel periódico.

El ave semental desaparece a la vista de todos, para siempre.

Sin espacio para el llanto o la frustración, se llena rápidamente el vacío que dejara la hermosa víctima con un par de corceles de ensueño, esbeltos, *twenty bucks*, sobre una estampaña chorreada y dinámica de ónix blanco, imponiendo instantáneamente su jerarquía sobre los presentes.

7

Me gustaba más la iguana. La cola de alambre, estirada con crueldad; los ojos tiesos, de vagabundo olvidado; las garras duras, furiosas y entumidas, que detienen las pesadas losas de cemento que empiezan a desprenderse de la banqueta de la plaza; el lomo lleno de espinas, duro, gris, castigado por Dios. ¿Y la boca qué tal?: el hocico abierto a la entrada de las moscas; de película.

Pero a la gringuita no, prefirió pagar por la codorniz de madera que alguien tuvo que pulir durante días enteros para darle ese impresionante brillo que la obligó a presumir de más. Por eso se la llevaron. Y la iguana sigue siendo de lo más curada.

Me urge ver al Christian en la escuela. Los lunes siempre llega temprano, al menos antes que yo; es más, ya debe andar por ahí, husmeando en catedral mientras llega don Sixto con las llaves y abre de par en par las rejas negras, dejando que circulemos bajo el letrerote ése con el nombre Lázaro Cárdenas.

Pero no está. Y ahora no es que yo lo espere, como ayer. Tiene que llegar antes de que la señora Vicky saque su lista y diga todos los nombres al revés, desde Agúndez Ricardo hasta Villegas Laurita, y si el Christian no contesta “Presente, maestra” completará ya cinco puntitos negros en los cuadros de la pared. Nos repiten a cada rato que Christian no ha venido, que tiene falta, que la va a pasar mal cuando venga, que le avisemos que ya son cuatro, que no se olvide que al llegar a siete pierde los recreos de una semana y que, tal vez, no nos acompañe al paseo de cada mes.

Y la señora Vicky, Christian, me pedirá: “Zurdo, tú que sabes dónde vive, dile que ya mejor ni venga, que traiga a sus papás para hablar con ellos o ni se presente a clases.” Algo como eso me van a pedir, estoy seguro. Tendré que ir hasta su casa saliendo de aquí, al mediodía, dejarte el recado o dárselo directamente a tu mamá, la Chata, o a don Julio, tu padre, que me hace sentir un poco de miedo siempre que voy a tu casa y pregunto por ti. Te llevaré el recado, el aviso de la maestra, que me costará trabajo cargar mientras recorro la ciudad, por lo pesado y caliente que son ese tipo de noticias para el mensajero, y llegar luego a mi casa, sin comer, Christian, ya entrada la tarde, cuando el cartón y los tablones de la colonia empiecen a cubrirse de un negro absoluto, negro de mancha.

Ni don Sixto ni el Christian se ven todavía cuando ya se acomodan los primeros puestecitos fuera de catedral, con la labor silenciosa y misionera de los interesados, que desdoblán una o dos mesas pequeñas, un pliego de manta verde, y al dar la tercera llamada a la misa de siete siguen a los caminantes con la mirada, luciendo pro-

ductos enfilados con gusto y elegancia: cassettes, amuletos y novelitas usadas.

El que atrae más gente en menos tiempo es, como siempre, el andamio que está en la pura esquina, de cara a los muros enormes de la Dorian's, que atiende doña Francisca, la Ciruela, por ese letrado que detienen dos maderos encima de ella: Reliquias de Juan Soldado. Acaba de iniciar la misa con el padre y sus monaguillos al frente de todo mundo, "Señooooor, ten piedaaaad de nosooootros...", y la Ciruela ya empezó a vender, entregando tres paquetitos de papel a quien le da mil pesos, para que los guarde en su bolso después de besarlos con ternura, y entregue su atención al salmo responsorial.

Nadie ha comprado la pirámide de mil colores que tanto le gusta a mi tía Norma. Sé que la morrita que la vende se llama Helena, y que no se agüita cuando le chiflan y le dicen: "Estás bien buena, niña Helena", porque parece que a eso viene. A que le griten eso y más, y a enseñarme todas las mañanas los montones de conchitas, pomadas y cristales de colores que no se venden.

La pirámide azul parece que tiene luz por dentro, que carga con una parte del mar. Parece que cuando uno se queda quietecito viéndola empieza a murmurar letras iguales, largas, como hacen en el mar las olas y en las lomas del Murúa los Vientos de Santa Ana. Trae encerrado un santito, que no es San Judas, ni el Santoniño de Atocha. A su lado un Buda panzón, sonriente, rebosante y fresco; un chorro de brillantina, dos anillos, una patita peluda de conejo, una llave diminuta y tres pennies. Además, es pesada y cuenta con una base de terciopelo que tiene una plaquita brillante, donde le inscriben a uno su propio nombre y la fecha en que se adquirió la pirámide. Dice la niña Helena que también hay quien pide que se le venda con algo más en la plaquita, como un favor recibido o un milagro soñado.

Me doy cuenta de que los clientes de Helena, después de coto-reársela un rato y mirarle con atención las piernas cuando se voltea a envolver lo que ha vendido, se meten a catedral y bañan con agua bendita de las pilas el llavero, la pomada o las yerbas que compraron, para avanzar unos metros hincados rumbo al altar y susurrar fórmulas memorizadas para dar gracias y pedir favores.

Otros, antes de salir, se asoman a las grutas que perforan las paredes del templo, se alimentan pasmados de la magia que les ofrece, y se quedan allí, como encantados, cinco, siete, doce minutos, como el chota uniformado que se llevó del puesto de la niña Helena dos rosarios de plástico y un frasquito con esencia de cascabel. Se quitó la gorrita con charola de policía, se persignó y los llevó al regazo de la Virgen Dolorosa, que durante el día se ve iluminada por tanta veladora y por las noches debe pasársela sola, porque alguien recoge los retablos, las fotos firmadas, las prendas y veladoras que se juntaron, pasando dos veces la escoba y el trapeador que dejan limpio el lugar del polvo y de las manchas de lodo, de los llantos y súplicas, los problemas e ilusiones de los peregrinos, listo para recibir a los que quieran pasar el martes por la mañana y prefieran cantarle con voz muy baja a los santos, directamente en sus nichos, en vez de pasar un mal rato en el confesionario desnudándose de hipocresía en la oscuridad para enternecer la voz invisible y seria del padre, quien terminará la entrevista dictando una receta habitual, la bendición que uno necesita imaginarse y bajar la mirada, aflojar el cuerpo, dejándose intervenir por la Gracia de Dios que nos exprime de todos los pecados, con el último requisito, sencillo y obligado, de repetir el Padre Nuestro y el Ave María las veces que sea necesario, según la penitencia.

Y uno queda limpio, así se haya tragado a su propia madre, siempre que la entrevista misteriosa termine con algo como “Yo te absuelvo de tus culpas” o “El Señor tenga misericordia, por mi intercesión te libre del mal...” Pero hay que meterse al matadero de la sagrada confesión, y una vez adentro, hay que decirlo todo, sin quedarse en el corazón con algún comentario escondido ni disfrazar con palabras suaves pecados muy grandes, vergonzosos, que puedan engañar al de voz invisible: no a Dios, que de todas maneras conoce lo que hicimos. “No podemos escondernos a los ojos de Dios”, nos repite la hermana Brunella en el catecismo del domingo. “Él está en todas partes, en el cielo, en la tierra, metido en ti, revisando lo que hacemos y anotando en un pizarrón blanco las obras malas de cada día: pelearnos con nuestros amigos, no hacer caso a las órdenes de mamá, dejar de hacer bien la tarea, decir mentiras y levantar falsos, robar dulces de la tienda, tener malos pen-

samientos, faltarle al respeto a los demás, sobre todo a las mujeres, con quienes no debemos imaginar cosas malas, que Dios lo sabe todo, se da cuenta de todo.” Lo dice la hermana Brunella vestida de blanco, con el hábito manchado de tierra, emocionada, conmovida, como si tratara de explicárselo a ella misma. Así que más vale limpiarnos cuanto antes los pecados cometidos y seguir nuestra vida tranquilos, otra vez puros, a los ojos de Dios. Más me vale confesar, o cantar algo bonito a la Virgen Dolorosa, por lo que hice con la veladora de San Judas. Mi mamá todavía arrastra el coraje a todas partes y cada vez que lo recuerda endurece los cachetes y me hace salir en silencio oirme a acostar sin hacer ruido para no levantarle el coraje y darle ganas de volverme a castigar.

Ahora estoy esperando al Christian, y no puedo confesarme así, tan pronto, sin saber qué voy a contestar al padre ni cómo voy a lograr que me despache rápido.

“Levantemos el corazón. Lo tenemos levantado hacia el Señor.”

La misa pasa de la mitad. Las voces de la gente rebotan como las ondas que provoca una piedra al caer en un charco de brea, subiendo al punto más alto de las galeras de catedral para bajar todas revueltas, en hilos desordenados.

“Demos gracias al Señor, nuestro Dios. Es justo y necesario. En verdad es justo y necesario...”

Y qué pasa contigo, Christian. No te compliques más la vida con la señora Vicky. Seguro querrá ahora regañarme a mí, cuando yo soy el primero que necesito verte, para que me expliques qué sucedió ayer. A ti y a Joselito. Por qué no salieron después de las ocho como quedamos de acuerdo, a saludarnos con puntos y rayas de luz (lámpara negra de pilas grandes, veladora de San Judas a medio quebrar). Porque has de saber, pinche Christian, me quedé esperándolos, muerto de frío, y castigado por tu culpa.

“El Señor reciba de tus manos este sacrificio, mío y suyo...”

Si ya vienes llegando, si acabas de bajar del Verde y Crema, rumbo al Cine Roble o la Zapatería BBB, apúrate, córrele, si quieres llegar a tiempo.

“Que la bendición de Dios caiga sobre todos ustedes, en el nombre del Padre, del Hijo...”

Empiezan a salir los fieles de catedral, con sus caras de obrero, de secretaria, de prostituta, de bolero, cuidándose de no chocar ni estorbarse con los que entran para la misa de ocho, con los que solo están parados viendo la constelación de santos que hay en el altar y en los costados del templo, con los que duermen en el umbral, ahí tirados, bajo una capa de sueños y alcohol, bultos indefensos que se remueven con los pies y se arrinconan. La garganta del templo termina de vomitar a todos; se dispersan los fieles en todas direcciones, como programados para no hablar con nadie y no perder un segundo en su trayecto. Unos aguardan la luz verde, parados los autos y camiones, y cruzan de esquina a esquina, de Dorian's a la Trébol, de MÁS a la Farmacia Vida. Veo sudar a la niña Helena, apretada su minifalda al cuerpo hecho de angosturas, al rayo blanco del sol.

Sigue viva la catedral: un muchacho disfrazado con ropas negras y un cinto blanco termina de coleccionar en la puerta principal las últimas limosnas, regalando frases que resuenan y buenos deseos a quien arroja cincuenta o cien pesos en el canasto. “Dios se lo pague... Tenga buenos días... Para el seminario, que es su casa... Infinitas gracias le dé Dios...” Mientras se acomodan en su reclinatorio las viejitas a rezar y permanece escondido el sacerdote en un punto ciego de la sacristía, devoran las entrañas de catedral las mejores canciones de la Trevi, enredadas con las de Magneto y las de Yuri, en una ensalada de todos los ritmos que organizan los vendedores de música pirata con sus gordas grabadoras, invitando a la confusión al jaloneo de Santana y a la hombría de Chente Fernández, que con trabajos salen de las bocinas reventadas Pioneer.

Se decide aquella lucha: gana la Trevi del Pelo suelo y el ángel de la guarda, la del calendario que ya no he vuelto a ver, que nos rompió, furiosa, la hermana Brunella, cuando Christian, otra vez tú, pinche Christian, lo empezó a rolar al terminar el catecismo hace tres domingos.

La hermana lo desbarató con tranquilidad colérica, temblando de rabia, mandándonos a confesar a todos esa misma tarde con el padre Höster, a quien conocimos en la misa de gallo a la que nos llevaron en el convento que se encubre tras la central camionera.

Ya dijeron nuestros nombres volteados en la clase, Christian. No contestamos nada, porque no estábamos. Hoy no venimos a la escuela. Ni tú, ni yo. Y mañana, sin falta, espero me digas qué está pasando contigo.

9

diseminados por ríos, bosques,
pueblos, ciudades, zoológicos,
incluso cantinas del desierto,
es posible encontrar reptiles
contando historias extrañas
de raros peces que fueron,
de aves que serán...

Roberto Castillo Udiarte.

10

En Tijuana, repite a cada rato la Chata, tu mamá, se sabe muy poco de milagros.

—¡Viera qué bonito sucede en mi pueblo! —dice con palabras que le salen llenas de olor, frescas y jugosas como las sonrisas con la que las adorna—. Allá sí que se nota la mano santa de Nuestro Padre Dios.

Es bonito oír hablar de milagros. Cuando las personas presumen los que han recibido y narran cómo lograron conseguirlos, las pláticas son largas, entretenidas y llenas de magia. Como sucede cuando tu papá, don Julio, nos habla de sus andanzas en la Sierra de Durango, cuando era soldado y correteaba mariguanos por los barrancos para entregarlos a la policía; cuando salían al monte sin nada para comer, con una pequeña cantimplora, cajetillas con cerillos, regresaban todos barbones y medio muertos de sed. Si tu mamá sale o se distrae y él anda entrado en copas, nos habla de aquella vez en la que lo llevaron a la Peni, nos presume sus aventuras en la cárcel, burlando a los vigilantes, a los celadores; nos presume el robo a la Oscarín hace

ocho meses, por el que faltaste a clases cuatro días sin saber bien por qué.

Escuchar a tu papá presumir estadía en la cárcel, Christian, es como cuando mi tía y tu mamá se comparten viejas historias de lo que les ha tocado vivir. Las dos están de acuerdo en que Tijuana está peleada con la Divina Providencia.

—La gente no tiene la devoción suficiente, no sabe pedir con sacrificio —dice tu mamá con los ojos hinchados de nostalgia—. ¿Cuándo se ha sabido aquí de alguna imagen de la Virgencita, a ver, cuándo?

Rezongó toda la tarde tu mamá, con voz cada vez más débil.

—En Tijuana hay mucha perdición. Mi Julio no ha enderezado. Ahora ni el mismito Dios le quieta el vicio.

Mi tía iba a responderle, pero no quiso verla llorar y se quedó callada; desbarató con su lengua las palabras que tenía en la boca y se las tragó como lentejas.

11

Me espanta ver a mi tía Norma hablando tan tranquila, sin darse cuenta de que al mover la boca y hacer gestos, el lunar café que tiene sobre los labios se sale de su lugar. Lo hace brincar, lo trata de estirar, lo vuelve a dejar quieto.

Parece que me llama por mi nombre, me hace voltear a cuidarlo con la vista para que no se caiga, se borre o le suceda algo peor, ahora que anda destrampado el lunar de mi tía Norma, fuera de sitio. Y es que siempre ha sido tan normal que ella cargue con él, y lo veo tan seguido que jamás le había dado importancia. Mis ojos parecían acostumbrados a verlo bailar, pintado en la cara maltrecha de mi tía, pero hoy no es el mismo de siempre: está del lado izquierdo, y ese no es su lugar.

Viéndolo bien, no solo es el lunar el que hoy parece jugar con la cara de mi pobre tía Norma, que sigue hablando sin percatarse del desastre que viven sus facciones.

—Dios quiera que la Chata no doble el brazo tan fácil —le dice a mi mamá—. Ya estuvo bueno de que ande pariendo cuates, la pobre, para

sacarlo del bote. Es la tercera vez desde que llegaron del sur. Vieras que no han pasado ni dos años.

Mientras termina de peinarse, me doy cuenta de que los cachetes se le inflan al ritmo en que abre y cierra la mandíbula, cuando escupe las últimas palabras que sabe del chisme y mi mamá va juntando en sus puños.

—Ahora sí que la tiene difícil —dice mi mamá, sin comprometerse demasiado—. La licenciada que le ayudó la vez pasada a sacarlo de la Ocho, anda fuera. No sé cómo le va a hacer la Chata con ese maridito que se consiguió.

—Pues yo no sé, Luisa —concluye la tía Norma—. La Chata debería decidirse de una vez y dejarlo en el bote. Ya va siendo hora de que se libre de él.

Se incrusta unos ganchitos en el greñero negro y deja el cepillo sobre el armario, ahí donde se guardan las velas que no encontré ayer para comunicarme de cerro a cerro con el Christian. De repente, se esfuma la cara de mi tía Norma y escucho que sale de la casa sin parar de hablar, rumbo a los lavaderos, luego a la dulcería y a la parada del camión, a encargarse de que el chisme se extienda por todas las casas. Me quedo frente al espejo, buscando más cosas que se descompongan a través de él, como mi cara, que puedo mirar con esa cicatriz en forma de mano abierta arriba del ojo derecho, la que me quedó con el tranco que me di en el tambo del agua cuando tenía seis años. Sé muy bien que no la tengo ahí, porque desde aquel día me pusieron lo de Zurdo, y supe que la tengo en el lado izquierdo. El espejo nos voltea. Nos pone al revés, nos traiciona desde niños.

—Y los niños, qué culpa tienen los niños —se lamenta mi mamá hablando con el burro de planchar y conmigo—. Don Julio no tiene remedio, y la Chata... Dios me perdone, la Chata debe pensar en ellos y dejarlo encerrado en el bote.

¿En el bote? Mi mamá no sabe que don Julio ya estuvo en el bote (acá le dicen bote al corral, y Peni al reclusorio) y tampoco sabe que él se divierte ahí, burlando vigilantes, celadores. De todas maneras, estar en el bote es malo: cuando hablan del bote, la hermana Brunella y el padre Höster dicen que quienes viven allí han sido pecadores, hombres

que necesitan reformarse (mi mamá me ha explicado que reformarse es volverse bueno). Estar en el bote dos veces, como le pasa al viejo don Julio, tu papá, debe ser algo peor.

Ahora sé por qué no llegaste a la escuela, Christian y por qué ayer no mandaste señales con tu lámpara negra. Te habrán llevado con tus padrinos a la Francisco Villa, como hicieron hace ocho meses con la bronca de la Oscarín, mientras sacaban a tu papá del bote.

Todos en la colonia parecen estar enterados, porque doña Rosa viene rumbo a la ventana, ella que nunca sale y menos a estas horas de la mañana. Se nota que trae otra parte de la noticia, porque ve a mi mamá desde lejos, dos minutos antes de llegar con ella, y ya mueve los labios con desesperación, sin armar palabras, como si atrapado un animalillo inquieto en su boca sin dientes y le urgiera acercarse a nuestra ventana, para depositarlo frente a nosotros y quedar tranquila.

No tardan mucho en saludarse y ponerse de acuerdo con la mirada para perforar el tema sin miedo, cada una con la información que trae, ambas interesadas, preocupadísimas, rogando a Dios por la broncota que parece agobiar a tu mamá, la Chata, tan joven ella, tan simpática.

—Sí, fíjese, vino hace rato un tal Trino que pintaba buen hombre. Nos contó que la Chata no ha dado con la licenciada —dice ya más tranquila doña Rosa, sentada en el bote de pintura que tenía yo para guardar canicas—; todos la ven muy desesperada, sin hablar con nadie, como si vagara derecho al barranco para librarse del sufrimiento.

—A la licenciada no la va a encontrar, doña Rosita. Todo mundo sabe que anda pa'l otro lado, por el rumbo de Yuma, y no avisó para cuando venía. Pero ay, Dios dirá.

Mi mamá contesta con un murmullo de aprobación mientras doña Rosa intenta retomar la plática de distintas formas:

—Desde el jueves, fíjese: viernes, sábado, domingo y lunes —dice contando los días con sus dedos viejos y duros, casi inmóviles, colgantes como los de un pollo descabezado, y completa su versión moviendo la mano entera, sin forzar a sus dedos más de lo necesario—, y nosotros apenas hoy nos venimos enterando.

¿Por qué no me habías dicho nada? Nos vimos el jueves. También el viernes, y tú no me dijiste nada, Christian. Es más, todavía nos pu-

simos de acuerdo en la mañana para llegar a casa y jugar a las señales de luz.

De todos modos, no sé si recibiste el recado que te mandó la señora Vicky, cargado de autoridad y regaños, porque no encontré a nadie en tu casa y tuve que pasárselo completito al Goyo, que fue al único que vi cerca de allí. Si te llegó o no, ya no es culpa mía. Creo que, de todos modos, no podría ir tu mamá a hablar con la maestra, si es que anda tan ocupada viendo lo de don Julio, tu padre encarcelado. Si es que quiere ir: no sea que se decida por fin y regresen a Durango, como tanto lo ha anunciado, a casa de tus abuelos.

12

Altazor, ¿por qué perdiste tu primera serenidad?
¿Qué ángel malo se paró en la puerta de tu sonrisa
con la espada en la mano?
¿Quién sembró la angustia en las llanuras de tus ojos
como el adorno de un dios?
¿Quién hizo converger tus pensamientos al cruce de
todos los vientos del dolor?
Se rompió el diamante de tus sueños en
un mar de estupor.
Estás perdido, Altazor.

Vicente Huidobro.

13

Todo lo que llevaba aprisionado en el pecho, sofocándolo, robándole aire. Lo que desde joven guardaba con malicia y detenimiento, como quien prepara en un sitio oculto las armas del implacable arsenal de su venganza; todo lo que conocía de sus entrañas, lo que llevaba unido de algún modo a lo frágil de sus venas y se batía rebelde cuando avanzaba el sordo rugido de la sangre; todo, se fue en un instante de enorme globo reventado, expulsando con violencia maldiciones, gritos y puños

alzados, chorros de llanto y palabras que victiman y hieren, pedazos de corazón, pellejos sanguinolentos del alma, hasta vaciar por completo la fuerza del torrente en un soplo indefenso, tibio y lastimero, que se volvió imperceptible hasta perderse en el silencio.

Como después del amor, descansan las sábanas y las alfombras de su cuerpo. Flácidas, sueltas a la voluntad de un sueño de plomo que las explora y enfría. Párpados, brazos, manos muertas, labios colgantes ajenos al mundo. Se escapan los últimos rastros de vida en el murmullo largo y fantasmal de sus pulmones, que desalojan con paciencia hasta el menor reflejo de lux que queda en la bóveda oscura de sus miembros.

Como únicos testigos de la resistencia están los dedos de su mano derecha, tres de ellos, aferrados a uno de los barrotes negros y helados de la celda. Lo sostienen, ya sin fuerza, conectándolo apenas con el mundo, no con el mundo de la Chata y los niños y el cerro y la colonia, su mundo, sino con el mundo que tanto se ha esforzado en mandarlo sin regreso a otra parte, machacándolo gustoso, desbaratando uno a uno sus sueños e ilusiones, empujándolo a la nada con desesperación. Buscando borrar su persona. Si lo hubiera logrado alguna vez, no estaría ahí deshecho, derrumbado sobre el suelo húmedo, el de sus patadas, sus lágrimas y orines. En cualquier caso, morir resultaba más gratificante que seguir así, siempre caído, llenando de vergüenza a familiares y amigos, “el güevón”, “el inútil”, “el ladrón”, ahora con el rostro deformado con una horrible mueca, embarrado en la superficie del cemento.

Pero se ha mantenido desgraciadamente vivo. Aferrado a quién sabe qué rama incomprensible de la esperanza (¿esperanza de qué?), conservando en el rincón más hondo de su ser una garantía y un rencor que nacieron juntos, que se han alimentado mutuamente desde niños. Les llama Dios. La última de todas las palabras, la única que resistió al ventarrón que extrajo por la boca las vísceras y los deseos.

La palabra Dios le garantiza —debe garantizarle, después de tanto— que lo húmedo de este cemento sudándole frío en el cráneo es el último obstáculo, antes de la luz y la abundancia. No más encierros, ni oscuridades. Nunca más el llanto, ni la traición. Solo unas horas de tormento entre los hombres para saciarse por fin, goloso, borracho de

alegría, diluido enre las nubes del placer y los colores más bellos, el cielo más abierto, cobrándose de una vez las maravillas que la palabra Dios esconde bajo su manto y le ha guardado desde siempre. Y tal vez, cerrando el milagro, proceda el poder de Dios a levantarles la vida a la Chata y a los niños, dándoles lo que él no podía dejar de gastarse en el billar y en la Zona; y concluyan Christian su primaria y Joselito el jardín.

El Dios-trofeo. El que aparece con la muerte. No antes. Por eso hay que esperarlo con ansia, perdiendo hasta la esperanza antes que perderlo a Él. Y cuando se está al borde mismo de la muerte, arrastrando a su abismo por la vida cruel, Dios se va acercando, majestuoso, irresistible, lleno de misterio. Y quien se muere, no llega a darse cuenta de la oscuridad y el frío absolutos, porque —le han asegurado, le han garantizado— en seguida es tragado por Dios, que le regala el sol y todas las estrellas, las flores, la risa y la canción.

Eso sabe de Dios. Lo repiten Christian y Joselito al volver del catecismo, acompañados por el Zurdo. Lo apunta su madre cada vez que puede, en las estampitas que recoge de catedral y terminan prensadas con tachuelas en las puertas del armario y junto al espejo, con frases como Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío y Todo lo puedo en aquel que me conforta. Eso le dijo también, una sola vez, la de la noche de bodas, su querida Chata, que ahora estará preocupada otra vez por él, rastreando a la licenciada García por toda la ciudad, para que se compadezca nuevamente y logre acomodarle una fianza.

Eso. Eso debe ser esta sensación de náuseas y olor a podrido que lo baña de pies a cabeza: Dios que se acerca. Que se acomoda lentamente para engullirlo en cualquier momento y mandarlo al corazón del mundo, al dorado caudal de los sueños por los siglos de los siglos.

Debe ser Él, aunque tarde tanto en aparecer con su enorme garganta, como lo ha esperado tantas veces y se ha quedado con la cara al piso, chupándole a la negrura de su celda nuevas esperanzas. Garantía de Dios. Y también rencor. Odioso rencor que se endurece como un tronco milenario y retorcido, rencor de saber que Dios lo tiene todo bajo su juicio severo, que lo llevamos metido en lo más íntimo de nuestra humanidad, tomándose en cuenta hasta la tentación más

tonta. Rencor de impotencia, de esperar indefensos su aparición fulminante en la noche del mundo.

Miedo, rencor de Dios es lo que llevan por dentro los tres dedos que le quedan vivos, tristes vestigios de hombre, que soportan delicados, con tierna debilidad, la reja que lo vio desinflarse en el estallido.

Y Dios se tarda. No llega.

Después de horas, se extingue también el extraño sostén de sus dedos, desplomándose pesadamente el brazo a lo largo del cemento helado. Ya no espera nada; perdió. Donde iba la muerte vendrá el descanso y, luego de horas, como espesa niebla hacia el hueco cavernoso de su alma, volverán los reflejos y el oído, el mundo otra vez, activando nuevamente todos sus resortes.

Y levantará la cara frente a la licenciada García. Tendrá que hablar. Sostener la mirada de la Chata, que querrá perforarlo con sus ojos tibios, como si quisiera comunicarse no con él, sino con otro posible Julio debajo de su cuero hediondo y enlodado. Un Julio chambeador y querendón, con quien contrajo nupcias de quinceañera. Él buscará entre los escombros que se le pudren dentro, una sonrisa que valga la pena. Suplicante, miedosa, acorralada, pero sonrisa al fin.

Eso será después.

Todavía lo envuelve, nauseabunda, la capa pegajosa de la muerte.

La derrota lo aplastó como una plancha. No hay más energía en los trapos sueltos de su cuerpo.

Cimarrones, cuiden su mascota

Reporto un ave de rapiña en la UABC. No es la intención del presente informe promover entre quienes habitan durante el día la universidad un estado de alarma, ni una organizada huida del plantel. Siquiera invitarlos a fumigar los rincones del campus a fin de extinguir toda posible plaga o alimaña escondida. Por el contrario, aseguro a la comunidad universitaria de Otay la mayor tranquilidad al respecto. Entre otras, por las siguientes razones.

I. Parece tratarse de una lechuza de buen tamaño, o un búho real, de esbelta figura y cabeza ancha, de unos nueve o diez kilos, que vigila el panorama desde el vértice posterior del techo del Teatro Universitario, de cara a la biblioteca y al emblema de Vicerrectoría. Justo de frente al corral de los borregos, falsos cimarrones que hace unas semanas crían un par de becerros. Espera el alado vigilante horas, noches enteras, fines de semana en su estrado de concreto, saboreando el momento en que mamá borrega se distraiga para caer en vuelo letal, pescar al crío y retirarlo para siempre de su madre, del corral que lo vio nacer, de la compañía indiferente del staff académico. Estudiantes, maestros, intendentes y administrativos pueden transitar sin apuro por los pasillos aledaños, considerando la pauta alimentaria de la lechuza: pequeños mamíferos, pajarillos y peces, reptiles, bultos de carroña e insectos.

II. Las actividades universitarias se desarrollan en horas hábiles. Los hábitos cinegéticos de la lechuza inician al ocultarse el sol, forma-

lizándose entrada la noche, cuando los veladores, que se dejan vencer por la pesadez y la monotonía, abandonan la zona, confiados en que la familia de borregos sabrá resguardarse de cualquier amenaza, por demás improbable. Cuando mamá y papá carnero corren por la Sierra de San Pedro Mártir y vagan por el desierto, brincan enormes sahuaros y copulan al atardecer, soñando silenciosos bajo el sotechado que los protege, crece la posibilidad de que uno de los becerros, presa de la picardía infantil, salga de entre las patas de su madre y asome al exterior, a recorrer por sí mismo, con espíritu de conquista, el territorio, y pueda el vigilante que acecha ensartarlo, primero con sus ojos de anzuelo, inmovilizándolo de terror, y calcular matemáticamente la logística de caída en términos de una avanzada aeronáutica para destrozarse la tibia columna con sus garras retráctiles y borrarlo del campus para siempre.

Es posible que los afectados ignoren la amenaza hasta que el ataque se consume y no quede nada por hacer. La intención del presente es hacer un llamado a la conciencia social, llegar humildemente al corazón de algún lector sensible que me lea en dos ocasiones, subraye lo necesario y salga preocupado a buscar una escalera grande y dos ayudantes, suba al techo del teatro, busque en el rincón que señalo y se asegure de arrasar todo lo que parezca propiedad de un ave de rapiña: nido, huevecillos, alimento almacenado. La lechuza no debe seguir ahí, si en algo se aprecia el par de becerros-mascota de la UABC.

Un último apunte, con el que quisiera atenuar un poco el tono de alarma. Se refiere a lo interesante –tal vez hasta útil– que significa tener fuera de nuestro alcance un testigo milenario, monolítico y fugaz, que guarda en el recipiente de sus grandes ojos escenas que se antojan documentales. Conocerá como nadie el andar del profe Vizcaíno, lo habrá escuchado mentar madres, sonriente, a sus colaboradores, a los protagonistas de algún coloquio, a los firmantes del TLC, nómada, intermitente, titular de varias oficinas y cientos de antologías en el estado. Tal vez conozca un poco –por el hecho de observarlo todo desde arriba, como acostumbra Dios– la intimidad que guardan en algún sitio los candidatos que riegan notas muertas de libertad; habrá contado el domingo pasado las fallas arbitrales que se cometieron en el campo número 1 donde recibimos dos goles de Maderería El Triunfo,

que jamás debieron ser. Seguramente, creo yo, tendrá presente el rostro de Fernanda y Keka, las preciosas bailarinas que condujeron la presentación de Danza Sylvia durante un cansadísimo fin de semana. En fin. La lechuza conoce a los universitarios. No en balde soporta el rayo de sol matutino y las bajas temperaturas por la noche; pendiente de cada movimiento a los 180 grados que cubre con su vista al frente. Así las cosas, es muy probable que a partir de agosto vigile también a Pilar, preciosa niña de cabeño corto, lacio y brillante, de sonrisa hechizante y casual, sonrisa que no cabe en estas líneas, acaso en la gran línea esférica del mundo, niña de inconfundibles huellas digitales, aspirante a odontóloga.

Si persiste la duda, se invita a los incrédulos a verificar el testimonio. Teatro Universitario, parte posterior, al entrar la noche, una lechuza grande vigila a los borregos.

Que quede claro y nadie se alarme.

Crónica de la construcción de un objeto de estudio (el Sanyo toca puro blues)

A Guillermo Mejía, hermano.

A Mary, linda, objeto perdido.

I. Primer acercamiento

Lo vengo padeciendo hace ocho días. No he podido comprenderlo, me urge hallarle forma y dominarlo mínimamente. De otra manera, me late que el mundo se va a torcer sobre sí mismo, traicionando sus rutas, su propio eje, destrozando en un lento martirio a todo lo que vive.

Con el firme propósito de entregar a mis lectores una reflexión formal, de corte científico, divido este primer acercamiento en seis apartados.

a) Confieso, en primer lugar, que ya te conocía. En esta etapa de aproximación a la construcción del objeto y la definición de variables, es de vital importancia tenerlo en cuenta. Te conocía, creí haberte olvidado, pero ya ves: necesito esclarecer todo desde el inicio, so pena de perderse el planeta entero. Eres la que vino al mundo en un formidable parto que estremeció las raíces del siglo y de su historia, llevándose la barbarie de los antiguos y la pasión de los clásicos a un cajón oscuro, distante, mítico, que nadie jamás podrá encontrar.

Te recuerdo entre líneas como pedazo de Dios. No por perfecta ni grandiosa. Ni siquiera por iluminada. Sino porque estás en todas partes y me miras desde dentro, al desnudo. Sí, te recuerdo, y sé que

has cambiado. Eres la que selló mi ser en bruto. Para efectos del presente ensayo, solo conviene decir que sé quién eres, que te conocía. No podría ocultarlo ante tantos testigos. Si lo confieso ahora, sábetelo, es por el ansia de tranquilidad que me consume; necesito organizarme, actualizar la información, tu recuerdo, para trazar pistas de reflexión, criterios de juicio, directrices de acción.

b) Lo que sigue es confesión más fuerte. Suplico a los lectores, a los curiosos, a los testigos, su asesoría y solvencia, no su comprensión (no me la darían).

Tus besos me vencen. Me aplastan como tragos de miel. Me doblan, parten y debilitan. Me llenan de sol. Me arrugan y estiran y vuelven a arrugar. Llegan como salvación, me liberan: me apendejan, me apendejan mucho. Me me me... Me confunden, me ponen a investigar.

Tus besos, como lo sabes, rompen al sujeto. Hablamos entonces de una objetividad del sujeto, a partir de la cual se irá vertebrando, con los respectivos caprichos epistemológicos, el presente esfuerzo de investigación.

Añado al mismo inciso –para no caer en discusiones extensas, innecesarias, indeseables, ridículas, que metan ruido, que encimen paja, que lleguen a enfadar– lo celestial de tus ojos. Pasados tres siglos, no he podido separar tus besos de tus ojos. Muy temprano me di cuenta de la coincidencia de objetos de estudio; ni con apoyo de fuentes innovadoras en cuestión de ginecología y estética, de óptica y anatomía, he podido salvar el obstáculo. Diríamos que el esquema que presentan besos de miel y ojos de gitana, unidos en un mismo objeto, nos obliga a forzar el “lugar metodológico” desde el que realizamos la investigación, no deteniéndonos en la disección de tu complejo rostro, más bien descubriendo en ello la especificidad de lo amoroso.

c) Estás con otro. Con otros dos, quizás. Dos (¿tres?) que, como yo, te conocían, te han besado y buscan a diario tus ojos. Mi esperanza consiste en ser el único que se detenga a explorar en las raíces mismas del conocimiento en plena crisis; así, podría convertirme en el único que construya una propuesta seria y racional.

Llegamos así a un segundo bache en el desarrollo del documento. A partir de aquí se advierte como fundamental el cuidado, la precaución

para divulgar la misma. Para mayor seguridad diré que, sin nada que ocultar, prefiero mantener el documento bajo llave, al menos hasta que las condiciones ambientales permitan lo contrario.

d) Me doy cuenta, con terrible admiración, que las canciones que me calmaban como a una bestia, han quedado obsoletas. Se pasan por mis oídos sin entrar, sin penetrarlos como antes, cuando dejaban sentir en ellos el roce de su melodía y anidaban en un huequito inviernos completos, tocando el Sanyo rolitas sin chiste, que antes me dejaban tieso. A raíz de esto, el Sanyo toca puro blues. Invadieron la cabecera de mi colchón, donde reposan tranquilos Pelé, Danielita y Santiago Manora, varios pedazos del alma de John Lee Hooker, Stevie Ray Vaughan, Clapton y Bonnie Raitt, quienes me han servido para añadir notas personales al borrador de la investigación y con quienes comparto los restos de cada bloque de conocimiento que me revienta el cráneo. No estaba acostumbrado a que me robaran del mundo los requintos jaloneados, armónicas que resopla un ventarrón, la magia de un sax furioso y un discreto bajo, rumbo al viaje indefinido de lo alucinógeno (aspecto que, por simple orden de ideas, habrá de tratarse en estudios posteriores).

e) El colmo, es que lo abierto del cielo, lo azul marino de los atardeceres en Tijuana, se ha ensuciado como no tienes una idea. Se pudre la brisa que antes perfumaba, y huimos, los de a pie, a un bar (recurso ordinario, tú disculparás). En su regazo de madre no transcurren los días. Se suple al sol con algunas lámparas y se olvida uno de él con tres Tecate. Se alcanza la tranquilidad.

Pero hay que salir en algún momento a la ciudad, a la rutina nublada. Es entonces cuando se manifiestan las siguientes evidencias que presento como fiel cuerpo del delito.

1. Las banquetas, por lo general al servicio de mis pasos rítmicos y acelerados, empiezan a cuestionar hasta los detalles más sin chiste. Me hablan de ti, dicen que estás lejos. Que no estás. Cuadras más adelante, empiezan a interrogarme... Las banquetas, ¿puedes creerlo? Me hacen preguntas con su perfil desmadrado y chueco, acomodando tu nombre en los recovecos que dejan la yerba y los charcos.

2. Los miles, millones de tijuaneños, dejaron de ser los anónimos de siempre. Hoy tienen palabra. Tengo miedo a permanecer mucho tiempo a su lado, en alguna esquina, a bordo del taxi, porque si me nombran, o a ti, te juro que ataco sin pensarlo y mato a quien se atreva.
3. El ruido, ¡futa! Lo que ayer fue canción, melodía de calles y alcantarillas, hoy es ruido. No soporto ya sus voces encimadas, cláxones y cantos de niño. Nada es agradable a mis oídos, pa'acabarla de chingar, más abiertos que nunca.
4. La noche no quiere asentarse. Tarda horrores en decidirse a llegar y eliminar la luz y la sombra, la escuela, la familia. La noche es lo más ansiado, y siempre queda fuera de mis manos. Cuando por fin se le ve llegar y dominar mis sudores, vigilar mi vagancia, empieza a estorbarme. Y no me dura nada.
5. Un rasgo importante en esta definición. Ya no encuentro atractivos mis libros. Tengo arrumbados a Fuentes, Rulfo y Revueltas, al Roberto, a San Marcos y a Boff. No me surten efecto. No mientras llega la noche, se detiene frente a mí y se identifica con su lona negra. Por la tarde, luego de la hora de sol, siento ganas de quemarlos. A mis libros. Me controlo, pero el caso, ¿ves?, es que no me saben. Hasta aquí, te suplico, trata de entenderme. Lejos de pretender unirme a la vanguardia de pensamiento, ni siquiera de innovar en la técnica, pienso el problema desde la perspectiva que creo más conveniente. Y desde ahí te comparto, te regalo, te denuncio lo siguiente.

II. Planteamiento del problema

Lo expongo, para su mejor comprensión, en forma de sencilla pregunta.

Linda, ¿qué pasa con la tarde?

III. Dos hipótesis

Por último, linda (sí, tú: la identificada), quiero decirte que, ya desnudo, no me cuesta trabajo formular un par de hipótesis de estudio.

UNO. Le falló a Dios la Creación. Cambian de lugar los astros, se niegan a girar los millones de soles que plagan el universo y provocan

en la Vía Láctea, en nuestra tibia atmósfera, movimientos telúricos, maremotos, tormentas eléctricas, inundaciones, pestes, golpes de Estado, gobiernos panistas, papas de cartón, cierre de licorerías y huelga de taxistas. Mucha, mucha perdición. Con todo esto, uno podría suponer, linda, que las banquetas resienten en lo más íntimo la crisis que sufrimos todos y por ello empiezan a cuartearse, sacando del fondo de la tierra ruidos y exclamaciones de ultratumba que las hacen temblar, pegar de gritos, y lo peor: que hablan de ti, preguntan mil cosas cuya respuesta me da escalofríos. Los tijuanenses, lo comprendo ahora, reaccionan con cautela. Buscan ampararse en el consuelo de quien se topa con ellos al andar, como puedo ser yo, como puede ser cualquiera. El ruido, linda, el ruido no ha cambiado: lo que pasa es que sufrimos cambios y mutaciones. La percepción que nos caracterizaba ha desaparecido. Ahora, la música nos causaría penas más grandes, incurables, de tal suerte que el ruido viene a ser preferible, a fin de cuentas. Y si la noche no llega, los libros no me llaman. Debe ser consecuencia de todo esto que sacude al cosmos. No es para espantarse, linda, dulce mía, niña se siempre, niña nueva, pero tendremos la oportunidad de comprobarlo durante la implementación de la presente hipótesis: a Dios, me duele decirlo, le falló la Creación. Se le salió de las manos. Y si en el desarrollo de la presente investigación esto llega a comprobarse, prometo que no descansaré hasta que se proceda con los cargos correspondientes, en la forma más justa y menos penosa para todos nosotros.

DOS. Contra todos los pronósticos, lo haya buscado o no, lo pueda creer o no, otra vez te amo.

Se llama Martha, es un ángel y está lejos

Hoy me tocó en el lugar más cómodo del taxi, donde se disfruta la ventana más divertida de todas. La de mero atrás.

Queda uno a sus anchas, medio recostado en el pequeño y cálido compartimento posterior del taxi, en los últimos dos metros del rojo animalón. Es agradable regresar de noche, expuesto a la ciudad que penetra entera por el ventanal, tocado por todos los semáforos volteados y el neón del Centro.

Como todo buen viernes, la madeja de gente que atiborra las banquetas no permite caminar aprisa por estas calurosas avenidas, y a veces, ni siquiera es posible decidir el rumbo que uno quiere tomar en su andada, siendo arrastrado sin averiguaciones por el torrente agitado y tropical que bombea incansable, sin piedad, casi siempre en dirección Norte. A mí, por ejemplo, me despacha en algún reducto encantado *No menores de 19 años*, empotrándome rápidamente de espaldas a la pista de baile, encorvado sobre un largo mostrador, donde reposamos una docena de obligados rehenes.

Recupero la calma, llevo con ternura mi mano al pecho y jalo con fuerza, extasiado, el oxígeno del oscuro interior del Adelitas, mi consentido del alto mundo. “Vamos arriba, yo pago el cuarto, güerito, nomás por ser tú”, (No, no se arma, vengo por un rato), “No nos tardamos” (No, gracias, en buena onda).

Con cautela y gestos maternos, extraigo del interior de la chamarra tu persona doblada en un sobre, varias veces recorrida, expuesta a

mis manos sucias. Me interrumpe bruscamente, después de las baladas comercialonas, el inconfundible redoble de “La finca de Adobe”, que retumba en los rincones del Adelitas, repletos de mujeres y obreros recién rayados.

En el acto, quienes llenamos la barra alzamos la barbilla a ojos cerrados, *puerta de encino y mezquite*, embriagados por el acordeón y el bajo de Los Bravos del Norte, *cúdame bien mis amores*, coreando la primera estrofa que todos conocen, *no dejes que me los qui-iten*. Devuelvo las plantas de mis pies al suelo, recobro mi postura encorvada y vuelvo a desdoblarte. *Si tarda mucho mi ausencia...*

Cómo no vino Artuo, caray. A quién puedo decirle que me tienes encantado. Ni modo de enseñarle tu sangre y tu letra a ella, la rubia (que no es rubia) que me ve de reajo desde la cuarta mesita del fondo, quien, por cierto, ya me conoce esta cara: por eso ni se ha acercado a brillarme de cerca con sus lentejuelas.

Como si nunca lo hubiera hecho, te reviso todita, forzando mis ojos a meterme completo en las palabras que escribiste allá, muy lejos, para encontrarme contigo en ellas, siempre transparentes, y llevarme tu voz por el resto de la noche.

Beso tu firma y tu postdata. Vuelve el sobre a mi chamarra, pegado al pecho, y doy atentas gracias, *los quemó con leña verde*, a mi consentido Adelitas.

Las cinco cuadras que distan de la salida del taxi, las navego por inercia, diseñando una estrategia para escalar septiembre, octubre y noviembre sin pasar por las rutas del llano y el resbalón.

“Pedacito de cielo, siento el latido de tu corazón en el mío...” Dos veces un claxon, y se arrima el monstruo colorado hacia una esquina. “Me muero de ganas de verte.” Con gusto me doy cuenta de que van llenos los asientos del frente y el medio. Abro la portezuela y cierro por dentro con un golpe seco. Quedo recostado.

“Sueño con el abrazo de nuestro encuentro...” Tijuana de noche va quedando atrás, toda en mi presencia, en el lugar más cómodo del taxi. Ella, todo lo que tengo, me seduce por escrito en la ventana más divertida que conozco.

“Pedacito de cielo...” La de mero atrás.

Señora Krupps

1

Cuán complejo era el cuerpo de Clara la mala. Sin color, sin límites, sin peso específico. Su cuerpo no era un cuerpo, era una hinchazón. No tenía la voz, el careo, la sorpresa de las niñas del mundo. Por eso la llamaban diferente, por eso la escondían de las visitas, pues los allegados a los Nyala tenían en mente la idea mundana de una ficha de Dios y al verla no sabían si era la niña o la mascota de la casa. “Aquí está, la queremos mucho”, solía decir Clara Lucía, su madre, al presumirla. “Eres una santa”, le respondían, saliendo del cuarto oscuro con un 1 gr. de náuseas en la sonrisa. La niña despedía un olor sabroso, pero inhumano: quien la conoció sufría síntomas regulares, ansias de haber sido tocado, ganas de vagar por la ciudad, precipitadas visiones de odiseas, carnavales, cacerías, banquetes.

Por eso, un acuerdo simple.

—Guardarla.

Tenerla aparte. Lejos del Fuselaje Yankee y el Fuselaje Fox-trot. Lejos del cariño cobertor de Wenner siempre Wenner. Lejos de la ruta comunicante de sabios decires del hogar: “Hierve a tu hermana más leche”, “Dios está de mi lado”, “Si fueras acróbata, amor”, entre otros. Lejos de la costura diaria. ¿Cómo se mantiene a una hija lejos de la costura diaria? Así: privada, oculta, siempre a la mano de Diego Nyala, su padre, quien disponía de su futuro

y acalabraba su presente sin chispas ni arrebatos, o con arrebatos muy contados.

—Encerrarla.

Encerrada la niña, la familia empapelaba el problema como una broma de verano y éste caía al olvido en periodos regulares de confort. Si confort puede llamarse a portar un voluminoso quiste en el empeine por el que uno se enseña a pisar de talón. Si confort puede llamarse a un alma con hemorroides que hace de espíritu parvulario. Los Nyala se obstinaron en hacer llevadera la vida con Clara la mala, la gemela menor, como una distracción de la que casi nadie se percató. Era tan amada y necesaria como un plato de cereal con moras y leche tibia, de los grandes. Un conteo de centésimas. Una abreviatura para especialistas en la tabla del Nutrition Facts. La papeleta *Léase antes de usar* que descubres cuando el artefacto se ha ido a la basura.

—Ella va adentro —decía Clara la buena, su hermana, para acabar de entenderlo.

Mantener dentro a Clara la mala era propiciar caballos.

No un caballo específico, sino la sonámbula suspensión de caballos probables.

Caballos atracados, caballos salitrosos. Clara la mala era un surtidor de caballos, y hablamos de un surtidor generoso. En su vida hubo tantos, que uno bien podría decir caballos encima, caballos de argón, caballos al pie de la música y la danza. Caballos que entran a (y salen de) la Historia del Hombre, como igual reculan en (y huyen a) corrales concretos e indivisos. Caballos de terregosa espuma bucal, de jadeante grupa. Caballos luego existo. Clara la mala es caballos: niña con ademán de palomino, con galanura de frisón, con el despecho de un pura sangre acobardado. Hoy, en las secciones I, II y III de la Orquídea, y en aquellas colonias al Centro y al Oriente de Tijuana donde se le conoció o se le supuso, se habla de Clara la mala e irrumpen, sin remedio, caballos. [Caballos de crin desvaída pillan la Orquídea: deténlos.] Nada más nombrarla, galopa la cuadrilla. [Móntalos: vienen por ti.] No obstante, la niña jamás vio un caballo en la vida. Clara la mala comparaba el interior del cuarto oscuro con el vientre materno, y el largo periodo de encierro, con una densa y totalitaria espera.

Toda espera llega a su fin.

Por pesadez, por alumbramiento, por defecación, llega.

—Siento que no ha nacido —explicaba Clara Lucía—. Mientras yo viva, la espero.

Esperar es la costumbre del fósforo.

Esperar es el orgullo de invertir seis meses de preciosa juventud en un diplomado de Inglés Conversacional: quien recibe el título, apenas articula la frase *You think that's pretty clever, don't you boy?* Esperar es arrimarte a dos moléculas de hidrógeno un sofocante día de sed, con tu jeta de oxígeno. Clara la mala esperó —no puede decirse que vivió, sino que esperó— en el silogismo de su habitación a que un día, cualquier día, Quiensea derribase la puerta.

—Te extrañamos —revelaba su padre, a veces, al deambular por allí.

Cómo no extrañarla. Su desnudez plagaba los ojos de erupciones.

—Estamos bien, Clara —informaba su madre a la niña.

Cómo no estarlo. Ellos eran las alas de una grulla, radiante de blancura, y ella, por su parte, por su cangreja parte, fue la cuarta persona que se procura no enunciar, cuya voz resquebraja la paz como un arpón.

—¡Sáquenla medio día! ¡Se les va a podrir! —gritaban los vecinos de la Orquídea.

—No le pasa nada —aprendió a decir Clara la buena, su hermana—. Ella es un corazón.

—Justo a lo que nos huele —murmuraban.

Un corazón es lo que ofertan espectaculares de febrero y los viejos urbanistas apodan *Yuppie my gang*. El buril de novias figurilla, la facultad graciosa de las nubes, el cuerpo de paletas. Un corazón es solo —y antes— una víscera, una cosa que late, un corazón y ya.

—Mi corazón y mi colina —decía Clara la buena, ya con rabia.

Se acurrucaban los juicios en torno a las gemelas.

—Que Dios por compromiso los perdone.

—Si no, que Wenner los perdone.

—Linda culebrita pobre niña.

—Linda articulación.

Cómo criarlas. Por qué criarlas. Quién y dónde iba a criarlas.

En la infancia, es más: desde recién nacidas las gemelas, e incluso antes de nacer y de ser concebidas, Diego Nyala apreciaba el consejo de amigos, vecinos y compañeros de oficio. Todos parecían conocer la solución. No obstante, Diego nunca escuchó dos consejos iguales. Su debilidad era atender la sabiduría de Wenner siempre Wenner y el cálculo de lo que le dirían, si pudieran, sus antepasados. También hacía caso a la voz taimada de sus Fuselajes de confianza —el Fuselaje Bereber y el Fuselaje Przewalski lo fueron durante años, antes de que Diego y Clara Lucía adoptaran al Fuselaje PoxOx—, al rapero discurso de las galletas de la suerte y a los majestuosos *Indeed* de Omar Little, en pos de una idea concluyente.

—Trátala como a los pájaros —sugería Beatriz Cabada, una de las vecinas.

—No es una niña, es una capa de torear —ametrallaba la señora Krupps.

Diego disputaba seguridades con la noche, armado de yelmos e islas. Tijuana devenía, plena de alegorías. El aroma infecto de la Orquídea no era mucho peor que la fetidez clásica de la Calle Ermita esquina con Díaz Ordaz, hedionda a brioche con pis, a boñiga y nieve de garrafa.

—El futuro no entrará por esa puerta —se lamentaba Wenner siempre Wenner cuando iba de visita, acariciando a la gemela mayor—. No porque no quepa, Diego. Sino porque, si asoma una pestaña, ustedes le escupen.

Por mero respeto a Wenner siempre Wenner, Diego se contenía.

Su memoria era un crisol vidrioso, y estaba atiborrado.

—Qué hacemos entonces —suplicaba Diego con serenidad, desbala-gando la cucharita en el café Beauty Queen.

—Haga lo que pueda —recomendaba Wenner siempre Wenner—. Dedíquense a vivir.

Clara la mala se dedicaba a vivir con la ventaja de ser un diez por ciento.

Diego Nyala se abría camino entre las rocas. De las rocas emanaban caballos.

2

Clara la buena avanzaba a toda vela rumbo al apellido Nyala. Clara la mala pastaba en un banco flotante de sargazos. Cuatro generaciones atrás, los pioneros de la familia erigieron la estirpe Nyala; la tributaron de mil formas, con sus estafas y atajos. Los nietos jugaban el rol de diques; los hijos, de poleas. Si a esas vamos, hubo tíos, cuñados y tíos políticos que fueron antorchas y rampas, por decir lo menos. Un panorama de consanguinidad que a Diego no le fue sencillo tener a la vista, mucho menos aceptar. Integrar a las gemelas en aquel árbol genealógico —de por sí resbaloso— resultó en un colosal desgaste. Además, ¿a qué prado, en su conjunto, le conducía este esfuerzo? A ninguno. Los antepasados Nyala salían y entraban en el tiempo como entrar y salir a un vertedero industrial.

Diego se afanaba en fincar su familia como Palacio de Rotterdam.

El magnífico poliedro que uno asume como Palacio de Rotterdam, con amplios salones de mármol, lleno de calabozos.

Sin conocer acaso Rotterdam.

3

Anclado a su apellido, Diego vivía consciente de él. El término *consciente* se revierte por *harto*. El apellido Nyala era una fatalidad explícita y esbelta que parecía vivir en casa, tumbada en el sofá. “Mi apellido duele, en verdad duele”, aseveró Diego en la única ocasión que dedicó tiempo a hablar de ello. Se lo confió a Feleoni, periodista y vecino, buen amigo. Esto sucedió un mes antes de la tormenta, en el momento apropiado: Clara la mala permanecía encerrada, aunque ya no vivía sola, gracias a que Diego y Clara Lucía adoptaron al Fuselaje PoxOx, que vino a hacer de sostén.

¿O no hizo de sostén?

¿Fue un mausoleo?

En fin, fue una noche de octubre, día sábado. Diego acompañó a Feleoni a recoger su auto a un taller de Vista, California. De regreso, se detuvieron a comer en el Famous Dave's. Ambos bebieron un par de

Samuel Adams. Feleoni se despachó un robusto T-bone, y Diego, una *Devil's Spit Burger* que ingirió en tres furibundos ataques.

La charla inició con fumarolas de tabaco, aros de cebolla y alitas en BBQ.

Ocupaban una mesa justo debajo del eslogan del restaurante: *“Come como un cerdo!”*

Diego habló de su familia con apertura insólita. Confió exageradamente en Feleoni, sin entender por qué. La confianza subió de tono en la Interestatal 15, rumbo al sur. Cuando cruzaron a Tijuana, Diego y Feleoni lloriqueaban por motivos dispares. Prolongaron la sesión en la sala de estar de los Nyala. Habían bebido y hablado de más. Se juraron exageradas lealtades.

Para el italiano, la charla fue una rica entrevista.

Para Diego, un acto de restauración.

4

Feleoni Scandella era friulano de origen, nacido en Montereale Valcellina, cerca de Venecia. Periodista jubilado del *Corriere della Sera*, en los años 1970 se repatrió a Belice, ciudad natal de su madre, y posteriormente a Magdalena, Sonora, donde se casó y echó cierta raíz.

Tras la ósmosis matrimonial, la raíz se fragmentó.

Divorciado, Feleoni se mudó a Tijuana en busca de un espacio como reportero en Radio Z-13, negociación que tenía firme y al final se cayó. Decidió permanecer en Tijuana y rentó una casita en la Orquídea. Consiguió unas horas como profe de asignatura en dos preparatorias, lo que le permitió mantenerse y dedicar las noches a su verdadera afición, editar revistas culturales de factura artesanal. Una de ellas fue *Inquilinópolis*, también conocido como *Yoga 26*, el boletín del Comité de Vecinos de la Orquídea.

Los vecinos de la Orquídea se sentían francamente halagados de que un periodista europeo se interesara en los engranes de su vida. Leerse en las páginas del boletín daba a sus vidas otro sentido. Hasta que el italiano publicó acerca de los Nyala.

Aquel sábado del Famous Dave's, Diego confió profundidades de su historia a Feleoni. El italiano aprovechó la confesión por partida doble, pues no solo dio forma al artículo central con la genealogía de los Nyala, sino que, además, salió de dudas acerca del negocio de los Fuselajes, un tema por demás hermético en la región, del que Diego era especialista.

¿Qué llevo a pensar a Feleoni que Diego Nyala se sinceraría con él? No lo sabemos. Entre el *freeway*, la hamburguesa y el alcohol ingerido, Feleoni sintió que las coyunturas de su amistad con Diego cedían, flaqueaban. Pasaron casi todo el día juntos, desde la salida de Tijuana muy temprano y el traslado al taller de Vista, hasta el regreso, la cena y la reclusión en casa de los Nyala. Cuando Feleoni lo estimó oportuno, propuso a Diego que el producto de su conversación —aderezada con los datos que él, en otras averiguaciones, lograra conseguir— se publicara en *Yoga 26* a manera de crónica. Diego aceptó y le dio plena libertad para construir el texto.

Feleoni se frotó las ternillas. Creció su atrevimiento y quiso saberlo todo.

—¿Qué hay del velero, Diego?

Diego vaciló.

—¿Velero? No seas imbécil —respondió Diego—. Mi hija es un relojito.

—Pues está detenido a las 4:40.

—¡Cómo te atreves!

—A la otra. Me refiero a la otra —corrigió Feleoni.

—Ah —se dijo Diego—. Ah —se repitió, considerando el cuarto oscuro; era una distinción dolorosa—. Ah, ah —cuántas veces lo dijo?

Feleoni intervino:

—Olvidalo —y moderó el tono—. Háblame de los Fuselajes, Diego. Dime de qué van. Quiero saber cómo se embarcan, quién los programa, qué los hiere. Dímelo todo. Háblame primero de los Fuselajes y después háblame de ti, de tu familia.

—¡El gato de Marlowe! —gruñó Diego.

—Así es —respondió Feleoni, sin captar la referencia—. Anda, haz disparos al aire.

—Disparo lo que quieras, pero de mis disparos no caen balas —aclaró Diego, molesto.

—Qué disparates dices. ¿Estás enojado?

—La furia es una energía —recompuso Diego, y alzó la Samuel Adams—. Salud.

Chocaron las botellas de cerveza. Sonaron los cristales.

—Esto sabe cojonudamente bien —dijo Diego.

Dicho esto, deshiló un discurso exorbitante. Feleoni lo capturó en su memoria inmediata. No le fue suficiente, así que llenó de anotaciones una pila de servilletas, una hoja que desprendió de un cuaderno sin preguntar, una factura de la CFE y un billete de dos dólares.

5

Hasta ese sábado de octubre, Feleoni dudaba de la fiabilidad y la consolidación de los Fuselajes en una economía de sótano como la mexicana. A partir de esa productiva velada, quien conoce a Feleoni sabe que es un febril promotor de este noble mercado. “Quien no estrena uno”, afirma hoy, según dicen, “es porque ya lo tiene, o porque aguarda el lanzamiento del nuevo modelo”. Wenner siempre Wenner asegura haber escuchado a Feleoni decir: “Abstenerse de ellos es cosa de viejos.” Fuselajes aparte, la relevancia de aquel sábado para Feleoni fue monumental; su nombre se popularizó entre los vecinos de forma inmejorable.

Conversaron seis horas. Agotada la cerveza, Diego tamborileaba una taza con café Beauty Queen, haciendo un sonidito con los dedos. Al hablar plegaba, franqueaba y cruzaba las piernas.

En su crónica, Feleoni equiparó tal movilidad de Diego con los síntomas de la polio.

En primer término, Diego dedicó un largo periodo al binomio Nyala Vitela. El Nyala paterno de largos fémures, el Vitela de su madre en lonjas de carnaza. Uno y otro apellido se empujaban en el banquito de su identidad, restándose equilibrio. Para facilitar la reconstrucción autobiográfica, Feleoni propuso a Diego reducir la explicación a un mapamundi. Disperso como era, a Diego le vino genial.

—Veamos —comenzó Diego—. Los Nyala conquistamos el orbe, lo llenamos de nombres y banderas. Antes que nadie, mi abuelo. Puso a

Jericó en la mesa, para que entendiéramos.

—Claro, Jericó —asintió Feleoni, atento a no perderse en la lógica de Diego. Sintió que tambaleaba—. A ver, ¿Jericó? Quiero entenderte. ¿Una ciudad extinta?

Diego devolvió el búmeran:

—Extinta, como pronto lo estará Tijuana —respondió, con un batir de córnea—. Mi abuelo puso a Jericó en el mapa: los tranvías, el salón de actos, los avisperos en el ático. Seguro que me entiendes. Mi abuelo tenía ese toque de “mañana temprano” que dicen que tuvo Jericó.

Feleoni intervino, jugando su papel de editor.

—¿No te estarás refiriendo al Florido, a Montevideo o a Culiacán?

—Jericó, dije —martilló Diego—. Era mi abuelo, ¿qué me queda? A él le tocó vivir. A nosotros nos toca lo demás.

Feleoni se detuvo. El silencio entre ellos cristalizó, formando grumos.

Diego dio un candoroso sorbo al café Beauty Queen.

El italiano tomó alguna nota y prosiguió.

—Bien, ése fue tu abuelo —aceptó Feleoni, subrayando algo—. Sigamos con tu padre.

—Mi padre fue un continente que confundía lo grande con lo bueno —declaró Diego sin titubear—. Una cosa sin orillas. Fue mi Nueva York. Estuve unas horas en el aeropuerto de Nueva York y créeme que le vi el cogote. Te juro que así era mi padre, Agustín de la Nyala.

—Cómo.

—Un tipo engargolado y solar. Con azoteas de cinco en cinco.

—¿De cinco en cinco qué?

—Aquí debería entrar el coro —arbitró Diego, a disgusto.

—Tranquilízate —concilió Feleoni, para no inhibir a su informador—. Estoy de acuerdo en que fue Nueva York, me queda claro. No discuto lo que fue tu padre, mucho menos lo que hizo.

—Es que no hizo nada, y lo que hizo, lo dejó en mis manos.

El cuerpo de Diego se transformó en estatua de sal, con sus calderas y pozos de polvo.

Un milisegundo después volvió su corazón a aspirar e impeler, aspirar e impeler.

Salió de la sala un momento y regresó con una pila de fotografías. Algunas se las llevaría Feleoni para retocarlas e incluirlas en *Yoga 26*.

Diego hablaba con fauces en las manos.

—Soy el Nyala de quien dependen los vivos y los muertos —se quejó, y temblaba—. Me llena de saña tomar compromisos que nadie me explicó, que no firmé. Compromisos con los que ni siquiera estoy de acuerdo.

Feleoni cuidaba sus palabras:

—Cierto, qué duro. Y ahora las niñas, ¿no?

La mirada de Diego era un garfio.

Atravesó a Feleoni varias veces.

Un vórtice de humedad flirteó con el atardecer, subiéndole la falda. La tormenta se irguió a unos cuantos kilómetros de la ciudad.

Tijuana movilizó a los pájaros.

Diego abordó el tópico de los Fuselajes como se aborda a un búfalo. Dejó bastante claro a Feleoni qué tenía de especial dedicarse a personalizar, reparar y comercializar Fuselajes. Marcó un irritante énfasis al referirse al Fuselaje PoxOx. Confió a Feleoni el porqué decidieron que el Fuselaje PoxOx viviera con su niña. Por otro lado, le explicó qué determina el precio de tajada y el valor de dirimidad de un Fuselaje estándar, como el Fuselaje Adelaida, tan popular en Ensenada. Feleoni entendió lo que se dice nada. Diego le confió el límite subrogado que pedía a sus clientes al adquirir un Fuselaje con luz interior, como el Fuselaje Nevermore, muy vendido en California, uno de los más caros. Describió el catálogo de los Fuselajes vigentes, yendo y viniendo a su historia de familia. [Los caballos danzan en la ribera.] Enlistó para Feleoni hasta cuarenta nombres de tíos, tíos políticos, cuñados, concuños y compadres de varias generaciones, que el italiano no fue capaz de memorizar: los jerarquizó como pudo, a tientas, con notas apresuradas. [La ribera danza en los caballos: ¿esto te decepciona?] Pidió a Diego fotografías de sus antepasados; muchas, todas las que tuviera. Quería asimilar cada rostro, cada rol, cada bifurcación. Adecuar a su texto las encrucijadas de aquel laberinto de acreedores y sombras.

—Éste es Gaínza, el chofer de mi papá —añadió Diego, mostrando a Feleoni una foto de Lucho Gaínza—. Fue un ángel con los niños.

Clara Lucía despertó. Supuso que Diego tenía una fiesta y, al escuchar el alboroto, calculó que hallaría en la sala un gentío. Asomó por la puerta entreabierta: se sorprendió al ver que se trataba solo de dos personas. Entró al baño de su recámara. Se lavó las manos como le gustaba: con fuerza, entre los dedos, los nudillos, hasta el codo. Se frotaba con fastidio pues, del jabón Zest que tanto le recomendaron y que no le pareció gran cosa, apenas quedaba un quinto, una pastilla picada y con cabellos. No se animó a tirarlo; le sacó provecho, juzgándolo con severidad. Se enjuagó, se secó. Salió del baño y de su recámara.

Al aproximarse y saludar, Clara Lucía embelleció la escena.

Justo hablaban de Gaínza.

—Sí, los paseaba en carrozas —completó ella.

Clara Lucía se sentó entre Diego y Feleoni, interesada en el tema. Se frotaba las muñecas con crema, repasando las fotos. Con una claridad que ni Diego ni Feleoni esperaban, ella añadió pliegues inauditos a la reconstrucción de su familia política. Describió primores ocultos, ató parentescos que Diego no tenía claros. Azuzó nombres como tigrillos, relacionó con habilidad a fulano con zutano. Diego la escuchaba, como si su esposa disertara sobre la vida de un tercero.

Las rodillas de Clara Lucía surgían y se ocultaban bajo la bata guan-ga que le servía para dormir, con ilustraciones de Ziggy y su cotorra Josh. Feleoni siguió los movimientos de Ziggy con cautela. Saboreó esas rodillas; quería morderlas. ¿Qué tan férreas, qué tan mansas, qué tan lejanas eran? La resolución a ese tridente cualitativo —supuso el italiano— anidaba al interior de cierta uva, en cierta parra de la próxima cosecha del Valle de Guadalupe. Clara Lucía se acuclilló ante una fotografía, y en la bata, Ziggy tomó de las alas a Josh, desplazándolo colina arriba. Feleoni tuvo a la vista las rótulas de Clara Lucía. Toda su blancura, toda su redondez. Le hormigueaban la impaciencia, la anarquía y la libido como un trío de *free jazz*.

Quiso callar a Diego y olvidarse de *Inquilinópolis*, largarse al terregal de los viñedos y dedicar el mes de noviembre a hurgar entre las parras, reventar las uvas una a una.

—Gaínza, qué nombre —dijo Feleoni, acomodando el cuerpo—. ¿Dónde lo ubicarían?

—Lejos. Una localidad austral, de poca luz —apuntó Diego—. Digamos que fue Ensenada. ¿Ensenada, Lucía?

—Ensenada no está lejos —repuso Feleoni, confundido.

—Por supuesto, Ensenada —accedió ella—. Si tu abuelo puso a Jericó allá, Gaínza es Ensenada.

Diego acabó abatido. Al verlo ahí, como un descalabro de lo que fue horas antes en el Famous Dave's, Feleoni lo equiparó a las avispas que atacan para clavar el aguijón y, si lo clavan, entregan también el intestino.

—Si Gaínza es Ensenada, nada nos queda —secreteó Clara Lucía.

—Dímelo tú —balbuceó Diego, y dirigió una mirada inquietante al cuarto oscuro—. Nos queda ella.

El italiano sintió que la pregunta iba dirigida a él. Le incomodó, pues no conocía a Clara la mala.

—Ven —dijo Clara Lucía a Feleoni, llevándolo al cuarto oscuro.

Se la mostró.

—*J'zz daaah, fzmamm bari-zeemzh* —expresó la gemela menor.

—Qué ciudad será —rezongó Clara Lucía, tirada al deconsuelo.

—El África que llevan dentro —dijo Feleoni por toda respuesta.

El italiano salió sin despedirse. Como hacían todos.

En su cabeza florecieron odiseas, carnavales, cacerías y banquetes.

Cruzó la calle y entró a su casa, tocado por la ocasión.

Dedicó tres días a transcribir y estructurar su crónica, solo por el gusto de argumentar, considerando asimismo el bien superior para los habitantes de la Orquídea. Le envolvía un espíritu bicéfalo: de orgullo y de sospecha. Gracias a la confesión de Diego y Clara Lucía, y a su probada facultad periodística, la historia de los Nyala sería vista y dicha por primera vez en *Yoga 26*, consultable por los siglos de los siglos.¹

Cuando al fin se imprimió y publicó, Diego leyó la crónica con los nervios puestos en un cocotero. Éste sería el primero de tres vértices resolutivos para la familia, y para la niña. Los otros dos llegaron

1 Feleoni, Bruno. “¿Qué tierra es ésta?”, en *Inquilinópolis/Yoga 26*. Alejandro Urzúa (coord.). Ediciones Sitatunga, vol. III, núm. 2, México, noviembre de 1996.

coincidentes. La adopción del Fuselaje PoxOx y la entrega de llave a la señora Krupps.

6

El mismo día del nacimiento, Abel Omar Quillet, ginecólogo y vecino de la Orquídea, advirtió a la pareja: “No le crean nada a esta niña.” Clara Lucía parió gemelas, pero había contado a seis recién nacidos salir de su cuerpo. Juraría que el 3º, el 5º y la 6ª eran los más grandes y pesados.

—Los querré tanto —suspiró—, a ella, a ella, a él, a ella, a él y a ella.

Sumido en una bata que le prestó Quillet, y aconsejado por Wenner siempre Wenner, Diego fue testigo del parto. Nunca se figuró cuánto amaba la arena, el mobiliario de caoba y la escala fonética del clavicordio como en esa noche epifánica. Lo mucho que se identificaba con los persas, que eran caballos en su fe, caballos en sus pleitos, y quienes, gracias justamente al estribo de los caballos, conservaron su tierra, hasta que presencié la fábula del parto.

Pasado el alumbramiento, Diego se retiró el cubrebocas y validó personalmente las notas del doctor, en fino membrete del Hospital Mayhem. En ellas se leía: *Un par de gemelas. Hembra-Hembra. Condiciones nouvelle.*

—Salgo, Lucía —dijo Diego a su mujer, y salió del quirófano.

Cada lunes amanece.

Siempre.

El río mascaba fajos en el puente Ofelia al ras del caserón de la familia Nyala. Fajos que Eudora Welty describiría: “En todo caso, la luna.” Nadie rondaba la casa de los Nyala, nadie lloraba por nadie.

En el Hospital Mayhem, la enfermera más joven llenaba sus 23 años con el nombre Miridal Turquía. Pausa. La merece Miridal Turquía. Tobillos masticados, cejas a la altura de palcos, voz de carnero y un humor que precipita las fiestas. Fue Miridal quien tomó la decisión inicial en torno a Clara la mala, apenas recibirla de manos del doctor.

—Cárguela con cuidado —le pidió Quillet— que se desbarata.

Miridal dominaba el oficio y acató la orden del médico, cubriendo a la niña con una gran frazada. Pensó: “Niña del océano, apestas.” También pensó: “Muchacha de agua.” Frazada y recién nacida eran movimientos de río en brazos de Miridal Turquía. El bulto de la niña le pesaba nada, un poco más, e iba a pesarle tanto, cuando un anhelo la mojó.

azúcar

mujer

dormida

El aviso fue instantáneo.

La volvió unitaria, última, única.

La cobijó en una potente nube gris gris gris.

Le recordó que la ciudad es un armonio inmenso donde las farolas acarician a los hombres solos: hombres por vocación, solos por desgracia. Hombres de lento arder, como a Miridal le gustan la venganza, la músicaailable y las carnes rojas.

Con la niña en brazos, Miridal deliberó que Tijuana no crece, sino que gotea.

Y si verdaderamente crece, es porque verdaderamente gotea.

Consideró ir el próximo sábado a reflexionar aquello a un bar de furioso balance.

A orillas de la ciudad, donde emerge el Hospital Mayhem, Miridal comprendió el valor de los durmientes ferroviarios, el peso de las trincheras y el grosor de las canoas. Disfrutó el alegato en los cuentos de Hubb, las tiras cómicas de forro simple, las dinámicas de niño autista y las novelitas *bread*, entre otras cosas.

En la cafetería del hospital, Diego formaba un gusanillo de papel con la envoltura del popote. Le dejó caer una gota de café Beauty Queen, y al percibir el líquido, el gusano de papel viró con un torzón delicado, tomando cuerpo.

Miridal supo más.

Que la ciudad es un estuche para bárbaros, con admoniciones que dicen, más o menos, y a gritos: *¡Raus raus, fila fila! ¡Raus raus!* Que somos tan plásticos y generosos que lo mismo da llamarse Miridal Turquía que Janine Lindemulder que Laura Palmer. En definitiva, que hay

más calor al roce del asfalto, el vino hecho para jurar y el barbarismo de los Brasher Doubloons, su banda favorita, que en la opacidad de aquel edificio con olor a xilocaína.

—Basta —se venció.

Tiró la frazada (con la niña) al cesto de basura.

Salió al pasillo.

Recorrió como una peste las áreas de Maternidad, Archivo y el Cuarto de los Tristes. En la ventanilla contable Miridal arrojó un sobre con \$25 pesos, que la obesa recepcionista donó esa misma noche a la NAAFA². Ya en el bulevar, Miridal respiró las veces necesarias y una más.

Detuvo a un taxi. Al subir, pidió al conductor: “Siga por favor a los gansos.” Seguir a los gansos es bailar al interior de un pimientero con dos estolas al cuello. Seguir a los gansos —pensó el conductor del taxi— es lo que mi abuelo solía llamar enramaje, esa angustia de sábanas que justifica dinamitar Arrakis e incendiar Dublín, pero ¿también Tijuana? ¿Hay que dinamitarla? ¿Cómo seguir a los gansos en Tijuana?

La tarde era violeta.

Un violeta alienado, ovíparo.

A las siete y media, con los ojos a media asta, las piernas torpes como un trípode y el alma en plan de rebelión, Miridal Turquía descendió del taxi en un recodo del fraccionamiento Soler, en casa de su hermana Ceci.

Ceci volvía de trabajar cerca de las diez.

—Pasa, pasa —dijo su cuñado a Miridal, con suavidad, para no despertar a Aíko.

Los mercaderes de biblias parecen ángeles.

Pero son mercaderes.

7

El camino de las gemelas fue claro desde el primer momento. La mayor se manifestó puntual. Ocupó el vientre de la incubadora por un

2 National Association for the Advance of Fat Acceptance.

gesto hospitalario de cortesía, pues la niña cumplía y superaba todos los estándares. En cambio, rebasada y oblicua, la menor dormía en el cesto de basura, bañada en salsa amniótica y cachitos de papel. El doctor Quillet no la perdía de vista. Miridal lo abandonó con las últimas tareas y se ocupaba en lavar el instrumental.

—Déjela un momento —dijo Quillet a Diego, cuando éste se agachó para sacarla—. Y por favor, no le llame *Miridal* con de, *Séfira* con ese, *Brendah* con hache, etcétera. Piénselo mejor.

—Por qué habría de hacerlo —rezongó Diego.

A falta de más, hizo caso al doctor. Confió un poco en él, y otro poco en un hit de Saint of Outlet que en esos días acalabraba las listas preferenciales en MTV. Dejó a la gemela menor en el cesto de basura y salió del quirófano, incómodo por la ausencia de Wenner siempre Wenner en un día tan especial.

Antes de salir, se inclinó sobre la cuna y se dejó humedecer con el brillo de la gemela mayor. “Viven”, murmuró. Cerca de la puerta, y a punto de salir, Diego sopló un beso que orbitó encima del cesto de basura y se dirigió en parábola hasta el ducado de Clara Lucía, dudando si explotar o aterrizar.

Clara Lucía rebobinaba lo vivido. Estaba medio ida:

—Los demás —recién nacidos, que contó en exceso.

—A dónde fue —Miridal, que se batía con el cuñado.

—Cómo está —la gemela mayor, que dormía preferente.

—Dónde cayó —la menor, que buscaba a su hermana entre la basura.

Aíko, hija única de Juanjo y Ceci Turquía, entró a su recámara y vio a la tía Miridal jugando con papá. Dejó su mochila en el suelo. “Papiiii.” Ceci venía bajando del Tempo: soltó las bolsas del mercado cuando escuchó la noticia en labios de su hija. “Lo sé, déjalos, súbete, vámonos”, dijo en ráfaga, tomando a Aíko de la mano. Volvieron ambas al auto. Franquearon el puente Ofelia, pensando si... Ceci tuvo que frenar. De lo contrario, habría arrollado a la señora Krupps, que paseaba a su mastín.

La noche asaltó el Hospital Mayhem, deshebrada. Una noche débil, pero qué más da.

*rota, pero qué más da
larga, pero qué más da*

En la panza del quirófano, Clara Lucía relajaba la propia.
La sesión fue prolongada y anómala. Pasadas las nueve, terminó.
—Viven —se repetía Diego.

En el riachuelo de aguas negras, dos mulatos especularon de más en la aduana del beso. Bajaron al puente Ofelia a espinarse los pies como cada noche. Babeaban. Todo callaba a su alrededor: la voz sintética de los predicadores, el tocacintas de los Frías Inchelli, el búnker de la señora Krupps. “Ven. Gracias. Acá. Te quiero”, gemían los mulatos, vinculados a un *slurp*. La medianoche se posó en la pareja de bronce que retozaba mecánicamente con sus genitales, vigilados por el Fuselaje PoxOx, oculto tras un arbusto. Como oxidador de alto rendimiento —un modelo hoy discontinuado—, unos añitos antes de ser rescatado por Diego, el Fuselaje PoxOx se hidrataba en los charcos dejados por la lluvia, los meados de perro y las secreciones del mar. Cada noche contemplaba a la pareja de mulatos: procesaba en código binario sus cuellos de ébano, su espalda rutilante, sus miembros yuxtapuestos, sin irrumpirlos ni dejarse ver.

De vuelta al Hospital Mayhem.

—Listo, señores —dijo Quillet para nadie.

Se agachó, dispuesto a extraer a la niña del cesto de basura. La halló debajo de un pliego de cartón corrugado y películas de celofán. Deseó tener a la mano el fórceps.

La niña comenzó a llorar para quedarse allí.

Una verdad natural le dijo que salía del útero materno.

8

Las primeras fotografías de las recién nacidas muestran lo de esperarse. Los padres, la abuela materna, los vecinos de la Orquídea y Wenner siempre Wenner. Todos posando con el par de bultos iguales.

Otra vez.

Las primeras fotografías de las recién nacidas muestran lo de esperarse. Los padres, la abuela materna, los vecinos de la Orquídea y Wen-

ner siempre Wenner. Todos posando con el par de bultos casi iguales. Uno contenía a la bebé que tanto salió a la mamá; el otro, a la que no. El primero aludía al centelleo Nyala y a la blusa Vitela. El otro remedaba a la pulpa.

Clara Lucía gustaba de recostarse con sus niñas: observaba a la mayor entre oboes, flautas y ensamble de cuerdas. Al voltear con la menor, interrumpía un trombón. Como hinterrumpe una falta ortográfica.

Al cabo de un mes, Diego contenía el entrecejo. Clara Lucía tensaba la mejilla izquierda; se daba cautos mordiscos. Sus hijas eran algo hermoso, aunque distinto: una flor y un moño. El cuerpecito de la gemela menor iniciaba aquí, se acodaba allá, vacilante, giratorio, y retomaba el vaivén, infinita.

“Niña.” La niña dolía.

“Chiquita.” Resbalaba de verse.

“Acá, hija.” Diego pasaba horas adivinándola.

“Ella es distinta”, explicaba Clara Lucía.

Distinta era un enjambre en sus cabezas. Nadie entraba a detenerlo.

9

La familia de húngaros se mudó a la Orquídea en el otoño de 1986, cuando las gemelas cumplían tres meses. Wenner siempre Wenner los conoció semanas antes. Se sintió responsable de anunciarlos en un sermón dominical, describiéndolos como “el prójimo que necesitamos en la Orquídea”. Esto despertó en los vecinos un afecto singular hacia ellos. Porque durante años fueron *Ellos*. Se sabía que entendían el español, pero nadie supo si lo hablaban. Se vio que eran gregarios, buenos administradores, y que eran seis: cinco varones de complexión arriera y una mujer de titanio, la señora Krupps.

Las hojas de magnolia y de abeto tostadas al sol, que cada año caían de las ramas, deshidratadas y vencidas, ese año se comportaron distinto. Sobrellevaron la caducidad, sin soltarse. El otoño en la Orquídea parecía confundido, ansioso por recibir la instrucción final. Equilibrio y angustia dominaban cada higuera, y todas iban repletas. [Hay caba-

llos. Están cerca.] No solo las higueras: árboles frutales o criptógamos, todos se arqueaban, preñados. Naranjos y magnolias se hinchaban de vida, empujados a una durísima gimnasia, sin soltar sus frutos ni ceder una sola hoja.

A poco de su llegada, una actitud de los húngaros extrañó a los vecinos. Jamás activaron los circuitos eléctricos. Como podía, Wenner siempre Wenner tranquilizaba a la comunidad en el sermón dominical. Diego supuso que la omisión de los húngaros era involuntaria, un síntoma de la no adaptación, y para caerles bien, subió el interruptor general desde la banqueta. Las habitaciones se bañaron de luz blanca. Un hombre de rostro mineral asomó por la ventana y rechazó la intromisión de Diego con locuciones difíciles. Cerró la ventana y procedió a reventar los focos.

Sucedían los meses, el primer año de las niñas. Lejos de asemejarse, las gemelas devenían en sentido contrario. “Nos trajeron paz”, solía decir Clara Lucía en el periodo de lactancia. Diego creía escuchar: “Mete los pies en hielo, imbécil, larguémonos de aquí.”

Al cumplir los tres años, la gemela mayor pedía de comer en español e inglés. Se encucillaba al sentir el cepillo. Aplaudía por cada Fuselaje calibrado por Diego. Repetía sencillos parlamentos de *Horton Hears a Who!* Ante la pregunta “¿Tienes hambre?”, ella respondía: “Bombín”. La menor, en cambio, se divertía bajo nudos. [Caballo anguila, caballo pez: devuélveme a mi hija.] Metida en sus cobijas, era un raspón en esta historia.

Encima del raspón, prospera una roncha.

10

A la edad de cuatro, cuando Diego se obsesionó con las manías del Fuselaje PoxOx, la renovación llegó. “Ven, caminante”, dijo Diego al Fuselaje PoxOx, al sorprenderlo mientras se hidrataba en un terreno baldío. Al acercarlo a la gemela menor, notó que en el Fuselaje PoxOx había severas dudas. Y cómo no. Después de todo, la niña era un ejemplo y un espécimen, no entendemos de qué. Aún así, el Fuselaje PoxHoj iba a encariñarse con ella.

Diego lo hizo permanecer con la niña por horas. Después, por varios días.

Al ver que convivían, se comprometió ante la SEDESORF³ por la custodia íntegra del ejemplar. Firmó la tenencia por un periodo de cinco años, con opción preferencial de compra. Llenó tantos formatos como le solicitaron. Pagó el impuesto por derechos de ventilación, arbitrio y volumen extendido, con garantía para cubrir terapia y refacciones. Adecuó la casa según la normatividad vigente en la materia, con estaciones de carga, barandales, canaletas y filtros.

Para Clara Lucía, la adopción del Fuselaje PoxOx no fue una medida armónica, sino una vil táctica disuasiva. A fin de cuentas, la niña perdía irremediablemente los rasgos familiares, al tiempo que se diluía en otros. A Clara Lucía le aliviaba saber que su hija menor y el Fuselaje PoxOx merodeaban juntos por la casa.

—Eres tan breve —le decía, cuando escasamente la abrazaba.

La niña era un trozo de débito. Uno podía jurar que, de llegar a vieja, la existencia se prendería a sus costillas con el eslogan “Fracasé”.

“Niña.” Pedazos.

“Oye, tú.” Caballos.

“Mi niña.” Fragmentos, piedras.

Cierta tarde en que Diego cepillaba al Fuselaje Buga [“Desfigúrame”, piensan los caballos. “Apíadate de mí.”], observó a la niña de reojo, y su mirada se fue de largo, sin asidero. Clara Lucía emergió de la cocina e hizo lo propio: se agachó para cargar a la niña, y no pudo. Un chiflón de música ligera se la arrebató. La gemela mayor intervino; quiso ayudar a mamá y se dio de bruces con un monje calcario, a quien no habíamos mencionado y del que jamás volverás a saber.

Diego soltó el cepillo. Al perder contacto, el Fuselaje Buga seseó unos segundos y se apagó.

Al incorporarse, Diego se vio a sí mismo, avejentado y miope en sus últimos días.

—Dios mío —resopló.

3 Secretaría para el Desarrollo, Ornato y Regulación de Fuselajes.

Metió a la niña y al Fuselaje PoxOx al cuarto que servía como bodega de tiliches, donde pasaron la noche.

Una noche que duraría seis años.

11

Luego de un largo viaje en el que ha aprendido ciertas cosas, el agua que baña las columnas del puente Ofelia burla los juncos de la orilla. Además de los juncos, el agua burla neumáticos, cadáveres, coronas de cartón con el logo de Burger King, huaraches y jeringas.

Diego permanecía en vela. Le atormentaban preguntas.

¿Por qué seguir llamándole así, Niña, y no Ella, Cosa Linda o Shhh? ¿Qué es —se decía—, que husmea el casimir y la herbolaza, y sigue a la nada sin hilos, y entra en el agua?

En el quinto cumpleaños de las niñas, Diego le arrebató su apellido.

—Ya lo pensé —declaró—. Díganle Clara, a secas.

Clara Lucía lo rechazó:

—No no no. En esta casa hay demasiadas Claras.

—Mamá, no grites —suplicó la hermana buena—. Ella es mi Clara mala.

A todos agradó la propuesta.

En adelante, llamarían Clara la buena a la gemela mayor, de piel nívea y estatura libre, y a la otra, Clara la mala. “Ella vive contenta”, decía la buena. “Ella puede ser bonita”, y señalaba el muro. “La casa es un Hogar”, empezó a decir después, conforme creció. “Es de una sola planta y tiene rincones fríos; la mantenemos limpia, como el corazón.” La gemela mayor comprendía que el retablo de caoba en el que se lee *Clara Lucía*, colgado sobre la puerta principal, servía para que todos conozcan el nombre de mamá. Un retablo con el nombre de su hermana, que nunca hubo, serviría para tener presente que las cosas guardadas son mejores que las cosas sueltas. “En el ropero almacenamos escobas y botes de pintura; en la sala, un ventilador y la maceta que trajeron los húngaros”, se decía Clara la buena. También: “En el cuarto oscuro hay pieles, escopetas, pólvora, una caja de herramientas, el Fuselaje PoxOx y mi hermana.”

Eso y más racionalizó la gemela mayor, cuando se enteró —con una fiesta en la que abundaron máscaras y globos de artero diámetro— que llegaban a su fin los conflictos vecinales, la burla de sus compañeros y la presión pontificia de Wenner siempre Wenner.

En adelante, ella sería la niña de la casa, y la hermana que está dentro, sería justo eso. La hermana que está dentro. Nada más, y nada menos.

—Mamá.

—M.

—Mamá.

—Dime.

—¿Qué hace? ¿Con quién habla? —preguntaba la gemela mayor.

Su hermana era una ojiva. Media ojiva.

—Nada. Con nadie —enfriaba Clara Lucía.

Un caballo abrevaba en el puente Ofelia.

—*J'zz daaah, fzmamm bari-zeemzh* —farfullaba la menor.

No era un sonido agradable. Había que soportarlo.

A veces, el balido de Clara la mala elongaba hasta tejerse en un quejido. Un quejido de horas, que los sacaba del sueño y después los adormecía, los volvía a hacer soñar, con pesadillas recurrentes.

Diego soñaba con el predicador que corea *¡Cool, groovey, morning, fine!*

Clara Lucía, con muñecos de trapo y heraldos de Camerún.

Clara la buena, con suásticas en la cabeza y planes para todos.

En tales casos, Diego se espabilaba en plena madrugada [Una crin ronda la casa, asoma por la ventana.] para ejecutar el plan establecido, aunque odiaba hacerlo. [La crin es solamente una crin de caballo: no tiene cara, no tiene cabeza.] Era la última precaución, y funcionaba siempre.

—¡Haz algo haz algo haz algo! —se lo pedía Clara Lucía, a gritos, como figurilla de Tim Burton.

Clara la buena suponía que, allá adentro, su hermana temblaba lo mismo.

Diego sabía muy bien qué hacer. Se enjuagaba la cara en el fregadero. Se dirigía al cuarto oscuro (“mi puerta condenada”) y, sin encender

la luz, con un golpe seco, activaba el botón de emergencia... Fin del tumulto.

Clara Lucía se recuperaba con té marca Beauty Queen, diosmíos y llévatelas.

—Guárdenla bien —dictaba Diego—, que no la vean los niños.

En efecto, no la veían los niños.

Ni las palomas. Ni el tiro de las piedras.

Las manitas del alba que sabían dónde encontrarla corrían por el techo y los nudillos del pórtico sin hallar una luz mínima para colarse.

Estaba sola.

Clara la mala habitó sola su estar de niña, y sola, a ningún lado, crecía.

Estaba sola.

Clara la mala fue la última entre las prioridades ecológicas del Hombre.

La primera en una civilización que se extinguió.

¿Es natural que la belleza empañe abrevaderos, manivelas, cuadros de familia?

Sí, pero no que se funda con el asco.

Clara la mala tuvo seis trabajos.

Grojear, comer, dormir, balar, fibrilar y rodar.

El séptimo sería jugar y habría que situarlo en medio.

Grojear, comer, dormir, jugar, balar, fibrilar y rodar.

Jugaba sola.

¿Jugaba a qué, y cómo?

A repetirse.

Vale, ¿a qué más?

A roer la cáscara del cuarto oscuro, como aprendió de los insectos.

Al nudo náutico. Al valle de los géiseres.

A personificar un puño de cascabel, en espera del hipotético gato de las sombras.

A cortejar el esplendor de las termitas, y mascarlas, llenas de jugo, textura y actitud.

Jugaba con el Fuselaje PoxOx a ser la orquesta en el fondo del océano.

Si se aburrían de este juego, jugaban a ser la isla a mitad del desierto.

Entonces se apagaba el Fuselaje PoxOx y Clara la mala jugaba a pensarse. Eres el dado que tiraron las manos grandes de papá –pensaba en sus piensos la niña–. Eres tú y de nuevo tú, de frente y de costado. Eres tú girando cuatro, cinco veces, niña de seis costados.

Clara la mala jugaba a imaginar que su madre, advirtiéndola, al pasar por la puerta cerrada menguaba el paso y sonreía.

Jugaba libre de todo riesgo.

De toda mala compañía.

Libre del agua, incluso.

12

El caserón de la familia Nyala era un pezón en el cuerpo de la Orquídea. Una cervical expuesta en el puente Ofelia. El ganglio más sucio de Tijuana.

Cuando Diego y Clara Lucía, recién casados, llegaron a ocupar el caserón, no era un caserón.

Era un simple edificio que cumplía tres décadas para interés de nadie.

Fue la primera y última vivienda de Chita Pizjuán, madre de Diego, viuda de Agustín de la Nyala. A decir de los vecinos más longevos, Chita Pizjuán fue “una mujer de bronce y corazón robusto”. Algo sucedió en su cuadragésimo otoño, cuando contrajo una infección que la hizo paja en quince días. Le quemó la voz, le apagó la vista. La azotó con mareos tropicales y asaltos de furor, estrellándola contra los muros. Chita Pizajuán quería librarse del tormento con rutinas de meditación leídas en *Selecciones*, licuados con soya y nopal y guisados sinaloenses, pero llegó noviembre a recoger sus cosas y Chita Pizjuán no fijo resistencia. Un hueso fundamental le tronó de pronto, embestida por nadie. Se le cremó, y se envió el producto –más bien, el residuo– en un bote de Nescafé con destino a Maneadero para compartir el nicho fúnebre con sus hermanas.

La casa quedó sola.

Catorce meses después, ratas y pichones huyeron despavoridos. Tres hombres pequeños llegaron a la casa. Sacudieron el polvo, recuperaron ciertos muebles y enseres, lo que buenamente se pudo. Limpiaron, desinfectaron. Pintaron la fachada con el color añil que caracteriza a los edificios en el último episodio de *Kiss a Moaner*. Cambiaron el buzón, instalaron espejos, y dejaron aquello habitable –a explicación de los propios jornaleros– porque el hijo único de Agustín de la Nyala estaba por casarse. El testamento del difunto especificaba entregar la casa “a Diego, mi heredero y príncipe”.

Los vecinos se repetían el nombre.

Diego. ¿Diego Nyala?

Lo conocen. Hace años que ya no vivía ahí, nadie entendía por qué. Lo recordaban de niño. A últimas fechas se le vio visitar a su madre.

Diego. “Me suena”, decían.

¿Es aquel muflón de cabello atorado, de cara caída?

Ése, sí. Se nos casa.

Los vecinos de la Orquídea se hicieron al ánimo.

Bienvinieron a la nueva familia, con noticia bruñida: (1) la pareja de recién casados, (2) de tradición católica y (3) apellido raro, ocupará el caserón que colinda con el puente Ofelia. (4) Él se ve muy responsable, ojalá no herede el fuelle de sus antepasados, que eran como Sansón; (5) ella es pispireta, se ve sencilla, tan alegre. Se entusiasman los vecinos por la celebración nupcial. Llegó la fecha y a nadie se invitó: (6) los recién casados son antipáticos, (7) saquémoslos cuanto antes.

En ceremonia íntima –los novios, la madre de la novia, familiares no identificados, y en el altar, Wenner siempre Wenner– se unió en legítimo matrimonio a Diego, 28 años, con Clara Lucía, 32.

No hubo viaje de bodas.

Esa noche se quedaron a estrenar la casa. Los testimonios coinciden en que en una estancia rodó hasta el amanecer el tema de *Purple Rain*, y en la sala, además del noticiero, las eliminatorias del Festival OTI.

Lluvia ligera moja el polvo ligero.

Diego y Clara Lucía emprendieron la vida juntos. Frecuentaban a Wenner siempre Wenner en la sacristía, pero nunca en misa. No es que esto enojara al padre, pero tampoco le cayó bien. Manifestó su

protesta cada domingo, con lecturas de corte legislativo tomadas del Levítico, el Salmo 89 y el capítulo II de la Carta a los Hebreos. Según el rumbo del sermón, Wenner siempre citaba alertas de Tomás de Aquino sobre “la franja total” y pasajes de la *Gaudium et Spes* acerca del “despanzurre del mundo moderno”.

Una noche de marzo, Diego brincó de la cama.

Soñaba con techos y alturas.

Soñaba con riscos.

La noche siguiente, serenado por un café Beauty Queen, ya no soñó riscos, sino posterior a lo que se sueña tras haber soñado con riscos: un acto mecánico y cruel, una masa volátil sobre superficie de luna, y de ésta, espadas que caen sobre él, sobre su cabeza, que no es una cabeza sino una escultura de obsidiana. Cuando las espadas la golpean, la obsidiana de su cabeza se funde en un abrevadero de mercurio.

Al despertar, Diego ideó una solución.

Clausuró las ventanillas del muro oriental de la casa, tras el que se ocultaba el cuarto de servicio que, veinte años atrás, sirvió de dormitorio al tío Fabricio Nyala, y en el que, años después, se encerraría a la gemela menor. [Costal de yute, franela corrupta. Ojo, que galopan caballos.] Diego ignoraba que perturbar el muro y cegar el cuarto oscuro le acarrearía problemas.

Con su decisión hizo enfurecer a Wenner siempre Wenner, a los Frías Inchelli y, más que a nadie, a la vehemente señora Krupps.

Sin ánimo de quedar bien, y de oídas, Diego se percató del malestar del sacerdote. En vez de encararlo, le preguntó sobre las actividades de su tío Fabricio en aquella habitación.

Así se enteró Diego Nyala de que, décadas atrás, en plenos años sesenta, el excéntrico tío Fabricio siguió su afición psicodélica y derribó la habitación que ocupaba ese espacio. En su lugar edificó un galerón de facha tudor, con domo y respiraderos por los que a diario trascendían humaredas grisáceas y música hindú. Los transeúntes tiraban celosas ojeadas al joven Fabricio Nyala. Sus amigos lo visitaban y debatían con él acerca de la hegemonía, la existencia y los colores.

Un buen día, Fabricio se largó a Sudamérica. Llevaba en sus manos un morral de alpaca, los discursos de Mao, *Forever Changes* de Love

en formato LP y un ábaco en el que Fabricio acomodaba las cuentas para señalar un año en el futuro, 1996. A quien buscó detenerlo, el tío Fabricio respondió: “Entre abril perdí a mis amigos.”

Tras la partida de Fabricio, el galerón oriental sirvió a su madre, Chita Pizjuán, para organizar ventas de patio que la libraron de los tiliches del sobrino errante y la proveyeron de algunos recursos. Inhabilitó la habitación con un muro, alegando privacidad. Taludes complementarios dieron forma a lo que fungió unos años como cuarto de servicio.

Para no aislarse del todo, Chita Pizjuán mantuvo bajo la cenefa una serie de ventanillas enmarcadas, fuera del alcance de animales rastreros y de las leoninas palomas.

Apenas se hizo cargo del predio, Diego ahogó las ventanillas con cemento, sin quitar los marcos de madera, como para asegurar la transmisión de un testimonio ciego. Los únicos que serían capaces de interpretarlo eran los integrantes de *The Impediments*; sin embargo, los únicos que serían capaces de decírselo eran los integrantes de *The Nosebleeds*, desconocidos entre sí.

Es cierto que el inquilino tiene derecho de ornamenta —aclaraban los vecinos a Wenner siempre Wenner, saliendo de misa—, pero cómo era posible que este muchacho, el mentado Diego, uno de los Nyala, clausurara la única ruta de luz en la cara oriental de la casa. Así, sin más. Sin ponderar el criterio de sus antepasados, con escasa referencia estética y, lo que es peor, como hacen los pecadores, pues sobre el muro caen los rayos de sol matutino “que son una bendición y un regalo gratis que Dios nos da”.

En abril se embarazó Clara Lucía. Diego no lo supo.

Durante una sesión aeróbica de bajo impacto, ella perdió a la criatura. Escena tórrida en la Orquídea: el flujo de Clara Lucía en esos días fue copioso y alarmante; resultó que no era tal, sino un recurso uterino por expulsar el embrión. En una pesada bolsa que Diego tomó por el faisán de Pascua, Clara Lucía se deshizo de su primera frustración maternal. Anticipándose al camión recolector, la señora Krupps hurtó la bolsa, bañó su contenido en agua bendita y reunió a un séquito que le dio cristiana sepultura.

Dos meses después, Clara Lucía volvió a encargar, y lo anunció a Diego, pero perdió al embrión por segunda ocasión. Diego lo entendió en una sola.

El doctor Quillet, que daba cercano seguimiento, comentó a la pareja: –Dos fruteros y se le expulsó.

Diego se venía acostumbrando a no comprender lo que decía Quillet.

Al llegar a casa, luego de degustar una manzana en rodajas para ella y un café Beauty Queen para él, acordaron suspender el sexo. Sin el menor empacho, Diego entregó sus gónadas a la costeña que vendía camarón fresco en la esquina y atraía a los peatones como imán. A su vez, Clara Lucía se entregó al simultáneo cortejo de un pepino, un repuesto taiwanés de Fuselaje Rococó y un amigo de la infancia que se desempeñaba como ajustador de seguros. Privilegió notablemente a uno de ellos. De lunes a jueves, entre las 9:15 y las 10:30 de la mañana, con la estratégica distracción de los vecinos, Clara Lucía dio a su cuello uterino el trato que da la pipeta al matraz. Ya no supo si sangraba la pérdida de otro embrión, o si tenía la vagina hecha pedazos.

Por las noches, mientras los esposos dormían sin tocarse, caballos rondaban la casa.

Cada noche un caballo distinto.

Una flotilla de púberes, provenientes de los cañones y la zona periférica del Oriente de Tijuana, invadió la Orquídea con mensajes de aerosol. Alteraron bardones, rejas, tapias, cisternas y tanques de gas. Las viviendas parecían tiradas al olvido, suscritas por siglas comunes: *kren*, *kolitas*, *lee roy*, *crof*, *ivil*, *pamda*. Eran grafías desafiantes que se tomaban de la mano y armaban cadenas retorcidas. El Comité de Vecinos organizó una jornada de limpieza. No sin esfuerzo, se repararon parcialmente los daños, pero de noche el pelotón reaparecía y se manifestaba con brío. Crecía la letanía con nuevos acoplados, *bura*, *onal*, *ff.k*, *temporía*, *troe*.

El malestar general fue captado por *Inquilinópolis*, el panfleto comunitario de Feleoni, recién mudado a la Orquídea. La cubierta de aquella edición anunciaba a gritos: “El Grafiti Acusa.” Pese a la expectativa creada por un naciente grupo de lectores, el siguiente número

ignoró el problema. Se enfocó al 50 Aniversario del fraccionamiento y colmó sus páginas con una editorial autocelebratoria, columnas de apoyo al Fuselaje Cleo —el primero en obtener una patente, famoso por su pleito legal con el Fuselaje Archibaldo—, así como el ruego a aportar el diezmo para Wenner siempre Wenner. También incluyó ese número de *Inquilinópolis* un poema dedicado al futbolista argentino Claudio Borghi en el que el poeta se lamentaba, con perfectos endecasílabos, su exilio al fútbol europeo. El caso fue que, por negligencia o por flagrancia, Feleoni no dedicó un mísero enunciado a la invasión pictórica de aerosol en los muros de la Orquídea. El descontento de los habitantes perdió actualidad; se apagó, se invirtió y se transformó en una oculta euforia por la expresión visual. Mientras sucediera en la pared de enfrente, todos gozaban el rayadero.

La Iglesia Carismática, ubicada en el fraccionamiento Miramar —hoy la sección II de la Orquídea— se negó a ser comparsa de los grafiteros. Su pastor siguió la instrucción del Espíritu, y con pintura escarlata selló una enérgica reprobación, justo en el muro oriental de los Nyala, al pie de las ventanillas clausuradas. Era un versículo del Libro de Daniel:

*DE LOS DEMÁS SE APODERÓ UN TERROR
HUYERON A ESCONDERSE*

En la Orquídea se decía que el caballo que pernoctaba en el puente Ofelia, un mustang de grupa plumiza, era huésped frecuente de Clara Lucía. [Se acercan, cabalgan: ¿puedes oírlos?] Ella siempre negó tal infamia, alegando que “en esta casa no entran animales”.

Sin más preámbulo, una mañana la Orquídea despertó con un tufo insoportable.

La noticia era que Clara Lucía esperaba a su primer bebé. Al fin.

Bajo el puente Ofelia flotaba el cadáver del mustang, fastuoso como un islote.

Decenas de hipótesis buscaron lógica a la concepción, dada la intermitencia de Diego en aquellas semanas. Las más socorridas conjugaban la infidelidad, un pepino y caballos. Cuando alguien lo pidió la suya a mitad del sermón, Wenner siempre Wenner evitó el debate y dijo:

—Hermanos, cada quien tiene su pierna izquierda.

13

En casa, Diego se puso serio.

—La gente dice cosas, Lucía.

Ella asintió.

Diego:

—¿Tú le crees?

Clara Lucía negó.

Él insistió:

—Ayer pensé un buen nombre para nuestro hijo.

Clara Lucía giraba sobre el colchón, llevándose las cobijas.

—Martín. ¿Te gusta? —preguntó Diego.

A ella no le gustaba.

14

Una visita rutinaria al doctor Quillet dividió el embrión en dos gemelos. La breve y accidentada saga de los Nyala a ojos de los vecinos se limpió, con el inminente arribo “de nuestros primeros cuates”.

Todos se preguntaban, ¿cómo gozarán los gemelos la magia del parque: un resbaladero, la canasta, los columpios? ¿Quiénes serán sus más férreos amigos? ¿Cuál de las niñas estará destinada al uno y al otro? ¿Hallarán a una mujer del sur, o una pelirroja de San Diego?

Al desfilar, al competir, ¿quién será más alto, más fuerte, más veloz?

¿Se llamarán Diego y Diego? ¿Diego y Agustín, o Diego y Lucio?

¿O tendrán Vocación?, decían algunos, considerando a Wenner siempre Wenner.

Se les imaginó rodeados de compasión y de victoria en las fiestas del Campestre y en el quinto piso del Hipódromo Caliente, dos parajes sobrenaturales que nadie en la Orquídea ni en el Oriente de Tijuana había visitado jamás.

La noche y Clara Lucía.

Mujeres idénticas.

A un mes del nacimiento, Diego y Clara Lucía juzgaron que el caserón no estaba preparado. No había recibidor, no había estudio, no

había salón de juegos. Acondicionaron el vestidor como pieza infantil, con dos corrales, dos roperos, dos balones de fútbol.

—Uno dormirá con nosotros —gruñó Diego—. El otro, a ver dónde.

Al fin llegó el día. Patti Smith escribió: “Sentir los caballos, antes de aparecer caballo alguno.” La gemela mayor solfeaba su mitad festiva, apoyándose en la menor, que flotaba. [Se rebelan caballos. Quieren entrar, ¡bufan!] Una convulsión atizó el vientre de Clara Lucía.

—¿Ya vienen, doctor? —preguntó ella.

Quillet auscultó el fenómeno.

—Acompáñeme y disfrútelo —le respondió.

Se trasladó a Clara Lucía en ambulancia.

En el Hospital Mayhem tocaba guardia a Miridal Turquía.

15

Las banquetas de la Orquídea eran cintas regulares de asfalto blanco con jardineras de césped raso, barritas de basura y árnica dorada al frente. Cada familia daba a su jardinera la apariencia que podía. Unos pagaban la intervención de un jardinero; el resto la dejaba ser, sin patrón que subordinara el pulso de las estaciones. La jardinera de Feleoni apostaba al orden. El italiano bañaba de pigmento púrpura y rojo una de cada nueve cabecillas de flor, en ritual sabatino de tabaco y pants. Vista a 60 metros de altura, posiblemente, el jardín de Feleoni parecería de mármol.

Por las tardes, Feleoni esculpía *Yoga 26*.

Los niños de la Orquídea sobrevolaban su jardín. Esmerados, puntuales, los chiquillos atinaban el momento en que el italiano se ocupaba, para no ser sorprendidos. “¡Soy tan famoso!”, gritaban las pecas de Corelia Frías Inchelli como albatros sobre la grava. Tras ella corrían Sandor Krupps, Beatriz Cabada, Clara la buena y parvadas de monaguillos de Wenner siempre Wenner, en múltiplos de tres, manchándose el roquete.

Yoga 26 lució espléndida ese noviembre, con el encabezado: “¿Qué tierra es ésta?” De fondo, el cuadro *Nueve piadosos tras su fugitivo* de Ron Scarselli quien, como se sabe, muestra predilección por el sepia.

Pero lo que Feleoni llevaba en su cabeza no es lo que acabó circulando por las calles. Se reprodujo el boletín en blanco y negro, con fotocopadoras mal calibradas, de lente cenizo. El Scarselli de la cubierta se materializó a la baja. El sepia y el naranja impala se redujeron a un remanso gris arena; el marrón náutico de la tipografía se opacó hasta un níquel tristísimo, añejo y turbio.

Las gemelas cumplieron diez años con la menor encerrada desde los cuatro.

—El mar que tienes en tus manos —decía a Diego Wenner siempre Wenner— está de ensueño. De esos mares que uno quisiera para retirarse y envejecer y morir.

—Es el mar que nos tocó —alegaba Diego, distraído, mientras regulaba los poros del Fuselaje Fallen—. No la soñé, nadie la soñamos. Quizás es ella quien nos sueña.

16

La mañana en que el ejemplar de *Yoga 26* entró a su casa, Clara la buena ni cuenta se dio. Tenía ambas manos sumergidas en un titánico frasco de crema de cacahuete. Diego, las suyas, en la crónica de Feleoni.

Fue un cruce de palmeras.

Con la revista haciéndole presa, Diego pasó del desinterés al morbo, de la rabia a la sorpresa. Finalmente se entregó a la total indignación. Leyó el texto de Feleoni a velocidad desquiciante. Llamó a su mujer:

—Ey. ¡Ey, Lucía!

Clara Lucía salió del baño, recién desenjaponada. Utilizó con placer un robusto jabón Dove. De hecho, iba a comentar a Diego que Dove ha superado definitivamente a Zest, no solo por el arlequinado de su aroma y la exquisitez con la que oferta sus productos, sino por una virtud en la viscosidad de la pasta perfumada que era el motivo por el que a ella le encantaba, aunque no sabía si lo fabricaban así de manera consciente, ni si aquella virtud en el jabón era medible ni qué nombre recibía, aunque ella se reservaba el derecho de llamarle *mavericación*. Si no en otras cosas, al menos Clara Lucía podía atestiguar que Dove superaba en *mavericación* a Zest de una manera asombrosa.

Vio a Diego allí, clavado en el folletín.

Víctima y alfil, Clara Lucía dejó para después la aseveración de los jabones. El texto de Feleoni entrampó sus pupilas. Junto a Diego, alojó en su memoria párrafos que nunca hallarían la salida.

Ninguno de ellos vio el aviso de tormenta.

Dos días continuos de chipi chipi, llovizna y aguacero, al grado que la gente se miraba los pies, se rascaba sin comezón el entrecejo. Ver agua caer por tantas horas causó en los tijuanenses una dosis de melancolía.

Llovía con furor. Llovía en todos los idiomas.

17

En *Yoga 26*, Feleoni describió la Orquídea, su fracturada comunidad. Los húngaros eran “raza para titubear”, postrados “ante un viejo grizzly”. Definió al jefe de la familia como “el clásico saltimbanqui que tiene un pie en el Siglo XIX y otro en el XXI”. Afirmó que, según sus fuentes, uno de los hijos solía espiar tras las cortinas “a las pandillas que señorean la acera”.

Los Frías Inchelli eran para Feleoni “cúbicos adinerados”.

La solvencia del doctor Quillet le parecía “motivo de ovación sobrevaluada o, cuando menos, ajustable”.

Pintaba a Wenner siempre Wenner como “un presbítero de izquierdas”, con el plural como franco despectivo. Lo describió “de manga ancha y doble moral, en maliciosa piel rosada (...) Receptor de la apatía concreta de los fieles”. Feleoni juzgó que la liturgia de Wenner siempre Wenner era “un sumario de lecturas alteradas”. Más adelante, se refirió a la celebración eucarística dominical como “una oferta para espíritus con agruras”.

Llegado el turno, Feleoni redujo a unas cuantas líneas la relación de los Nyala con los habitantes de la Orquídea, que llamó “encasquillada” y “adúltera”. Evitó mencionar, siquiera de refilón, la generosa tarde compartida con Diego en el Famous Dave's, que dio pie a su interés por la familia Nyala y acabó por ser su fuente principal. Al no citar a Diego ni a Clara Lucía de viva voz, Feleoni dio toda la impresión de

haber desenterrado de las arcas de Alejandría los detalles de la pareja y el enredo de sus antepasados. El italiano optó por mantener a los lectores a oscuras, sin citar por su nombre a la mayoría de los familiares a los que, pieza a pieza, iba haciendo referencia.

En cuanto a los Fuselajes –puntal de la curiosidad de Feoleoni–, el italiano lo relató así:

“La búsqueda abstracta, inteligente y bien habida de Fuselajes por doquier, ubicarlos, rondarlos y causarles pudor, es la apostólica tarea del señor Nyala.” Profundizó: “El parchado burocrático para insertar un Fuselaje en nuestra vida diaria, y el vaho que exhala en esta pujante industria, sería visto como una calamidad para el ciudadano promedio. No lo es para el señor Nyala, que vive encapsulado en ella (...) El boom de los Fuselajes en Tijuana es una pugna estorbosa y, por qué no decirlo, predatoria, que llegó para quedarse. Interesados llamar al 01800...”

Diego interrumpió la lectura. No logró procesar tal cúmulo de información. Se echó para atrás en el sillón, sin levantarse. Con la espalda erguida, se refugió en los cinco principios éticos de todo calibrador de Fuselajes con Licencia C10, que recitó enérgicamente.

“1. Romper con el civilespectador.

“2. Machihembrar lo cotidiano.

“3. Ante la marginación, el Fuselaje de tres bandas.

“4. Ante la soledad, el Fuselaje de aletas flácidas.

“5. Ellos son las lagunas; nosotros, el vaso comunicante.”

Con una palmada hostil, Clara Lucía le quitó la revista.

–Perdí el anillo, Diego –dijo, chupándose la mano–. Me siento desnuda sin él.

Feoleoni dedicó el undécimo párrafo a Clara Lucía, con una bodega de adjetivos. [Estás fuera de alcance, Kamikaze, y te quejas, pero ¿dónde estabas cuando entraron los caballos?] “Mujer de esqueleto negro”, la describió. “Milicia que embriagó con vodka, exquisita arpía; (...) es una comprehensiva colección de higos, una flor disecada”. Más adelante: “Con esta mujer se llega al corazón del bosque, (...) Si usted entra a este bosque con una espada y un fardel de tabaco, sabrá lo que es emparentar con los príncipes bávaros.” El italiano abordó en modo tangencial las rodillas de Clara Lucía. Ella lo supo de inmediato; Diego

supuso que el italiano se refería a las dos esferas que giraban incesantemente en el mecanismo del reloj de pared. Anotó el italiano que “un día, no muy lejano ni demasiado austral [sic], este periodista se largará al Valle de Guadalupe a desnudar esas dos parras.” Clara Lucía reparó, airadamente. “¡Este idiota!”, acusó, sentada en el respaldo del mismo sillón que aquella tarde ocupó Feleoni. “Le dimos todos nuestros dados y éste sale con su flor disecada.”

Los esposos llenaban el sillón como se llena un Volvo.

En la cocina, Clara la buena saboreaba porciones indecibles de crema de cacahuete, y también algunas fresas a las que, antes de devorar, quitaba el mechón.

Sobrevolando acentos las vocales, Feleoni se enfocó en las gemelas. Una absolutamente en paz; la otra, próxima a los monstruos. De la mayor, escribió: “Para imaginarla, piense usted en una secuencia de aretes, mariposas y sorpresas en pedrería; o en una caña de invierno”. En seguida favoreció a Clara la buena con un verso del poeta esquimal Bred O. Lameei: se dice que el agua fractura los tímpanos y un ventarrón chillante inquieta a los *nanuk*. Feleoni ubicó imágenes de la gemela mayor en edad preescolar, facilitadas por Clara Lucía, que sin duda enaltecían a la niña.

Wenner siempre Wenner entró a la casa.

Seguido por la señora Krupps.

Diego leía en el sillón. Clara Lucía se había levantado y estaba en la cocina, hecha un almíbar. Wenner siempre Wenner se aproximó a ella y la abrazó. La señora Krupps se mantuvo de pie, sin quedar de frente a Diego, ni a sus espaldas, ni apelando a la carga de los signos zodiacales. Se instaló como una línea discontinua, una palpitación.

“El armario que da al callejón, y su sola habitante —escribió Feleoni respecto a Clara la mala—, son un fondo de océano: la zona abisal de heladez y penumbra que conocemos poco. Clarita es el ancla que descende a esa penumbra, rodeada por seres indigentes de rabo largo y colmillos de arpón (...) Olvide, querido lector, el carbón que pueda haber en ese cuarto oscuro. Olvide también lo que se descubrirá en el cadáver de la niña si alguien a mitad de la autopsia enciende una potente luz. Podemos decir que la Orquídea queda a salvo porque la niña

no está, nunca lo estuvo. Yo la vi y por eso se lo digo. Haga usted lo que esté a su alcance para figurársela —escribió el italiano en el párrafo final—. ¿La ciudad que añoraba? Imagínela en ruinas. ¿Nuestro mundo es Supermán? Clarita es su duodeno de plata.”

Diego salió de la lectura, sacudiéndose el pantalón.

Wenner siempre Wenner tomó la revista. Con toda su fe, la sometió, como someter a un cabrío. La enrolló y resguardó en sus poderosas manos. Una vez recompuesto, dijo:

—El arco de Cristo.

Los esposos se colocaron frente a frente, a manera de espejos. Wenner siempre Wenner quedó entre ellos, multiplicado hasta una infinidad boscosa.

La señora Krupps no pronunció palabra; en cambio, estiró el brazo. Al extremo del brazo afloró su mano abierta, y viró la palma en revés. Transcurrieron unos segundos, en espera de un hada o de un halcón. La mano de la señora Krupps se convirtió en un problema.

Diego lo quiso resolver:

—Tenga —le dijo, entregando una llave—. La manija tiene maña, se toma así, y entonces jala, así, fuertecito. Es para el cuarto de allá. Adentro hay una niña, gracias.

La señora Krupps cerró la mano y salió a la calle.

Iba de salida, cuando Wenner siempre Wenner la tomó del hombro y le dictó al oído:

—No es una llave. Es un candelabro.

Aún llovía. La ciudad dejó aflorar la impureza de sus componentes, y algunas grúas.

Apareció Clara la buena por una puertecilla. Tenía las manos pesadas, empastadas en crema de cacahuete. Clara Lucía dialogó con ella, sin saber dónde pisar:

—¿Qué pasa, hija?

—Nada —balbuceó la gemela mayor—. Mi hermana.

—Tu hermana es un ángel, Clara.

—Lo sé —dijo la niña, echándose a llorar.

Wenner siempre Wenner cargó a la niña. Con la confianza ganada, llevó a Clara la buena a su recámara. La metió en la cama, arropándola.

—Sé como las piedras, hija —le dijo—. Sé limpia —y abandonó la casa.

Antes de quedar dormida, Clara la buena dio unos golpecitos en la pared con el puño cerrado. Aguardó en silencio, pegando la cabeza al muro.

De lejos llegó la respuesta, como un latido.

Bíceps

Encima de Landers, pasado el mediodía, los colores del firmamento perdían alboroto en la fiesta de ser, arrebatándose gorros y flautas en un gran topperware. El horario se ponía pesado a un costado y otro de la Rumorosa, la gran cama de caucho, vientos hirvientes y buñuelos prehistóricos: desde los orígenes del Tiempo, la durísima cama sin hacer esperaba a su doncella o a su monje. Mariana y Cassava vivían en Tijuana, la piecera de aquella urbe mineral abandonada; Fabián solo, en Landers. Reflexionar en la separación estrujaba el rostro de Mariana, atribulaba de acné a Cassava y entintaba el humor de Fabián. Eran felices ignorándolo, pero el tópico asomaba y volvía a asomar como una terca y borracha marmota. “La culpa es de los dardos, Mariana,” pensó Fabián, al marcar desde Landers el número telefónico de doce dígitos. Sonó un par de veces. Ellas debían estar en casa: el resumen vespertino del noticiero terminaba a las siete, y el traslado desde Central Telenono hasta la bizarra escisión de la Chapultepec Doctores debía tomarle a Mariana unos 15 minutos. A Fabián le desagradaba la imagen del edificio de cinco pisos de Central Telenono, que contenía al estudio de televisión en el segundo nivel como una gran vejiga.

Cassava dormía cuando entró la llamada.

Mariana tomó el aparato telefónico cuya cabeza digital tañían campanulas de fuego. Metió a su boca un paralelogramo irregular de queso de cabra, y contestó. Se saludaron. Coincidieron en lo veloz que avanzaba este año y sus efectos en Cassava, que recién cumplió años.

—Cómo te ocupa saber de la fiesta, Fabián, pero no vas, te invitan y no vas.

—Quedó ensalada, cantó Gabriel, no sé, la manta, cuéntame más.

—Cassava se veía preciosa. Veía las cámaras y tiraba a las niñas del columpio. Quería estar sola en cada *flash*. Era su fiesta.

—Uf, cómo ha crecido.

—Es un costal de vida. Le puse el vestidito azul.

—¿El de gaviotas en la base?

—No se llama base.

La tarde los circunstanciaba, llena de fibras.

—Dime, Mariana, qué traes puesto.

—No empieces.

—Solo qué traes puesto. No voy a colarme por el teléfono.

Ciudad antigua, queso antiguo, amor antiguo.

—Unos jeans. Estoy harta de las prendas formales, lo que menos quiero es arreglarme en casa como si fuera al canal. No sabes cómo pesa el polvo del estudio, pero dicen que agranda los gestos, que me veo conocedora y alta, tú sabes. Y este lunar...

—Ahora mismo estoy viendo el noticiero.

—A quién pretendes engañar, Fabián. Telenono se transmite en vivo.

—Acá no. Acá hay dos horas menos.

—A nadie le importa lo que sucede en Landers.

—Lo he pensado. Lo he pensado.

—Tú todo lo piensas dos veces.

—Mariana.

—Es que tú.

—Tengo frío, Fabián, voy a colgar.

—Qué chistoso. Dices que vas a colgar y veo que en el noticiero mandas a comerciales. Deberías estar aquí para creerlo: en la televisión se ve el lunar clarísimo. Al menos en la mía.

—¿Ah, sí? Pues tráela —*clank*.

Fabián colgó después.

“Como si llevarla fuera cruzar un puente”, pensó. Estaba harto de esos *clank*. Mariana era tan terca. Pero era su Mariana; la nerviosa, la impar. En el planeta Fabián lleno de apestados y mendigos la palabra

Mariana se paseaba como Buen Jesús, con el empeine duro y las rabietas del Buen Jesús, no solo con sus famas y bondades. Además, el lunar estaba ahí, ¿por qué no iba a salir en pantalla? Fabián consideraba al maquillista de Telenono lo más incompetente: dejarse vencer por el punto de caoba que tanto molesta a la chica, debajo del labio, apenas a la izquierda.

Mariana lejos, escuchaba y no.

Pero dijo tráela.

En un lapso de vulcanismo, Fabián desconectó el televisor, un OxPROPHET de 23" que destacaba en el triste mobiliario del apartamento. Mitad pestilencia y mitad fertilidad de lo que fue su vida juntos. Lo colocó sobre la mesa, enrolló el cable, e hizo algunas flexiones de calentamiento. Con el OxPROPHET fuera de sitio el departamento lucía menos pequeño. Fabián se fajó, bebió toda la leche del refrigerador, tragó algunas aceitunas y tres estupendas salchichas Longmont.

Se lavó los dientes ruidosamente.

Dedicó unos minutos a evacuar no menos de trescientos gramos.

Se guardó la cartera, revisando con devoción el interior de cada cuero. Con mayor respeto, el que atesora hallazgos de Cassava: la esquina arrancada a mordidas de un menú, patas de abeja en cinta adhesiva, envolturas de Mighty Mouth. Se calzó la gorra de Alamitos Fan Club. Enfundó una chamarra de nylon, con la idea previsoras de aligerar la marcha. Se echó a la espalda una mochila con fruta y botellas de agua que ridiculizaron la idea previsoras anterior.

Al fin, Fabián cargó en brazos el OxPROPHET.

Cerró la casa de un empujón, yendo calle arriba.

Landers floreció a mitad de los años noventa en las faldas de la Rumorosa, a escasos 500 metros de la franja internacional. En principio fue un campamento para refugiados, auspiciado por diversas ONG que pugnaban por la aprobación de reformas migratorias y de amnistía en California, que perdieron fuele y nunca se concretaron. Esto no detuvo el arribo de cientos de familias provenientes del sur y de los estados orientales de la frontera México-EEUU, que llegaban con el propósito de

cruzar ilegalmente y en su mayoría decidían quedarse. Alzaban cápsulas habitacionales con material de desecho, muros de triplay y barreras de contención a partir de llantas viejas, aprovechando el sostén de las gigantescas rocas de la Rumorosa. Sembraban lo que se podía, donde se podía. El asentamiento fue noticia internacional por el hallazgo de vestigios de los primeros yumanos, que los residentes, en plan sedentario, se comprometieron a custodiar. Un grupo de arqueólogos de la Universidad de Arizona se encargó de delimitar el sitio y emitió una opinión positiva respecto a los pobladores; en sus reportes académicos nombraron al poblado Landers a partir de un mito de origen yumano. Apostando por la sana convivencia, y a cambio de un acuerdo tributario, el gobierno de Baja California reconoció la jurisdicción de Landers; se les proveyó de servicios básicos, se instaló una caseta de policía, un dispensario, un preescolar y una primaria CONAFE, y un aula grandecita equipada con antenas que de mañana fungía como telesecundaria y por la tarde como telebachillerato. Pese a la estabilidad lograda, la vida en Landers no era sencilla. Tras la separación de Mariana, Fabián se mudó allá; mientras hallaba algo mejor, ocupaba un cubículo pequeño que servía a los investigadores residentes, de momento disponible.

El viento nocturno en Landers era digamos húmedo, un vivero de esporas.

Cargando su tele, Fabián recibió saludos de vecinos que nunca frecuentaba. Intercambió con ellos lexemas de agotamiento, cordial en lo posible. Regulaba el esfuerzo, con zancadas de buen pelo. Siguió la ruta que pincha Landers hacia la carretera, rumbo a Tijuana.

—Las palabras que dijiste, Mariana, no van a volver.

Al paso de Fabián, televisores de cualquier calibre sintonizaban el cierre del noticiero, en horario diferido. Fabián lo escuchó como una sola interferencia salida de puertas y ventanas en la que, en oleadas, braceaba la voz de Mariana. “Vamos a las revueltas de Guajaca”, decía Mariana, “a las finanzas de Niuyork que agitan el nervio de los mercados, gracias, ahora, la sana papeleta de espectáculos, sí gracias, qué dice nuestro enviado especial al interior del país” y daba la palabra a mozos afeitados bajo la fórmula del anfitrión, clichés de humor desangelado y espesos bloques de estadística.

—Te culpo, Mariana, por haber creído en mí, por haberme soñado.

Ideas-puño aceleraban el paso de Fabián: quería salir de Landers, ascender por la Sierra del Pavo y los campos de alfalfa, superar la Rumorosa y desembocar en la Zona Industrial de Tijuana con el OxPROPHET en brazos como un hijo enfermo. Fundamentalmente, le impulsaba el instante en que accedería con el televisor al segundo piso de Central Telenono y, de una vez por todas, mostrar el lunar a Mariana. Estimó llegar en la noche del martes, o temprano el miércoles.

Llegó a la salida de Landers, en el entronque con la carretera. Tomó un descanso en el monumento a Lovecraft, empapado de novios. Aseguró la gorra en su cabeza y retomó el paso.

Un balcón, una familia:

—¿Necesita ayuda?

—Gracias, voy solo, gracias.

—¿Lo llevo en el auto?

—No. No.

“Todo lo piensas dos veces”, le dijo Mariana.

Fabián la escuchó en los televisores cercanos, siempre encendidos. Aún a distancia, desde los balcones y las ventanas hasta el margen de la carretera —pero ella no lo cree— asomaba el lunar, franco y opulento en la mejilla de Mariana. “La anuncian en vivo, pero no lo está,” pensó Fabián. “Ella está en la escalera de su casa, ha dejado dormida a la niña, tendrá en sus manos el itinerario de otro viaje”, apostó.

El lunar reaparecía en cada acercamiento, ceñido a su leve patria.

Era viernes.

En la carretera, con más de cuatro horas de recorrido, Fabián pasó a ocupar el carril de emergencias. El OxPROPHET Plain Edition de 23” delineado en cromo. Conocía bien la programación.

Veamos.

Lunes de colesterol. Dramas herculeanos de Gaby Spanic, juicios ecuménicos de Pety Chapoy. Por la tarde, caricaturas gringas y refritos de Jackie Chan.

Martes estelar de “Espaldazos, cadenas y amor rocó.”

Los miércoles, nada. Se transmitía una imagen en silencio, con el escudo nacional.

Jueves carroñeros: el show continental de la PUTA con mayúsculas.

El viernes era meticuloso y novelero.

La madrugada entró al cuerpo de Fabián a ritmo de jeringa.

Mariana dijo “tráela”.

Fabián pidió al OxPROPHET poner de su parte, y rió, pues creyó sentir que le pesaba menos. “El tema es convencer,” se dijo, y exigió a sus bíceps el trabajo máximo. Dedicó medio kilómetro a jugar con los nombres que escuchaba en la programación. Aquello hizo bien a sus bíceps. Era un momento para recordar que la caja del cráneo se llena con la voz de una mujer y dos bíceps. La vocecita de Isaura y bíceps puertorriqueños, suaves como la mantequilla. Vocales con hiato en la palabra Aída, con bíceps de miseria animal. La dicción italoamericana de Ninfa, con bíceps aromáticos y frágiles como troncos de canela. Roxana, ciega y parlanchina, en espera del bíceps de...

Un autobús que salía de Landers rajó la escena en alaridos metálicos, arrollando a Fabián y entrando al futuro como un gusano. Fabián perdió jarras de sangre. También perdió la cartera, la serenidad y la gorra de Alamitos Fan Club. El OxPROPHET, a su vez, perdió las perillas *Brillo*, *Consenso* y *Tinte*. Las fracturas fueron mutuas: iones, lámparas, costillas. El OxPROPHET pasó a ser suyo como nunca, y se encendió de súbito.

—Mariana, no todo es ilusión.

Cuando Fabián quiso medir los daños notó una jocosa variedad en su interior. Voltaje arriba, voltaje abajo. Plugs, plaquetas, resistencias. Amplitud de banda, señal afectuosa, pulmones en VHF. Ofertas que vibran como glándulas, teleprompters que funcionan como ganglios. El hígado de Fabián se sometió a dos líneas: *In between* con letra de molde, *Feeling fine* en un display. Fabián quiso llorar: en el intento, lejos de tirar lágrimas, calibró la resolución de puntos en la pantalla del televisor, que transmitía una imagen espectral. Fabián gimió y palpitaron las franjas verticales.

—Te culpo por los ancianos que hallé en el camino, Mariana, por cada diente que perdí.

Las imágenes del OXPROPHET hallaron en la caja torácica de Fabián un poderoso eco. Cada canal le daba comezón. El bombeo rutinario de sangre se ordenó en secuencia trinitaria de plaquetas y glóbulos, unos y ceros. Minaron fluidos de ambos organismos, tejiéndose el televisor al cuerpo de Fabián, y viceversa, portándose cálidos, invitándose a pasar.

Del esternón –esternón de Fabián, esternón del OXPROPHET– emanaba la voz de Mariana.

Central Telenono despidió el noticiero entre pautas publicitarias y un clip que presumía los próximos estrenos: en especial, la premier de “Bajémonos de Julio” con la vida expuesta de Aristóbulo Gaona, el zar de la televisora regional. Fabián había esperado esta nueva serie a lo largo de meses, desde que supo, por Mariana, que entró a postproducción. Ahora le causaba gracia: tenía horas a su disposición, en su peregrinaje en carretera. La tenía para sí, dentro de sí, integrada.

La pantalla bañó el pavimento de azules.

Casi sábado, casi sábado.

Sábado.

Una colonia de ardillas en la Sierra del Pavo volvió a las galerías, alertada por un pequeño centinela: lo que el macho joven vio, con sus ojillos vivísimos, le produjo una sensación inquietante. Vio caminar a un bípedo aturdido, con un OXPROPHET en el pecho, encendido, y... esa voz femenina. A falta de mejor idea, el roedor interpretó el paso de Fabián como una amenaza.

–Estuvimos hambrientos, Mariana.

Los ejidos que componen la Sierra del Pavo, de los que rara vez asomó un habitante, roncaban, puestos en otra edad. Fabián los recorrió durante horas y fue comentado por los paveños como “el señor que venía mojado con su tele”.

–¿Recuerdas la célula, Mariana? ¿Lo gris que nos pareció?

En la tarde del sábado, Fabián apresuró el rumbo. Conforme la carretera ascendía, la señal del OXPROPHET perdía fidelidad; parpadeó de

cierta forma y la imagen se estabilizó. “No lo hacemos mal”, se decía, con un guiño hacia la pantalla.

Esa noche, libre de címbalos, nació “Bajémonos de Julio”. En su introducción, la serie explicaba lo siguiente. Se atribuye a Aristóbulo Gaona una equívoca descripción de Tijuana, además del espumoso fogueo de Central Telenono, el sostenimiento de la prensa y la radio bajacalifornianas; media docena de gasolineras; barras de sushi, un cine, los bares consecutivos Adelitas II al Adelitas VI, el control del cabildo –fue alcalde durante dos periodos– y cientos de obviedades puestas a su nombre. Tijuana es –afirmó el célebre Gaona– la ciudad que tiene un grifo abierto en casa del matador de pollos. Lo decía con aires de república: el conductor de “Bajémonos” se lo cuestionó durante una larga entrevista. Gaona le respondió: “Por qué les molesta, si es genial.” Muy a su pesar, Fabián estaba totalmente de acuerdo. En efecto, Tijuana se caracterizaba por los grifos abiertos. Del matador de pollos Fabián no estaba tan seguro.

Con esa famosa imagen, Aristóbulo Gaona insufló en Tijuana la parálisis que por años se buscó remediar con monumentos triunfalistas, folletería oficial y turismo disuasivo. Los parientes de Mariana, nacidos al interior del país y llegados a Tijuana en la primera infancia, repelían a Gaona con toda la fuerza de que eran capaces. Preferían ser fronterizos de corte universal que hermanarse con “la casa del matador de pollos”. A su vez, Mariana se las ingenió para labrar en Cassava una Tijuana de avanzada, elevada y genérica, impermeable a la noción de Gaona que escucharía tarde o temprano en la escuela.

–Eres tan de ciudad, Mariana, y ni te enteras.

Tijuana produce mitos como bacterias. ¿O es a la inversa? ¿Produce bacterias guerrilleras y vaporosas como mitos?, ¿bacterias mitológicas? Mitos como el de Gaona, entre muchos otros: como el de Noé. En la casa colindante al predio habitado por Mariana y Cassava, hay un baldío, y en éste, la puerta de una pick-up con el cristal a medio correr, recargada en un sillón Luis xv. Al levantar esta puerta (digamos: al abrirla) asoma un tobogán, cuya caída lleva a la Europa del Este. El mito dice que por allí se lanzó el poeta tijuanense Noé Carrillo, reptando lastimosamente a lo largo de meses, hasta llegar, desaliñado

y barbón, hasta el clóset de un apartamento sin habitar en un barrio residencial de Podgorica, República de Montenegro, donde hoy se desempeña como guía de turistas y subsiste con una dieta de almendras y luciérnagas.

Mitificado e inmune, arrinconado su nombre a pláticas de sobremesa en las que siempre aparecía, Aristóbulo Gaona pesaba estratégicamente en sus vidas. Se le teme y se le conoce en las seis regiones autonómicas de Tijuana. En unas –las tres del sur– le llaman A. G., el Voltaire y el Filadelfo. En otras –centro, oriente y playa– es el Lira vieja, el Sarahueso y el Dollar Dollar Bill Yeah. Uno de los siete hermanos de Mariana –nadie diría cuál, pero Fabián lo sabía: fue Luis Montserrat– ocultaba en el armario un libro de memorias de Gaona, su lectura favorita. “Léelo, Fabián, que está bonito”, se lo mostró Mariana, cuando novios. Fabián lo leyó de un tiro, y jamás pudo expresar, siquiera aproximadamente, el trago de ninguneo que anegó su estómago. Él venía de leer *Zoológico de Brooklyn* de Russell T. Jones, la experiencia opuesta, y había quedado atado a imágenes. “Eres un hueco, Mariana, o menos.” ¿Cómo explicar a Mariana –y para qué– que *Zoológico de Brooklyn* dio a Fabián mayor conciencia del entorno, en tanto que el panfleto de Gaona le dio asco?

En su décimo aniversario, Fabián regaló un ejemplar de *Zoológico de Brooklyn* a Mariana, e insistió en su lectura. Mariana lejos, escuchaba y no.

Una navidad, Cassava devolvió el gesto a Fabián y le obsequió una versión ilustrada, con el subtítulo *Y otros zoológicos para morir cantando*. Fabián lo devoró después de la cena navideña, en un sofá reclinable. Mariana pasó las mismas horas de la mano de Cassava, abriendo regalos, edificando madrigueras de cojines y figuras de papel, yendo y viniendo por las habitaciones, irrigándolas.

–Aquí voy, Mariana, ábrete los ojos.

En la madrugada del domingo, el OxPROPHET se empañó de fluidos. Las piernas de Fabián acumulaban el efecto que los corredores de fondo llaman *segunda asfixia*. Para no dejarse vencer, Fabián mordisqueó con desparpajo una manzana grande, colgó de un poste la chamarra de nylon y se entregó al reposo hasta el amanecer.

—¿A qué viene la urgencia, señor, disculpe? —preguntó Fabián a Aristóbulo Gaona años atrás, animado por Mariana, a propósito de un pleito laboral—. Joven —lo regañó Gaona—, si no puedo con los problemas que ves, voy por los que ignoras.

Llegó el domingo, movido por una fuerza residente.

El OxPROPHET vertía información a los acantilados. Alerta a los paveños por el ansia de los cisticercos. Nuevo éxito radiofónico de Scary Loyola con actuación estelar de Ana Gabriel que en los coros se rasga las cuerdas vocales. Cabriolas informáticas de la oveja María de Lurdes, hermanastra de la oveja Íngrid, a su vez descendiente de la oveja Dolly.

En una curva, Fabián recuperó algo de aliento. Pasó rumbo a Tijuana un Citation doble plaza, torcido por el peso de su conductor. El tipo —un sinaloense de brazos peludos y grasosos— hizo una mueca cordial a Fabián, y Fabián dijo: “Buenos días, Citation”. La verbalía del OxPROPHET hipnotizó al chofer; éste menguó el ímpetu del motor a mínimas gárgaras. “Anda, vuelve locos a todos”, pensó Fabián. En el noticiero, los corresponsales de Telenono sobrevolaban el Atlántico hasta donde Jörg Haider gesticulaba en un pódium de Salzburgo. Mariana apareció en un cuadrito. El lunar jaloneaba su rostro. Fabián iba camino a mostrárselo.

El Citation se alejó, con el conductor visiblemente conmovido.

—Te culpo también por los *bubbles*, Mariana.

Los pies de Fabián se inflaron de humor acuoso. En la siguiente escala, dedicada al cambio de calcetas, Fabián trajo alivio a sus pies. Pie derecho, pie izquierdo. Comenzó a hablarles.

Les habló del poderoso logo de Creative Commons. De la crema de hongos Harriot que humea (esperándolo) en una charola de Central Telenono. De la caprichosa formación geológica que sitúa a Somalia de cara con Yemen, por la que respiran lastimosamente las aguas del Mar Rojo. Fabián explicó a sus pies que ese monolito continental se conoce en los navíos internacionales como Cuerno de África. Les habló también de los nudos en la madera, una fascinación suya: verlos

en el corte transversal de mesas, tablones y libreros. Les habló más, para darles alivio. “Cuidado”, se sugirió Fabián, pues el último alivio que creyó dar mató hace dos inviernos a Piloto, el setter irlandés de Cassava que, tras el supuesto alivio de Fabián, perdió vitalidad, se echó a lengüetear sin ánimos de nada y cedió ante el mismo tifus que acabó con el estado de Iowa.

Planeta Fabián, Mariana Buen Jesús.

Trincheras, cerrojos y aldabas.

Cassava jugando a los portazos.

—¡Oiga!

El Citation volvió. La oferta para Fabián era simple.

A cambio de permitirle ver un episodio completo de “Bajémonos de Julio”, que se transmitía esa mañana de domingo, el sinaloense lo llevaría hasta el crucero de Bámbaro, a pocas millas de Tijuana.

—Hecho. Hecho —aceptó Fabián.

Si uno se atiene a lo dicho por el conductor de “Bajémonos”, el niño Aristóbulo fue criado por el abuelo paterno, militar nicaragüense que —como a su padre— le nombro así por distracción. El viejo murió de disentería, no sin antes prender fuego al chiquero de la familia con el infante Aristóbulo en hombros. Si uno quiere saber qué sucedió después, había de pescar los capítulos nocturnos y, cada mañana, su retransmisión. Era imposible ignorar a Aristóbulo Gaona. Su manera de estar y de ser. Su perímetro, su viril elocuencia. Su presencia aplicaba vectores en la vida de Fabián, en la vida de todos.

—Recuerdo el monigote que compramos, Mariana. Recuerdo la sequía.

Sobre el crucero de Bámbaro dormían seis grúas como rebaño de oneirontes.

Cumplido el trato, Fabián bajó del Citation. Aunque pidió al conductor esperar un poco: ponderó seguir con él hasta la Zona Industrial de Tijuana. Se despidieron. Fabián lo vio partir.

Intensificó el paso.

—Tus labios son rutas ardientes, Mariana. Lo fueron.

Bámbaro es un pulmón. Un beso geográfico. El sólido beso que daría la Tierra tomando como boca el casquete polar.

Ansioso, Fabián avanzó un largo tramo. Experimentó tal furia por llegar. En un descuido, con el OxPROPHET sintonizando cápsulas de “Big Brother”, tomó una salida errónea y perdió el rumbo. Tardó dos horas en volver, y se maldijo por el doble esfuerzo. La intolerancia del OxPROPHET era un puñal en sus clavículas.

—Contéplate, Mariana, a mordidas mírate.

Fabián consideró los días difíciles.

En ellos asomó, como chiquillo ocurrente, el día en que conoció al apuesto Ugalde.

El encuentro devino a voz de Gaona, hacía cuatro años. Gaona siempre estaba ahí, como un abejorro que se enreda al micrófono. A raíz de una orden del Dollar Dollar Bill Yeah —como todos le decían entonces—, dada por fax y cumplida sin vacilar por veintiocho empleados de Central Telenono, todos viajaron a Lima. Debían trasladarse a Perú para cubrir el rito electoral de aquel país. Fabián aceptó acompañar a Mariana, sin razonar por qué un noticiero de Tijuana tenía vela en aquel entierro. Una vez en Lima, Fabián cayó en cama, víctima de la fiebre gravilla que montó cuartel en su cabeza.

Lima, ciudad del apuesto Ugalde.

Ciudad de postes reclinables. Cepillos que no se enjuagan nunca.

Ciudad para agotar la contraseña 16-1 23-4 05-9. Ciudad etcétera.

Presa de una agenda gaónica —a ratos ultragaónica— Mariana deambuló por los andenes empedrados del centro de Lima, captando el nostálgico sentir de la gente, llenándose de obsequios: un suéter, un morral de alpaca, botellas de pisco traídas de Ayacucho e Ica, un charango en caja de quirquincho... Se comunicaba al hotel, de viva voz o a través recados que Fabián iba entendiendo menos. Un día comían juntos; cuatro días, no. La espalda de Mariana, que siempre fue de piedra pómez, ahora era de sílex. De noche, mientras se libraba de ciertas cremas y se untaba otras, Mariana se refería a utensilios locales, rasgos de la cotidianeidad peruana que mareaban a Fabián, y que dieron forma al rompimiento. También se refería a Ugalde, “el apuesto Ugalde”. Debilitado por el tedio y rendido a la fiebre gravilla, Fabián entabló una infeliz resistencia. Mariana se protegió en un fortín, con extrañas matemáticas en su cabeza.

De buenas a primeras, ella resolvió presentarlos en el lobby del hotel.

Cínica y floral, Mariana organizó todo con gestiones de artillero, de absurdo *consiglieri*.

Como si no vaciara al caño la vida de uno y al *pinball* la del otro.

El apuesto Ugalde extendió la mano hacia Fabián, y él se vio forzado a saludar, consciente del declive.

—La persona encadenada que te amó, Mariana. Ya no lo soy.

Mariana transmitió el noticiero como debía, Perú se atareó en malestares internos y el equipo de Telenono volvió a México. Sobrevolando el continente, Mariana y Fabián anticiparon los pormenores de un *Hasta aquí* que a Fabián le supo a codeína. Viajar a Lima fue perder a Mariana. El obsequio de una región obtusa. Treinta días de encierro y bayoneta.

El segundo episodio de “Bajémonos de Julio” daría inicio a las 9 AM de Landers, las 10 para Tijuana y ahora también para Fabián, que superó el huso horario en Bámbaro.

—Deberías estar aquí, mujer de avena.

El OXPROPHET respondió a su manera. Fabián se enteró, con disgusto, que quizás no hallaría a Mariana. Telenono viajaba a Cuba. “Con gusto anunciamos que nuestro productor, el señor Gaona, sí gracias, nos lleva a La Habana para rodar el Especial del 20º Aniversario, que se cumple, como ustedes saben, el catorce de este mes.”

Fabián se electrizó. ¿Sabía Mariana de aquel viaje? ¿Por qué no se lo dijo?

Mariana dijo tráela.

Y es tráela.

Fabián pilló al Citation cuando éste cedió velocidad.

—¡Ey, compa! Llévame, es tuya —dijo al conductor, señalando la pantalla.

Fabián ocupó el asiento del copiloto. El Citation trepó al asbesto como un saurio.

En minutos, Fabián cayó rendido. La pantalla se resolvió en un plano de estática, un doloroso azul. El conductor se enfadó. Lo dejó dormir y siguió su marcha.

“Tengo frío, Fabián, voy a colgar.” Fabián despertó. Si Mariana dijo *jeans* y dijo *tengo frío* es porque estaba desnuda. Lo supo por el tono. Había que considerar el tono. Al menos estuvo desnuda cuando sonó el teléfono y tomó cualquier prenda para alzar la bocina. La nuca, los muslos. Los pechos que Fabián vio por última vez en un camarote del ferrocarril peruano, serios, resueltos, arrojados al frente como dos bárbaros.

—Qué hizo el amor con nosotros —dijo Mariana en Lima, en plena discusión.

Hacer, amor, nosotros.

—Lo que hace siempre en estos casos —respondió Fabián.

Ya en la ciudad, un espectacular de Casas Geo sobrevoló al Citation y reclamó la atención de Fabián, que se enderezó súbitamente. En la primera oportunidad, Fabián bajó del auto: sus bíceps con la máxima cuota de sangre, duros como mazorcas.

Era un día perfecto. Un grupo de iniciados tomaba sangría en el parque.

A 200 metros de Central Telenono, Mariana revisaba la lista de insumos para viajar a Cuba. Dada la escasez estimada en la isla, solicitó al departamento de Materiales y Servicios una planta de luz, contenedores ligeros, artilugios de iluminación, desinfectante, medio guardarrropa, la blusa institucional —gris Oxford, la de hombros levantados—, una estola azul plumizo y el kit de maquillaje.

En el último tramo Fabián venció el bulevar Insurgentes.

Se arrimó a la lateral de la Vía Rápida, pisando charcos: tropezó algunas veces. Al fin trepó por la rampa de la Ruiz Cortínez.

Gaona, la fiebre gravilla, Landers.

Citation, el apuesto Ugalde, Tijuana.

Fabián se detuvo en la esquina de Moneda y Obispos, con los bíceps corruptos y descalabrados.

Mariana se despidió de su querido público con una sonrisa que iluminó su rostro, y en ésta, el punto de caoba redimido y templario. Salió con su coordinador de staff por la puerta trasera y subió en una camioneta, donde la esperaban los demás. Iban deprisa; ella dijo que la disculparan pero que tenía que pasar a casa por su hija.

Horas después, en el asiento reclinable del transoceánico a La Habana, Mariana leía *Cuba for Dummies*. A su lado, Cassava soñaba: era la diva protagonista de un film sobreexpuesto en el que su padre vivía en una burbuja, su madre era un caracol que ascendía lentamente por una trompeta y teclados bobos rasgaban el gañate de Dios.

Sabás y el circo

Antes de los Toasters y del circo, antes de que tuviera posesión de tantas cosas, Sabás era un mapache sin categoría, un banal delincuente. ¿O era un financiero avisado, Tíbur, como decías tú: un águila? Difícil estimarlo ahora. Eso sí, señorita enfermera, años atrás, cuando no había motes ni espinosos litigios ni números romanos, Sabás era Sabás a secas. Saquen de aquí a los curiosos, contengan a los fotógrafos: usted no, señorita, usted avive a mi amigo y bloquee esos cárcamos de sangre. El bullicio ése, mire, de animalitos rojos y punzantes. Hágalo como si el calibre del chorro fluyera también de la aorta de su madre y no solo de la de mi amigo Tiburcio Aguilar. ¿No es de la aorta, dice? ¿Del cayado aórtico? Vale, ciérrelo. Cómo que a cuáles: ¿no tenemos fotógrafos aún? Llegarán, llegarán, el júbilo de las patrullas y los mugrones de sangre atraen a los cronistas como a hienas, mire ahí, el primero. Déjelo, le conozco. Qué va a uno a hacer: retazo de periodista, como todos. Lo que uno puede esperar del caldo cultural y jurídico de Mexicali con estos narradores de lo ordinario. Baja California sería otra si borráramos a la prensa y experimentáramos más con gatos. Manténgalo a raya, oficial, dígale, ¡ordénele!, con una chingada, que espere al dictamen pericial, no le tiemble la mano si el tipo esgrime ser corresponsal de aquí o de allá, ahijado de Quiensea, si escurre lágrimas de desesperación por una exclusiva del cadáver de Sabás, ¡ea, cuidado!, tenga, ni se deje engañar si le brota ansiedad en hilos de plata, retórica por el túnel óptico de la cámara, ráfagas de baba ominosa por el flash.

¿Puedes recordar —no sin esfuerzo, Tíbur, pues memorar estos años duele como la prehistoria— cuando secreteábamos en la cafetería de la comandancia los míseros detalles del caso que se nos venía: hallar a quien profería amenazas a la familia de Mamá Lubín? “Todo apunta a Sabás, Lic”, dijiste: nadie antes que tú lo avizoró. Sabás, el fundador del estrambótico Circo Papá Sangre por quien, ciertamente, quienes crecimos en el Valle de Mexicali sentíamos una oblicua fascinación y nunca calculamos acusarle, tener ahora que seguirle, no digamos juzgarle. ¿Recuerdas la ducha de curiosidad, Tíbur, el ímpetu de alveolos al destapar su escondrijo, pillar sus movimientos, descorchar sus motivos?

Sabás, el vecino de la casa cremita en Kilómetro 43.

El comerciante de todo y nada.

Nativo de Cuervos, mentor y dueño de lo que usted me diga.

Ungido o canonizado, magnate o infanzón, Sabás siempre será para los mexicalenses una amable ensalada entre filibustero azuzador de alguaciles en una frontera neolítico-industrial y carterista de una Toscana monógama en el norte de México. Inspirador de artistas plásticos en un siglo por venir. Prócer de niños índigo, padrino de becarios y vigilante de tatuados en un puño de correccionales de California, Nevada y cuatro estados mexicanos. Sabás será siempre, en la memoria suya y en la nuestra, el comerciante de infinitos rostros y oceánicos pulmones. Capaz de vender chirimbolos de dulce en Ensenada al amanecer, señorita, le dan las doce colectando espárrago y zacate buffel en las llanuras de Caborca con las axilas fragantes a rizoma terregosa; asoma en Mexicali a las tres para llenarnos el cogote de cerveza, sorgo y atados de chun kun; le atardece en la Rumorosa con la espalda rubia de trigo, los contenedores vacíos de mercancía y húmedos de dinero, y por la noche, mientras una cuadrilla de sindicalizados clasifica, carea y enfaja manojos de papel moneda que al alba atragantarán la boca de los bancos, él duerme (claro, dormía) y sueña que vende (soñaba, vendía) a precios de escándalo plumas fuente de El Dorado, lentes oscuros de Comala, calabazas transgénicas de la Nube de Oort que igual se exhiben en el primer cuadro de Caléxico como en los fríos suburbios de la Atlántida, se ofrecen en mercados ambulantes de la

sucia Tijuana como en el fatal acotamiento de Louisiana, se les halla en los viñedos horripilantes de New Crobuzon como en las anchas y radiantes calzadas de Caprica y Kobol.

Señorita, tenga. ¿Por qué mi amigo tiene escamas en los ojos?

Esas aspas que le agitan el pecho, ¿qué son?

Hijo pródigo de la Laguna Salada.

Sabás, el empoderado vecino.

Como prófugo de la ley, fue una maldita obsesión, elusivo y astuto desde los primeros meses. Hasta que supimos más y dejó de parecernos ordinario: sus rarezas, oiga, tome, el armazón de sus lealtades nos frenó, vimos envejecer toda hipótesis, incluso aquellas que lucían irrefutables. Una a otra, caían, se enfriaban, consumidas como cigarros que alguien olvidó. Cuántas veces hubo que repensar las cosas. ¿Qué era Sabás, Tíbur? ¿Qué llegó a ser? Conforme las evidencias lo desenmascaraban, le digo que tome, no: lo de aquí. Qué es esta... ¿cosa?

Conforme sabíamos más, entendíamos menos.

Y le admirábamos más.

Vaya usted a saber si aquel ladino que adoran los peones del ayuntamiento, aguinaldo en mano, fétidos a jornal, con el cabello nevado de asbesto, que trasnochan en el Miau-Miau idolatrando a Sabás y saboreando a las “recién llegaditas de Sinaloa”. Las tientan y ensalivan: *Ónde, Mija. Presta, Leoncita*. Si al que idolatran los jornaleros del algodón: se joden el lomo a 48 grados y apenas el capataz lo permite, o incluso si no, se refugian bajo el templete del Circo Papá Sangre, sombreado y con banquitas. Quedo allí: el circo es historia, pero el templete sigue, señorita, ellos lo valoran. Llevan la canícula en la nuca, les importa un güevo si Sabás es lampiño o rubio, esbelto o con panza de Murray: igual le atribuyen la generosidad de un portaviones. Si el tipo bienvenido por los taxistas a quienes reparte, repartía, con periodicidad quincenal, sin límite y a la hora buena, barriles de cerveza Indio, borregos a la vueltrivuelta y hot dogs del Oscarín; si los fisiócratas universitarios acopiados en uno de tantos Sanborns; los gringos solitarios y hambreados que cruzan la línea a pie en busca de jazz o sexo o sopa; si los casacambistas que basculan su negocio en la medialuna del Manuet's, digamos, si en definitiva todos por acá, vaya usted a enterarse, si

aquel grumete venido a más, cirquero caído a menos que recién vimos tendido y exánime en las baldosas con la espina rota, tome, no sería hoy símbolo de la abundancia en un mundo mejor.

Porque en éste, créame, que detenga eso, apriételo bien: ni lo piense, señorita, que si perdemos a mi amigo le dejo a usted la cara que ni su mamá la reconoce. En este mundo, Sabás no cristalizará más allá de una comezón violeta, un adeudo azul. Un dossier para los obituarios locales: vio usted al fotógrafo, dígame si no. ¿Texas? ¿Qué tiene que ver Texas? Por mucho que los abogados rescaten de la cloaca a su gente —si aún la tiene: yo, lo dudo— y por eficiente que sea el imaginario popular armonizando el recuerdo de quienes lo conocieron, la imagen tiránica de quienes le temieron; por mucho que se quiera hilvanar o amasar su nombre al vapor de la nostalgia, con el punch del banquetazo y el misterio que rondará por algún tiempo la causa de su muerte, no lo van a lograr. No es su mediana fortuna sino la visión de negocio y el circo lo que garantizarán para Sabás un aura eterna, un toque heráldico de agente bienhechor, de Cristo negro, de gigolo polvoriento.

¿Habrá otros como él?

El Alto Ámbar asegura que sí.

No sólo eso; dice —esta semana lo repitió tres veces— que carecemos de perspectiva en el oficio para darnos cuenta; de horas de vuelo. Aunque a esta unidad nos haya tomado por los pelos, el caso de Sabás se perdería —él jura— en el montón de pesquisas inverosímiles de San Cristóbal de las Casas, donde él se afilió. ¿A qué viene su interés por Texas, señorita?, acá, uno nuevo: grande y nuevo. Porque allá, en jurisdicciones aledañas a la Selva Lacandona, se les trepa cada loco que prefieren encender fuego a diez hectáreas de cañaveral por temporada, matando a dos o tres. O en Matamoros, dice, donde alcanzó el Grado y asegura haber visto de todo: niños que te asaltan a mano limpia o a mano ridículamente armada con rociadores de jabón líquido, resorteras hechizas, perigallos y rifles de diabólos con estíquers de Barney en el martillo percutor, hijas de familia que conspiran en el andén del colegio para fabricar explosivos con un habano relleno de pasta de bengalas, gajos de pólvora y hebras de tampón.

No, no soy de Texas, señorita. Aunque allí pertenezco.

Doñitas que enfrentan a la autoridad con aguacates embutidos de agujas, que blanden ganzúas de otro siglo, también resorteras: con éstas descargan vísceras —supongo que de cerdo—, proyectiles de brea encendida, pestilente o cajeteada. Bolos de migajón con hierro envenenado. Es un decir, señorita: con un clip. Ándele, es posible: con la argolla de cualquier llavero, le corta un trocito y lo baña en sosa, en detergente, en cultivo de almidón, una llave, un clip de mariposa, un broche femenino, puras de ésas. Un Texas diferente, a cielo abierto. El Texas de *Oh Prairie Rose, how happy I should be*, señorita, olvídelo. En San Cristóbal —presume el Alto Ámbar— su escuadrón acorraló, cierto día, a la sospechosa de un fraude a Maseca. Fue en el vertedero de la propia tortillera. Salió en La Voz. Una nota pequeña hace tiempesito, dondequiera se comentó. La delincuente resultó ser una octagenaria. Para más seña, impedida: cargaba una sonda, era sorda, llagada, osteoporósica, prácticamente ciega, y tartamuda. Al no ver escapatoria cuando el pelotón del Alto Ámbar la cercó, la mujer escupió insultos simbólicos a la prensa, escupitajos constantes y sonantes a nuestro hoy jefe, hurras al régimen de Fulgencio Batista, gases a quien se aproximara y chuntatas al mismísimo Carranza. Si el Alto Ámbar no vio necesidad de ahondar en ello, por qué he de hacerlo yo. Murmuró (hablamos de la misma vieja, sí) rumoreó como pudo un Padre Nuestro. Supongo que completo. Se quitó las sandalias, ignorando toda orden del Alto Ámbar que era entonces sargento o iba para sargento. Ya parece que lo veo, pobre idiota: tirando instrucciones por megáfono. Arriba esas manos, huesos de fécula. A la pared esa espalda amarilla, banano homínido. Tíbur, no me dejes mentir: al Alto Ámbar zarandea a su pelotón y divulga ridiculeces a los pillos sin proveer a uno u otros de glosario.

Finalmente, la vieja sacó un bidón de no sé dónde y lo chupó con apremio. Hasta con gozo, señorita: era su último alimento. Una onza de insecticida. Conforme minaba su cuerpo, la entintó, la fue oscureciendo, la torció de dolor entre vapores malva que exhalaban sus fosas nasales, vaho púrpura. En minutos, el efluvio tóxico sobrevoló el cadáver de la anciana, según él. Fue una visión suya, lo fue mía, lo está siendo de usted: aquello dejó a los testigos parpadeando como hijos de Cuqui.

Púdrase, jefe –mascullabas, con razón.

Ve algo; escurre por acá.

Mire, se ve como pálido.

Pálido y rígido.

Qué son esas almendras: ¿por qué le palpitan? Viéndote aquí, me pregunto si el jefe tenía razón. ¿Sería Sabás cosa frecuente en el sur del país? Qué va usted a saberlo. ¿Habría sido notable, por decir, en Ojinaga, donde los contrabandistas no pagan abogado, sino que atan de los testículos al escuadrón que los hostiga? Supongamos. Del testículo izquierdo del Sargento Segundo nace una línea plateada de hilo de pescar abrazada a su nuez velluda. La del Sargento Segundo, quiero decir. Partiendo de ahí, tira una guía de telaraña industrial bordea el testículo derecho del Brigadier que ordena ¡moverse!, ¡no moverse!, moverse menos. Instrucción que, tras un jalón, se invierte: éste recibe ráfagas imperativas de uno de sus subordinados, sin menoscabo de las jerarquías. Del escroto de ambos penden tensas pautas de cristal: solo uno está en posibilidad de ver la canica del otro.

Carcajeábamos, nos torcíamos con la escena.

En cambio, nos dice, en la Sierra de Álamos se respetan las gónadas. Los traficantes de indocumentados someten tras pulverulenta pesquisa a un vigía migratorio y lo obligan a tragar cubiles de arena ardiente, varas de mezquite, monstruos de Gila enteros. O en Metepec –ha recorrido doce municipalidades, y lo presume, el muy bruto–, donde cortar orejas y falanges a los secuestrados es noticia que ya no se lee con pavor, sino con censurado respeto. El ejercicio quirúrgico otorga a los raptos un rasgo de verosimilitud que no se gana a sombrerazos, consiguiendo lo que ansían: primero, el pago. Después, no menos importante, la sazón de empresa sería ante la opinión pública que, a fuerza de condensar pavores colectivos, termina por apreciar que no se remita a la familia un órgano vital. La esperanza pende de los dedos meniques o cordiales, como si al plagiado le sobraran. ¿Cómo dice? El muy bruto. Porque lo es. Afiliarse en Chiapas, tocar base en cada flanco de este país de lira y muesca, cacarear en Mexicali ante un grupo como el nuestro, ya cuajado, al que no vino a aportar nada. Y encima, enfrentarse a Sabás.

Ojinaga y Metepec respectivamente, Tíbur.

¿En Navolato? Puede que tengas razón.

Y bueno, ¿en Huehuetoca, en Ures?

Ordinario o insólito, Sabás nunca fue el ogro que usted supone. Menos un benefactor, ni un genio. ¿Usted de dónde es? Qué pillo recuerda, haga memoria, en la frontera o lejos de aquí, señorita, que se haya hecho de fama antes que de un historial infractor, y con un circo. ¡Un circo!, acá, sostenga. ¡Que acá! Uno se imagina de todo en las economías paralelas: bodegas revestidas de taller, y viceversa. Laboratorios con facha de videoclub. También viceversa, señorita. Plantas de reciclaje, moteles, gomerías, tenga, ¿pero un circo? Otro algodón. Grande. Claro, es gasa.

La enfermera es usted. Cómo va: ¿así? O así.

¿Por qué no llega la ambulancia? Éste.

Qué le dijeron, señorita. Acá.

Traiga una limpia. Más.

Estuvimos cerca del arresto en septiembre del 2005. ¿Insistes con agosto, Tíbur? La madre de Mamá Lubín recibió advertencias y amenazas de varios empleados del Papá Sangre, tras quejarse —en la columna de Avisos del semanario de la Parroquia de San Agustín— que un remolque del circo obstruía la entrada a su casa, en la Carvajal. Como lo oye, señorita. Pleito casero y vecinal. Así empiezan; el tiempo lo engorda con migajas, vestigios, chismes. De qué cree usted que se arma un expediente. Al rato, con el abandono, con el tiempo, alcanzan dimensiones virreinales. Qué: ¿no fue el tiempo, fue la ineptitud? La del Áltó Ámbar, querrás decir, pendejo. Sueñas, si crees que Sabás reconoció a Mamá Lubín en misa; si tomas en serio eso de que, ¿puede creerlo?, tenga, que Sabás decidió acosar a la familia antes que a ella.

¡Gasa gasa gasa! Otra, por aquí.

O apósito, como se llame.

A la pista vaga con que iniciamos se integró una nota que, ésa sí, para que veas, nos dio hilo. No sé de dónde provino. Pero lo ligó con el usufructo ilegítimo de un terreno ejidal, un tema que estaba en boga. El alcalde lo supo, hizo un par de llamadas y de ahí nos agarramos. El

Alto Ámbar venía recién desempacado; antes de escuchar, precipitó la detención. El ayuntamiento autorizó un despacho externo, pero hubo demasiado ruido y se fueron de bruces.

Usted sabe cómo funciona esto.

Él solo sabe lo que él sabe.

Si no juegas, no pierdes.

Póngaselo entero.

Que sea nuevo.

En el 2007 el Alto Ámbar volvió a nublarlo todo con sus fórmulas de niño bien. Eran los tiempos en que Sabás se refugiaba en un cámper que amanecía en cualquier sitio, del que se escabullía nunca supimos cómo. Se nos fue: tres o cuatro veces se nos fue. En agosto 2006, cuando aún era venerado y temido, lo perdió la avanzada terrestre. Ese día íbamos a lo grande, señorita, con seis unidades y una todoterreno. Huyeron en motocrós por un talud del Centinela, entre cuerpos de polvo, a cerro abierto.

Sabás estaba solo. Ya no era el que fue.

Señorita: tráigase dos. Dos nuevos.

Negativo. Firme usted, oficial.

Ahora que medio Baja California quería verlo pagar se nos adelantó la justicia clandestina. Sabás ha muerto. Silencio, Oficial Millán, la ambulancia está a unas cuadras, retírese. Pudimos capturarlo esta mañana, pero ¿cómo iba a ordenarlo el Alto Ámbar sin elementos de juicio? Si el jefe lee oportunamente las conclusiones, las tuyas, Tíbur, que engargolamos el lunes en la Mevalza. Todo venía ahí: la traición de Crístofer, el plano de su casa, la liga con los Toasters, el flujo de dinero que trazamos en larguísimas jornadas de cálculo, de observación. Lo dicho por Mamá Lubín, el porqué de las 10:45 como hora crítica, seguro suelta la emboscada. Tendríamos a Sabás en una celda: no así, hecho una jerga... La ambulancia.

Ey, ¡vamos!

Vamos, ¡tenga!

Dígale que le pise.

Eso que vio usted, señorita, no era Sabás. Eran sus despojos. El desenlace del Chitón-Chitón. Así acabó el Andreotti. El Ocho, con nú-

meros romanos. Sabás, el Jota Blanca. ¿Cómo más le decían? El Cluni, señorita, sí, también el Cluni.

Vaya nota para inflamar mañana los diarios.

La charla de los mexicalenses.

Otro, señorita.

¡Grande!

Usted a lo de usted. Si digo míralo, es míralo. Sé que, desde su pesadumbre, bajo el muñón sanguinolento de los globos oculares, ¿por qué le pone uno y no dos?, ¿cuántos lleva?, a ver. Inconsciente o anegado como está, mi amigo sabe de lo que hablamos, ¡písele, chofer! No me gusta nada ese nubarrón, señorita, ni éste. Que le ponga dos, dije. Hace apenas un mes, ¿un mes?, menos, el Alto Ámbar nos hizo recapitular.

Recapitulábamos a diario.

Nosotros, él no.

Forjando esas gárgaras que tanto odiamos, el jefe nos apiñó en su cubículo. Unos haciéndole esquemitas, otros pintándole horcas. El Vásquez trazó vectores y grafías en el aire, el Meño sesgó el procedimiento con adverbios dubitativos, testimonios en pretérito imperfecto, para no lacerar. El Alto Ámbar hizo como que entendía.

Señorita, ¿qué dice su reloj?

Reloj o lo que sea.

¡Veintidós qué!

Así es el jefe. Beligerante, corrido. Sobrado de atributos verbales pero ceñido a candorosas reglas que lo entorpecen todo. No hubo manera de que escuchara tu plan. Ni ese día, ni hoy. Ni chance de que te recibiera y tomaras la palabra: explicarle en dos zancadas quién es quién en el mundo de Sabás.

Quién era quién.

Sabás se equivocó.

Si pudimos alojar en los separos a su gente, interrogar a la anciana Odé, una de las estelares del circo, ¿la ubica usted, señorita, sabe de quién hablo?, claro, quién no. ¿Es usted de Mexicali, dice?, fue porque Sabás cometió una tontería despidiéndola. Si vimos a Mamá Lubín entrar en la comandancia la noche del jueves para revelar la ubicación

de Crístofer, a quien tuvimos a tiro en la agencia de viajes y el Alto Ámbar dejó libre tras una majadera intervención —o qué, jefe, ¿así opera la justicia en Chiapas y en la Ciudad de México: ignorando a los que saben, liberando al Número Dos?—, no fue por decoro, señorita, ni por mérito nuestro, sino porque Sabás se equivocó. Desestimar la sangre fría de una mujer, tragarse el letal aspaviento de unas nalgas en falda de mezclilla catadas a talla menor para dar trazas de impudente, hablo de Mamá Lubín, señorita, allá, por las que escurrí las manos setenta y siete veces, es cometer errores. De aquí en demás, me hace caso o la trueno: evitaré ponerme bíblico, usted a lo suyo. Las gocé tanto cuando las gocé, me asquearon tanto cuando las oí, tome. Qué hace. Ah. No quiero hablar de ella.

Circo Papá Sangre.

Conoció el circo, me dice.

Vio los tres actos, ¿no es así?

El primero fue un pollo, regalo de la abuela de Sabás, nacida también en Cuervos. Evidentemente nunca se trató de un solo pollo, señorita, sino de dos. Como regalo de veinte años la abuela obsequió a Sabás una pareja de gallinas de raza pequinés cuya descendencia produjo muchas otras con el mismo, inexplicable, absurdo talento. Todo criador que las tuvo en sus manos las creyó típicas, usted sabe: plumas encrespadas, lóbulos carunculados, cara de pistolero y ligeros rasgos de enanismo. Los machos eran espadachines que pavoneaban su vanidad por el circo, del rastrojo de las mulas al templete del quisco, del escalón de las letrinas a los ductos de refrigeración; las hembras, livianas y pizpiretas. Ningún inspector que las pesó en sus básculas objetó mayor cosa. ¿Has sido tú, Tíbur? El gas. La hediondez, como sugiere la enfermera, es sinónimo de salud: de aquí te mando a las olimpiadas. Si se mantenía a los pollos convenientemente aislados como los tuvo Sabás, en un galpón de ambiente manipulado a ciclos de diecisiete horas —diecisiete, no catorce, señorita, como se cree, es el extremo de tolerancia en estos animales—, a rigurosa dieta de cebada descascarillada, lombrices de jardín y Fanta de manzana, y expuestos ininterrumpidamente a un casete de música cajún, los huevos, al amanecer, eran enormes. Marmolados, como de ave prehistórica, tanto así. Una franja

verde seco los recorría de polo a polo, con tres grecas longitudinales en caqui, magenta y una especie de gris, salmonado. Entre naranja y gris.

Se implementó un cursi numerito con los pollos, que nunca vi. Vendían los huevos a la salida del circo. Los niños lloraban por el suyo, cada visitante no resistía volver a su pueblo sin un huevo del Papá Sangre. La indecisión, la desidia, señorita, las largas y espesas filas impedían, a veces, comprarlo el día de la función. Era fácil hallar réplicas en las misceláneas y abarrotes a lo largo del Valle, con sello de original. Se les distinguía por el armazón de acrílico, lindo estaba el armazón, de veras bonito, con el logo del circo. ¿Que cuál logo? El de las bolitas. Venía con una almohadilla para posar el huevo. Ahora las bolitas mutaron; no se ve mal, pero no es Sabás, ya ve, las bolitas flotan sobre un bastón y alrededor lleva un cuerpecillo de humo que hace pensar en Charles Mingus, ah, ¿conserva usted uno?, um. Se les valora como auténtico símbolo de la ciudad. Admiro que Sabás no los encareciera, siempre a 12, 20 y 30 pesos según el volumen del huevo. Todavía, sí. En el cruce internacional. Los turistas pagan bien por ellos, aquí y en los médanos de San Felipe con destapador, espuelas de corcholata y sombrero de charro.

Los chinos, fieles a su olfato mercantil, los reproducen en peluche y confeccionan extravagantes gallinas de cartón y de lámina, sonrientes donde las haya, a tres por un dólar en el primer cuadro de Caléxico, también con logo, como qué cuál, pásame uno. No tenías derecho a reservar tus conclusiones, comandante, a estas alturas del caso.

Sí, señorita.

Lo nombraron.

Te ascendieron.

Detenga ese caudal involuntario en la tráquea de mi amigo. Despeleje ya, y dije Ya, el antifaz mortuario que se apiña aquí: me pone bien nervioso. Anegue usted ese arrecife al fondo de las córneas del comandante Aguilar, fulmine esos temblores. Espere. Sí, ¿bueno? Oficial Robledo. Estamos, gracias. Sí: absolutamente, claro que lo vi. Aquí sigue. En la parte de atrás, donde era el Hospital Mayhem. Dígales que a las nueve. No me ha llamado nadie. ¡Muertísimo, oficial!, por eso le digo, a las nueve. Dígaselo.

No no no no: dígaselo.

Que habló conmigo.

Negativo.

Va.

Iban a ceñirte la cruz azuliplata, Tíbur, en estas condiciones. Era mucha la sangre, rancio el humor, horripilante la tos que te tumbó. Les dije que no, que te la guarden. Se lo que piensas: debimos esperar el momento. Aún con la excitación y el apuro de meses, insistes en que había que esperar el momento para atrapar a Sabás, pero dime, Tíbur, a ver. Si el momento no lo haces tú, que posees la información y en lugar de desenfundarla, la atesoras, ¿entonces quién? Lo tendríamos. Por supuesto que lo tendríamos. Nos vería usted ahorita allá, con el ribete perlado y felices de la vida rumbo a la rueda de prensa, tome, ¿quedan seis?, ¿solo seis? A bordo de un helicóptero ataviados de azul maya, no en esta jaranera ambulancia. ¿Como cuántas necesita? Con el alcalde, no con una enfermera estúpida: atienda al señor, que le valga madre, señorita, ¡ey ey ey, chofer! Otra. Espere. Oficial Robledo, consiga una caja con gasas, dígale al Meño. Va.

Para mí, Sabás nunca dejó de ser un reincidente. Un vulgar malandrín, un caco de rancho. ¿Puedes negarlo como lo negabas, Tíbur, ahora que te metió una bala? El muy imbécil, el pájaro que buscábamos, cuyo cuerpo lanzó no sabemos quién del quinto piso. El segundo acto era la anciana Odé, con sus gracias sobrehumanas. ¿Cómo puede la naturaleza salir con estas cosas? Mamá Lubín contaba que Sabás la recogió, a la anciana, señorita, hablo de la anciana, al pie de un corpulento sahuaro en el Valle de los Gigantes, y que desde entonces la vieja le juró una lealtad propia de gestas medievales. ¿Por qué la despidió entonces? Era obvio que la mujer nos buscaría, que se dejaría aprehender para librarse de una indecible represalia.

Se equivocó.

A eso voy.

En su número, la anciana Odé rezaba. Allí mismo, en la carpa, sí. Siete Misterios, con simpáticas alteraciones que podemos atribuir al sentido de la ironía, a una lenta revolución alimentada por los diáconos de su parroquia, o en términos paganos, a su Primaria trunca. Para

asombro de los asistentes –a ratos se sentían en misa– donde debía ir el Arca, la anciana Odé invocaba: “Harta de la Alianza, ruega por nosotros”. Sus Avemarías bendecían al “fruto de tu diente, Jesús”, entre otros resbalones. Piadosa, majadera o cismática, Sabás la adoptó por conmiseración. Y al poco tiempo, con asombro: al barritar de tambores, la mujer expulsaba por un oído versículos del Libro de los Jueces en rollitos de papel de estaño, y por el otro, envueltas en aluminio, ojivas calibre .276 los jueves que cayeran en non y un martes cada bimestre, cuyo propelente –como Sabás fue descubriendo entre accidentes y sustos– era explosivo solo en año bisiesto.

El circo permaneció una década.

La anciana Odé, siete años.

Circos buenos, los hay, pero el Papá Sangre no tuvo competencia. No conocerá usted, señorita, a un solo mexicalense que no sepa dar santo y seña del Circo Papá Sangre. ¿Cómo dice? Claro, su tía segunda. Igual que yo y que usted: lo visitó de pequeña y celebró bajo su carpa los cumpleaños octavo y noveno. Centenares de niños fueron tocados por el circo de Sabás. Lo que otros gastan en traer elefantes y osos malayos, en colorear de blanco a los felinos, en pintarle la cola a los faisanes y en educar a los monos, Sabás lo ahorra en la castidad de sus tres números básicos.

¿Dice usted que los vio? Indudablemente.

¿Al gallo pequinés? Dígame por favor quién no.

¿A la anciana Odé? ¿Al dibujante y su fantasma?

Vamos a suponer que sí, que usted los vio. Aún así, resulta que el dibujante que usted vio puede ser ajeno al mío, al que yo vi. La mesera que yo vi, y la de usted, si lo que dice es cierto, pueden ser la misma chica, digamos que sí. No: digamos que no lo era, que la de usted se habrá sacado el lápiz de aquí atrás. El escondite para guardarse el lápiz, en la de usted, sería la oreja izquierda; el de la mía era un bolsillo cosido al delantal, cubierto de chaquira. Déjeme precisar: la mía tenía un lunar que afeaba su hombro derecho, ¿y la de usted? Un juego de cejas Nicte Há.

En cuanto a las gallinas, lo mismo. Usted dirá que vio un ave con cresta, y que en la cresta distinguió pequeñas letras. Otros, que era un

polluelo sin alas ni cola. Mi padre tuvo un vecino que aseguraba no haber visto un gallo, sino un gavián.

Nunca atinaste en ello, Tíbur.

Cómo me dolió que atinaras lo otro.

Efectivamente, Sabás logró meter en su cama a Mamá Lubín, luego tirarla y desinteresarse de ella. Yo no, señorita. Ignoro cómo dio Sabás con ella, o ella con él, si fue durante la infancia y el canalla aguardó a que embarneciera, como muchos creen —exclúyame—, o fue ya mayorcita. Sabás la tuvo y salió intacto: yo, que me había mentalizado, no lo hice, no pude, no supe. Como que me quiero acordar de algo, ora que veo la sangre. ¿Qué era? A ver. Sí: que la primera hemorragia de la que se tiene registro corresponde a la que quitó la vida al hombre de Swanscombe. Había más; seguro que había algo más. Se lo aprendí a una enfermera en Sonoyta. Me lo ratificó un amigo del forense; que la sangre fluye como si viajara lejos, con una prisa contenida y algo necia. Qué más. Qué más me dijo, a ver. Me enamoré pese a las advertencias, las humillaciones tuyas y del Alto Ámbar. Ella misma, señorita, que parecía ver todo con viada y anticipación, me lo dijo con todas sus letras. “Si se clava conmigo vale madre, Lic”, me dijo. “Venga, pruebe”, dijo. La fuerza de piélagos, señorita, la armonía de volúmenes. Las primeras arrugas en su rostro como arañitas dulces, en fin, ya ve, no sé, no supe.

Llegamos, métanlo.

Aguilar, Tiburcio Aguilar.

Comandante Tiburcio Aguilar.

Tu moción era brillante y acertada. Pudiste decir: “Ofrézcale algo a Crístofer.” Sugerir: “Busquemos a Crístofer, jefe, la clave es Crístofer.” Resquebrajar el corro de Sabás con un meneo diplomático para que el Alto Ámbar aceptara negociar con su hombre fuerte. Dicen, me lo dijo a mí Mamá Lubín, que Crístofer... ¿Cómo?, ¿qué, Tíbur? Algo de beber, ¡está reaccionando! Désela. No, de esa botella no: que beba de ésta.

Pase, doctor, ¿cómo se llama usted?

Tremendo, sí. Descansa, amigo.

¿Suicidarse? ¿Sabás?

Ni lo piense.

Tenía los brazos hechos mierda. Quien se suicida, suelta el cuerpo, desatornilla las extremidades en un albur místico, de orden sacramental, para impactar de cabeza, ah, ya: que la sangre, bueno, verá qué jalada ésta, doctor. Que la sangre, en su viaje de kilómetros modulados y enjutos va al encuentro de cierta bifurcación que hace pensar en el enclave artificial de la small town girl y el city boy en el viejo hit de Journey, por lo azorrillado del evento, supongo, en fin. Había más, qué era, qué era.

A éste lo tiraron, doctor.

Sin duda culparán a Crístofer.

Culparemos a Crístofer, Tíbur. Bien decías que sin Crístofer el resto volaría, vería la puerta. Sabás perdió a Crístofer porque Crístofer ya no era el cebo sino el animal. Le hablo cuando me da la gana, doctor, module las manecillas, póngalas a juego. El comandante Aguilar y yo hemos visto verter sangre en todas direcciones, expelida por orificios que usted nunca auscultará. ¿Sabe lo que arde el apéndice si se lo pinchan? Lo calloso es darle con un cincel, conseguir un X-Acto. La cavidad del diafragma, el puente, un trébol que tenemos aquí, ¿sabe cuánto llega a doler si se lo perforan, si se lo patean? La bala. Muéstremela. ¿Luego?, luego ya veremos. El luego no existe. Encuéntrela, póngala en una bolsita, así tenga que meterse por ella, desenterrarla, sáquela: entera o achicharrada en el tálamo del comandante. Ah, cómo de que no. Me gusta limpiar la trompa del elefante en tramos. ¿Al pulmón?, pues vaya al pulmón. Ilumínasela, Tíbur, cóseles una insignia refulgente como con la que iban a entallarte. Atrienda esas agujas —mire, párelas ya: se bambolean— o verá su nombre en mi lista de interrogables.

Interrogables.

¿Debí decir sospechosos?

¿Cree que cuando controle la irrigación del comandante, ya es menos, ¿no?, tranquilo, Tíbur, bien, tú bien. Que pueda explicarme con lujo de detalle eso que le escuché decir afuera: “Creí que nunca atraparían a Papá Sangre”? Palpé subordinación en sus palabras. A quién se lo dijo, ¿eh? Necesito más que fe, doctor. Usted no es mago y yo no soy creyente. Sabás andaba solo desde el domingo. El Alto Ámbar

no podía concebirlo. Nos dijo: si lo ven solo –todos lo vimos: comía solo, se le veía entrar al motel solo, a la Cachanilla, salir con el cabello a rapa, solo– es porque les tiende trampas. Si lo ven en la farmacia, en la llantera, en el cine, dijo ayer, en la tienda de mascotas cambiando el tanque de sus peces será porque desde algún búnquer oculto y subterráneo lo cuidan, le cubren, lo escudan. Su gente. ¿Y quién es su gente, si no los nombres con que plagamos el corcho de su oficina cuando nos lo pidió, a quienes descartábamos de a dos y de a tres hasta que se nos terminaron? Será porque le vigilan radares, le guían lechuzas, le arropan centinelas, permanezca aquí, doctor. ¿Tiene otra cirugía? No me interesa.

Usted sale de aquí y lo convierto en sospechoso.

Claro que puedo. Ah, sí: que el empuje sincopado del flujo sanguíneo es un río que escinde en una serie de riachuelos que delinear el cosmos anatómico del individuo como lo haría un pintor escrupuloso, paseando la punta del lápiz por el infinito follaje de los órganos, hasta que, no sé bien dónde, aquello se abre en dos cauces notables.

El tercer acto, ése sí lo vi. El dibujante y la mesera. Sí, doctor, le creo, recordémoslo. Era un acto sobrio, e iba al grano. En un pueblo viejo –tipo tepehuán, tipo Mojave– el dibujante entra al único merendero; se sienta en una mesa y no sabe qué almorzar. La mesera le asiste con somnolencia, entreverando sus largas piernas por el delantal, no muy esperanzada en propinas ya que el merendero acopia a migrantes sin encías, militares retirados, forajidos de gorra invertida, aminowanas pedísimos, usted sabe. El dibujante luce extraviado; ella lo atiende con menos reacciones nerviosas que un tinaco. De alguna manera se mantenía la atención del público; un acto tan plano y sobrio. El dibujante pierde el apetito, disponiéndose a salir, pero ella lo asalta con un simpático doblón de cejas. “Oh, veo que eres artista”, mastica ella, y le pide un retrato. Más aún, le da un lapicito que lleva oculto en la oreja –usted me dirá que lo sacó de entre las medias, habrá quien atestigüe que del frasco de cátsup, del neceser o del trajín de las comandas– y cuando el joven ha trazado ciertas líneas en una servilleta desplegada, ella... desaparece. Eso dije. Qué fue eso, doctor. Ah. La chica no se presentaba a cobrar, ni se sabía de ella, hasta que

reaparecía, o digámoslo así: prorrumplía a la hora justa, en la próxima función. Siempre con actitud hermética; la mirada turbia e inanimada. A revivir la escena.

Nadie jamás pudo nombrarla, ni distinguirla. ¿Que usted vio a la mesera, doctor?, sin duda. La vio después del gallo, de la gallina de los huevos bestiales, moteados, y de la anciana Odé, naturalmente. El trasero de Mamá Lubín, doctor, ¿lo vio?, dígame, ¿lo palpó? Mamá Lubín dice que no me amó. Iba al sexo como por petróleo: eso lo digo yo. Se dejaba capitanear sin aflicción, ominosa y telúrica, siempre que viráramos entre las sábanas a ritmo de mariachi. Lo suyo eran acordeones, vihuelas, requintos. Tras la marimba, bebíamos boleros. Cuando se fastidiaba, exigía un cambio de música: “Ya chole con los tríos, pon otra cosa.” Tome. Otro. Démelo.

¿Qué si le hacía caso? Aproximadamente: con una rápida sustitución de discos en la bandeja de cinco, me encargaba de llevarla de lo florido a lo áspero, acorde a su apetito sexual. No obstante –y ella nunca lo notó– me mantuve con tríos. De los Tres Ases virábamos a Nirvana. Guardaba el compilatorio de Los Panchos y colocaba un corte hostil de De La Soul, la fruición acústica de Sebadoh. Donde vibró el falsete de Antonio Velázquez arrebatava el Atomizer de Big Black, súbito e incombustible Sugar. Atmósfera de mundos raros, guano de palomas ingratas, la gema de los Dandys, Kurt Cobain con sus nueve “a denial”. Bajo cielitolindos, al galope de azabaches, en sopas de mierda, indistintamente, doctor, la hice mi mujer. Semejante trasero al señoreo de nubes que el tiempo apartó, mentalidades que no cambian, fastidioso alpiste, cielos enteros.

Ella jura, en su hipnótico desliz, que no era amor.

Pretende que le crea.

La apprehendimos, señorita. Va a llevarnos hasta Crístofer, o tú, Tíbur: hazlo tú. Levántate y guíanos. ¿A qué tanto silencio? Que nunca me amó, bah. Mamá Lubín se refunde ahora mismo en la preventiva, dice que aquello, que nada, que siempre, dice que todo, que las palabras que escuché no eran de amor. Entonces de qué eran. Quiere que me lo crea, Tíbur, doctor, figúrese. Palabras de ánimo y no de amor era lo que esperábamos para irrumpir en el edificio esta mañana, nervio-

sos, ciegos. Como quien rasga el útero, chiclosos de sueño y fatiga de tanto saborear la captura del tigre.

Cuando era el tigre, míralo, quien se cuidaba de nosotros y no sabemos de quién más.

Capturar a Sabás, no que lo mataran.

Comandante Aguilar, tu sangre se coagula en el felpudo.

Con tantos Buda

1

*Don't these times
fill your eyes?*
Stone Roses.

Ismael pitó por tercera vez. Desde el interior del Hyundai Pony nos asomábamos al umbral de la casa de Libby: la medialuna de la puerta, el casco húmedo de las ventanas, sin novedad. Minutos antes, bajé del auto y subí la escalinata para tocar con los nudillos, en una muestra de gentileza que rara vez teníamos. El concierto inicia en hora y media. Libby no responde. Quizá esté discutiendo con su madre el derecho a salir, encrespada a débiles argumentos que su madre fulmina desde el sillón María Antonieta. Puede que Libby salga por esa puerta con las cejas desplegadas como veleros, o que se transforme en un mandril y se refunda en casa hasta el amanecer.

Vamos tarde. The Verizon House no está a la vuelta de la esquina. Lo mismo da si a Libby la raptó una legión de gorgojos para devorarla en un capullo de aromas errantes.

Apuntalado por esa idea, desistí. Volví al auto.

Creí que Ismael y Tania coincidirían en dejar a Libby, pero las cejas de Tania, en tibio declive, envenenaron a Ismael, y éste accionó el claxon. Una, dos veces.

Si nos apresurábamos a cruzar la Línea y arribábamos pronto a los médanos de Oceanside, seríamos testigos del primer tour norteamericano de Jingle On Budah, la banda escocesa de braquet punk que vivía un idilio con la prensa especializada. Ismael aseguró haber conseguido el CD en una fiesta y quiso ponerlo en el reproductor, pero sugerimos que lo dejara para el Freeway. Quedamos en silencio, con esporádicas menciones de Ismael en favor de Jingle On Budah: se refería a ellos con afecto y subordinación. Decía que la actitud monacal del vocalista (no supo darnos el nombre) y el arpa que rasgaba la hermosa Gebbie Swans, en piezas de tinte abrasador, conformaban algo único. Era posible, sí, que en la parte alta del concierto, al incorporarse el resto de la banda —uno con el bajo y el armonio, otro con el címbalo— el escenario se inundara de frutas, de avispas sonoras. Pero, por ahora, Jingle On Budah no parecía más que un exponente tardío del Disturbing New Age. Lo demostraban ‘Missing Mother’ y ‘Waiting for Her at Noon’, el par de sencillos que palpitaban axiomáticamente en la radio. Yo no esperaba mucho de ellos, como tampoco de otras bandas británicas o escandinavas del nuevo milenio. Las hemos visto desfilar: nos miran hacia abajo. Quizá nos consideran una tribu de muñecos mecánicos que al primer soplo se rinde a la cruz de San Olaf. Hay demasiados Buda. Nautilus, The Oystics, Tamara’s Day, incluso Guys Beyond The Ages, cuyo pretensioso nombre decapita un limitado costal de ideas que Ismael defiende a muerte.

Esta noche sabré dónde colocar a Jingle of Budah.

Si Libby se apresura. Si nos vamos ya.

Somos pájaros urbanos. Inquietos y estridentes. Disfrutamos la sensación del desperdicio. Roer en lo inédito; desprender el celofán de la música nueva. Nuestro criterio difiere, y nos encara, a veces con ferocidad; pero cada fin de semana abordamos el Hyundai pues una buena banda —si es generosa, si se dan las condiciones— muta en el escenario, se convierte en otra. En una mejor.

Claro, hay decepciones, pero también sorpresas.

Si quieres distinguirlo tienes que estar ahí.

Ismael es desbordado en sus gustos. Llena su vida de calumnias nacionalistas, graffias chicanas y panfletos rastafari, con un acérrimo

temor a equivocarse. Tania es una sábana al sol, dócil y lírica. Libby busca cocos y sandías en esta u otra canción, en el estilo de cierto vocalista o pianista, para asociarlos con la historia de su familia. Por decir: hace poco, escuchando a Pavement en la cafetería de la universidad, Ismael agradeció que Stephen Malkmus evitara el falsete en 'Here', incluso en los pasajes más exigentes, forzando el estómago para sacar adelante la canción. Quiso ilustrarlo y tarareó dolorosamente, lo más alto que pudo: *And all the spanish candles...*, uf, se le escapó. Todos reímos. Tania advirtió que esto no solo ocurre en 'Here', sino en todo el *Slanted and Enchanted*. "El vato prefiere el plain speaking antes que el neatness del estudio, uta, bien, el vato, me cai". Estuvimos de acuerdo en que ese simple gesto dignificaba su propuesta... en tanto Libby, atropellando la conversación, relacionó la portada del álbum y 'Loretta's Scars' con las promesas de su tío recién salido de la cárcel. Y cuando abordamos, también en la cafetería, los detalles del asesinato de Ellacuría y Sobrino, dos jesuitas de un colegio en San Salvador, apenas el día anterior, Ismael zanjó que eso estaba de la chingada pero que no le parecía más grave el asesinato de un jesuita radical que cualquier otra ejecución con fines religiosos, sean las que inspira un Ayatollah o las que ordenaban los antiguos Tlatoani. "Todas las religiones valen madre, no son sino una romantización del miedo". Tania: "Eso lo dijo John Lennon, no seas mamón." Ismael puso cara de no estar enterado, y Libby, cuándo no, explicó que matar a otro por la fe era "como cuando mi otra tía, la que les conté de Sausalito, se ve al espejo: que si el colorante estaba vencido, si al broche le faltaba un diente, puras de esas..." A mí, por lo general, me asquean sus discusiones. Opto por callar mis predilecciones —seguro porque no tendría cómo defenderlas—, que, no obstante, ellos conocen bien. Me atraen músicos pendulares, cajas viajeras, vaivenes rizados, tironcitos aquí, remolinos allá, el desprecio que transmiten las formas seráficas.

O sea.

Lo que a Libby y a mí nos parece monótono, Ismael lo disfruta horrores.

Lo que Tania e Ismael ven como estatua de sal, para Libby es un serpollo, un olivo o un cerezo, y a mí me viene guango.

Si Tania y Libby coinciden en algo... Aunque esto jamás sucede, excepto con Sonic Youth: somos afines a su avena trashumante, al fallo predatorio que los hace espinosos, al mismo tiempo que entrañables. Buscamos y encontramos cada dos, tres años un concierto suyo, para ocupar cueste lo que cueste —nunca son caros: otra razón para adorarlos— un sitio al frente, lo más cerca posible del *stage*. Son conciertos poblados de hojarasca que, si no siempre abonan a la expansión del rock, besan el arte abstracto, la producción basura, una especie de puntillismo ardiente y bravo, estruendoso, igualmente melódico. Cámaras sonoras, ramalazos de feedback. Berrinches que atracan y espolean el eje del universo.

2

My brain thinks bomb-like.

Tricky.

Ismael lanzó la tercera y última llamada con el claxon. Conocemos bien su rúbrica; tres breves pinchazos suspendidos a uno más largo y sonoro.

La tarde colgaba sus lonas en Tijuana.

La Colonia Hipódromo escurría, oscura y niquelada.

De Libby, ni sus luces. La puerta de su casa tiene una ventanita, colocada quizá demasiado arriba, provista de un vitral traslúcido desde el interior, opaco desde afuera. No imagino a la madre de Libby, de baja estatura, asomada por la ventanita, excepto subida a una escalerilla que no he visto que tengan. Para maximizar el carácter hostil de la puerta de casa de Libby, considérese que al receptáculo de luz lo atraviesan, además, barrotes de herrería. ¿Qué, los fabricantes de puertas, los herreros que proveen seguridad a los hogares, ¡los ciudadanos!, no aprendieron la lección de Crónica de una muerte anunciada? Por una circunstancia igual en el diseño del portón, la madre de Santiago Nasar nunca se entera de que su hijo es quien toca a la puerta, dejándolo a merced de los asesinos.

Libby nos ignoró.

Supuse que daba vueltas bajo las sábanas, ahuecando la almohada a puñetazos.

Volví al auto.

Tania se mordía una uña.

Supiré, acurrucándome en el asiento trasero del Pony. En el bolsillo de la chamarra conté algunos billetes de 20 y 50 pesos, uno de 10 dólares, monedas de cualquier color. Sumaba unos 33 o 35 dólares, suficiente para mi boleto, un par de cervezas y algo para cenar. Ocean-side está bastante lejos. Más allá de San Diego. Surtir gasolina, cambiar dólares y sobrevivir la Línea, previsiblemente larga.

Con un demonio, ¿dónde estaba Libby?

Era extraño: nos habló maravillas de Jingle On Budah (no una, ni dos veces) y fue incisiva al convencerme. “Sé que está el partido, sí, tus amigos y el Suizo”, me dijo. “Pero es la primera gira, Javier. Eso no se repite.” ¿Yo?, no estaba tan seguro. Era probable que Jingle On Budah resultara ordinario; en cambio, estaba el partido, sí. Los dos partidos que prometí ver en el Suizo. Me perdería la gran prueba de Raúl González, la tarde estelar de Gaizka Mendieta en la bellísima cancha del Stade de France. La cita máxima del fútbol europeo, la final de la Champions. Estaba también, puesto en bandeja, el Boca de Riquelme contra el River de Saviola; un choque de la Libertadores que tenía cabreado al Cono Sur. ¡Tanto!, y nada: por ver a Jingle On Budah.

Alguien asomó por la lumbrera de un departamento cercano. Un rostro diluido que desconfió de nosotros y corrió la cortina.

—No me chingues, vámonos —apunté, quebrando el silencio.

Ismael apoyó mi queja. Encendió el auto, para forzar la partida.

—Tú te lo pierdes, morra —riñó Ismael.

Sin Libby, Tania no parece convencida de ir. Aunque tampoco objetó mayor cosa. Ismael quitó el freno de mano y el Pony navegó en leve aceleración por las aguas sombrías de la calle Zitácuaro, bajo un velo de anchurosos árboles. La ruta es conocida: desde el origen de los tiempos, el cauce de la Zitácuaro desciende, sermonea al Hipódromo y se bifurca en un codo del Bulevar Agua Caliente.

En la gasolinera del Triángulo llenamos tres cuartos de tanque. Los niveles del motor estaban bien. También las llantas. Aproveché

para comprar dólares en una caperuza verde, frente a la gasolinera. De vuelta al auto, limpié el parabrisas, los retrovisores laterales y el vidrio trasero, pues en el Freeway solían nublarse y todos sabemos que el chisguetero del Hyundai nunca sirve.

Nos incorporamos a la Línea, por una de las vías laterales.

Hilos convergentes, gusanos morosos.

Elegimos uno de los peores.

—¡Las siete! —berreó Ismael.

—Es por la hora —moderó Tania.

—También, cabrón, te formas en la más lenta —acusé.

Ismael se tragó el coraje y, de un volantazo, penetró la fila contigua. No era mucha la diferencia, pero sí, luego de unos minutos pareció desatascarse, fluir mejor.

¿Las siete? De malas, consideré que el primer encuentro habría terminado ya. ¿El Valencia habría ganado su primera copa continental?, ¿el Madrid su octava? Lejísimos de ahí, en Buenos Aires —tan cerca: en las pantallas de el Suizo— el otro juego estaría por comenzar. Perdérmelos por Jingle On Budah, una banda intrascendente cuyo mérito reduje, en todo caso, a unos cuantos falsetes de buena factura y a la línea rítmica de ‘Missing Mother’. Me pesó tener que mentir a los muchachos: el Suizo vibraba ya, con el bullicio distintivo de los bares para ejecutivos. La Hora Feliz catapultó a Memo, Gilberto, Fernando y Sergio desde las cuatro de la tarde, bajo un denso nubarrón de tabaco y amonio. La imagen del partido carecía de narración y follaba —en mezcla abominable— con Metallica, Morrissey, Maná, los Doors. Memo sacaría a colación que no fui porque había concierto en San Diego. Se enfadarían conmigo; una vez que rodara el balón y aparecieran los primeros picheles, aquello se olvidaría. Los cuatro adquirirían (imaginé, con algo de envidia) una lucidez tremenda para sugerir cambios a uno u otro equipo, exigir penalti, mentársela a una exnovia, refunfuñar por el patrón. Las botellas moldearían un bosque tintineante sobre la barra y las mesas. Una noche agitada, digna de recordar.

Me martirizaba adivinar quién sería, hace al menos una hora, el campeón.

Luego de seguir las peripecias de ambos clubes rumbo a la Final, me atormentaba no saber cómo la habrían encarado, y resuelto. Con gol de quién. Pese a la curiosidad, que era asfixiante, me las ingeníé para no enterarme: prefería ignorar el resultado y ver el juego en la retransmisión nocturna, ya en casa, con la expectativa intacta. a Ismael y Tania no les gustaba el fútbol, así que no corría peligro de enterarme por ellos.

Deduje que Gilberto estaría con el Madrid; sus argumentos serían que Anelka y Raúl son capaces de acribillar a ojo vendado al portero Santi Cañizares.

Memo seguro se inclinaba (como yo) por una sorpresa del Valencia, y razones, sobaban: la franqueza cerebral de Mendieta, el trote almen-drado de Gerard, el vértigo del Piojo López. Si apostaban, Memo iría por todas.

Odié profundamente a Libby.

En el otro juego, que, justamente, arrancó apenas mostramos la visa, River Plate buscaría ensanchar la ventaja de ida contra Boca Juniors, en la vuelta de la Libertadores. Eran Cuartos de Final. Ante la final de una Champions, unos Cuartos del torneo sudamericano eran en teoría, un evento menor, pero éste —especialmente éste— generaba tremendo voltaje. El gran clásico argentino, que tomaba enrachados a ambos clubes. La Bombonera atestada, las gradas preñadas de nervio y borrosa emoción. Quise hallar un símil en la naturaleza: el resoplido de los rorcuales, tal vez. Un choque de carneros. Un rompeolas. Y Riquelme... No ver a Riquelme ni al Guille Barros Schelotto aproximando a Boca a una Libertadores comenzó a pesar, tal vez demasiado.

Al fin, cruzamos.

Ismael aceleró por el Freeway, e insertó el anunciado CD de Jingle On Budah, Fake Dragon. ¿Jingle? ¿Jingle On Budah? “Qué nombre tan mamón”, me quejé. Llámese Fungus Budah, Workshop Budah o Budah MacKaye, lo mismo daba. El derroche de Budas me tenía sin cuidado. Ismael reaccionó al *riff*, agitando las manos, imitándolo hasta bien avanzada la primera canción. La segunda tuvo un aire gótico, más o menos decente. Luego vino una marcha, más bien un rezongar

amanerado y miserable, del que rescaté, sin embargo, un par de líneas que me devolvieron la ausencia de Libby:

*She's taking care of her nails
while I'm taking care of her.*

Torcí la mejilla. Alcanzamos el centro de San Diego, siempre majestuoso. Desde niño cultivé una atracción por ese súbito puño de edificios. En especial por un negrísimo altar que parecía de obsidiana –las oficinas del Imperial Bank– que aún se alza, opaco y señorial, como fortín de petróleo.

3

*We're trash, you and me.
We're the litter on the breeze.
We're the lovers on the streets.*
Suede.

Boca en el crisol de su estadio, a partido decisivo, es un desafío de consideración. Pero tampoco jugaba contra sillas. Enfrente estaba Saviola: inmaduro o no, pequeñito o no, los defensores de Boca le conocen; le respetan. No es que le teman –eso, jamás– pero sí que le respetan. El juego de ida se inclinó en favor de River por un tremendo zapatazo suyo: ¿por qué no iba a hacérselos otra vez, y mejor, en el de vuelta? Aún así, Boca y Valencia, River y Madrid son mucho más que Riquelme y Mendieta, Saviola y Raúl. La ocasión era grande, no para uno sino para cualquiera. El que liara un buen partido se iba a consagrar.

El Holiday Inn ojeaba alrededor con sobriedad.

Me propuse no pensar en los partidos.

No lo estaba logrando.

Traté de deducir si los colombianos de Boca –el gigante Yépez, el bravísimo Serna– desatornillarían con éxito a Saviola. Si Riquelme dilataría el melancólico bosque de su juego. Si el Guille se sobrepondría a Trotta, el grandote, carroceros central de River Plate. Lo que idearía el Tolo Gallego para sobrevivir al caldo infame de la Bombonera, templar a sus muchachos.

—Ps, ¡chingado! —maldije a buen volumen.

Tania quizás me escuchó; Ismael, definitivamente no.

Cuando la opinión pública se enfade de cruceros espaciales, cuando se desinflen el hype de fotografiar la superficie de Marte, NASA y Lockheed Martin voltearán al extremo opuesto del universo y proyectarán un viaje al centro de Román Riquelme. ¿Qué van a encontrar? Hongos, trufas, crustáceos, ruinas de faz transparente, alfileres que sostienen figurillas de jade, pieles de carnero, chispas, cascarillas, tal vez un trombón. Román es el mejor futbolista fuera de estadio. Su felicidad radica en canchitas lodosas y desproporcionadas, un mundo Saint-Exupéry, canchas sin principio ni fin donde los zapatos, de punta roma, animan un residual paseo de balón que no termina de gustar a la gente. Con Román, la pelota es una creatura agradecida, apareada, pacífica, sobada por sus largos, monumentales pies. Driblador maravilloso, pero ocasional, cuyos free kick son un sabotaje contra los porteros, sus goles —nada abundantes— tienen tanto aroma que no parecen goles sino frascos de café. Qué buscan sus equipos: ¿magia? No cuenten con Román, falso amuleto. Algo de culpa tendrá el mediapunta argentino con su juego decimonónico y piadoso, que raya en lo agrarista. No me atrevo a juzgarle —pensé, agravado por la distancia a Buenos Aires, por la separación a el Suizo— pues un día morirá Román y su nombre seguirá alimentando repulsiones. “Y yo, aquí”, me regañé. Movido por una fuerza color mandarina, busqué imaginar lo que conversarían los jugadores de River en el vestidor, azuzados por el Tolo.

—¡Vamo, vamo! —les gritará el flemático entrenador, ya caliente, con los labios hinchados—. ¡Son 90 minuto, muchacho!, ¡uno nomá, vamo a darle un golecito! ¡Seguro que lo hacés! ¡Vamo, Rive, carajo! ¡Vamo!

Jingle On Budah tenía años por delante.

Pero este juego era único.

Es ridículo: ¿qué esperaba? ¿Que la banda escocesa fuera a agradecerme el concierto por el resto de sus días? Lo mejor era llegar al Verizon House cuanto antes. Si no fuera porque íbamos tarde y porque Ismael parecía tejer un plan en torno a las piernas recién afeitadas de

Tania, les habría pedido que me llevaran a la estación de Trolley más cercana.

—Llévenme a la estación de Trolley más cercana —exigí.

Ismael liberó un poco el acelerador, al reparar en mis motivos. Le respondí cualquier cosa, y descubrí en sus pupilas (dos escarabajos que se escabulleron por el retrovisor) que mi petición era bienvenida. Tania se agitó; su mano, en la mano de Ismael, recibió un mensaje dactilar.

Sobre nuestras cabezas pasó el cartel de la 163th Street. El parque Balboa dormitaba en aquel océano verde. El cuerpo indolente del Holiday Inn asomaba, campanudo, sobre el hilado de los puentes.

Me llevaron a la estación City College.

Me despedí con calidez. Al bajar me disculpé.

Era Libby quien debía disculparse. Más le valía hacerlo, y hacerlo bien.

En la manera de arrancar el Hyundai, y por la inclinación de cabezas que aconteció en su interior, supe que Ismael y Tania ya no se dirigían a Oceanside. Muera Jingle On Budah.

4

*Where the action isn't,
that's where it is.*

John Cooper Clarke.

¿Carlos Bianchi sería tan osado —me pregunté—, tan animal para jugársela con Martín Palermo? Las patas de palo de Palermo causaron un estremecimiento en mí, una rara intuición para esa noche. Caminé velozmente: vi varios taxis a dos cuadras de allí. En la tv de una taquería noté que las cámaras salivosas de Fox Sports se daban un festín en las gradas de la Bombonera, al término del Primer Tiempo. Atrás de una portería, La 12 maldecía al Tolo Gallego:

Te querés matar, te querés mataaaaar,

Te querés matar, puto Tolooo,

Te querés mataaaaar.

Con suerte alcanzaría a llegar para el cierre, quizás a los penalti. Con un tarro helado en la mano, a tiempo para apostar. Con los amigos, que en ocasiones así juran exageradas lealtades. El taxista aceptó llevarme al cruce internacional por veintiocho dólares. Seguramente dije algo relativo al fútbol, porque el taxista –sin darme tiempo a la negación, con un tono de privilegiado– me informó que el Real Madrid era el nuevo Campeón de Europa. “Viera ese chamaco, Raúl. Se aventó con un golazo”, dijo. “Así, así, suavecito, se les fue, viera qué lindo.” En las nubes plenarias del Pacífico busqué posibilidades para ajustar aquella crónica: Raúl resolviendo un enredo en el área, un contragolpe, a volea, una vaselina.

La California dorada discurría a mi derecha, rumbo al sur.

Demoramos media hora hasta San Ysidro.

El taxi se detuvo en la esquina Beyer Blvd. y Dairy Mart.

Bajé y pagué, decepcionado.

Me dirigí sin correr (uno nunca sabe lo que puedan sospechar en Migración) hasta la garganta giratoria que vomita, en un garrafal batir de metales, a los turistas y a los deportados, e ingresé a México.

Ya en Tijuana, me cobijó una tibia humedad. El sudor bajaba a chorros por mi espalda. Tijuana hedía a garnacha, elote y perro. Aceite chamuscado, jícama y churros.

No logré ubicar un autobús.

Sorteé varios puestos de artesanías, bufandas y gorras, hasta entrometerme en un grupo de comerciantes que se aglutinaban en torno a la antena de conejo de un tv, en busca de un taxi al que pagué nueve pesos... Y alguien habló.

Es horrible.

Escuchar sin querer escuchar.

Que Boca ganó. Que ganó y goleó.

El cronista lo celebraba con una hilera de adjetivos, repitiendo hasta tres veces: “Una noche histórica para el fútbol argentino”. Me detuve en seco. Ya no tenía caso llegar; sin componente dramático, el par de juegos se reducían a una aberrante y fría estadística. El daño estaba hecho.

“Te querés mataaar...”, muera Libby.

“Te querés mataaaaaar...”, muera también Ismael.

“Te querés matar, puto Tolooo...”, muera Jingle con todos sus Buda.

Esperé dolorosamente un autobús, con depresiva calma.

Al llegar a casa, mi padre abrió la puerta.

—Libby llamó. Que no la esperen.

Me contuve, con la última pizca de energía. Entre la fricción de la caminata, el desplante de Libby, la falsa expectación del braquet punk y el aviso no deseado de ambos marcadores, emergió el sueño. En mi cabeza, un anciano cribaba arroz en mangas de camisa.

Entré al baño para enjuagarme la cara. Desde ahí percibí el colofón de Fox Sports: con un fondo de música jungle, la arrogancia de Martín Liberman acusaba de aventurero, visionario y audaz a Carlos Bianchi, que hizo el día a los bosteros al meter a Palermo muy cerca del final. Así que Martín jugó, salido de la lesión. Renqueante como estaba. Y pintó un emotivo, rarísimo gol.

Sonreí, divertido.

Anotó, el muy cabrón.

Fui por cerveza y me senté a la tv.

Al ver la jugada —repetida mil veces— me carcajeé.

Martín Palermo es todo menos el goleador que uno espera.

Por años ha coleccionado sustos y rarezas.

Goles de incapacitado.

Tretas de araña.

Mr. Narrow

Una semilla de sésamo cae, y tu fe se viene abajo. Fin del cuento, esquelético y casi injusto fin del cuento. Pero no te confundas: para que nazca, para erigir tu fe en el patrón sustentable de intenciones, murmullos y hábitos que hacen de ti un creyente de cepa se requiere toda una relojería, empuje institucional, mucha costumbre —el acto ciego de varias generaciones—, nunca sobra un toque sobrenatural y el *sparkle* de un sermón o dos. Luego queda ahí, suspendida tu fe en la vaina de lo diario, un soplo, himen fragilísimo que los predicadores se afanarán en atender a distancia y de cuando en cuando aproximar a los caudales del dogma, aupándola de destino, de bucólicos azares, sosteniéndola a veces con muletas de horquilla. La fe resiste vendavales, piojos, hachazos seculares al fortín, pero se viene abajo —castillo de naipes— con una simple broma, un doblez fuera de sitio, una semilla de sésamo.

En mi caso, fueron las tres cosas.

En agosto de 1998, la Iglesia del Palomo Ladrón —religión que venía enarbolando y de la que, días después de aquello, iban a nombrarme Pastor— entró en su segunda etapa de expansión histórica, con la mayor tasa de crecimiento posible para una división redentora-paulista en estos días. Con el primer millar de fieles, el Palomo Ladrón ya dio de qué hablar y germinó un puño de vocaciones; el nuevo animal eclesiástico movía las extremidades. Lo suyo no era la pleitesía ni las

dádivas, sino un virus más bien torpe, movido a tientas. Tijuana fue el caldo de cultivo perfecto. El ideario carecía de intérpretes, de sello pontificio en un sentido u otro: ni a favor, reconociéndolo como vástago de congregación, ni denigrándola como *nueva secta*. Desde el otoño de 1995 hasta ese verano, el de 1998, circulaba por las arterias de una ciudad propensa a todo.

El Padre Quezada, su fundador.

Matemático, parasicólogo, terrateniente y crooner.

Teólogo a tres bandas, Quezada es alérgico a la obediencia. Es, también, experto en temas tan misceláneos y solemnes como el mapa geopolítico de la Antigua Judea, la energía cinética de los gases, el catálogo Estée Lauder, el proyecto urbano que en el Siglo XIX transformó el sistema vial de París —el propio Quezada nos confió que una pesadilla reiterada es verse hincado, bajo una perturbadora lluvia de algodón, con un gigantesco pretzel a la espalda, jurando lealtad a un Dios Promotor en un cruce de caminos del bulevar Saint Germain—, y la porosidad del pan ácimo que, por la fe, no se diga más, deja de ser pan ácimo y transfiere su sustancia a cambio de otra: la Hostia.

No puedo decir que Quezada sea un bruto.

Aunque se dedica a hacer brutalidades.

Quezada logró amasar un pequeño grupo de voluntarios, entre los que estábamos Memo, Arturo, Calico y yo. Cuando recibe voluntarios, entrega apóstoles. Muy pronto la toxina de su pregón espolvoreó los mercados ambulantes, los comités vecinales y varios campos de refugiados en Tijuana, sobre todo en el Oriente, en Granjas del Neto y la franja demarcada recientemente por la disputa con el Condado de St. Otay. El hambre de sus seguidores —de unas cuantas decenas pasamos a ser cientos, varios miles— era espumosa, explícita: el grupúsculo hizo alzar la ceja al gobierno estatal e incomodó a la curia en ambos lados y a lo largo de la frontera, cosa que a Quezada le vino guanga. El Palomo Ladrón se propagó, asido a los márgenes siempre fértiles de la animosidad popular, hasta cubrir manchones de ciudad cada vez más prósperos como una suerte de luz cafeinada, de sobrio encarpetaado. Algo por ahora inexplicable hizo que el corrimiento fuera mayor en dirección Oriente, inundando Tecate. Carraspeó hasta el Valle de

las Palmas y El Testerazo. A poco, llevado nunca supimos por quién, tocó las conciencias en los campamentos jornaleros de San Quintín: nuevos e insólitos profetas se ofrecían a generalizar el mensaje del Palomo Ladrón con apenas un chisguete ideológico, un sostén pequeñito. Asimismo, prendió con bencina en San Diego, montón de barriales, rincones y circuitos; Santa Bárbara, Imperial Valley y las vecindades de Yuma. Días antes de que me desentendiera del padre Quezada –como se verá: profundamente decepcionado por la broma, conmovido por el doblez, tocado por el sésamo– le escuché apuntar la torcida curvatura de su plegaria en una conversación del desayuno vicarial, entusiasmado, ardiéndole la sangre y el mirar, con un grupo de homólogos que se ofrecieron a acarrear la mecha a sus parroquias de origen: el Bajío mexicano, Veracruz, la Sierra Gorda de Querétaro, Haití, las Dakotas y una mínima aunque estimable fracción de las naciones del Commonwealth.

Pero todo fue una broma, como lo develó, presa del cansancio, el propio Quezada a un reportero de *Milenio*. Descarté un puño de calificativos, un aluvión de insultos: pasan los días y no doy con un término para hacer justicia, para tasar esta grosera, primordial y estúpida broma. Un cabús para joder al obispo, a la curia en general. Vaya si lo logró. Y también nos jodió a nosotros, que le entregamos nuestra confianza y buena parte de nuestro patrimonio. Me achicharra recordar sus maneras; cómo nos, cómo me engatusó. Esa sonrisa endémica para afrontar la incertidumbre pastoral: persecución, le llama él. El andar pautado del padre Quezada que, teniéndolo al lado, visto al frente, contagia. Uno podría musicalizar su andar a la sazón de un Thérémin. El padre mantiene –nunca mejor dicho pues les dedica tiempo y atención– dos anchas, profundas patillas de *mod rocker* y siempre hay una chica suspirando por él gracias a la apariencia, en la que no pienso ahondar más, y a un carisma intestinal y papalotero que lo habría hecho millonario en la disquera Stax/Volt.

Inmune a su discurso, hoy me provoca, por decir lo menos, ternura. No lo he vuelto a ver, ni voy a buscarlo.

Aunque quizás debería. Recuperar al menos parte de lo que gasté. El material para los primeros templos salió totalmente de nuestro

bolsillo. El flujo que mantuvo en ritmo la edificación no se debió al montón de voluntarios, abundantes, sí, pero irregulares en su rendimiento, no siempre capaces de vaciar un castillo o tirar una plomada, sino al arriendo de jornaleros pagados a destajo por nosotros: llegamos a cubrir rayas de hasta siete mil pesos, paquetes financieros de igual o mayor monta. Cifras asfixiantes, sobre todo para Arturo, que además proveyó el combustible de todos y trajo de Guadalajara un selecto conjunto de objetos litúrgicos; para Calico, quien coordinaba, a su vez, a dos grupos de voluntarios en agenda paralela a la de Quezada para esculpir, a su ritmo, columnas y afiches: colocaban santos, centraban y reservaban la pila bautismal con agua destilada y tapiz bendito hasta donde su cartera lo permitía; y para mí, que conseguí la indumentaria, los manteles y cortinas, y un sinnúmero de taburetes, cenefas, candelabros, butacas y reclinatorios.

Ahora me arrepiento, pero entonces lo hice, quiero decir, lo hicimos, realmente encantados, movidos por el cabaret espiritual de expandir el peregrino mantra del Padre Quezada, sus enseñanzas festivas, poderosas, diáfanas. Quezada nos manejó, dominó nuestro lenguaje. El embuste duró lo que duró, y cuando previó una desbandada supo templar la causa, dragar el dique, no desbordar.

Conseguí no odiarlo, que ya es bastante. Conservo de él –además del disgusto y la absurda casualidad que lo hermana con Tricky– una imagen que nació en el terreno de lo pastoral y enraizó entre la kinética y la plástica; un gesto indeleble, que lo fosilizó en mi memoria. En el pináculo de cada liturgia Quezada juntaba las manos, las entrelazaba sobre el pecho, declinaba el mentón y, solo entonces, reconvertido en una unicidad pacífica y al mismo tiempo apabullante, hablaba. Primero en secrecía, con fibrosa certidumbre. Después a todo pulmón, pregonando las excentricidades de un corpus teórico que parecía requerir, a toda costa, el mayor volumen disponible; patriarcal, expansivo y oceánico. Sus palabras revoloteaban hasta conformar una imperiosa, sacra verdad. Los testigos éramos un puño de privilegiados que salían al mundo portando –para compartir, no atesorar– la Noticia. Comprendo ahora, tras el disgusto, con el tiempo, que para los habitantes del vecindario solo éramos autómatas que había que tolerar. La

tenacidad, el tono enérgico y luego, conforme esto se desperdigaba, el número creciente, nos dieron carácter, se nos tomó como bandada de aves decrépitas que se disponía a rapiñar Tijuana.

A ti y a mí nos convenció: ¿qué significa eso?

Oblación de carne. Línea de cobalto. Cruz invertida. Voz de pederal.

—Danos paz, Señor —vociferaba el padre—. ¡Danos hambre y paz!

Nos sumábamos enfáticamente al pedido.

¿Y el Señor nos daba paz?

Pregúntale al viento.

Alzamos siete templos sin aval del obispo, ni del ayuntamiento. Sin la venia o el apoyo de nadie. Bastaba que el Padre Quezada moviera un dedo y trinara unos cuantos versículos en el parapeto suburbano que le venía en gana: el sitio señalado con la palma abierta se transformaba en sede del Palomo Ladrón.

Nos abocábamos a erigir un nuevo templo.

¿Y cómo se llegó a tal nombre?

Pregúntale al palomo.

El primer templo está en la Ruta Hidalgo. Lo alzamos hace seis años en el amanecer del primer día de Adviento, entre seis, con muros de triplay que Quezada fue bendiciendo conforme quedaban erguidos. ¿Por qué irritó tanto a la curia el par de torres con cruz, similares a las de cualquier capilla? El vicario nos lo explicó varias veces, en tono autoritario y de distintas maneras, jalando hilos de madeja que podían funcionar, debilitando, a cualquier grupo juvenil de parroquia, pero a nosotros, lejos de inhibir lo que no era más que una ingenua rebelión, al piropear nuestro trabajo, nos espoleó.

Dos meses después vino el segundo. Sin duda, quedó mucho mejor; lucía sólido, brillaba casi con cualquier luz, era de verdad bonito. Obstruye el acotamiento en la lateral del Libramiento, en pleno Cañón de la Pedrera. Se trata de un pabellón condecorado por una serie de gárgolas (Memo dice que son coyotes, Arturo ve liebres, yo codornices) que orientamos al asomo del sol: las creaturas observan

estupefactas un alto de disco como si tras éste se ocultara la Heliópolis de Siria. Fue ahí donde Quezada inyectó un debatible elemento al cosmos del Palomo Ladrón, en el que jamás estuve de acuerdo. Por algún motivo, la fila de penitentes, de por sí abundantes en sus liturgias previas a la escisión, cuando oficiaba como buen diocesano, aumentó en forma aritmética en cuanto se supo que ya no representaba a la Iglesia, sino que encabezaba —enfrentándose a un sesudo breñal, abriendo brecha— no una secta sino una nueva secta. Peor aún, una nueva secta tijuanense. ¿Qué reacción específica causó en quienes antes rara vez se confesaban y ahora lo hacían con tanta frecuencia que Quezada no se daba abasto, dos o tres veces por semana, luego a diario, incluso dos veces al día? No tengo una remota idea, pero, ante la cantidad —y densidad— de los penitentes, Quezada tuvo una ocurrencia que, catastrófica o genial, fue bienvenida por la comunidad. Aquellos pecados que en un juicio responsable ameritaban cinco Padrenuestros, Quezada los desataba con uno. Si un pecador sabía, por experiencia previa, que alterar la nómina, maquillar un archivo contable o tirar un zape a la mujer merecerían, digamos, diez Avemarías y una disculpa, Quezada lo rebajaba a un par de “Yo confieso”. Así pues, la fila de penitentes se prolongó hasta rodear el templo, la cuadra. Me pareció una inconsistencia a todas luces, y con un pellizco en la conciencia, dije a Quezada que se trataba de un vil regateo: equivale, le dije, a la gasolinera que surte litros de 900 mililitros. Eran los días de la confianza infinita, del pastor amoroso, tolerante, así que el padre mantuvo la compostura: posó una de sus manos marcadas por el paño, sobre mi hombro, y mi miró con su rostro pecoso, angelical: “Tus ideas, hijo, sonrojan el Espíritu, lo hacen reír de oreja a oreja”. Con una especie de frustración ahogada, desistí.

El tercero es un primor de sacristía. También sobre el Libramiento Sur, fincamos este templo en las polleras de El Mirador. Aún admiro lo que logramos de un vil retazo, un sucio y oxidado cascarón que quedó tras la partida del Am/Pm y que pudo convertirse, si no es porque lo Salvamos, en cagadero de ratas; es, en cambio, como bien dice Calico, un Holy Debris, ciudad de canarios, amplia y ancha como mensaje inscrito en ónix. Entre los siete, éste, el tercer templo, es el único que

tiene sanitario y al que no le faltan reclinatorios. Le distingue además un crucifijo de hierro, el piso de tucuruquay y campanitas de níquel con las que un niño ordena la genuflexión.

Los vecinos de la Morita han restaurado el suyo —el cuarto templo— no sé cuántas veces. Hablamos de una mansión robusta, aunque mal cobijada, cuyo frontis apunta a lo visigodo y a lo brutalista. El padre Quezada se aferró a que lo edificáramos a partir de una casa incautada a los narcos, que consiguió de algún modo. Llena de contenedores, receptáculos, pasadizos y pasillos que descubríamos conforme retirábamos un panel o levantábamos casi por distracción algún tapete. Quiso también Quezada que, para ampliar el pabellón de los fieles, invadiéramos un trecho del bulevar Gardenias: conformes o no, lo hicimos. Y ampliamos el acceso, ensanchándolo con un andamio forrado de manta y tinglado de mimbre, varios cobertores San Marcos en varas de bambú con las que se compactó la atmósfera interior. Por iniciativa de los fieles, de esta enclenque pero tenaz estructura se colgó un tendido con cables e hilos de cáñamo para fijar estampitas, obituarios y —encendida a medianoche para la Adoración— una vaina de focos. El templo de la Morita tenía capacidad para ochenta personas sentadas y otras ochenta o cien de pie. Se confesaban de cinco en cinco, luego por veintena: Quezada los atendía a contrapelo, con fluidez industrial. Era conmovedor ver la manera en que exponían su humanidad ante el padre Quezada; cómo salían del pequeño cubículo de mantas y toallas, libres de pecado, inflamados del mensaje gregario y magnánimo del Palomo Ladrón. La última restauración del cuarto templo tuvo la oposición, civilizada y fugaz, aunque incisiva, de la familia Papst Olea, judíos que ocupaban el predio contiguo desde mediados de 1980, pues la ceremonia en la que Quezada decidió presumir a la comunidad la nueva indumentaria litúrgica coincidió con el bar mitzvah de Adriel Papst, el hijo mayor.

A media cuadra del Seminario Menor, ocupando carril y medio del bulevar Insurgentes, está el quinto y más grande de los templos. Se edificó en Domingo de Ramos, casi en su totalidad: la sensación de *obra perfecta* inundó a Quezada de tal manera, en el atardecer de aquel domingo, que dio la orden de mantenerla en ese preciso estado y aguar-

dar, como hicimos, el Domingo de Ramos del año siguiente durante el cual, al primer albor, proseguimos guiados por un entusiasmo extático hasta poner la última piedra, que no fue piedra sino una lámina de triplay con un San Martín dibujado a brochazos de chapopote. Teníamos para entonces la sensación reconfortante, incluso tonificante, de que, conforme ganábamos experiencia y nuestra fe se torneaba, caldeada por la templanza del Espíritu, el soporte afectivo de los tijuanenses y la guía de Quezada, entregábamos cada vez un recinto mejor, un templo más redondo y digno. Ciertamente que todos irrumpen en sendas vialidades para hacer constar que los caminos del hombre no han de interponerse a los de Dios. Caben interpretaciones adversas, como las que esgrime el Cabildo cuando envía oficios preventivos a la diócesis (no lo entienden: ¡Quezada ya no tiene vela en la diócesis!) y como las que compiló Zeta en una edición especial que el padre guardó con deleite.

El sexto, más que templo, es nicho de oración y *scriptorium*. Se ubica en el sótano del Auditorio Municipal, con escapes subterráneos a la sucursal de HSBC y a la Farmacia Gusher. Quezada no quiere aceptar lo siguiente: llamar *templo* a un local de esta naturaleza, lejos de convertirlo en Reserva de Fe terminará por hacer de espuela a grupos separatistas. El tema me pone mal.

Me ponía mal.

Ya no me incumbe.

Así llegamos al séptimo y más reciente de los templos, mi favorito. Se alza con diminuta autoridad en un montículo bastante transitado de la Maclovio Rojas. Es una réplica en miniatura (Memo dice que no es réplica, sino sátira) de la Basílica de Guadalupe incrustada en el capuchón del Madison Square Garden. Alusión al espíritu integrador, metropolitano y ecuménico de la Iglesia Restauracionista Cristadelfiana del Palomo Ladrón.

Allí participé en mi última liturgia, ese mediodía de agosto.

La tarde de la semilla y el doblez.

La noche de Tricky.

Memo, Calico y yo teníamos boletos para ver a Tricky esa noche, en el 4th & B de San Diego, en pleno Downtown. Iríamos en el auto de Memo. La liturgia terminaría pasadas las seis. El compromiso con el Padre Quezada se salda con la liturgia, y si bien estábamos dispuestos a acompañarlo para dar la unción a algún enfermo, despertar lenguas o reforzar un muro, era poco probable que nos lo pidiera. Además, tuve el acierto de informarle con anticipación que planeábamos cruzar, y hasta lo invité al concierto, a sabiendas de que a Quezada le es indiferente cualquier manifestación lúdica más allá de las tinajas de Canaán. En su momento, esto generó una broma ácida: Memo sugirió que Tricky firmaría gustoso los orígenes de su turbador, de su cifrado vudú en la antesala de Canaán tanto como en la planicie de la Maclovio Rojas.

Esa noche lo comprobaríamos.

El pigmento crepuscular. La mezcla de linaza.

La furibunda alforza con que nos engulló el hijo de Bristol.

Debí sospechar que algo iba mal, pues llegadas las seis, ni Memo ni Calico se presentaron. “Ya llegarán”, pensé. “Si no, el problema es suyo. Yo no voy a perdérmele.”

Habíamos visto a Tricky meses atrás, en la gira de *Pre-Millennium Tension*. Rara vez volvemos a pagar por un mismo artista en tan poco tiempo. Pero, quizá fue el sitio donde recién lo vimos (un almacén mal acondicionado en el corazón de Pomona; el baño con estuco verde y manijas torneadas), la banda (jamás escuché el teclado, la batería parecía sufrir de inanición, el requintista se afanó en opacar la dulzura silvestre de Martina Topley Bird) o la lejanía (Memo conduce con excesivos nervios más allá de Oceanside), pues la experiencia fue insípida, trunca y fragmentaria. Ahora, en cambio, Tricky venía cristalizando algo distinto, incendiario. Logró independizarse del colectivo The Wild Bunch y, en buena medida, también del trip-hop que él mismo ayudó a posicionar con su superlativo primer álbum, *Maxinquaye*, para erigirse, de pronto, en una especie de pararrayos de lo *weird*. Era complicado seguirle el paso, pese a que se mantuvo a la luz pública aún contra su voluntad. Daba entrevistas galopantes a medios indie, de tiraje fugaz, de corte lóbrego. Le buscaban con apremio —para producirlo, mezclarlo, colaborar con él, mostrarle líneas, simples ideas— vo-

ces tan disparadas como David Bowie y Adrian Belew, Grooverider y Holger Czukay. Leí que participaría en películas de Michael Haneke y Luc Besson, que estaba por publicar un volumen de cuentos, así como su propia marca de bujías y una línea de bolígrafos sin tinta basados en un compuesto de sal yodada que hacía reaccionar, oscureciéndola, la celulosa del papel. Excesos aparte, el punto de quiebre fue enterarnos (Calico lo escuchó por radio) que esta pequeña gira, de perfil bajo, trepidaba en torno a su más reciente producción.

El *Nearly God*. Un álbum turbulento, radioactivo. Tóxico, nebuloso. ¿Cuántas veces lo he escuchado ya? Incluyendo la última, mientras Quezada daba hilo a los fieles del confesionario: con un pequeño audífono oculto bajo el cabello que, con tal propósito, me dejé crecer sobre las orejas. Más de cuarenta. ¿Y cuántas lo asimilé, lo comprendí? Menos de una.

‘Poems’ es una infección con burbujas de regaliz.

‘I Be the Prophet’ fustiga y magulla hasta que destartala el Trópico. ¿‘Bubbles’ es una canción? Si es así, la música está desahuciada.

‘Tattoo’ repta en el cosmos desarraigado de *Tokio ya no nos quiere* de Ray Loriga.

Sentí un efluvio culposo al repasar la letra de ‘Poems’, justo cuando Quezada dio el cue al niño de las campanas, quien, a su vez, ordenó a todos doblar la rodilla. Dijimos a coro: “Proclamamos tu muerte y tu resurrección, ve lejos, Señor Jesús.” En mis oídos, Martina dio el puntapié: *Down the hill cascade, keep away the masquerade*. Fue cuando recordé, con una sensación de mierda, de súbita aversión, que a esa precisa hora Memo iría a casa de su novia, para presentarse con sus papás. “Sí llego, me cai, paso por ti”, me dijo. “Tú espérame a las seis”. Imposible. No hay manera. Cero. Por mucho que Memo buscara apresurar la cita, presentarse con ellos, sonreír, jugarla de buen mozo y finiquitar la plática, la madre de Claudia —la señora es maestra, de quien Memo ya me habló: cercana a la jubilación, habla como si le pagaran por ello: habla, habla, y cuando termina de hablar, habla todavía más, de todo, sin límite, habla por cada orificio, tejido y articulación disponible— se encargaría de prolongar y después deshilvanar la conversación a cualquier rumbo. Tan propio, educado, dócil, Memo, el

amigo infinito, almidonado punk, no iba a zafarse a tiempo. Hijo de la sequedad, el lapsus reculatorio y las figuras azules, no lograría trasladarse desde la Gabilondo hasta la Maclovio Rojas. Hosco por naturaleza, me dejaría aquí, lejísimos, a pie. Fiel a una grosera década donde la estética se sentó a esperar a la coherencia con una pierna cruzada sobre la otra, Memo tiene arrebatos de señorito, y eso, estoy seguro, será su perdición. Además, llevaba un considerable periodo sin novia: recién lo flechó Claudia, diseñadora, a quien aún no conocemos: Memo la vislumbró en los médanos de Copy Pronto. La besó demasiado pronto en los baños del Rana's Bar. En los periodos de cortejo, Memo se convierte en un imbécil: lo cual nos divierte a ambos. Ha metido la pata de cincuenta formas distintas, algunas inverosímiles, para atinar en el convencimiento y obtener el sí de una mujer, pero una vez que da el paso, ya de novio, es todo un profesional.

Adelante. Llévala.

Tú traes carro. También los boletos.

El padre Quezada se dilató en el preámbulo a la paz. Ahí estaba yo, en un extremo de la ciudad, sin auto, con el horario encima y nada más que un suéter, algo de dinero y el libro de Karl Groos, del que, por cierto, tenía que elaborar esa misma noche un reporte para Cultura y Sociedad II con Ricardo el *Oso Morales*.

Quería marcar a casa de Memo —desconozco si Claudia tiene teléfono y Memo no ha comprado celular, ni yo—; averiguar qué sucedía, pero ¿tenía sentido? A menos que pudiera enviar un AT-14 Kornet directo a la epiglotis de la mamá de Claudia, no tenía alternativa que aguardar el final de la liturgia y escapar.

A las siete, la liturgia terminó.

El padre Quezada dedicó los minutos de siempre —entre seis y ocho— a recoger la indumentaria, desde la distensión del alzacuellos hasta el corrimiento de la llavecita que resguarda el pan. Limpiaba cariñosamente el hisopo; guarecía el cáliz. Cubría la patena con un lienzo, sobándolos como a bebés prematuros o artefactos explosivos. Esto, para él, tiene relevancia extrema. Forjaba, acariciaba; doblaba

y laminaba cada pliego con meneos bruñidos, tersos, matriarcales... A mitad del protocolo, apareció el reportero, aproximándose por el deambulatorio (Quezada le llamaba “el transepto”). No estaban Arturo ni Memo, que usualmente contienen a quien osa entorpecer la ceremonia: lázaros, tecolines, malandros y cuáchalos; peregrinos, advenedizos, profetas y espirituados; agoreros, rumorantes, disidentes, y eventualmente reporteros. Nada conforme con asumir el rol, me anticipé: sostuve con una mano el chándal del reportero, frenándolo, y con la otra, rocé el clériman del padre para ponerlo sobre aviso. Estaba cansado. Se le notaba. Quezada comprendió mi intención y dirigió una apacible sonrisa al reportero —entonces vi el gafete de *Milenio*; un tal Meléndez—, comprometiéndose, con un ligero asentimiento, a atenderlo en breve.

Sin duda, a Quezada le atrajo que este Meléndez no perteneciera a la prensa local.

Asunto arreglado. No sería capaz de abordarlo hasta que Quezada saliera del templo, así que, con un cálculo vertiginoso, aproveché: hice una reverencia, di media vuelta, y salí.

Corrí al teléfono público más cercano, a cuadra y media.

En la esquina me topé con un perro en situación de calle. Dos generaciones atrás, o tres, puede que hubiera un terrier. Asomaba también el protagonismo, intencional o no, de un perro bravo, un guardián de rancho, tal vez un ratonero, y a decir del guiño robusto, prehispánico que me dirigió (sobresaltado, pensé en *The Face of Boe*) puedo asegurar que en sus venas corre el desplante malhumorado de un pug. Parecía tener un gen alienado de *us Navy*, pleito casado con el invierno, códigos de pandillero. El perro, que en lo que a mí respecta podía llamarse Frankie, templó la cabeza cuando corrí hacia él, reservando la lengua, y se hizo a un lado, sujeto a una silenciosa, arcaica disciplina. Cuando se alzó y movió el cuerpo unos pasos a la derecha, noté que una franja ocre y oro recorría su vientre. Frankie volvió a acurrucarse en un polígono de banqueta equivalente, por no decir idéntico, al que ocupaba antes. Distribuyó sus patas en la tajada de betún grasiento, con ánimo vacilante, digno de Mr. Narrow.

Se acurrucó, aunque mantuvo la cabeza erguida y me miró pasar.

Devolví la mirada sobre mi hombro, aunque mantuve la velocidad. Frankie olisqueaba el aire.

Tras dos pitidos largos, Memo contestó: para mi estupor, estaba en casa. Iba a cenar ahí con Claudia y los padres de ambos. Confirmó que no vendría. Ni carro, ni boletos. Antes de colgar, hice notorio mi disgusto. Me alejé de la cabina de teléfono, otra vez trotando, con menor prisa. Frankie esta vez se incorporó, ahora implacable: sus ojos me treparon como faros, como líneas de yedra.

Frankie tiene nervios de Jukebox.

Matemáticas vivas.

Valiéndome un pepino si Claudia y su verborreica madre congenian con Memo, volví al templo, cabalmente encabritado. Y entonces vino la broma, la farsa de Quezada. Vino como vienen las ganas de morir, acaso también como las ganas de no morir. Me vino de lleno, de cara, de raíz. Como vienen el yeso, el cuajo, el rajatabla del Farfisa y la denuncia del Tampax.

La ceremonia terminó minutos antes; me topé, al entrar, con los últimos fieles que salen al empedrado exterior: desperdigados, con una torpe genuflexión, se santiguan y giran sobre sí mismos. Es común que salgan atrofiados por el revoloteo ideológico que libera Quezada en sus cabezas: los vehículos que bajan de Tecate derrapan sobre el acotamiento, sorprendidos por la intempestiva, distraída multitud que se apiñona fuera del templo. Me acerqué a Quezada, quien, a decir del gesto que me dirigió, quizá dedujo que me había ido. No pude explicar mi ausencia momentánea; una mujer lo envolvía entre sus brazos macilentos —ha de verse con cuánta devoción lo abrazan—, y cuando lo soltó, se adelantó el reportero. Quería despedirme de él, apresurarme a tomar un taxi, evitar retrasarme aún más. Deseé que los antepasados de Frankie orinaran a los de Claudia. Del modo en que él sabe, Quezada inclinó el rostro suavemente sobre la humanidad del rechoncho reportero, que lo vio venir por encima de sus anteojos. No quise interrumpirlos; me mantuve a la vista de Meléndez, a espaldas de Quezada.

Cómo es que usted logra, Padre, en estas tierras. Que la gente vuelva a creer en algo. Qué les da, qué les dice. Traigo testimonios grabados, que levanté en las faldas cacarizas de la Manuel Paredes, en la canaleta

polvosa de Camino Verde, en los dedos huesudos de la Nacozari y en las estrías de la Morita: la gente confiesa un colosal entusiasmo, Padre, por esto del Palomo Ladrón. Un apego trabado, ferviente, y al parecer hacen su lucha por trasladarlo a sus pueblos de origen. Pero fíjese: si les pido una definición, un porqué, responden florituras, pruebas fulminantes, aunque hasta ahora nadie coincide: no logró cosechar dos iguales.

Quezada razonó con el reportero, de ánimo insondable.

Pero estaba cansado.

Y el cansancio mata.

Meléndez decidió atacar, reduciendo distancias, y subió el tono. Con un batir de hombros, sacó unos centímetros el cuello y con ello ganó cierta altura. Parpadeó. Como nunca he visto parpadear a alguien. De pronto noté... De algún modo noté que..., ¿qué demonios es lo que noté? Había desaparecido el reportero cordial, el aprendiz que se abrió paso entre los fieles y aguardó a que estos se largaran a sus casas, a sus vidas. Sobrevino un nuevo Meléndez, de facha rebotante, embutido de antipatía y grasa. Cada centímetro de su intempestiva humanidad de masa despreciable se erguía ahora en un paquete de premeditación, de sabiduría callejera. Me pareció peligroso, avasallador. Supongo que Quezada también lo identificó, pues balbuceó ciertas figuras retóricas.

Sin dar respiro, en dos trastos, Meléndez contraatacó, orillando al Padre a una posición inferior, vulnerable, lejos, de verdad lejos de la chupada inicial. Gritando, lo atajó:

—¡Sólo dígame por qué!

El grito de Meléndez se mezcló con un gemido inhumano. Los tres volteamos hacia el acotamiento y vimos a Frankie trotar su fastidio, carretera abajo, rumbo a la ciudad.

—Sí, mire usted —confesó Quezada, volviendo el rostro a Meléndez, y aproximándose para hilvanar una respuesta que quizás consideró excedida, sin percatarse de que su boca quedó a la misma distancia del oído de Meléndez que del mío—. Esto, bueno, esto que usted ve, es una locura. Una estudiada locura, que se salió de cauce. Ahora es lo que es: creció y creció muchísimo —se detuvo. Descargó las próximas palabras

en una sustancia espesa e inodora, de improbable origen natural: uno podría esparcirla en un témpano y ésta adquiriría la consistencia del queso—. Si usted me lo pregunta, creo que esto tiene vida: tiene mucho de donde agarrarse y seguirá creciendo. No me interesa detenerlo, no. Ni controlarlo ni nada. Que llegue hasta donde llegue. Además, sólo quería ponerme chuchó, ¿sabe? Desquiciar al obispo. Chingármelo. Plantarle un bulbo.

El cañón de la Maclovio Rojas, abovedado por cortes divergentes y rutas de terracería, reverberó. El aire era helado. Quise sentir mi alma y coloqué la palma sobre el pecho: donde uno sabe que late el corazón y se despejan ciertas dudas, palpitaba el estado de Tennessee infestado de mierda y niños. Mi cabeza se sumergió en una celeridad verde.

—Espero que mueras lento, como un cirio —dije, sin que Quezada me escuchara, pues me encaminé rápidamente a la parada del camión—. Muere ahora mismo, Padre, en un campo de cirios.

El calibre de la maldición me pareció adecuado.

Cuando vi al taxi aproximarse y encender, con un parpadeo, las luces frontales, escuché el correr de un desagüe de aguas negras. El taxi aceleró carretera abajo; alcancé a ver por el retrovisor a Quezada, con medio cuerpo sobre la carretera, agitando el brazo hacia mí, inútilmente. Me abstuve de cualquier reflexión más elaborada que conjugar las monedas de uno, dos y cinco pesos que entregué al taxista; al recibirlas, me preguntó si consideraba que iba a llover. Le dije que no sabía. Tomó el bulevar Insurgentes, condenándonos a un embotellamiento; entonces me preguntó si creía que el gobierno acabaría con los baches, refiriéndose a ellos como a una legendaria pandemia. No sé qué le respondí. Deseé —con violencia corpórea, violencia casi plástica— que no se hubieran agotado aún los boletos en la taquilla del 4th & B, que estaba lejos, realmente lejísimos. ¿Alcanzaría a llegar?, ¿ir hasta allá, a estas horas, tenía sentido? Dadas las circunstancias, me importó poco. Pensé en cómo le habría ido a Memo. También consideré a Frankie, a sus abuelos que se reprodujeron y defendieron el terruño con sueños de San Bernardo, premura de lebre. Dado el rompimiento con Quezada, traté de idear las palabras que diría, en la primera oportunidad, a Memo y a Calico. No

lo logré. ¿Cómo le caería esto a Arturo, a Luz y a Fabio? Los treinta y tantos jóvenes que amagaban con crear un grupo juvenil en el tercero y cuarto templos, temperamentales, nada juiciosos, ¿cómo iban a reaccionar? ¿Qué pensarían Alicia y Paty? Dudé, por un momento, si me correspondía difundir la noticia, el daño que esto iba a causar en cada uno; finalmente, si iban a creerme o no.

Próximo a bajar en la Cinco y Diez, hojeé con rancio interés las primeras páginas del libro de Karl Groos, sopesándolo. Me sentía dolido. También me sentía liberado. Pagué y bajé del taxi cerca de un tendero de tacos que me recibió con atmósfera de cerdo, aroma a desempleo y garnacha. Me mordí el labio, furioso por todo, por nada.

Recorrí a trote ligero el puente que sobrevuela el sahumero de la Cinco y Diez, bajando a la esquina de la DAX por la escalerilla en espiral.

Abordé un taxi de ruta, rumbo al Centro.

En el asiento del copiloto leí seis páginas del ensayo de Groos. Era acerca de animales; comportamiento, territorialidad condicionada, asociaciones de convivencia y hábitos de agresión sobre todo en colmenas de abejas y hormigas, y en parvadas de gansos migratorios. ¿Animales, Ricardo? No alcancé a comprender lo qué pretendía el Oso Morales con esta lectura, lo cual no era en absoluto novedad. En la muñeca del taxista tildaba un viejo Quartz: las ocho cuarenta. Ya en la Centro, sobre la Madero, entre Tercera y Cuarta, alcancé un solitario taxi de bandas púrpura que gorgoreaba, voluptuoso, con cartelito Línea-Libertad-Taurinas. Calculé que el concierto estaba por empezar. Aún estaba lejos. Hice un esfuerzo por tranquilizarme, con gimoteos que en mi familia se identifican como dolientes, pero que en el taxi nadie captó.

Un tristísimo aleluya me ronroneaba el páncreas.

Memo, chinga tu madre.

Padre Quezada, chinga a la tuya tres veces: no, no tres. Chíngala siete. Siete veces, Padre. Vas y chingas a tu madre setenta veces siete veces. “Si un palomo se cruza en mi camino”, pensé, “en la línea, que los hay de sobra, me va a conocer: mira que me ensaño con él, le quito lo ladrón, me cai”.

Llegué a la Línea Internacional y localicé la madeja de la fila peatonal. Me formé, poco dispuesto a soportar la densa romería. Mientras avanzábamos, eché un ojo a los autos que fluían en paralelo, esperando ver a alguien conocido: con suerte vería a Jimmy o a Luis, a cualquiera de quienes acaso iban tarde a lo de Tricky. Nadie; a estas horas, quienes fueron deben estar allá. Casi me arroja un recaudador de donativos con el atuendo blanco y amarillo de Kórima: fatigado, me ofreció una tenue disculpa, quitándose el gorrito para limpiarse el sudor. Me pareció reconocerlo. Ahora que lo tenía tan cerca, dudé; era uno de tantos que se pasean entre los autos, dibujando un suspiro de compasión entre las hileras, con su cilindro opaco al frente. Quebró la fila sin mirar, relegando la sonrisa habitual con la que cataliza sus recaudaciones: hoy era una chifladura despreciable, un retazo manufacturado de avaricia cerril, la cáscara volteada del *Sunny side of life*.

La fila se redujo, al fin, cuando pasamos la reja giratoria de la zona aduanal, con un último estirón de paciencia. Me pareció —en tales circunstancias— la puerta a un Jerusalén de dos aguas. Como punta de diamante, la fila concurría a un tragadero atendido por una docena de oficiales de la us Customs.

Por favor, pensé: pregúntenme qué trae, señor Fernández, qué lleva.

Que averigüen: quién soy, a dónde voy.

Y no: qué me sucede, en qué creo.

Porque ni yo lo sé.

La noche se adivinaba fuera del edificio. Trazos de luz mercurial vestían a los peatones con un tufo solemne, convaleciente. Dos formidables Akita color canela husmeaban con diligencia las pertenencias de una doñita acostumbrada a eso y más; ella les permitió meter y sacar sus hocicos en el bolso. Por un momento recordé la mirada ígnea, desvencijada, el reojo inanimado de las gárgolas que custodian el templo número dos. Eché de menos mi Sony Walkman que, ya cargado con el cassette de Maxinquaye cuyos nueve metros de intestino magnético corrí y embalé decenas de veces en los últimos días, olvidé junto al reclinatorio de la Maclovio Rojas. ¿Qué reflexión iba a extraer Meléndez de lo dicho por el Padre Quezada? ¿Cuidaría el tono o emplearía

la saña? Ponderé alternativas que el editor de *Milenio* barajaría para titular la noticia.

Nueva piel cristiana, podría ser el encabezado. ¿Y cómo reclamar?

Iglesia descabezada, era un título estimable. ¿Se les ocurriría?

El demonio en mí, exagerando un poco. ¿O no?

Si se lo proponía, Meléndez iba a reforzar su nota con la voz de los vecinos del templo —de cada templo—, la de los regidores que ven a Quezada como un obstáculo regulatorio, no se diga la de sacerdotes y seminaristas que lo toman por azote, una mancha, un quiste.

A las diez quince, pasé a los EEUU. Me adentré al adoquín, hacia la estación del Trolley. Adoro el Trolley. Medio de transporte barato, lindo de ver y de usar. Es una pieza de metal rumoroso por la que uno tarde o temprano siente cariño. Pero es lento, y corría el riesgo de que las últimas estaciones del circuito estuvieran cerradas. Templado, frío como un cowboy, asertivo como un cyborg, decidí pagar un taxi especial que me llevara al 4th & B, para alcanzar al menos el cierre del concierto. “Que mueras lento, Padre, quiero que tardes en morir lo que uno se tarda en orinar siete campos de cirios”, reforcé. Deseé que cuando Frankie atendiera cabalmente sus asuntos, entrara al séptimo templo y alzara la pata sobre el altar, justo en las espigas tejidas del mantel. Que un destello de meados aromatizara al Palomo Ladrón y permaneciera ahí setenta y siete años.

Sobre el Freeway 5 de la California dorada, a la altura del Puente Coronado, finalicé el Capítulo I del libro de Karl Groos. “Pinche Oso”, murmuré. Aún no lograba atinar qué diantres tenía que ver el comportamiento animal con la asignatura que imparte el Oso Morales, pero engarcé sus imágenes virulentas, luminosas y esbeltas como efigies, al coctel sensorial de la noche. ¿Cuándo iba a aprender que Ricardo siempre sabe, que jamás yerra? El conductor del taxi apenas desvió la mirada un segundo por el retrovisor.

Apenas salió el taxi del Freeway, a la altura del Barrio Logan, pedí al conductor detenernos en un cajero automático. Hallamos uno del us Bank cerca de una Wallgreens y del Copley Symphony Hall.

El fulgor de la urbe acometió mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón.

—¿Listo, Padre? —dijo el taxista, cuando volví a subir guardando los billetes en la cartera.

Su pregunta me desbalanceó.

No respondí.

La ventanilla del 4th & B seguía abierta. Los empleados que la ocupaban se habían quitado el gafete y estaban de espaldas al cristal, alrededor de una pizza. Uno de ellos, sorprendido al verme por el reflejo del cristal, volteó, ocupó el asiento rotatorio y se ajustó los anteojos. Pareció encontrar en mi apariencia un acertijo largamente esperado. Se agachó hacia el pequeño micrófono y me dijo:

—¿Viene por el concierto? Está por terminar.

—Lo sé —respondí.

—Le cobraré boleto completo, ¿está bien por usted?

—Claro, de acuerdo —dije, sintiéndome estúpido.

Había bastante gente en el amplio recibidor. Gente que venía en dirección opuesta a la mía, aunque solo unos cuantos abandonaron el recinto. En su mayoría solo platicaban, o aprovechaban para ir al sanitario. Muchos compraban botellas de agua, enormes pretzels, playeras alusivas al hombre reptante de la cubierta del *Nearly God*, otras con iconografía del *Mardi Gras*, el logo de 2 Tone y también relativas a *The Specials*: supuse que Terry Hall debió estar presente, o quizá abrió el concierto con su banda, y ardí de envidia por no haber estado ahí. “Pero ahora estoy aquí, ¿cierto?” En principio tuve la impresión de que el concierto había terminado, pero avancé hacia al salón y noté que las luces del escenario seguían encendidas, aunque atenuadas, y el recinto permanecía a oscuras. La marea persistente de aplausos, cierta clase de gritos, aislados, persistentes, expresaban que finalizó el set inicial.

La audiencia llamaba de nuevo. En un rincón encontré a Luis, que me dirigió una sonrisa artera. Estaba sudoroso, y atolondrado; entendí solo un poco de lo que me explicó dando su absoluta aprobación por lo que había visto. Se dio cuenta que yo no compartía la excitación y quizá pensó, bueno seguramente supuso que, ¿qué diantres supuso Luis, casi sordo, empapado, a un pelo de la inconsciencia como estaba?

Ni siquiera intenté explicarme. Me tiró una broma de tinte religioso, que normalmente habría pinchado mi cabeza, sin externarlas, un mix de metáforas de los poetas San Pablo y Mallarmé con los profetas Job y Henri Rollins. A Jimmy lo hallé al pie de una gran bocina, escoltado por Tolo, Max, César y el baterista de Nona Delichas de quien jamás ubico el nombre; igual, lo saludé. También vi a Carlos y a Cynthia cerca del escenario: desde allá alzaron las manos como si los tragara el océano. Por lo visto en estos y otros rostros que reconocí, todos sucumbieron a la misma expectativa. Sin duda, lucían satisfechos.

El hambre me pinchó. Arriesgándome a perder el encore, salí del salón y volví al recibidor. Me concentré en un pequeño cubículo que olía a pan. Un par de chicas de rasgos orientales vendía té de huerta – esto se detallaba en un folletín que servía de marcalibros y se obsequiaba en cada compra– y unas hogazas de pan escandinavo, brillantes, duras, espolvoreadas con sal y semillas de sésamo, llamado Knäcköbrod. Mientras ordenaba las monedas para pagar, recordé las que dejé en el auto de Memo. Di el primer mordisco...

Apenas percibí el *crunch*, una semilla de sésamo salió expulsada.

Se elevó ante mis ojos, recibiendo, en sus minúsculos giros, la descarga de una guitarra tosca y vulgar que provenía del salón. La audiencia respondió agrupándose inmediatamente. Con el trozo de pan seco en la boca –cuyo sabor me remitió a la Cuaresma de un minero, al Adviento de un casacambista, a la vigilia imbécil de un pez– seguí la caída del sésamo, de elegancia imposible, hasta el piso del vestíbulo lleno de chicles, ceniza y escupitajos.

El Misterio de la Encarnación, sístole que el Padre Quezada batió con ideas libertarias, verrugas de cerdo y putrefacta yema de huevo para ganarnos, para lograr nuestro apego y nuestro ciego, inconmensurable compromiso, se precipitó, junto con la semilla, al desdén del vestíbulo.

Volví al salón, y como pude, me abrí paso a saltos, a jalones hostiles e iracundos, hasta quedar a escasos tres metros del escenario. Con un paso de manga, retiré migajas del Knäcköbrod, incluyendo una armoniosa, bizantina, rosácea semilla de sésamo. ¿Se veía rosácea por el aura del escenario? ¿Bizantina, armónica por el paso de Frankie? Seguí su

trayectoria descendente, en escrupulosa concordia respecto a la que cayó en el vestíbulo. Me abstuve de sacar conclusiones: suspiré, y caí en cuenta de que aún traía puesto el manto verde con motivos florales, equívoco del Palomo Ladrón, que seguro vio el taxista. Azuzado como por un millón de watts, me lo quité con violencia. Lo lancé hacia atrás. Alguien lo cachó con un grito de júbilo.

Las luces atenuaron.

Los músicos aparecieron uno a uno.

Aflojaban la musculatura. Esperaban la orden.

A un extremo del escenario, gruesos cables negros se arremolinaban en torno a una selva de machimbres. Era un caldo metálico, bordeado de riesgo y estática, del que vi surgir varios cuerpos gaseosos y vehementes que se agitaban al son de la contrariedad. Había una hendidura longitudinal de la que emanaban verdes eyecciones: por allí asomó Tricky, calzándose una camisa negra. No fue reconocido en un principio, pues parecía una cabeza de alce, o un alce sin cabeza. Era una de las ventajas de estar tan cerca del escenario: uno podía detectar, si se lo proponía, las rutas del sudor, el atado de sus zapatos, el grueso del eye liner. Nació una percusión suave, malévola. Se armó de cuerdas —había una mujer rubia trepada a un violonchelo como lo haría una boa—, luego se escuchó un sintetizador mezquino, desconsolado. Del micrófono se desprendían minúsculos líquenes que, velados por una luz mortecina, se cargaban de lumen oscuro, de residuo industrial.

Hermoseado por el sudor, Tricky alzó las cejas, el cuello, y asintió con suavidad.

El baterista desató una nueva carga rítmica, de robusta, obesa cohesión.

En segundos, la audiencia se fragmentó en dos amplios lóbulos. Unos hurgaron la noche como el azadón hurga en la tierra de siembra; abandonaron el salón, abrumados. Tricky se aproximó al micrófono, y rumbeó un quejido obsceno, sobrenatural, que festejó la otra porción: quienes permanecemos. Se acumulan, espaciados, los baquetazos hoscos, el pulso de un pantano enaltecido por los mojones del bajo, minando el salón. Es una atmósfera reticente, infecciosa.

Tricky aparentaba haber salido de una terrible turbulencia.

Le cobijaba una estela de seguridad perpetua, decorosa, pero cuando se agachó pude ver en su cabeza un dibujo de arrecife futurista, herbáceo, con tres o cuatro pequeñas trenzas ajenas a cualquier simetría, que tildaban su fealdad. Me pregunté: ¿las lleva solo para cantar, o también durante el día? ¿Son como... accesorios? ¿Se supone que lo embellecen? Torcí el mentón, con un parvo de náusea: las trenzas aportaban un efecto sobrecogedor a su ya exagüe anatomía. En un momento dado Tricky cabeceó al ritmo de la batería: la oleada ceñuda de un mar codicioso, disoluta. Conforme su cabeza se batía, mirando al piso, las trenzas –atadas con listón, como un abominable despunte que emergiera del cabello aceitoso– semejabán resistencias de un robot en desuso, bubones de un organismo subyugado a la peste, verrugas, pellizcos. Por rigurosa asociación de ideas, la chocante visión me remitió a la furia mostrada por los padres de Adriel Papst en el cuarto templo: ¿sonreiría ahora –me pregunté– el pequeño Adriel? ¿Y su padre, tipo irrisorio, avejentado?

Dispuesto a cantar, Tricky rodeó el micrófono con ambas manos.

Éstas se deslizaron con nociva lentitud.

Tarántulas.

En la segunda línea, con un cohesivo volar de notas, la música ganó andamiaje. Reconocí una atascada versión de ‘Vent’, la pieza que abre *Pre-Millennium Tension*. La manga de Tricky estaba fruncida hacia arriba, de forma totalmente repulsiva, en un doblez que agravaba su antebrazo en horrendas cúspides. Quise identificar la marca de la playera (¿una Hillfilger?), y al hacerlo, me descoloqué. Tragué saliva. El trago me supo horrible. La sequedad del pan escandinavo me ayudó a concluir que el té y el Knäcköbrod venían a cuento por el verso que dice: *I met a Christian in Christiansands, I met a devil in Helsinki*. Supongo que mi espíritu estaba suficientemente vapuleado, que a esas alturas mi entereza era un lechuguín a medio hervir. Con menos claridad supongo que mis pupilas tintineaban como una luna o un limón.

No tenía idea de cómo iba a regresar a Tijuana, ya sin dinero.

Las gárgolas del templo número dos se aproximan al semáforo, que condecora, como único y nocturno galardón, el Cañón de la Pedrera. Con manos de tijereta fastidian al caballero verde del siga: éste se

apaga un instante y lo dejan en paz. Apenas vuelve la silueta andante, los demonios de cantera se ensañan con sus manos duras; rugosas y perramente duras.

¿Antes dije azadón, dije tierra de siembra?

Con los primeros diez minutos de ‘Vent’ uno jura –sumergido allí– que los músicos de Lee “Scratch” Perry fuman los rollos de Qumrán y violan a Ian Curtis, entre otras felonías. En el núcleo de aquel estruendo –un verdadero tifón culposo, enlutado– Tricky encusió las coordenadas de lo posible y lo tangible. Los asistentes nos constreñíamos a un testículo. De ser testigos, luego partícipes, nos volvimos víctimas de una ceremonia a la que jamás quisimos asistir, menos protagonizar; de la que no había escape. La viví con ansiedad, más bien con un dejo de fe lívida y descascarada. *Can’t hardly breathe...*, serpenteaba Tricky. Repitió, trastocó, ultrajó esa frase no menos de cuarenta veces, y en cada ocasión regateaba una deidad contraria, como domada, sintonizando a un dios carnero, a una lonja atemporal, a un lindo detritus.

No me hizo pensar en música, sino en una entidad primaria y telúrica, que en cierto momento se alzó, mirándonos: vino un lapso aún más extenso, decididamente atonal. Nadie podría afirmar cuánto tiempo transcurrió. Si minutos, onzas, millas náuticas o corrales de asnos. Daba la obtusa sensación de que aquello acontecía en silencio. La canción (¿después de todo, solo era una canción!) parecía estar de pie, medir cinco metros. *Can’t hardly... breeeathe!* Tricky la descoyuntaba, la volvía a hebrar en nudos de óleo, en caprichosas cumbres y atalayas. Se sumó –tal vez hace horas, quizás mañana, o antier– el efluvio vocal de Martina Topley Bird, profunda cuando la veo, hermosa cuando no la veo; lo acompañó –entera, erguida– como único vestigio de nobleza, hasta de dignidad en el set. Su voz fue el corolario a lo que, en membrudas facciones, asimilé como el trago lumbar, árido, indisoluble de una bizarra pastoral.

El azadón de Quezada, utilizado a mansalva en la marginalia de los tijuanaenses, entró como en tierra suelta. Hurgando, en espera del agua. Y el agua llegó, ponzoñosa.

Can’t hardly... bre- breee-eathe!

Hace medio siglo, el blues acopiado por Chess Records se colocó en un ataúd de pino, sepultado en tierra limo. Tricky nos indujo a una procesión que atemorizó los breñales del Caribe para extraer aquel hediondo ataúd; polizonte natural, sepulturero a la inversa, 'Vent' desatornilló cada remache entre chillidos de música creole. Dios mío, Señor mío: acabamos por retozar en su ajuar funerario.

De regreso a Tijuana, Luis ofreció llevarme. En el Freeway escuchamos el *Sister* de Sonic Youth con el ánimo tieso, casi escarchado. Luis moduló a buen volumen 'Tuff Gnarl'. Entre pellizcos de la guitarra, me preguntó: "Y qué onda, cómo les ha ido." Se refería a las actividades apostólicas que toma por un entretenimiento chocarrero y senil. No pude negar cómo me ha ido; dije que, bueno, tal vez no dije nada. Respondí con una merma expresiva que me exigió la más alta convicción: dije, o quise decir, palabras más palabras menos, que nos ha ido como quien exhuma un ataúd, como el trote de Frankie, como derribar siete templos con el ministro bajo los escombros, lo cual me propuse materializar en el siguiente amanecer.

Así lo hice. Lo hicimos.

Sutilmente convencidos.

Si fuimos marionetas, ¿quién tensaba los hilos?

“La conocí en el Melt”

Aldo y Klaus fundaron el Melt & Beas en la zona centro de Tijuana, movidos por urgencias diáfanas. Empecemos con Aldo Melt, quien diez años atrás recibió la licencia para venta de alcohol dejado por su padre al morir, poco después del cierre del restaurante Amor, y lo utilizó para embalar un billar en la Gabilondo. La familia fraguó un incómodo recuerdo, pues en la familia Melt varios habían echado el ojo a tan jugosa licencia. Se le heredó a Aldo –concluyeron los Melt para dejar ir el asunto– como paliativo por haberle heredado también una glomerulonefritis que forzó al niño a recibir un riñón a la edad de nueve y la monserga de mantenerse atento al color de la orina el resto de sus días. El billar de la Gabilondo era un lugar arcano y feo; le dio a Aldo para pagar la universidad, casarse y apoyar a su madre con el gasto corriente de una planchaduría. En 1999, el Pocket Garden apuntaló sus murallas a contra esquina; Aldo no pudo ni supo competir. Cuando se dio cuenta, su negocio había mutado en un discreto refugio para jóvenes ejecutivos que merodeaban a mujeres de edad y viceversa. Aldo tenía un cubículo en el segundo piso en el que por las tardes preparaba exámenes, por las noches se dejaba follar y de madrugada escribía poemas pomposos y desangelados; así que tardó en figurarse la ruina. En el pío del 2003, una sospechosa escisión de gustos y placeres le forzó a malvender el billar, cansado de administrar el riesgo. Moderó su ambición financiera y se llevó la licencia de alcoholes –tras una brumosa permuta– a un galerón encumbrado en el fraccionamiento Soler, que

se ofrecía como eje de la escena musical emergente. En su plataforma ensayaban bandas locales de *stalker pop*, *electro-dust* y *biťo'ska*. Le nombró Nuevo Melt. Se hizo de una pronta cofradía de acólitos. Esta vez, Aldo quiso despegar acompañado, y corrió la voz para jalar un socio. Una noche entró al lugar Klaus Beas, dentista, inspector hacendario y DJ que frustró su ambición de formar una banda digna de *synth-pop*, quien se dedicaba a escribir jingles. Klaus venía con andar taciturno, hamacado: el gesto de quien especula un proyecto tóxico y genial. Aldo lo recibió con civilidad de andarín, sentándose en la mesa con él, e hicieron migas. Forjaron el acuerdo inmediato que, en términos generales, prevalece hasta hoy y que, si uno le busca, tiene evidentes lazos con los productos Marvel, el humor Dadá y el tercer álbum de los Stone Roses. Un sábado de verano del 2004 se encendió por primera vez —en algarabía de neón pajizo y púrpura— la coqueta marquesina del Bar Melt & Beas.

Aldo Melt equivale a una antología de *groovey folk* editada por y para las putas. Klaus Beas es un tostón. En una de las primeras riñas que tuvieron —lejos de distanciarlos, cada pleito abonaba al rictus de lo que con los años se consolidó en una amistad lucrativa y juiciosa— Aldo se aferró, se aferró como tuerca, a mantener sillas de plástico en el bar. Su predilección era la cerveza macerada en Tijuana. Además, se entercó en instalar un templete con cordeles, y en estos, colgados lomo arriba y páginas abajo, montones de novela rosa en formato *paperback*, tantas como cupieran. “Yo tengo algunas”, afirmó Aldo cierta noche, cuando Klaus lo convenció, y trajo consigo un arsenal de libremos cuyo común denominador era que en la cubierta lucían a Fabio, el espectacular modelo rubio que abrazaba a espectaculares chicas en la portada. Bastante más leído que Aldo, Klaus ninguneó la propuesta inicial de Aldo, se carcajeó de él. Aceptó, con una contraoferta: por qué no prendemos a la gente con una sesión de aerobics, y lo ejemplificó haciendo ejercicios básicos al son de ‘Chant’ de Public Image Ltd. Aldo se enfureció y le tiró un revés. A Klaus nunca le vino bien reírse de los amigos ni esquivar los golpes. Cabe señalar que los Melt son de mano grande, así que vaya chingadazo. Goteó sangre en la camiseta Aeropostale y el panamá color aceituna de Klaus, no se diga en la playera holgada de Melt,

negra, con el logo de Metal Mulisha. La clínica del Soler alojó a los socios, como sucedería en infinidad de ocasiones. Aun convalecientes, Aldo reformuló su propuesta: que no sean novelas ni aeróbicos –dijo a Klaus–, ni tú ni yo, compa: que sean clases de danza. Klaus replicó que esto era innovador pero, al salirse del nicho que tanto les había costado, comprometía su proyecto. Clases teóricas –precisó Aldo–, clases teóricas de danza. “Ah, eso cambia las cosas”, respondió Klaus. Ambos parpadearon. Ahora lo tenían más claro: con cierta cuota de praxis en la duela, las noches que cayeran en quincena se fotocopiaría un formulario con el planteamiento teórico de danza, en formato media carta, bien diseñado, para jolgorio de los clientes. Acordaron que esto aplicaría en todas las mesas del bar, excepto en las 7, 9 y 12 en las que se reunían a conspirar las bandas de funk barrial Cuarzo Decaf, Trigal 66 y Digitaria Exilis. “Vale, vale”, aceptó. Aunque seguían ondeados por la agresión y las mutuas fracturas de tabique, compartían un surtidor de confianza en los ojos, bañados en alminares de sangre. Los dieron de alta. La idea maduró y cuajó en los siguientes días, con aportación de ambos. Las clases de danza fueron bien recibidas por la clientela regular, y notaron que ésta se diversificaba, saturando el cada vez más conocido Melt & Beas. Enfrentarse a las lecciones de danza y responder a los test dio un guiño de personalidad al bar, un ejercicio de lealtad en términos de fría perturbación que resulta simpático para quien llevaba dos caguamas encima. Por decir, “Selecione Ud. con una cruz la respuesta correcta: en el tercer paso del segundo giro, qué ha de recluir, ¿cadera o tobillo?” Cruz en tobillo. Hasta el día de hoy, sus diferencias persisten: Aldo conoce el menú de la nevería Thrifty a nivel profundísimo, coloca una bola de *Coco Williams* sobre uno de *Global Vanilla*; sobrepone el *Berry Gum* a la base amarga del *Lemon Split-Splat*. En tanto Beas, siempre más afinado, va por dos bultos de pistache. “Cuando estime Ud. que la pieza está por rematar, ¿abrazo a la pareja y la detiene en seco por la diestra, o se une a ella en envite centrífugo por la siniestra?” Ambas; podrían ser ambas. Aldo escucha a Neil Diamond, Sting y los Blu-Blu Windows. Klaus es seguidor con motivos: oye a Madredeus por los ciclos del agua, a MC5 por la crepitación de sus figuras, a Cabaret Voltaire por ciertas caídas y ciertas

operetas. “¿Considera Ud. que la flor en paleta de las bailarinas luce por lo vivas, o deslucen por lo busconas?” Se respeta el vacío en lo vivas, se tacha cruz en lo busconas.

El honor de tocar por primera vez en el Melt & Beas correspondió a la banda hondureña Oídos al Durmiente. Jamás fueron del agrado de Aldo y dejaron de gustar a Klaus hacía años. Aún así, sabían del estacazo que representaba para el bar el debut de Oídos en la frontera Tijuana-San Diego. La prensa especializada seguía el devenir de la banda con apremio, dada la estela animada de *Juntalettras*, su reciente álbum con Darla Records. Algo que no te quieres perder. El aullido cicatero del vocalista Juanjo Cruz no se parecía a nada: un lamento del subsuelo, el llamado mineral, la semilla del miedo. Claro, era un discurso falso, y Klaus lo sabía: el exceso siempre acaba por disolver proyectos que fijan la mira en la denuncia y desoyen lo que la música, con su lenguaje bruto, tiene que decir. Aún así, los hermanos Juanjo y Mático Cruz tendrían para vivir holgados si explotaban con astucia la trilogía de Darla Records, compuesta por *Quelonios*, el estupendo *Que hablen los Dogón*, y el ya citado y exitoso *Juntalettras*. Oídos al Durmiente penetró en los Estados Unidos con alto impacto. Aldo conoció a Juanjo Cruz en el sanitario de El Rey Theatre a mitad de un concierto de Redd Kross. En uno de los mingitorios, Juanjo tarareaba la explosiva versión de ‘I Saw Her Standing There’ que acababa de cantar la banda californiana. En el mingitorio de al lado, Aldo echaba ojo al brillo ocre, apenas traslúcido de su chorro de pipí, un hábito que mantenía desde el diagnóstico de glomerulonefritis infantil. Juanjo prolongó los versos *And before too long, I fell in love with her*, y los dos se cerraron el zíper, gritando el coro. Rieron; se saludaron. Se dijeron quiénes eran, con asombro mutuo. Días después, Klaus contactó a Juanjo a través de un amigo que trabajaba en Darla Records, vendiéndole la idea del imaginario fronterizo: un tópico que atrajo a los hermanos Cruz de forma natural. Mático (ternilla, flautas) y Juanjo (voz, lavativa, caja de ritmos) escriben canciones de corte revoltoso, con tópicos agresivos: el afecto al terruño, el amor cóncavo, el despertar de los muñecos y el ‘nomadismo racial’, un término con el que se referían a la migración sin utilizar este vocablo de manera explícita. Sus éxitos están ahí. El

sencillo ‘Petardo sin uñas’ de *Que hablen los Dogón* explora la sirena trashumante de Mesoamérica. La potente balada ‘Él conoce aquí’, en *Quelonios*, espolea con elegancia el garbo de los refugiados, y funciona perfecto, hasta que un cacareado solo de flauta viene a estropear las cosas. Del *Juntalettras*, ‘Luces de océano’ mete todas sus hormigas al viacrusis de los migrantes que apuntan su destino a California y pasan por (o se quedan en) Tijuana. Un reseñista de *Los Angeles Times* echó a andar el mito de que Oídos al Durmiente pudo suplantar a Rage Against the Machine de haber contado con un publirrelacionista que vistiera de frac de vez en cuando. Para Aldo y Klaus tenía sentido. De hecho, constataron que Juanjo Cruz acudía a citas ejecutivas con un boli de piña en la mano, chorreando sus largos de pana, y Mático vestía un conjunto desquiciante de sacos estampados, jeans blancos y mocasín con abalorios. Algo de esto, la aleatoriedad siempre bienvenida y un tremendo afán por subsistir y luego trascender, hicieron que la visita de Oídos al Durmiente al Melt & Beas ubicara al bar tijuanense definitivamente en el mapa.

El Melt & Beas se consolidó como sístole y diástole para los productores de música electrónica, teatro independiente, literatura pordiosera y cine documental en Tijuana. Fue cuello de volcán para pensadores, taberna de centinelas, nido de curadores, albergue para surfos y eje gravitatorio para seis núcleos delincuenciales. Acopio de jerga y fuente de mandato para determinados clérigos, móvil de la gula y apalancamiento para otros. Cerrojo de ideologías carroñeras que adormece el detonador de ciertos suicidas; no de todos, pues se sabe que la marea del Melt & Beas catalizó el agobio de un exgobernador que se vació en el hocico un bote de Zolpidem con jugo de arándano y, no conforme, encorvó las falanges en el gatillo de una Remington, todo al salir del bar. En sus mesas se afilian gremios y se montan disturbios. La sucesión de ociosidades, rupturas y reuniones que fue apiñando el Melt & Beas —como antes el remedo apócrifo del Mike’s, las barras guácharas del Ranas, el bosque de neón del Don Loope— trazaron una suerte de cadena afectiva en la vida nocturna de Tijuana. Últimamente, ya con lana, Aldo y Klaus ampliaron el umbral del Melt con una cava para entusiastas, con sesiones quincenales de degustación de vinícolas mexica-

nas, francesas y australianas, y por si fuera poco, se lanzó un cine club dedicado a *Blood for Dracula* de Andy Warhol —que repetían cada día 7— y la filmografía de Dario Argento. Si a Klaus le preguntan, prefiere a Alex De la Iglesia y Víctor Erice, pero el temperamento de Aldo es un bicho liado entre los 87 y los 108 MHz de frecuencia radiada.

La amistad de Aldo y Melt perdió la idílica pureza, pero mejoró al menos en esto: ya no se golpean. Cultivan un admirable sentido del perdón. Si uno de los dos se enciende y aquello está por derivar a baquetazos, el otro se retira con el sinfín de las tortugas de Aldabra. Por motivos solemnes, Aldo administra. Klaus es el anfitrión; conversador espléndido, sabe extenderse en nimiedades, como también arrojarle al cogote de controversias ácidas, según el cliente. Mientras Aldo clasifica y enfaja los billetes ganados, Klaus reúne en la barra a dramaturgos locales para improvisar un coloquio sobre la consistencia de las donas Bimbo y el maravilloso diseño de un paraguas abierto. Klaus los hace hablar, reír y, sobre todo, los hace beber.

En meses recientes, el bar aceptó a un tercer socio.

Se rebautizó como MB&B, cambio de imagen.

El nuevo logo embala una rodaja de limón, un ojo con destellos y lo que pudiera ser un tirachinas en tensión. Si los primeros años del Melt & Beas ejemplifican el esplendor de un protagonista porno, el MB&B es un chico elegante que se deja manosear en películas *softporn*.

En fin, el MB&B perdió encantó ante el Melt & Beas.

Forjemos ahora una mirada de novillo.

Randy era otra cosa

“Una Isla de Pascua”, reveló Leika, con cierto énfasis. Sus palabras rodaron al interior de la Combi, libres como canicas, escabulléndose en un bosque de maletas, gorras, piernas, bolsos de dormir. Lo recuerdo con claridad palmaria, una claridad metálica, didáctica, abierta de alas: la voz de Leika en el fraguar retumbante de la Combi dista un abismo del runrún desahogado de las conversaciones aquí, en el copioso, atiborrado anfiteatro donde hace rato esperamos la salida de Arcade Fire. “Querrás decir la isla; no es que haya demasiadas, ¿sabes?”, apunté, con el tono detestable del que me sirvo para corregir a una mujer. El camino de terracería que serpentea desde el poblado El Hongo hasta la laguna de polvo de Rancho Santa Verónica, asido agónicamente al mapa, se expresaba a empellones. “Una de madera”, precisó Leika. No comprendí. Pensé: qué niñada. “Es cosa de ahorrar”, sugerí. “La distancia a tu sueño se mide en dólares.” Max apuntaló la idea de Leika: “Si no tienes con quién ir, ya estás: vamos.” “Tú deberías saberlo”, atacó Leika, esgrimiendo una mano. “Si tu viejo ve sombras, es porque algo hay. Ahora estoy más grande y mi corazón se enfría. Yo no quiero ir a la Isla de Pascua. Una mía: a escala. Así. De esas bonitas. Aunque mi sueño de verdad, lo mío lo mío, es un, es que me den un... bah. Hazte, juta!, ¿cuánto falta para llegar?” No me miró, ni dijo mi nombre. Supe que se dirigía a mí porque tensó inequívocamente su muslo izquierdo, apretujado a la mezcilla de mi muslo derecho. Espero que el soundcheck sea conciso, dentro de lo estimado. Vas y pruebas un mic, golpeas la tarola:

“Sí-ssssí, bueno ssssí”, cambias una Fender por una Mosrite, atornillas las clavijas del bajo, regulas un Peavy. En lo que a festivales se refiere, Coachella es el amo de la espera. Uno espera la convocatoria. Esperas la sorpresa de los reunion line-up, y ya en el tendido esperas la habilitación de las carpas y que corran el soundcheck cuyo ritual fluye vasto, espeso. Alguien va y lustra con un trapo y un chisguete los atriles de la batería. Cambia y trenza cables, recompone la distribución de los micrófonos, la diagonal de los pedales, sin mirar a la audiencia que lo interpele. Calculo quince minutos más de soundcheck, suficientes para que Leika aparezca o no. En 2003, mientras Memo, Calico y yo hacíamos la pájara en el césped del Mojave Tent soportando un calorón para ver en vivo a The Stooges, contamos once, doce, catorce elefantes en la tela de araña; Memo enlistó por enésima vez el orden cronológico en que nacieron sus primos, a quienes desde siempre confundo pese al esfuerzo por memorizar sus rasgos; Calico rio y lloró y denunció y cantó —ha de verse la manera en que Calico conjuga miedos, aspiraciones, malestares y guasa en una horda de viejos rubores— confiándonos el episodio más reciente de su plantón con un zutano del 7-Eleven con quien solía empanizar en la arena de Rosarito y cuando se despedían y ella buscaba hilar las cosas a un compromiso de cierto plazo él amenazaba con largarse a Ensenada para matricularse de maquinista naval; seguían las pruebas de sonido cuando Memo dio paso a los elefantes vigésimo tercero y vigésimo cuarto y yo del trigésimo al trigésimo quinto en la reiterada, asombrosa tela de araña: no obstante la acumulación de bestias y el continuo mecerse en la tela, esta resistía. Y aún esperamos más, divagamos sobre el periodo de exámenes, el corte de cabello de cierta gringuita, la revisión de tesis & what not hasta que a Iggy Pop le vino en gana asomarse al *stage* y escarmentar el retiro con ‘T.V. Eye’. Ignoro qué puede detenerles, ¿cuántas veces hay que validar la conexión de uno, de diez cables? ¿Es que la guitarra pierde tensión de la nada, extravía el tono? No veo a Leika. Por un instinto aprendido, una acumulación de sensatez que empieza a preocupar, cruzo los brazos sin que estos engargen del todo: a la altura del diafragma continúan su giro, rodeándome. ¿Es así, mujer? ¿Un abrazo como estos? El relieve de la brecha era terrible. La Combi avanzaba, estoica, con afán misionero, no

solo merecía un baño, sino aditivos y bujías de su predilección, una buena shineada. En los flancos de la brecha se amotinaban mezquites, desprendidos del follaje, rodando algunos metros. El horizonte adivinaba las medianías de un circunspecto y polvoriento bosque que nacía de golpe y porrazo entre las piedras blancas. La espalda de la brecha era brutal, era seca y cenicienta; podría decirse que era también amarilla. Brotó una emanación... “¡Ey, una liebre!” Todos volteamos a ambos lados de la terracería. Solo Leika pudo verla: la liebre nos burló el paso, ocultándose en un tabuco. De una carpa contigua manan aullidos de entusiasmo: puede que Roni Size o Gang of Four acaben de saltar a escena. Tanto Leika como yo asistimos un poco forzados a aquel campamento de Santa Verónica, a insistencia de un grupo de amigos en común comandado por Max, Lisandro, Randy y su hermana, Regine. Pasamos por Leika a su casa, en un complejo habitacional del color de la yema de huevo —de un huevo anciano— en los encierres de Jardines del Rubí. La Combi venía repleta, incluso antes de pasar por Leika. Tras el chirrido propio de vw, Leika salió del edificio con una mochila a la espalda, tarareando algo. Nadie parecía dispuesto a moverse. Ella se detuvo ante la Combi, como evaluándola. Yo ocupaba el primer asiento y tuve que abrir. La puerta se desplegó ruidosamente. Me hice a un lado, cediendo considerable espacio a Leika. “Mucho gusto. Héctor”, atiné a decir. “Ay, aló, igualmente”, bateó ella. “Leika.” Durante tres horas, el cuádriceps de mi pierna derecha —cuya corpulencia de ciclista cae en un punzante encantamiento en tramos de carretera— experimentó una sigilosa hinchazón. “Habrase visto: ¡Leika!, pinche nombre de cámara”, pensé. Reculé a un saledizo infame de asiento, y terminé sobre la llanta de refacción. Las piernas de Leika, de un blanco nacarado, ganaron comodidad, se mantuvieron frescas. En los primeros compases, me quedó claro que Leika sufre una especie de disociación motriz. Hablaba, hablaba mucho. Sin pausa, con el rostro fijo. En trayectoria oblicua a sus oyentes. La actividad de sus manos —pequeñas, quebradizas, estilizadas— era frenética. Leika las batía como se baten los colibríes borrachos o histéricos o enamorados. Nuestra piel hizo contacto: mi pantalón de mezclilla, su falda abotonada. No hubo un solo instante en que al hablar se dirigiera a mí. De haberse sentado con Randy, otra cosa

sería. Sus piernas sostenían el cuerpo en una perpendicular de raíces labiales, de espejos castaños, enteros. Enteros y también quebrados, vueltos a armar con horribles tiras de cinta adhesiva. El resultado a tal conjuro era inquietante. Cada ojo de Leika es un árbol luminoso y rotundo, congestionado de pájaros, como en las cubiertas de Talk Talk. En la carretera de cuota transcurrió una sesión de chistes. El ocio es así. En la terracería, el asunto éste de los sueños. Alguien preguntó, para quebrar el tedio: “A ver, digan cuál es su sueño.” Regine soñaba con un apartado postal para ella sola, con el nombre de su padre rotulado en tipografía Centaur. Quisimos averiguar por qué el de su padre y no el suyo, pero al parecer dicha pregunta violaba las reglas del juego. Max, a su vez, deseaba el equipo fotográfico, la paciencia y el sentido de oportunidad para captar a una pareja de gaviotas en el instante justo de la cópula. “Yo sueño –afirmé– con tocar el clavicordio y el chelo en una banda de rock industrial”. “¿Al mismo tiempo?”, increpó Max, pero el reglamento me amparaba y no tuve que responder. El sueño de Lissandro era atender un local de Revelado 2 x 1 en el malecón de Acapulco: han pasado algunos años, ¿lo habrá logrado ya? En algún momento, Leika pidió turno. Antes de hablar, los colibríes colapsaron: aplaudió dos veces. Según una leyenda escandinava, si la princesa virgen aplaude dos veces ante sus allegados la noche se inunda con signos de lealtad y la prosperidad favorece a sus familias. En la brecha a Santa Verónica, si una chica estúpida aplaude dos veces emerge una abominación que sobrevuela la Combi a modo de zopilote. Y tal era el sueño de Leika. El primero, esto de la maqueta, los monigotes de Pascua. Tan absurdo y válido como cualquier otro. Sueño alcanzable, casi reprimido si uno lo arrima al otro, al verdadero, su segundo, el que nos recitó esa noche ante la fogata. Debíó parecerle simpático cuando le entregamos, de pronto, una improvisada maqueta que confeccionamos sobre un tablón, forjando una raquílica colina con musgo, terrones de arena, respingos de hojarasca, y dispuestas en serie, más o menos erguidas, ocho piedras para simular los monolitos de la cultura *rapa-nui*. Max se tomó el tiempo de labrar en ellas un raspón horizontal: en la penumbra, mirándolas con ganas, con el respingo iluminador de las brasas, las piedras consolidaban la impresión deseada, el famoso gesto labrado de uyuyuy.

A Leika le cautivó el detalle. Lo celebró con alharacas. Transformó el agradecimiento en una sobrada confianza. Para confesar —con tonalidad inusual, como de arpegios hondos y platinados— que su sueño franco, su más dulce aspiración es recibir, que le den, un abrazo de madera. Así lo llamó. Ignoro si Leika advirtió que es un absurdo, una necedad que, desde entonces, hace tres semanas, no me deja dormir. Vaya, se requiere carácter para expresar algo tan íntimo y abstenerse de explicarlo. Leika vestía una minifalda que anticipaba un par de piernas armoniosas. Era tentador llegar, asaltarla: rodear su escasa corpulencia y decir: “Ven, que te doy uno”. Un abrazo cualquiera. Uno de padre o de amante. Disímiles, aproximados al hipotético abrazo de madera. Uno de bufón o veterinario. De marinero o alfil. De kinesiólogo o de cónsul. De *manager*, de sibarita o de cerdo, que lo mismo da. Esa noche, mientras Leika se arreglaba el cabello en el limen palpitante de su carpa, la escuché comentar con Regine acerca de los boletos para Coachella. Ambas se apuntaron: Regine juró que por nada se perdería a Wilco ni a Arcade Fire, así tocaran en otro escenario Freddy Mercury, Elvis y el Arcángel Gabriel. Dicho esto, Leika, con los colibríes a tope, insertó en la grabadora portátil un CD que la tenía poseída, rotulado erráticamente “Rolas de Arc. Fire” con caligrafía de tarambana. Leika y Regine lo escucharon varias veces, favoreciendo a ‘Rebellion (Lies)’ y la insidiosa ‘Wake Up’ que la banda vendió a una empresa automotriz y ahora escuchamos hasta en la sopa. El resto eran piezas subproducidas, francamente insulas de otra banda canadiense, Raw Bladder, aunque Leika las atribuyó a los Arcade. Randy lo habría aplaudido. Hoy. Voy a dárselo hoy. El mentado abrazo. Canturreado a mi modo. Volvimos del campamento y me despedí de Leika, carcomido por su revelación. El gentío se constriñe hasta dejarme inmóvil. Justo ahí. Finalmente, la veo. A tres metros de mí, a diez del escenario. Me pregunto si trae falda. Nos separan siete u ocho personas, todas altas. Por un resquicio noto la desnudez de sus tobillos, unas chancas de playa. No recuerdo a Leika en otros conciertos, sea en Tijuana o en San Diego. Se le ve cómoda: se desenvuelve con certeza, sabe a lo que va. Me oculté tras una pareja de gigantes que debatían con sobriedad acerca del Income tax, el viacrusis para declararlo. Leika tararea algo. A decir de la O que forman sus labios, de la fluctua-

ción acompasada de su cabeza, supongo que canta ‘Wake Up’. Se le ve ilusionada: Arcade Fire se tornará real, furibunda y plena. La tendrá allí: cerca, muy suya. Igual me entusiasma la víspera, aunque menos, y por otras razones. Su álbum debut, *Funeral*, a un pelo de volverse importante, era ya una referencia, portador de estafeta y blablablá. Cuando eso sucede, se rompe el encanto. “Hay que verlos ahora, antes de que se la crean”, dije en diciembre a Max, cuando salieron a la venta los boletos, convenciéndolo de pagar trescientos dólares por el festival completo. El abrazo es hoy. Sería patético que Leika concluya que aparecí en Coachella para topármela; si lo cree en un primer momento, debe razonar que antes del campamento no la conocía y los boletos se adquieren con meses de anticipación. ¿Debo acercarme? Quiero decir, ¿acercarme y – sin mediar pausa– saludarla? Quise identificar con quién estaba: después de un largo rato, no la veo cruzar palabra. Está sola. Espero que esté sola. Regine seguro prefirió otro escenario, ver a Nine Inch Nails, que la enloquece. Suena el *Funeral* a volumen discreto. La turba reacciona con agrado. Me divierto escuchándolo: vaya, qué buenas canciones. Mi favorita es la primera, esa historia alucinante de los túneles, los nombres olvidados y el barrio inundado de nieve. *Purify my colors, purify my mind...* Los últimos preparativos. Se afinan guitarras. ¿Debo esperar a que comience la música, con los decibeles a tope, para aproximarme a Leika? Y después, ¿qué? Rodearla con ese abrazo que traigo a flor de piel, un movimiento constelado, dormido. El mediodía de mi cuerpo alrededor del suyo. No quiero parecer excesivo, ni demasiado escrupuloso. Creo tener la fórmula exacta. Deseo que éste, mi abrazo total, sea lo que todo hijo de vecino entiende como el abrazo perfecto. Un imbécil choca contra mí, con dos vasos colmados de cerveza tibia: vierte un chorro espumoso en las mangas de mi playera blanca. Esa analogía de Rulfo, ¿cómo era? La cerveza caliente, los meados de burro. El tipo no se disculpa. Sigue adelante con los vasos en alto y un paso más allá choca con un tercero, a quien también baña: la reacción del afectado es hostil. El sujeto recula: “¡Ups, sorry!” Debí preguntar a Max. Consultar a Lisandro. A ustedes a qué les suena. Lo que dijo Leika, ¿recuerdan? Lo de la fogata. Luego de la maqueta. Ninguno lo mencionó: pudo parecerles una bobada. Para Lisandro, Regine y no sé cuántos

más, Leika no es más que una triste looney. Cómo culparlos. En lo que a mí concierne, ella tiene peaje cubierto a la monomanía, va y viene de la nube como las moscas del cuento de Cortázar que entran y salen del espejo por un terrón de azúcar. Leika en un lecho de yedra, presa de sueños torcidos. Max, crepuscular, sorbido por largos barrenos. Tomarla por detrás, con sutileza: sí. No: tomarla por un costado. Aguardar su reacción, dejar que sus hombros embistan, que sus ojos inflamen. Pude verlos en la fogata. Los recordaba intensamente: par de detonaciones verdes, flameadas, equidistantes. Qué es un abrazo, Max, dime. Qué es la madera. Cuando uno abraza, pretende transmitir oleaje y pétalos, ¿no es así? Dime, Max, si abrazo a Leika, digo, si la abraza cualquiera, pero más yo, ¿cómo ha de ser el abrazo? No el mío: el abrazo de un sujeto indeterminado, que puedo ser yo. ¿Prolongado?, ¿cobijador, resuelto? ¿Y si Leika tiene otra cosa en mente, lo contrario: una madera recia, violenta e invasora? ¿Tiene algo que añadir Randy? En tal caso, ella espera un abrazo específico, no uno autoritario, tampoco un apretón escabroso o antiguo. No el abrazo del que siempre he sido capaz. Otro, Max. ¿Por qué diablos, por qué amaderados demonios nunca se lo pregunté? ¿Ni tú? Parpadea un latigazo acústico: alguien enciende el bajo, que al despertar recorre varios tonos. Entre Leika y yo se interponen siete u ocho personas. Ensayé cautelosamente el abrazo. Cuando digo madera veo barnices pacíficos, tranquilizadores: ¿qué ves tú? ¿Un recinto empedrado, una caricia? ¿Un celo, una custodia? La justa emulsión de colores, la suma de luces, la mezcla de isótopos que resulten en un fidedigno abrazo de madera. Camino hacia Leika con el detonador en la lengua, cuando menguan los reflectores. Leika gira hacia el escenario, sobrecogida: los colibríes tapan su boca. Un camarógrafo relaja los hombros desde una pequeña cabina, esperando el cue. La multitud se alienta. Crece la oleada, sonriente y cardinal. Los integrantes de Arcade Fire ocupan su sitio, calzándose, cinchándose, trepándose al instrumento. Son seis. O son siete. Creo que son nueve. El sonido peculiar de la Mosrite Celebrity de Win Butler. Dos baterías, dos guitarras, dos violines. Leika mira absorta al greñudo que encorva el tórax sobre el sintetizador. Un acorde rasga la noche.

Katchoo y el búngalo

Oscurece. La última paciente se ha ido. Francine se sirve un vaso grande de jugo de manzana, abundante en hielo. Transcurrido el sexto día de terapias en el Scripps College de San Diego, quedó rendida. Sale al balcón, se tumba en un reclinable. Permite que la noche dé sentido a las cosas.

Respira hondo ante la sábana mercurial del lago.

“¿Será posible que Kaley H., tan fuerte ella...?”

Al margen del prestigio que ha logrado en el campo de la psicoacústica –cuyo máximo fulgor es la Cabeza Flotante que otorga anualmente la Asociación Estadunidense de Psicología: Francine la ha ganado dos veces– aún se deja sorprender. Su campo de estudio toca filamentos intangibles, augurios no muy claros que le merecen, en principio, ser vista con desconfianza por teóricos de lo sólido, buitres de la evidencia y el camino andado. Llevada por una curiosidad titánica, Francine anega en charcos del análisis conductual en los que todavía se pisa en falso, plataformas movedizas de lodo y reboño, capas de musgo, a los que accede y conduce a sus pacientes guiada por una lucecita de confianza infinita, apenas discernible. Le atrapan los acertijos de la memoria, la turbia túnica del rencor, el opúsculo infinito de los vínculos, afectos y apegos. Les nombra “moños en el baúl”: detalles que están allí sin utilidad aparente, pero que hacen del baúl un baúl específico, circunstanciado por un moño. Luego entonces, el baúl tiene forma, peso, es de hierro o de

ébano, se le oculta en un ático o se le arrincona en un garaje, ceñido a cierta época, etc.

Algo chapotea a pocos metros del balcón.

Francine sigue con la mirada el crecimiento de ondas concéntricas.

Ha escrito ensayos que son referencia académica y se mueve con naturalidad en el medio, pero guarda distancia ante lo categórico y evita formular absolutos. Francine es seria, bastante seria y cautelosa pues sabe que esto apenas empieza: entre las Señoras de la Ciencia, la psicología es una niña. Por mucho que escucha y diagnostica, por más que se esfuerza en no hacer propia la ingenuidad de sus alumnos o la cicatrización de sus pacientes, siempre hay algo que la atrapa. ¿Cómo es que el cerebro forja e hilvana los sueños? Se lo pregunta hace años. Con frecuencia dice a sus estudiantes: “Si pudiera viajar en el tiempo iría a esta misma aula dentro de cuatro siglos.” La broma apunta a la rocosa fe que tiene en sus elusivas teorías, así como a la dilatada escala temporal en que se inscriben los avances científicos en el análisis del comportamiento humano. Al margen de la extensísima bibliografía, el umbral de lo desconocido es grande. Para encontrar una piedra angular, un verdadero quiebre hay que atender a lo que se dice dentro y fuera de los medios especializados, recorrer con audacia, con visión transversal el quehacer de ensayistas históricos y columnistas políticos, conocer la producción cultural en diversas disciplinas, y tras el viaje, reenfocar el objeto de estudio; aún así, hay que estar dispuesto a ver pasar las décadas. Dice también a sus alumnos y colegas de la Terapia de Follaje: “Meterse en esto es experimentar mucho, contextualizar más, leer y escribir aún más, y tomarse con calma el capítulo de las conclusiones”. Francine se mosquea con los investigadores movidos por la prisa que coquetea con viejos tratados de oniromancia, edulcoran sus tesis con falsa cohesión entre neurología y semiótica y releen con mañosa actitud el psicoanálisis más barato. Ha visto capitular a un montón de estudiantes: un día deciden matricularse en facultades que ofrecen sobresaltos a corto plazo... Aquella sesión en el búngalo la hizo tocar fondo, volviéndola al Día Uno.

En especial Kaley H., la pobre.

Un pudín de espejismos y afiladas dudas.

Pero no solo fue Kaley H. El caso de Linda W. fue igualmente terrible. Francine no se atrevió siquiera a esbozar una opinión de Bonnie D., le confundió la franqueza de Brenda P. y desestimó que la terapia resultara útil a W. A. Meadow. “¿Habré captado lo que Gabrielle M. quiso decir?”, se pregunta Francine, recuperando viñetas del día. “¿Dijo recién nacidos, dijo parroquia y dijo Cadillac? ¿Fue eso lo que dijo?”

La primera sesión, ocho horas antes.

Gabrielle M., 26, guía de turistas, dos niños, asma, fármacodependiente, tarjetas Plus, Aura y Platinum con kilometraje acumulado para humillar a Marco Polo. Mimaba un breve y reluciente objeto, el fetiche que detonaría la discusión. Era un pequeño cromó con el logo de Cadillac. “¿Cómo lo obtuviste?”, fue la pregunta. Gabrielle M. esgrimió una historia anómala. Juró a Francine (“No necesitas jurármelo”, dijo ella en principio) que el emblema de la automotriz envenenó al párroco de su vecindario y con enormes fauces metálicas engulló a dos recién nacidos. “Júramelo”, pensó después Francine. Gabrielle M. estremecía el tórax en bizarro equilibrio, con golpecitos de uña al emblema abanderado de Cadillac. Toda ella daba la impresión de ser una cacofonía viviente, un caño irritado. Francine atesoró la vivacidad de su testimonio, la antífona adormilada con que acusó a Cadillac, precisando, no una sino hasta siete veces, que no se trataba de un ataque al corporativo sino nada más a su logo. Gabrielle M. lanzó argumentos que se mordían la cola. La minaba un lento, perpetuo río de hormigas. Habló unos dieciocho minutos, hasta donde sus extremidades quebradizas, mal coyuntadas se lo permitieron; pidió un respiro, salió del búngalo y ya no regresó. La pausa le cayó bien a Francine, al staff del Scripps y a la docena de observadoras que ocupaban la Cámara.

El ronroneo del Orange Freeway llega fraguado al balcón, ya débil. La arboleda que acordona el Scripps pretende amainar el fluir de automóviles, aunque Francine sabe que es un anhelo falso: los autos están ahí, la ciudad está cerca. En todo caso, el ronroneo siempre será un cuerpo extraño, divorciado del paisaje, que agrede más no sustituye el silencio del lago. Da Francine un profuso trago al jugo de manzana. Éste actúa en su paladar, supera la garganta y escudriña las galeras en suave sinapsis.

Francine se levanta.

Se dirige al bungalow por más jugo, que le encanta.

Ha aprendido a condonar, a dejar ir. Conmovida y todo, crea un talud, establece un recodo entre sí misma y los penosos casos que la ocupan. Sabe cuándo decir basta. Detecta si le mienten. Tiene un don para entrever si una mujer enrarece las circunstancias de su relato a fin de canjearlo por una incapacidad médica o un bonche de ansiolíticos. Al final del día, cuando concluye una sesión o cierra una conferencia, al dar de alta a una de sus pacientes o turnarla a instancias clínicas, sabe que ha dado lo mejor de sí.

El cansancio remata en una especie de alirón profesional.

El ego se apersona, gana espacio.

Francine lo decapita.

La pesadilla de Kaley H. templó su ánimo. Cierra un momento los ojos. Al abrirlos captura una porción considerable del manto platinado. El lago y toda la Reserva Puddingstone abarcan un predio mayor al de su pueblo natal en los suburbios de París. Podría albergar un jardín botánico, un circuito de canoas, un centro comercial, hasta un pequeño zoo... Jala su atención un coctel de tinámbulas, pitos y conos que se produce al interior del bungalow. El efecto trae a su memoria las caminatas a orillas de Lac Daumesnil. Estira el cuello sin levantarse del reclinable, con media sonrisa, para ver a su amiga.

Una adorable silueta se delinea en las penumbras del bungalow.

Ahí está Cécile.

Francine considera el rostro de Cécile Schott un juego de diques. Un dique de serenidad entre el primor liviano de la mujer hispana y la belleza remota, volcánica de las escandinavas; otro, accidentado y nuclear, de aportes bochornosos, entre la línea helvética de los Schott y la veta provenzal de su ascendencia materna. En las facciones de Cécile se dan cita nueces radiantes, cofres de arena, panteras tristes, vedas, bravuras. Toda Cécile es una lentitud. También una ligereza: su juramento más profundo lo dedicó a las páginas de *Coventry*, el cómic de Bill Willingham que ambas descubrieron en

un tendero de Montmartre y que, para su frustración, duró apenas tres fascículos. Cécile no llora; las únicas entidades que le extraen pucheros son un film de Peter Weir y las castañuelas de la locomotora que margina el horizonte en Mulhouse. Hasta donde Francine sabe, Cécile rechazó tres propuestas matrimoniales, dos contratos de consideración —con las disqueras Sire y Matador, por menudas razones—, y evade toda decisión a largo plazo que no sea pincharse un tatú. El borde poligonal de sus brazos es tan franco, el hermetismo de los párpados tan profuso y entero, que uno podría asestar golpes de yunque, fincar carpas de circo en ellos. La admira profundamente. Se admiran; se extrañan.

Se adoran.

Distintas en lo formal.

Magnetizadas en lo cardinal.

Francine y Cécile se pueden defenestrar, lapidarse a mordidas: de cualquier manera, se abrazan, redimidas. Se ignoran como reptiles; en seguida se procuran, interesadísimas en el día a día, listas para viajar juntas. Cécile apacigua a Francine en sesiones de alta exigencia como la de esa primavera en San Diego. También ocurre a la inversa: hace un año Francine se dejó llevar casi cien días por sitios impronunciables de Europa del Este y Asia Central en la ansiada gira *Colleen 2006: Ruta de la Seda*.

Lejos del consultorio, lejos del estudio de grabación de Colleen, lejos de París.

Verla allí, metida en lo suyo, le parece encantador.

Un sobrio pelícano sobrevuela el búngalo.

Cécile escuchó los testimonios desde el interior de la Cámara. Le pareció simpático relacionar a Cadillac con el delirio. Escribió en su cuaderno la palabra *screech*. Quiso reforzarla con otras de igual calibre, que no halló. Deseó tener a la mano su contrafagot, reír en un jardín, escuchar con nueva actitud el *Why Patterns?* de Morton Feldman. Subrayó tres veces *screech*, después la tachó y escribió en su lugar: *bicycle screeching*. Pensó: “Si subo a una bicicleta y freno de golpe, saco un staccato limpio.” Se prometió intentarlo. Añadió a sus notas: *ongoing staccatos*. Le sobrevino un apetito por afinar el piano en cuanto volvie-

ran a casa, en poco más de una semana. Continuó: *ongoing steel, metal screech, ongoing steel resonator*.

Francine supera el velamen de las cortinas. Ya dentro, le sorprende que Cécile no esté escuchando música. Ausente, un poco hosca, Cécile está hincada en un cojín, ante una pequeña mesa con diversos objetos que Francine reconoció de inmediato: son tiliches de metal, cristal, hule, aluminio, caucho, plata o madera, dejados ahí por las pacientes que Francine entrevistó a lo largo del día. No tuvo inconveniente en que Cécile los utilizara para su dinámica creativa.

Las pacientes acuden a una entrevista de introspección y comparten a la terapeuta pasajes traumáticos, invocando sonidos a partir de un objeto, recreando escenarios. Hablar sobre sí mismas en torno a los objetos-fetiché y luego separarse de estos, dejarlos sobre la mesa, hace las veces de purgante. Francine cree en los efectos del distanciamiento, siempre que sea voluntario. La contemplación del objeto se intensifica, se inflama; da lugar a una exposición crítica durante la cual el sujeto subordina el objeto al que antes se anclaba. Una chica, digamos, que ha sido abusada en un muelle, se presenta a la sesión con un arnés o un salvavidas cubierto de salitre. Se reproduce en ambiente controlado el chillido de la madera húmeda, el mugir del caucho, el arrastre del hierro oxidado. Experimentar aquel eco en un contexto distinto, relativiza, disloca el evento. Las pacientes trazan una perspectiva de futuro, sujetas a murmurantes, vivos barandales. El ejercicio suelta jugos, y el apego se rompe. Al término de la sesión se ofrece a la paciente dejar el objeto en custodia; quienes lo dejan, aligeran la carga. Como entronque intuitivo de Francine —a juicio de los puristas, una vil ocurrencia— se establece un grupo de observadores desde un compartimento aislado, autorizados (a veces también seleccionados) por quien conduce la terapia, no siempre provenientes del campo psicológico, sino, a manera de desafío cognitivo, y de plena oxigenación, conformado por facultados de diversa índole, docentes, filósofos, legistas, ingenieros, artistas, quienes así destilan su proceso creativo. En fin, una variación multidisciplinaria de la Cámara de Gesell, que los alumnos de Francine conocen como “el ruidoso diván”.

Ajena al devenir de las consultas, al margen de todo aspecto clínico, a Cécile le viene guango el nexo vivencial que un sonido tiene con la vida de la paciente, siempre que se le permita hurgar en la plasticidad del objeto que lo produce, su carga evocativa. Considera los objetos como entes acústicos; nada más. Le puede su textura; su densidad y espesor. Su cuerpo hueco. No le incumbe si con ese desatornillador o ese florero alguien quebró una pecera o partió un cráneo. Está convencida de que cada cosa posee un rango sonoro —amplio, aunque finito— y se afana en explorarlo. Esa noche tiene a su disposición un menú enriquecido: argollas, perchas, tazas, juguetes, harneros, gomas, chiflos, amuletos, ligas, tornillos, broches y espolones. Unos horadados, otros cónicos; estriados, narigones o hendidos. Cada paciente expuso los motivos para traer determinado collar, tal o cual lámpara. Un dije, un portavasos o unos patines. Una cacerola, una probeta, un USB. El frasco de Resistol, el curricán, el trozo de cañería. Hay quien se lo toma a pecho trayendo un montón de cosas: tutelada por Francine, la paciente discrimina hasta reducir la lista a cinco, a tres objetos, finalmente a uno.

Sin medida ni restricciones, en conmovedores turnos, Cécile los ausculta. Colecta sonidos misceláneos, fogosos o planos, picantes o níveos, en un acto totémico que la compromete de costa a costa, en todas sus cordilleras. Pilla sonidos comunes y otros absolutamente insólitos. Francine no se explica cómo es que su amiga lo hace: ¿de dónde nace el rumor que Cécile funda en las caras de un dado? ¿Cómo despierta esos breves lamentos en las semillas de un limón, y por qué, en manos de Cécile, ulula —en vez de carraquear— una cadena de bicicleta? ¿Qué sabe, que incita cocoricos en una esfera de foam, soplos en la opacidad de un galón de pintura, chillidos de murciélago en un rin? Extrae leves clamores de una bolsa de té, peina un cable de licuadora que al roce de las cerdas cimbra exiguas notas, aflora zumbidos industriales en las argollas de una libreta escolar.

Cécile desgaja una diadema, viola un silbato. Precipita el hilado de un poncho, y ataca, a puñetazo limpio, los rojos pectorales de un T-bone. En cierto viaje por la Toscana, Francine la vio experimentar con las páginas de una revista *Atalaya*, sometiéndola a toda clase de vuelos y

dobleces: si uno acercaba el oído captaba entre las hojas una minúscula emisión, una antigua súplica.

Cécile selecciona, aísla, juzga un tañido específico. Queda hipnotizada a determinadas armonías. Tras una íntima valoración elige éstas, no aquellas frecuencias, y repite el movimiento una, diez, veinte veces. Hallado cierto rasgo, Cécile da lugar a un silencio robusto, seráfico, casi ceremonial. Entonces se levanta, busca entre sus pertenencias al fondo del bungalow y da con el estuche de la flauta o el oboe. Extrae el instrumento: lo acaricia, sin despertarlo. Lo roza con un fieltro. Posiciona sus dedos blancos, acerca la boquilla y sopla con suavidad hasta dar con el efecto deseado.

A veces, psicóloga y artista discuten. “Tú y tus ruidos”, se mofa Francine. “No hay ruidos, todos son sonidos”, apunta Cécile, parafraseando a Brian Eno. Cécile cree en ello impávidamente, con una salvedad: si un sonido vale la pena para ser reproducido y grabado, ha de articularse según cierto código estético. No cree en el estridentismo. Ni en su hijo bastardo, el percepcionismo. Tampoco en las tesis que hacen de Francine una celebridad a ambos lados del Atlántico. El sinsabor es mutuo; a Francine ni le gustan ni le interesan los álbumes de Colleen.

A las nueve de la mañana, la segunda paciente del día.

Margaret R., 55, operadora telefónica, divorciada, tres hijos, aficionada a los Lakers, chilena, mapuche más que chilena. “Preferiría no haberlo visto”, comenzó. Traía en sus manos un artilugio de defensa personal del tamaño de un habano, chato en ambos extremos. Habló, asida a Francine. “Es un kubotan, mire, lo usaba mi mamá, lo llevaba a todas partes, pensábamos que era un llavero hasta que nos quisieron asaltar, entonces tuvo que usarlo, se toma de aquí, ¡zas!, en un callejón de Los Ángeles.” Cécile y los estudiantes del Scripps dilataron el cuello para apreciar mejor el kubotan a través del cristal. En manos de Margaret R. lucía simple, nada siniestro, hasta armónico. Margaret R. lo empuñaba con frialdad: al agitar el barrilete laminado avivaba tiritas de cuero. Parecía..., ¿qué parecía? Un roedor de plomo, un plátano alado y rígido. Margaret R. invirtió considerable esfuerzo en describir el quiebre de huesos. “Como tronar dos nueces, dos tortugas una contra la otra, ¡pruack...!, bien feo, no sé cómo”. La onomatopeya fue

certera: captó la atención de Cécile. De lo más atenta, la compositora supuso que, con determinado énfasis, podría reproducir el golpe del kubotan en las clavijas del arpa. Tal vez con un tirón, amortiguando las cuerdas que hacen octava. Si tenía suerte, si el recurso adquiría carácter, lisura, si mutaba como lo vislumbró, obtendría un bramido nocturno y ceremonial como en 'One Night and It's Gone', de su primer álbum, *Everyone Alive Wants Answers*.

En diciembre pasado, el Departamento de Vinculación de la Facultad de Psicología del Scripps contactó a la Dra. Francine Diel para fortalecer las prácticas de sus candidatos a PhD. El decano ordenó acondicionar uno de los bungalos junto al lago, en la generosa Reserva Puddingstone, y una vez listo lo ofreció a la terapeuta, investigadora y académica con un atractivo pago y la pompa del reconocimiento institucional. Sería la primera ocasión en que iba a documentarse una sesión de Terapia de Follaje en el sur de California fuera de la UCLA, y nunca con una sus principales exponentes. Esto despertó una expectativa inusual en el Consejo Técnico. Los recursos no se hicieron esperar. El bungalow constaba de dos edificios compactos; uno para las terapias, otro para alojar a la residente honoraria. Contaría con mobiliario moderno y funcional para entrevistar a varias decenas de mujeres con historial psiquiátrico entre 21 a 69 años. En la sala adyacente, separada con un ventanal opaco desde la sala, traslúcido desde el interior, los observadores ocuparían la Cámara.

Francine estableció dos requisitos. Contar con una locación natural cercana (el bungalow a orillas del lago era magnífico, de verdad soñado) y que su amiga, la artista Cécile Schott, pudiera unirse al grupo de observadores. En la víspera añadió una petición final. Permitir a las pacientes traer a la sesión algún objeto relacionado con el caso. El decano buscó disuadir a Francine, pero ella no cedió. Acordaron una agenda razonable. El contrato advertía: "Se procurará que las pacientes traigan consigo objetos pequeños y fácilmente manejables que no comprometan en modo alguno la integridad del sujeto ni la del personal del colegio. SIN EXCEPCIÓN: No armas, no estupefacientes, no

animales, no sustancias inflamables, no objetos radioactivos ni de uso controlado.” Lo rubricaron.

Francine supo que Cécile tenía libres marzo y abril tras revisar la agenda de Colleen, disponible en línea. Además, Cécile le había anticipado que venía amasando un nuevo set de canciones, pero no estaba lista para grabar, y que le vendría excelente un viaje. Francine le propuso venir a California para la Terapia de Follaje. Cécile conocía el ejercicio. Aceptó.

Los objetos vibran, roncan, hipan.

Farfullan y tintinean a merced de Cécile con religiosa abdicación.

Francine vuelve al balcón. Dedicar un minuto en observar a Cécile: le maravilla que vacíe, con silbidos espurios, una medalla de bronce. Que despelleje la savia cantante de un cartucho de tóner y el fardo chispeante de un puño de canicas. Que haga lo propio con lengüetas de caña, con un garfio, un control remoto, un fólder manila. Cécile aviva cumbres de sonido en la urbe yuxtapuesta de dos raquetas. Hace gemir a un lápiz, rumiar a un queso, piar a un espárrago. Acierta el talante ceremonioso de una chapa, despierta a un zipper. Promulga voces en la suela de un chapín. Revela la dignidad de un cinto, la gresca sonoridad de unos anteojos, el chasquido neutro en la tapa de un plumón.

Cécile soba, estruja y sondea, frota y palpa. Engarza un objeto a la concavidad de otro. Oprime la flacidez de uno; perturba y magulla otro. No se da abasto: lija, aprisiona, aísla, estremece, toca, arroja, colisiona. Se vale de caricias, de ciscos, de golpes súbitos. Empellones, guamazos de áspero calibre, besos de móvil intención. Tras cada maniobra, los objetos viven. De la mesa emanan siseos, crujidos, vicios y eufonías que Cécile conjuga y exprime, afilia y atesora. Algunos fecundarán en la hoja pautada, parlantes como pájaros, en fiesta de claves y corcheas. En un breve colapso Cécile descubre una hueca volubilidad en barras de Crayola, similar a la patada de un becerro. Deseó, añoró la monografía de Yves Tanguy que prestó meses a una cajera del banco, quiso meter los pies a un río, correr con audífonos el *Selected Ambient Works* de Aphex Twin.

Francine no la interrumpe. Entra en la cocina; abre el refrigerador.

Toma una jarra y vierte un formidable chorro.
El vaso se broncea.

“Uh, ¿qué diablos...?” Desde el marco de la puerta corrediza, Francine se estremece. Ve a Cécile sostener un puñal en las manos. Una serie de campaneos agravan esta visión; vienen a su cabeza las complicaciones que esto implicaría con el Scripps, un pleito que no quiso figurarse. El humor de Francine cambia violentamente. “¿De dónde, es que cómo...?”, reclama Francine, en una frecuencia que no utilizaba desde el altercado por una almohadilla en la sala de abordaje del Charles de Gaulle. “Te estoy hablando, ¿cómo llegó eso aquí?” Se aproxima a Cécile, hasta quedar a un metro. Afina la visión, y esto la tranquiliza. Ahora que lo recuerda, una de las pacientes (¿Helen V., ¿Lizza B.?) mencionó un intento de suicidio con una especie de daga, pero cuando Francine le preguntó si lo traía consigo ella respondió que no. De lo contrario, la propia Francine o alguna de las supervisoras del Scripps la habrían sacado de ahí. Lo que Cécile maniobra es, en efecto, un arma blanca, pero no pertenece a las pacientes. Es el *kiliç* otomano que Cécile compró el año pasado en un mercado de Antakya, al sur de Turquía.

—Oh... Me asustaste, Emmy.

—¿Lo recuerdas? No me canso de verlo. Es hermoso.

Francine suele llamarle Emmy cuando viajan juntas. Una referencia tácita al amor de Katchoo hacia Emma en *Strangers in Paradise*, el cómic de Terry Moore que tanto les gusta y cuyos reveses siguieron durante años. Es un guiño devoto e íntimo que solo ellas conocen; acrisola aspiraciones, finca complicidad, cosas no dichas.

—Muy bonito, ¡espera! No lo subas tanto —acota Francine, sentándose al lado de Cécile: cubre el *kiliç* con un mantel—. Mejor lo guardamos.

Cécile asiente y deposita el *kiliç* en la funda. “La chica sacó un kubotan, ¿y yo no puedo traer esto?, bah”, rezongó Cécile. Antes de perderse de vista, el *kiliç* espejea su compacta, formidable estatura. El doblez de la hoja recuerda a Francine el accidentado perímetro de Croacia que recorrieron en autobús y caballo, y que se vio obligada a

memorizar en la gira de la Seda. El mango del puñal se eriza al norte, como el río Drava; el cuerpo es esbelto, longitudinal, con un diente único que puntea abajo como la ciudad de Lika.

—Si fueras mi paciente, traerías ese cuchillo.

—No es cuchillo, Santy —la corrige Cécile—. Y te equivocas. Traería una tecla Fazioli.

Cécile la nombra Santy cuando viajan juntas. Un guiño bravío a Saint Etienne, en particular al himno ‘You’re In A Bad Way’ que, según ambas, representa el Sí afectivo, la amistad en horas bajas y el amor cabezudo. “Una tecla Fazioli”, precisó Cécile. La mención incomodó a Francine. ¿Desde cuándo no hablaban de ello? ¿Es que alguna vez hablaron de ello con seriedad, mirándose a los ojos? Fue hace tanto: ¿pesaba aún en Cécile?

Francine sale a la intemperie con algo de bronca.

Apenas ve el agua, furtivos matices la trasladan al tramo más largo de aquella gira por Turquía y Uzbekistán. El vestíbulo ardiente donde probaron el pastel de avellana. El artículo de Cornel West en la revista *Tikkun* que de algún modo pudo leer a lomo de dromedario, horas antes de tocar en la biblioteca del Felicja Blumental Music Center, en Tel Aviv. El sempiterno postre de coco asado, que le sabía a antigüedad: era exquisito, y le traía imágenes de un viejo amigo de la familia que tocaba mazurcas en un balcón de Mulhouse. El detalle de los platos damasquinados en el mercado de Antakya, que Francine no se atrevió a comprar.

Francine desvanece la tensión muscular en el reclinable. Casi escucha las estrellas. Helen V., Penny D., Joan W., uf... La última del día, Kaley H. Por qué la última tiene que arreciar así, por qué siempre cobra factura, se pregunta Francine. Al despedirse de ella en la puerta del bungalow, le entregó una rigurosa prescripción médica que incluía el pase al Aurora Behavioral Health Care. La acompañó hasta su auto. Fue una pena verla partir: Kaley H. acudió a la entrevista sin un alma que la reconfortara. Surcó el estacionamiento rascándose el cuello hasta el lacónico Malibu, a paso automático.

Kaley H., 36, educadora, campeona de canotaje, aprendiz de tango, republicana a muerte, bloguera. Víctima de varias pesadillas, recurrentes, complejas, llenas de detalles y accesorios, no veía el fin de tanta desolación. Afirma acudir a toda clase de sortilegios, sesiones de purificación, gargarismos y terapias, sin perder la fe. Porque nadie atina a ayudarla y la fe es lo único que tiene. Soñaba con un bosque de cepillos que ululan blasfemias a coro: bocas oscuras, sanguinolentas. La propia Kaley H. creía que esto podía obedecer a la pulcritud exacerbada de su familia. Francine no la contradijo. La chica colocó su primer objeto en la mesa, un cono de abeto, aún resinoso.

Se soñaba en un ascensor, acompañada por soldados con cuerpo de excremento que hierven cuando el aparato alcanza los niveles más altos, en un edificio de cera que comienza a derretirse. Lo atribuyó al rol tutelar de su formación, la tendencia a inmiscuirse en la vida de los demás; pedagoga al fin. Sacó de su bolso una vela y la puso al frente. Con palabras sensatas, bien sembradas, narró el tercer sueño. En una ciudad ambigua y movediza, sin rejas ni muros en casas que se protegen con redes e hilos, ella aparece en un salón e interrumpe la fiesta, con un globo desinflado en la mano. Los asistentes a la fiesta se decepcionan al verla y Kaley H. escucha el nombre de su mascota en ecos de dulce oscilación. Colocó el collar de su perrita pomerania, Belmora, entre la hoja y la vela.

No era algo que Francine hubiera escuchado antes, pero tampoco era alarmante.

Francine supuso que Kaley H. había terminado. Estaba cansadísima; ansiosa por que todos se fueran y aprovechar el lago, la amplitud del búngalo, tumbarse en el balcón. Montó un gesto resolutivo, alzando los hombros, con el cascarón impersonal del oficio. Esperaba que la paciente se pusiera en pie, diera cerrojazo. Se equivocó. Peor aún, no pudo evitar burlarse un poco: imaginó que por las dilatadas fosas nasales de Keley H. brotarían sus cepillos y soldados bailoteando 'Plutonian Nights' de Sun Ra. A punto estuvo de reír: se restregó la nariz, carraspeó, sonrió. Ya ida, solo por hablar, Francine comentó que, bueno, los sueños son sueños. "¿Eso crees? ¿De verdad es lo que crees?", se pregunta ahora en el reclinable, acechada por un terco mosquito.

Kaley H. no se movía. Por mero protocolo Francine le recomendó leer el Daozang como “tip de amiga”. En algún momento Kaley H. encorvó la espina dorsal —no tanto, unos quince grados— en grosera diagonal, con las mejillas cristalizadas. Al interior de la Cámara, Cécile dejó de respirar unos segundos. Las pupilas de Kaley H. asemejaban capullos en eclosión. “Espera, Santy, ¿no te das cuenta?”, pensó Cécile, advirtiendo la distracción de su amiga.

Kaley H. aturdió sus facciones con un batacazo incorpóreo. Francine palideció. Entrevió el pavor pendular que atenazaba a su paciente y recordó que su expediente mencionaba cuatro pesadillas, no tres. La chica quedó totalmente indefensa, pues Francine había perdido el hilo. “¿Ketch?” Intentó recuperarla, ofrecerle un sostén, sacarla del esputo que la atormentaba. “¿Quieres hablar, quieres decirme algo?” Desde el resquicio ocular de aquella formación rocosa emanó una lágrima que fue tragada por la alfombra.

Kaley H. abrió su bolso.

Sacó una muñeca sucia, que mostró brutalmente.

Sin hijos, se sueña como una madre perseguida por la ley en una urbe proscrita y calcinada. Se le acusa de mutilar a su única hija. Ella no está segura de haberlo hecho, ni se atreve a negarlo. Se le enjuicia en un enorme congelador industrial, bajo una canaleta de la que penden centenares de liebres desnudas que lloran indecibles tormentos. Con un ruidajo de otro mundo, una de ellas se aproxima a Kaley H. El animal tiene las pupilas opacas, le bailotean en las cuencas caldosas, de color denso, un púrpura muerto. La liebre lee el veredicto con un timbre demoniaco y ella se entera de su suerte. Evita la prisión, más no el quirófano. El sueño suele terminar a esa altura, dice Kaley H. Excepto en las noches de ovulación en que se aplica la sentencia. Las liebres, un grupo de tarántulas, un jurado de peces ciegos y otras criaturas cartilaginosas la someten a una violenta cirugía: traen el cadáver de su hija, arrancan un brazo y se lo injertan a Kaley H. en el pecho como evidencia pública del crimen.

Sostenía la sucia muñeca ante Francine, ladeando la cabeza. “Luego un día mi novio me regaló esto”, añadió. Desde entonces le era imposible portar mascaradas, bufandas, blusas con cuello; dejó de saludar a los

niños; aborreció los reptiles, los tapetes y los faros de halógeno. Odia los consultorios y las prendas de pana; no ha vuelto a probar el orégano, la cebolla, ni el pan. El jazz la confunde y le da náuseas; la carne blanca le causa estupor, tremendo asco.

El Malibu de Kaley H. empuqueñeció por las curvas del camino vecinal.

El staff alzó papeles, apagó interruptores, firmó algunos formatos.

La quietud parecía obra de un Creador con lentes empañados.

Francine y Cécile quedaron solas. El silencio y la última luz solar entraron en una fase de estancamiento. Las amigas cerraron las instalaciones y caminaron la vereda de cada tarde, hacia el bungalow, sin emitir palabra. Entraron. Francine eligió el balcón, la noche californiana, el jugo de manzana. Cécile no quiso imaginar siquiera los sonidos que emitiría la muñeca de Kaley H. Se enjuagó el rostro en el lavamanos. Nuevamente; con fuerza. Creyó reconocer la pesadilla de Kaley H. ¿Dónde la vio? En alguna película, tal vez. O en alguna novela, ¿pero en cuál? Sea como fuere, el tormento en que vivía Kaley H. permeó su sentido de la convivencia, su concepción del tiempo, su actitud ante la vida y la música misma. Saboreó el tiempo que tenía en sus manos; comenzó a reunir objetos en la mesa.

Esa noche, ya en la cama, Cécile recordó el pleito que tuvieron poco después de conocerse, en el Collège Marcel Roby. Tenían 13 años. Francine la había invitado a su casa. Discutieron ante el padre de ésta por un incidente con el alimento para gatos. Cécile privó al gato de su comida favorita, vaciando la lata en el desagüe para convertirla en estuche de cosméticos. Sí que hizo mal, pero tampoco era un crimen. Hasta la fecha juzga con escándalo la reacción de Francine. Todavía le asusta. Pudo ser por motivos que se diluyeron con el tiempo y ahora no logra evocar, pues el lío creció, se complicó; acabó mal para Francine, castigada por su padre durante dos meses: se perdió un quimérico Baile Dorado al que asistió todo el grupo. En la siguiente clase de música, Francine arrastró a Cécile hasta un almacén donde la enfrentó, insultándola como Cécile no ha visto insultar a nadie. Le escupió y la

derribó; cuerpo a cuerpo, la grácil anatomía de Cécile siempre fue una desventaja. Francine le ató ambas manos, la amordazó con una calceta y la cargó como pudo. Enumerando alevosos pábulos, metió a Cécile en la caja de resonancia de un gran piano Fazioli. La actividad escolar se concentraba en otra ala del edificio, así que la pequeña Cécile imploró ayuda y lloró de fragilidad e impotencia por cinco horas.

Intentó dormir; no lo consiguió. El trance autoritario de su amiga, la oscuridad impuesta en aquel bosque quebradizo de espigas de fieltro, macillos de piano y travesaños de marfil aún calabaceaban en su interior. Cécile giró veintiséis veces en la cama antes de rendirse al sueño.

Cerca del alba se enderezó, con un ahogo ardiente. Notó su rostro húmedo, las ojeras pronunciadas. Deseó barnizar su violín, llorar a cielo abierto, ‘Madame George’ de Van Morrison.

Rafa en exteriores

1

La carreta superó el callejón adoquinado, bajo una serie de faroles que parecían arder hace siglos y empapaban de modorra al pueblo entero. Vi pasar el arco voltaico de la pequeña escuela rural, última fuente de energía en los márgenes de Santa María del Oro; sus cables manan wataje al dispensario, de ahí al taller del peletero, una bifurcación alimenta dos boticas y la bóveda del templo, hermanados a una severa, dolida austeridad. Amanecía con un viento abusivo y tenaz, un frío distinto al que había experimentado en los inviernos de la frontera. Más allá de las últimas casas, un patrón de lajas de cantera engarzaba la brecha, hacia el formidable espejo de la laguna. ¿Qué tan helada estaría el agua? ¿Qué tan profunda sería la inmersión? Dejó de soplar el viento; no es que se esfumara, ni perseverara, nos revestía en un casi imperceptible correr de cortinas. La marca que me dejó en la cadera la caña encendida se vio atenuada por el rocío que lame el costillar, los codos, el maldito fémur con una gélida humedad azul lavanda. Era un horario exigente para demostrar que eres profesional. Recuerdo la inquietud que me asaltó al salir del poblado, justo al alba. Tuve la sensación de que Tony James estaría desesperado por contactarnos, a mí o a Sylvian Abbaon, el lacónico abogado inglés que iba conmigo en la carreta. Nuestro celular no se había activado en dos días; extrañé las alertas en modo vibratorio. Es inútil, señor James: la señal agoniza en

las afueras de Tepic, no digamos en la terracería de la sierra nayarita. Vi dilatarse la crin de uno de los caballos: pulsó como arroyo negro. Un chisguete de sereno me delineó la frente; agradecí el tónico natural, equivalente al primer trago de café. Eché una ojeada a la superficie nacarada del agua, aún lejana.

¿A quién demonios se le ocurre dar un concierto aquí? En Bubble Moon no tenemos problema: cobramos a placer. ¿Qué hizo suponer a Sigue Sigue Sputnik que sus fans –trasnochados e ingratos, escasos y remilgosos– serían capaces de ubicar este punto en el mapa, abordar un ruinoso camión de redilas o el lomo de un burro para llegar acá y verlos tocar? Determinadas bandas que se gestaron en la oscuridad de los años setenta viven cierto *affaire* con los países en desarrollo, ignoro el porqué, pero, ¿lo ha pensado bien, señor James? ¿Aquí? Consideré la sentencia de Rafa: “No los subestimes, que Sputnik amasó una legión de copycats, groupies y wanabes que sigue creciendo en México.” Traté de visualizar tales tribus; la estrategia mediática para enterarlos del evento. ¿Vendrían a la franja volcánica, pudiendo cazar una gira más cómoda? ¿Hasta acá?, ¿más allá de la nada, en la herradura del mundo?

Conozco a Sigue Sigue Sputnik por terceros. Esto se traduce en: nunca los he escuchado. Las pautas que tenía para el viaje, tras el depósito inicial de Tony James, fueron la displicencia con que Sylvian Abbaon los traía a cuento (“mi cliente”, “mi representado”), el dossier que armó apresuradamente Flaucésar, mi socio, para el remoto caso de que el consejo ejidal de Santa María del Oro quisiera indagar sobre las virtudes de la banda, y como único sostén afectivo, la voz de Rafa Saavedra.

Tuve la precaución de acudir con Rafa, en cuanto decidimos viajar a Nayarit. Respondió con un inbox, concatenado a otro, y en seguida, a otro. En total, nueve segmentos en tres días, que hiló en el trajín habitual. Lo imaginé a bordo de taxis rumbo al Centro, Playas u Otay. Escribió, entre otras cosas: “Sputnik son los raros peinados, la cloaca discursiva y el spandex de los más queridos New York Dolls, en un rollo Blade Runner.” Después: “Son un arma de destrucción masiva con make-up revivalista y anteojos Buddy Holly.” He aprendido a entender y no entender los mensajes de Rafa. “Proto-punk y post-punk

al mismo tiempo, sin carga hipster.” El coctel me entusiasmó. Reuní los fragmentos en un solo cuerpo; lo imprimí. Lo repasé a conciencia antes de abordar el vuelo a Tepic y pronto me sentí facultado para interceder por Sigue Sigue Sputnik en cualquier corte.

El cochero templaba el humor de sus caballos.

Uno era pinto; otro también, en patrón dilatado.

Ejemplares altivos, musculosos, de buena petaca.

Las coníferas alaron un motín en mis fosas nasales, y extrañé Mexicali. Los omelet del Blancanieves, las Negra Modelo –pardas, heladas– en la cima de agosto, el trayecto diario por la colonia Alamos que bordea el muro internacional: viviendas raquíticas, todas feas, blindadas por un pitbull o tres chihuahua que tiranizan el predio terregoso. La ortodoxia del sábado al espulgar mechones de plaga: si uno moja la tierra y tira de la raíz, ceden lentamente. El bramido de la refrigeración, el muro de Facebook, la música de mi laptop jerarquizada en el folder *Half Empty*. El cui-cui del Sentra al desactivar la alarma: cómo me recibe, con los seguros en alto... Llegamos a un quiebre de la brecha, mezzanine de fango alfombrado con piñas de pino.

Una de las bestias se relajó, en busca de respiro, y la carreta dio sendos tirones.

Me así con firmeza del descansabrazos. Abbaon venía dormido y apenas se enteró.

Se dice que el cráter de Santa María del Oro no tiene fondo, que su escurrimiento lo hermana –en poética licuefacción– con las venas glaciares del Aconcagua. Se dice que los vampiros brotan de sí mismos al derramar una gota de sangre: con un poco de luz de luna y un bracingito de dandelion que da sombra, la gota hace las veces de semilla. Y se dice que Sigue Sigue Sputnik es la quinta generación del rock. Quise cotejar esto último con Abbaon: me abstuve, al verle cabecear por el meloso ritmo de la carreta. El abogado mascaba en vacío; acopiaba saliva en grumos. Por dios, qué tipo tan triste. Su abogado, señor James, orgullo de las huestes de Edwy el Bello, figura un cabal disparate en estos lares; ¿de dónde lo sacó? Explíqueme, ¿uno asoma a las alcantarillas londinenses, mete la mano y extrae a estos mapaches?

–*Ush, dear Lord...* –bufó Abbaon–. *Are we actually getting closer?*

A modo de respuesta encumbré las cejas.
Sylvian Abbaon simbolizó un emoticon.

Han transcurrido veintiún días desde que el mensaje tintineó en mi buzón. Veníamos del aeropuerto, aún vapuleados por la presentación de Fairport Convention en el Cerro del Chiquihuite; tiré al basurero el pase de abordar y me dispuse a checar correos. Ahí estaba su mensaje, firmado por un remitente inédito, Tony James-Musician. Al verlo, llamé a Flaucésar, que se sentó junto a mí. “Saludos gentiles, Bubble Moon, usted no me conoce”, exponía, en ceremonioso y torpe español. “Alguien recomendó contratar sus servicios en seriedad, pues supe de este buen lago”, decía, con un hipervínculo a Google Earth en el demostrativo. Activé la liga. El explorador se trasladó a una representación gráfica de Mexicali, con un brinco estratosférico. Viró al sureste y descendió en dócil parábola a una formación montañosa del Bajío mexicano con etiqueta de parque nacional, que ni Flaucésar ni yo reconocimos. No tenía sentido, así que volvimos al mensaje. “Encontré ese lugar y pronto lo encontré a usted por una mutua amiga asociada en *La Jornada*. Ella sabe una cosa o dos sobre logística, así que su opinión es fuerte para mí.” Estamos acostumbrados a los sinuosos, innecesarios amagues de quien busca contratarnos. ¿De qué amiga se trataba? No recordábamos a nadie en *La Jornada*. O teníamos una conocida que recién se matriculó en el diario, o uno de sus corresponsales vivió un momento Bubble Moon. Era posible que Tony James se lo inventara para romper el hielo; siendo sinceros, nos daba igual. “Mi punto es —proseguía James—, sospecho que Sputnik sonará realmente bien allí, por el eco, el agua, la formación de rocas. Viaje usted y hable con Miss Donna Chelo, apoderada o dueña del pueblo, alguien importante allá abajo. Sé que ella posee cosas de la gente, disculpe, no conozco muchas cosas mexicanas y las respeto. Quiero decir, esta Miss Donna Chelo es con quien vale la pena hablar.”

James honraba nuestro trabajo. Evidenciaba una clara fascinación por aquel sitio, intrigado por el poder fáctico de esa mujer.

—Es la alcaldesa, de mí te acuerdas —punteó Flaucésar.

—Me late más una señora feudal, que las hay —compuse.

No se trataba de un lago, sino del cráter de Santa María del Oro, horadación geológica enmendada en laguna. ¿La mujer?, doña Che-lo. ¿La locación?, no puede llamarse locación a eso. En resumen, una reverenda locura. Justo para nosotros y suficiente para que James se ilusionara en grande.

—¿Quién es este güey? —zanjó Flaucésar.

—No estoy seguro —asenté.

Mantuve mi buzón abierto.

Desplegué una ventana paralela.

Accedí a la Wikipedia y corrí la búsqueda.

Apenas vi a Sigue Sigue Sputnik en la ficha biográfica de Tony James, recordé que Rafa los evoca (¡con cuánto cariño!) una y mil veces. “Sé quiénes son”, reaccioné. Sin ahondar en detalles, sombreé el html del explorador y lo sustituí por el de Twitter. Tuvimos que contemplar unos minutos al cachalote soportado por pájaros.

—Es hora pico —zanjó Flaucésar.

—Los vatos son españoles —apunté.

Mi prejuicio sobre la nacionalidad de los Sputnik se debió en primer lugar al nombre, alusivo al humor futurista y el espíritu ye-ye. También al sabido apego de Rafa por las bandas peninsulares. De cualquier manera, aludía a un producto de veras bueno, incluso espectacular.

Tras firmarme, toqué en el hombro a @rafadro. “Háblame de los Sputnik, pal”, escribí en su timeline. Mi petición descendía conforme florecían veredictos, intrigas y pifias dirigidas a Rafa. En cuanto vio mi tweet, contraatacó: “Tsss, atta boy, my friend, descubriéndolos apenas, ¿eh?”, se mofó. Supe que dedicaría tiempo a desgranar santo y seña de sus beloved Sputnik. El correo de Tony James era cíclico y reiterativo; lo leímos varias veces para saber en qué nos metíamos. Lo de Rafa, en cambio, nos hizo entender que para nosotros, para el Estado de Nayarit y para Sputnik sería una oportunidad dorada. ¿Cómo negarnos?

—Órale, ya está —dije, pinchado por las primeras líneas de Rafa.

—Sputnik en el lago..., ¡por supuesto! —canturreó Flaucésar.

James remató su mensaje con un ruego: “Cielos, quiero a Sputnik por ese lugar maravilloso, ¿pueden hacer esto para mí?” Flaucésar se

lanzó sobre el teclado. “Su petición es un reto, señor James, ciertamente podemos –escribió– a razón de veinticinco mil dólares, empezando por la mitad. ¿Los tiene?” Envió el mensaje.

Nos relajamos, cambiamos la música, puse café.

–Uta, si lo comparas, Björk fue pan comido.

–Sputnik en el lago, ¡cómo no, cómo no! –tararé, con una melodía de Aviador Dro.

Media hora después, apareció en la bandeja una apostilla bancaria. Acabábamos de recibir trece mil dólares, sin el menor regateo.

–Sí, señor.

–Los tiene.

Echamos un ojo al mapa, e hicimos cálculos. La agencia de viajes nos conminó, de entrada, a armarnos de paciencia: sería engorroso llegar a Santa María del Oro partiendo de Mexicali, por lo que recomendaban el vuelo Tijuana-Tepic. No se diga para Abbaon, abogado de James, que inició el peregrinaje en Londres, pasó mediodía en el aeropuerto de Newark, cinco horas en el de Atlanta, otras seis en la sala de abordar de la Ciudad de México y, durmiendo poco y mal, soportó una escala en Guadalajara –de noche, con un aguacero– para amanecer en Tepic, donde nos encontramos. “Señor Abbaon, bienvenido, no debió molestarse”, le dije. Días antes ofrecí simplificar las cosas, enviarle fotos y un reporte detallado para ahorrarle el viaje. Abogado al fin, Sylvian Abbaon se obstinó en venir.

Ya en el autobús que nos llevó montaña arriba –el motor pregonaba un historial de al menos dos décadas, molido por infortunios– comprendí que, llegado el día, los integrantes de Sigue Sigue Sputnik anhelarían las comodidades de una gira común. Un hotel como dios manda, camerinos con wi-fi, la proximidad de una convenience store con donas calientes, cilindros de Advil, onzas de Listerine, barras de Watchamacallit... A no ser que buscaran leña, un pie de musgo para hincharse los pulmones de oxígeno o pescar mojarras con bolitas de pan Bimbo, en Nayarit la pasarían difícil.

No se diga la prensa, que acudiría mosqueada.

Los proveedores, puestos a dramatizar e inflar tarifas.

Y los fans. Aunque estos pagan por venir y lo soportan todo.

Ecos de plata reverberaron en la brecha. En un estrecho de la ruta entreví, azorado, la laguna, que brillaba con luz propia. Me sorprendió su tamaño. La superficie, como fotografiada, denotaba cierta turbiedad. El agua simulaba un inquietante espejo; boca de petróleo, tejida a fucilazos de luz. Gocé del imponente alrededor: terminé de ingerir los tacos que nos regaló doña Chelo, y que Sylvian Abbaon, pese a estar en ayunas, despreció. Era obvio; la cocción de la yema de huevo en salsa de tomatillo, crema agria y nopal dista un abismo del condimento inglés. Lástima por él. A mí, me supieron buenísimos.

La voz de Abbaon violentó el silencio. Un silencio lleno de primores.

—Qué es un chu, chuti... ¿Chuti braca?

El golpeteo de pezuñas, guijarros fragmentados por la llanta.

—¿Un qué?

—Chabraca o chutibraca. Dijeron que lo veríamos aquí.

Banderolas de viento, algún pájaro.

—Chotacabras —intervino el conductor, divertido ante la única palabra que acertó a entender—. Se miran un montón. Ya los pasamos. ¡Ire, ai tá uno!

A centímetros de las pezuñas, un chotacabras causó un disgusto al caballo: el ave voló con estrépito, quebrando el mimetismo que guardaba. La carreta se tambaleó. Las riendas tensaron el tremendo cuello del caballo: el animal contrajo el paso y escoró a la derecha. Sylvian Abbaon no sabía qué buscar. “Qué, no veo, *where...*”, vaciló. El jinete volvió a reír; parecía entablar con el chotacabras una vieja y efectiva broma. Seguí con la vista al ave regordeta que se internó en unos arbustos, en órbita plumiza, a poca altura, con cuchicheos de motorcito.

Dado que la carreta se agitó, revisé mis pertenencias. Además de la maleta, traía la bolsa con tacos, un cuaderno con el mensaje impreso de Rafa, y la novela *Perdido Street Station* de China Miéville. Con un ligero sobresalto, chequé mi bolsillo. La llave seguía ahí. La extraje. Era una llave opaca, desgastada. Tenía un solo peñón, seguido de varios dientes erosionados. Pensé en doña Chelo; la cadera me punzó.

Sería pisar Mexicali y correr al dermatólogo.
Comprar un desparasitante.
Un chequeo general.

Anoche, al llegar al pueblo y registrarnos en la única posada, supimos que se celebraba la fiesta del Señor de la Ascensión. Dejamos nuestras pertenencias en la habitación, nos abrigamos y salimos a la plaza. El pueblo se embriagaba en picos de algarabía y folclor que, si me lo propusiera, bien podría graficar según el Alfa de Cronbach. Puestos de comida, hamacas de férvido arcoíris, reguero de vómitos de atole y membrillo, charcos de mezcal, orines, agua de chía. Sin tiempo para distracciones, me lancé en busca de doña Chelo. No tenía idea de cómo era ella.

Un mareo me hizo recapacitar: esto iría mejor si primero cenábamos. Compramos cada quien una orden de flautas, baratísimas. Devoré las mías con rapidez. Abbaon tardó en asimilar lo que tenía en su plato; su aspecto era de colección.

Tras el festín, dejé al abogado en un equipal que le sirvió de búnker, como forajido de otro siglo. La gabardina con cuellera alzada –desubicado bounty hunter– hizo de repelente ante los lugareños; aun así, en su embustera desidia Abbaon consiguió a precio razonable una carreta, equipos de buceo y un jinete lúcido que al amanecer nos condujera al cráter.

Me escabullí en el gentío, al rumbo al que se dirigían los individuos más altos, los mejor ataviados: el flujo convergería en un dique de importancia. No me equivoqué. El hacinamiento se purgaba en los puestos, al pie de los balcones, en un recinto abierto y bien iluminado; el pulmón de la fiesta. Ahí estaba ella. Sin ostentación ni investidura alguna, doña Chelo y sus tres hijas ocupaban sillas de mimbre en el vestíbulo, con espacio sobrado hasta para bailar. La mujer custodiaba varias garrafas enormes con agua de jamaica, zumo de sandía y cebada. La vi batir un cucharón, verter generosos chorros en vasos de plástico que eran recibidos a dos manos. Esquivé un número indeterminado de escaños de madera y sillas metálicas dispersas en el vestíbulo. Alcancé

a escuchar el inconfundible carraspeo de Sylvian Abbaon sentado en su equipal. “Soy este abogado, buena noche a usted...” Por dios, qué triste y qué patético.

Acodada en la mesa, doña Chelo atendía a un chiquillo que vino a mostrarle un telar. Sostenía –y meneaba con delicia– un vaso con restos de Brandy. Al aproximarme, la mujer movió el brazo, dejando a la vista un llavero y una cajetilla de fósforos marca Dingo. Por lo visto, me esperaba. Dejé que el niño y ella terminaran de hablar, y opté por suavizar a las hijas de doña Chelo que despachaban buñuelos y agradecían piropos dentro y fuera del vestíbulo, pestañeando a los paseantes. Una era brevísima, esbozada con una sola línea, con la cara acribillada de acné. Las otras dos eran grandotas, cacareadas; se veían bravas, de lo más entronas. Conseguí que me observaran. Les intrigó –les divirtió– mi atuendo urbano, la mueca estoica de quien acude a la fiesta patrimonial con un abogado inglés. Doña Chelo tentó con gracia los caracteres del telar, mimó al niño y lo dejó ir. Entonces me miró.

Quiero decir: me miró con la cristiana franqueza de una harpía.

Doña Chelo es una criptógama a la que tienes que agradar.

¿Cómo abordarla? ¿Era un gendarme, un centinela?

¿Un barril, una gárgola? No podría asegurarlo.

Es como intentar hablar con la laguna.

Con la noche o con el volcán.

Con la tierra húmeda.

Los repiques metálicos de una marimba y un par de vertiginosas jaranas fosforecían el ánimo. Interpretaban un furibundo son huasteco. La gente respondía con sacudidas de torso, entrechocando las rodillas. Doña Chelo zarandeaba el rodado a destiempo, a ritmo de otra cosa, respondiendo a un sonsonete interno, una tarantela remota y animal. Los lugareños la circundaban, dedicándole un saludo, una bendición, venías de sombrero, llevándose una palmada o un regaño, reconfortados.

Aún sentada, su porte era jerárquico e impositivo.

Del modo en que lo son un cesto o un cadáver.

Unos cincuenta. ¿Tendría ya los cincuenta?

Cincuenta, cincuenta y cinco años.

Era de tez nogal, un nogal tostado, y de talle rondo. Siguiendo el compás de las jaranas, doña Chelo alzó la cabeza: noté gruesas demarcaciones en su cuello. Justo cuando quise hablarle, alguien con terrible aliento a pinole y mezcal se arrojó sobre ella. Otra vez aguardé. Se le relató un altercado entre dos familias venidas de Acaponeta que estaban liadas a pleito fuera del vestíbulo. Recién llegadas a vivir al pueblo, ambas familias vieron confundidas sus pertenencias, ya que el camión que contrataron a manera de mudanza trasladó los muebles en un solo viaje, y como resultó que eran vecinos, los estibadores causaron un revoltijo que no ofrecía remedio. La alacena de unos quedó en la cocina de otros, la mecedora de estos en la de aquellos, airándose los ánimos. Doña Chelo evaluó el caso y dio un par de sentencias arcaicas, probadas, de justicia ranchera, que el emisario trasladó al conato; en segundos, el grupo se dispersó. “Eso lo vi en una película”, me atreví a comentar, por similar enredo en *In the mood for love* de Wong Kar-wai. Ella pestañeó. Densa, telúrica. Sentí que me contraía. Cada párpado de doña Chelo guarecía un capitolio de opacidad, un charco impenetrable. “¿Cómo dice?”, inquirió. Puede que me diera crédito. Puede que me amonestara. Pasé por alto su pregunta, y expuse mi asunto. Mientras explicaba la petición de los Sputnik, vi el mentón y el cuello de doña Chelo salpicados de verrugas; algunas, prominentes. Procuré mantener el foco... Contuve una sonrisa: en la prosa de Raymond Carver —me dije— las verrugas de doña Chelo serían blandas tetillas, suaves lienzos de almidón, pero en la de Terry Pratchett liberarían sucios vapores amarillos.

Cuando terminé de hablar, vi que ella desenchajó el labio inferior, como resolviendo si perdonaba a un condenado a muerte: me sacudió pensar que ese era yo. Por su boca entreabierta asomaron los componentes de una jungla. Pude (y me vi tentado a) colocar entre sus labios un bolígrafo, un celular, el talón de cheques para fijar precio a las facilidades que harían posible traer a Sigue Sigue Sputnik. Doña Chelo susurró una sola petición. Más bien, una orden.

—Póngase el torito.

El torito. Evoqué recuerdos de la infancia. El paso colérico de un torito en Zacoalco, chamuscando el empedrado. Otro —mucho más

vivo y feroz— en Tamazula, que presencié en mi adolescencia, durante una boda: verde, fantasmagórico, serpenteó cerca de la mesa que ocupaba mi familia, exhalando su contenido diabólico. Nos lanzó aserrín humeante, chiflidos minerales y arteros rehiletes de bengala hasta despellegarse en ríos de lumbre. Uno de mis primos resultó mordido por un buscapiés que le allanó la nalga; el verano pasado nos vimos en una playa sonorensa y comprobé que una hercúlea cicatriz conmemoraba aquel acto demencial.

El torito. Se trata de un andamio de madera, varilla y alambrón forrado de fuegos artificiales, sujeto con ganchos y ganzúas a un poste, o al lomo de un animal que lo lleva a cuestras, a ojos vendados, lanzado sobre la gente en carrera trastornada y brutal. O peor: se ata a la espalda de un desgraciado que con ello cumple una manda, salda una deshonra o liquida un adeudo de consideración.

“Póngase el torito.”

Volcán indomable y fugaz.

Feto cegador de una industria siniestra.

Capitolio de ardorosos, bullangueros colores.

Relámpagos, relumbrones, manoplas, banderillas.

Esputos de azufre, perdigones, chicotazos de pólvora.

Espectáculo impar para quien lo ve. Aterrador llevarlo a cuestras.

Con la llave en mano, sellado el arreglo en favor de los Sputnik, no discutí.

3

Dos peones de doña Chelo y una de sus hijas, la brevísima, me vistieron con un elemental traje de luces. Ya de cerca, me descompuso ver la densidad del acné en las mejillas de la muchacha: era como si bajo su piel ocultara un atajo clandestino a la China soviética. Trajeron el torito en dos mulas. Adopté una posición inverosímil, valiéndome un pepino el rigor acumulado en espalda, muslos y rodillas, a los que exigí una proeza. Aguardé a que los peones lo encaballaran a mi cuerpo. Ablandé los brazos. Estrujé los dientes. Rectifiqué la nuca para facilitar la misión. Mis zapatos se hundían en el barro. Con un par de tirones,

me ajustaron las correas. El busto quedó en posición, orientado al frente. Al moverme —en bizarro ángulo— percibí su fragilidad: temblaban los apéndices de caña, las extremidades de cartón, mecate y engrudo. Cohetes. Quencos. Megatonos. Flores del Chamuco. Bufett demoníaco que la hija de doña Chelo acicaló y peinó, dándole acomodo: marginó rehiletes desprendibles, expuso un racimo de dedos carburantes; enervó retoños con soltura, enderezó fustas y armonizó petardos de cuantioso calibre. Casquillos largaban el rabo, impudentes, listos para el chispazo. En lo alto, como una frágil insignia, estaba la corona. En eso me pregunté si Sigue Sigue Sputnik taconearía como The Clash, o como los Buzzcocks. La hija de doña Chelo ensayó un estribillo de ‘Amanecí otra vez’, muy lejos del tono. ¿Los Sputnik serían pujantes y gástricos, como los Stooges? No: Rafa es su acólito, así que hablamos de pop puro, subido a un festejo, no a una revolución.

—Amá, ya stá —declaró la chica, calando la firmeza del andamio.

Escuché un riguroso aplauso.

El mariachi calló.

El torito crujía. Uno de los peones lo sujetó de una correa, jalándolo (jalándome) al centro de la plaza. Quedé frente al kiosco, con la multitud alrededor. Dada la edad de Tony James, bien podían remedar a Bauhaus. Tampoco: ¿Modern Lovers puestos en español, un puberto The Jam en castellano? Los niños se escurrían entre las piernas de los adultos; los mayorcitos, guardaban distancia. Una niña me miró con conmisericordia, liberando pesadas lágrimas que se hundían en la grava. Doña Chelo se aprestó a crisar el torito con un fósforo. En la caja de fósforos reconocí a Dingo, el pastor alemán: jovial, dadivoso, a lengua suelta.

Vino un chasquido.

Seguido por un gorgoreo.

Rafa es un pomito mal cerrado.

El torito despertó antes de lo que creí.

Rafa es una gordinflona máquina de simpatía.

Hay que depositar en ella de vez en cuando un níquel.

Caballos patearon su bronca a mis espaldas, disparados a galope. La plaza se inundó de descargas, de aullidos titánicos. Santa María del Oro velado por unos gigantescos lentes de color. Advertí que debía

correr, y adelanté el cuerpo hacia un terraplén, trompicado. Rafa es una taza decorada por indigentes. Procuré abstraerme del espeluznante escándalo que acaecía a centímetros de mi cabeza y forjar la orientación que las detonaciones impedían; ese era el punto, ¿no es cierto?, a juzgar por el disfrute general. Rafa se sobrelleva a sí mismo como la muñeca rusa que alberga seis pequeñas monas —ahuecadas, compatibles, tal vez sonrientes— a sabiendas de que la tercera o la quinta no están; esa fisura íntima. Tomé conciencia de la envergadura del torito: el bastidor ganó cuerpo, se hinchó de bríos. Quise trotar. No me fue posible. Sin controlar mis decisiones noté que mi zancada era amplísima; mal que bien, trotaba. Rafa tiene un don para las herramientas. Prolongué la carrera a ningún rumbo; más bien, a todo rumbo. Rafa piensa, habla, escribe a ritmo orate, comprometido y fulminante. Deseé que la pólvora se agotara pronto. Grité horrorizado, para interés de nadie, cuando un beso de fuego me rajó la espalda. Rafa baraja información a volumen manufacturero, la apiña en una suerte de cultivo impermeable a cualquier militancia, en un timbre tóxico, muy suyo. La estructura del torito se tambaleó, amenazando con tumbarme, lo que me forzó un acto de entereza. Por la cadera descendió una referencia tibia. Lo de Rafa hierve entre la cordura y la empatía, el débito y la guasa; hace años pongo en sus manos el ocio para ver cómo lo truena a risotadas. Por mero instinto de supervivencia corrí en bobo zigzag para huir del abrasador espectro de mí mismo. El torito escupía esquirlas de paja; jocoso, abominable cráter. “Repoquito, unos minutos, cuatro o cinco nomás”, me explicó uno de los peones cuando pregunté —mientras me lo ataban— cuánto duraba el torito. “Truena juerte, se va despelucando y aluego brinca, solito se aplaca”, añadió. “Los Sputnik son el sampleo-sabotaje, la pomposidad de ser pastiche, el señuelo como mandamiento.” El meneo desprendió un tercio del torito, que quedó colgando, cinchado a un corrimiento: la turba exhortó a que el trozo se desplomara, y esto sucedió en un traspie. De juicio ligero, con un fenomenal bagaje que en asuntos inútiles raya en lo enciclopédico, Rafa habita una paz amable, una fragilidad tristona que anuncia —si uno está para escuchar— las formas de un escandaloso contrato social. La ofrenda a medio carbonizar abortó

tres maniáticos hijos: dos verdes y uno groseramente azul, resoplaron en trayectoria errante y fueron a clavar su eléctrico pelambre en algún muro. “Aquí no hay medias tintas, con los Sputnik muerdes el cable azul o muerdes el rojo.” Me costó unos segundos balancear el resto del torito. Frené, a centímetros de un alambre de púas. Sentí un malestar corriente, náusea en el hocico, pinchaduras en la cadera, exaltación en la espalda. Una astilla —una mecha— me rasgó con finas cuchilladas, a centímetros de la herida anterior; por fortuna, ambas eran superficiales. Lo de Rafa no es cincelar verdades para la eternidad, sino sortear burbujas, simples burbujas que operan como jiyad contra el aburrimiento. Escuché nuevos aplausos, ajúas, gritos de arriero: velocísima, la corona ardía, concatenada a un truculento circuito de llamas rojas y llamas blancas, enlazadas un instante, divorciadas el otro. Sirena de un Armagedón malvenido y polvoriento, la pequeña circunferencia —dotada de hilarantes poderes— inscribió su despegue al cielo. La fuerza centrífuga me atornilló, cimbrándome el tórax a contrapeso de la expulsión. “Recuerdo que mis amigos, que se autollamaban cool porque seguían a Wax Trax y SST Records, se reían de mí por interesarme en Sputnik.” Me lanzaron frutas, tubos de cartón, piezas de pan con mermelada de dátil, lingotes de ate de membrillo, glutinosos poliedros de jericalla, algún huarache. “Son la furia y la ironía, el humor y el descaro.” Sobrecogido por un jalón, entre faldas y sombreros distinguí —maravillado, en pánico— el instante en que la corona esbozó una paleta mágica en la oscuridad, chorro limonado en filamentos magenta, celeste y añil. Tras una fogosidad brevísima a cien metros de altura, la aureola solar liberó un aguacero sigiloso de ángel desterrado, de muselina senil, de cometa muerto. “Son el desconcierto puesto al servicio del FUTURO, la actitud pastiche de quien rompe el cheque de su primer sueldo.” Un aletargado basural —mechas fenecidas, fósiles de pólvora, pabilos de ceniza— hurgó la plaza, espolvoreó los techos y por un momento envejeció el cabello de la gente. Vaya, no tenía idea a qué sonarían los Sputnik. Ni cómo fui a aceptar ese tormento. Ni para qué servía la llave. El conjunto divertiría a Rafa sobremanera. “Don’t blame me, I’m a regular Sputnik, future eyelasher, oh yeah”, condensó Rafa. Caí en un charco. Me desataron las correas, y pude

incorporarme. Experimenté un alivio notable en la espalda, en el esqueleto entero. Un adolescente arrojó cargas de estiércol a mis pies; lo ignoré. Con sórdidas palmadas eliminé astillas del pantalón, los calcetines y las mangas de mi chamarra. Doña Chelo me ofreció un cántaro con agua.

Un corrupto, musculoso, envalentonado Gang of Four.

Lo coqueto que pudo ser Big Audio Dynamite.

Mogwai aliviado con seis ráfagas de humor.

Doña Chelo esperó a que me bebiera un tercer cántaro, y mandó traer la bolsa con tacos envueltos en papel de aluminio. “¡Bien, oiga!, ¡bien!”, rió. En su aliento detecté taninos de leche bronca, mezcal, cardenillo y pinole. Me senté a su lado, procurando no caer de la silla. Un mariachi atrajo a los concurrentes en torno al kiosco. “¿Quere la llave, pues?”, acotó doña Chelo, en tanto revisaba mi herida. La pregunta me centró. Quería mostrarme serio, distendido; creí que lo lograba hasta que doña Chelo —guangos parpadeos, ladeo de cabeza, sus pupilas como un cenote en las mías— me hizo saber que la herida cicatrizaría por sí misma, y que nada iba a maquillar mi estampa escuálida. Sin tanto afán, asido al crédito de quien sufrió el torito, desplegué el proyecto sin adornos, con nueva camaradería.

Sigue Sigue Sputnik es una banda inglesa. Quiero decir, una banda de rock. Queremos traerla en primavera. Pagaremos cinco, si fuese menester seis mil dólares, más dos mil por renta de mobiliario y la justa proporción de taquilla.

Bebí un cántaro más.

Doña Chelo masculló una eme alongada que indujo celosas vibraciones.

—Ta bueno, tenga —dijo al fin, y colocó la llave en mi mano—. Mañana mero se va usted pallá bajo, se mete alagua bien metido, se lleva la desta y pacuando llegue toma la chavetita usted, bien agarrada, le da juerte padentro en la desta que está ai, ansina, pacá, ándele, la mete usted ora pallá, reciecito, va usted a sentir cuando ya —dijo, y se levantó. Cargó a un chamaco y salió del vestíbulo. Sin voltear ni detenerse, añadió—: Nomás no me haga tiradero. La cierra bien usted.

No la volví a ver.

Permanecí sentado. Exigí cobijo, calma y dejadez, como lo exigen una semilla o un gorgojo. Sostuve la llave y el cántaro: el choque entre ambos se antojaba inminente, dada la pasividad de la montaña nayarita y la guerra embrutecida en Invernalía.

—*Are you allright?* —murmuró Abbaon.

Su saco de pana seguía en admirables condiciones, a no ser por una nube de salsa en la manga. Ese aroma; dudo que exista sensación semejante a percibir el olor de tu propia sangre tibia y chamuscada.

—He estado peor —dije, hecho una mierda—. Uta, voy a darme un baño.

Ubiqué un pozo fuera del dispensario. Me dirigí allá. El pozo tenía una polea y un mecate, que jalé a dos brazos. Por la embocadura de ladrillo despuntó un pesado, abundante balde metálico que encarnaba un silencio mesiánico, una paz de museo.

Con ayuda de una jofaina, sumergí la cabeza. El agua me premió, exquisita.

Podrían sonar tanto al Aviador Dro como a OMD. Incluso a Sparks.

Devo más que Damned. Fangoria antes que Love and Rockets.

Mmh, no. Estimé que los Sputnik parodiaban a Suicide.

Me enjuagué con una toalla; me empapé a placer.

Con el agua ponderé un fresco Tuxedomoon.

¿Devo? ¿Dije Devo? Mmh, no. Lo dudo.

Rafa no estaría fascinado por ellos.

¿DNA? ¿Ian Dury? ¿Suede?

Ya lo sabría después.

Estaba exhausto.

4

Dolía el rayo de sol. Nos dio sombra un par de limoneros engarrotados: sus ramas libraban una batalla encima de la brecha. Constreñí y ensanché los hombros, con un gemido; me replicó la región cervical. Sobé la gasa que me cubría la herida. Desplegué una vez más el correo de Rafa: escrito apenas antier, palpitaba desde otro planeta. Me recomendaba visitar los blogs españoles que idolatran a Sputnik; tam-

bién me envió una liga a un surtidor de archivos que almacené en mi iPhone. Lo tuve a mano varias veces. A la fecha, no lo he reproducido. Contiene el álbum *Flaunt It*, la antología *21st Century Boys: The Best of Sigue Sigue Sputnik* y una entrevista de Tony James con los editores de *Adbusters*. Pretendí escuchar el *Flaunt It* mientras volaba a Tepic; no pude, pues una jaqueca se me incrustó en la frente tipo John Cazale. En el autobús a Santa María del Oro tampoco fue posible; aproveché los tramos de estabilidad para devorar un tercio de *Perdido Street Station*. Y en el descenso, con tal frío, menos.

En el último tramo, con la excelsa quietud de la laguna a menos de trescientos metros, saqué la novela de Miéville. La imagen en la cubierta era ácida, insondable, como la atmósfera de Nueva Crobuzon. *Perdido* me hizo alucinar en las primeras páginas; me extravió en las últimas. No tenía tiempo de afrontar otro capítulo —llegaríamos en diez, quince minutos— por lo que recuperé el pasaje en que el Alcalde Rudgutter se entrevista con el Embajador del Infierno. “La voz del embajador tenía un eco: un instante después de hablar, sus palabras eran repetidas por un terrible alarido tortuoso...” El viento atascó la lectura, fustigó las hojas. Guardé el libro, para evitar que se estropeará.

Sylvian Abbaon recargaba la cabeza en un puntal.

—Vamos llegando, mister —afirmé.

Dormía. El bulto de su pantalón daba fe del estado letárgico: llevaba el miembro tirante como cachiporra de patrullero. Desvié la vista, con repulsión. Sus párpados se movían. Tanteé que soñaba un patio de colegio, bajo un sol flagrante y medular. En su docilidad, el niño Sylvian cruzaba el patio. Lo que el niño desconocía —y seguro lo avivaría de un salto— es que en el colegio hay un pupitre, un rimbombante pupitre negro que absorbe la totalidad del instante y elimina toda fuente de color o de luz más allá de la blancura necesaria para resaltar sus formas pétreas, sus aristas enlutadas. El niño ve deslizarse un cajón del que brota una criatura, que irrumpe. El niño se lleva ambas manos a la yugular, la bestia embiste, ¡*p-pumt!*

La carreta pisó una roca, partiéndola por mitad.

Sylvian Abbaon volvió en sí, regurgitando las vocales. Parecía resolver un encargo milenario, o recordar el nombre de quien lo mató.

—A punto de llegar, mister Abbaon —dije, en plan reparador.

Sudaba. Espesas gotas; sudaba y aspiraba largas sucesiones de mocos. En la brecha el lodo se tornaba rojizo, espeso. Las pezuñas de las bestias forjaban una cacofonía viscosa. Al fin, alcanzamos la planicie del cráter. El jinete detuvo a los caballos, permitiéndoles beber en la orilla; desmontó de un salto. Abbaon se acomodó el bulto del pantalón con tal desgano que quise disculparme en nombre de Mexicali y Londres, Nayarit y el Indostán. Sin decir palabra, bajamos de la carreta. Estiramos las piernas; me froté las manos, convocando a la sangre.

El guía alistó los termales y los trajes de buceo; verificó el funcionamiento de los tanques, el donaire de las aletas, el halo de las lámparas. Sonreía, sin intimar; tenía bastante claras sus obligaciones. Nos cambiamos de ropa. Ordenamos nuestras pertenencias en el asiento de la carreta, bajo una lona.

Estábamos listos. Debíamos lucir ridículos.

El sitio olía a huerto y a lima, sin una u otra cosa.

A lo lejos emergió el lamento machacón de un ferrocarril.

Abbaon chapoteó, palmeando las aletas. Sin decir palabra, lo seguí. Cuando el agua me llegó a la cintura hice una pausa para que la fibra de los termales se aferrara a mi piel. Me reproché el sobrepeso; no había buceado en años.

Más adelante, la inclinación del suelo fangoso se precipitó, y aquello ganó hondura. Vi pasar un destello cerca de mis pies; era una mojarra, de las que escuché coloridas anécdotas la noche anterior. Un chaval presumió capturar hasta cuarenta mojarras en una tarde: las hipnotizaba con bolitas de pan que esconden el anzuelo y la muerte. Otro resplandor. Platinadas siluetas merodearon nuestros pies como vigías de un mundo paralelo.

Sylvian Abbaon se me adelantó. Nadé tras él. El abogado, familiarizado con lagos nórdicos, nadaba con desmaña, a una velocidad que yo no iba a conseguir. Lo intenté por ochenta o cien metros, en dirección radial. Él me divisaba entre bocanada y bocanada. El agua helada me adormecía la nuca, la barbilla, los hombros. Me costó imaginar la depresión que teníamos debajo, su mítica profundidad, lo incierto de la misión.

Media hora después, una boya.

¿La cerradura?

Allí no había ninguna cerradura. La única pista de civilización, más allá del óxido, era un letrero de madera. Bienvenidos. Punto de Inmersión. Conserve bien sus vales. No baje de noche. Razóné, ya furioso: ¿dónde estaría Flaucésar? ¿Buscando rastrillos o playeras en Walmart? ¿Acometiendo un peñasco de arroz cantonés en el Fortune House? ¿Firmando cheques? El abogado se sumergió. Me vi obligado a hacer lo mismo. En cuanto violamos la paz del espejo, halé agua con los brazos, procurando no perder de vista a Abbaon... Guiado tal vez –solo tal vez– por la sacudida de gobelinos y líquenes, recordé con disgusto, comparecido de nostalgia y tocado por la inmensidad del verde ópalo que nos devoraba, que la semana pasada Flaucésar prometió devolverme un disco.

Quiero decir, un disco consentido.

De los Geraldine Fibbers.

El muy cabrón.

Y no lo hizo.

5

¿No es preferible, señor James, y más lucrativo, concebir funciones en Juárez, Villahermosa o Tampico? Claro que lo es. No íbamos a increparlo con un: “Hemos leído su mail, nos apena informarle...” Que yo recuerde, jamás hemos dicho no. Nuestra empresa es otra cosa. Evitamos salas de espectáculos y anfiteatros. Tony James lo sabía de antemano. “Eso de Björk en la selva de México fue un acto Bubble, ¿no es así?” Era halagador que las secuelas aterrizaran en Londres con tan buen pie.

El recital de la cantante islandesa en Huentitán, Jalisco, a finales del 2007, se debió en primera instancia a la genuina afición mía y de Flaucésar por la raramente bella ex vocalista de los Sugarcubes. También a un capricho, al enterarnos, con asombro y solidaria impotencia, de que Björk no lograba concretar sede en la Ciudad de México. Fue rechazada por los promotores capitalinos dado que en el último

tour norteamericano no llenó determinados venues. Solo por hablar del DF, la rechazaron el Cazadores, el Foro Sol y el Estadio Neza 86: condicionaban la renta a un depósito leonino, garante hipotecario, no sé cuántas fianzas. Un buen día, alguien sugirió –siempre hay alguien que agita el charco, que fractura el arroyo– que Björk se escucharía fantástica en el abismo selvático de la Barranca de Oblatos. La carambola enganchó a un candidato a la Alcaldía de Tonalá, pinchado por la expectativa del evento. Sin tener idea de quién era Björk, el político nos buscó, aconsejado por uno de sus futuros regidores (compañero nuestro en la prepa) y mostró la chequera. Se esperaba a quinientos asistentes; se desbordó a dos mil, sin reveses ni anomalías. Lo gozamos a chorros: la feroz métrica de ‘Hyperballad’, el ascenso fisgón, monolítico de ‘Hunter’; los arranques y titubeos de ‘Venus As A Boy’. Nos pesó no haberlo grabado en video, ni pagar un fotógrafo decente. Cuando estuve a punto de registrar los hechos con la camarita digital de Flaucésar, notamos que el percusionista perdió el ritmo en el casca-beleo de ‘Bachelorette’: ante su rostro acobardado, trepando al hi hat se contorsionaba una araña látigo, diablejo de extremidades largas y acicaladas, con sendas espinas en los pedipalpos... Tuve que apejar la cámara; me atareé en sacar de allí al insecto y en rociar con insecticida las pertenencias de los islandeses, a pedido de la propia Björk.

Esa noche en Huentitán demostramos que aún el sitio más inhóspito es susceptible de transformación. Si el artista tiene espíritu, luce, sea en un pantano o en el Royal Albert Hall.

Fue un acto germinal, al que sucedieron meses turbios. Nos vimos atenzados por una cruel parálisis debido a la cerrazón –con tintes de boicot– de los corporativos Casa Aztlán, Televisa y Bucket Master que nos querían fritos. Se nos fue gente. La inmobiliaria nos subió la renta sin justa explicación.

No obstante, el agudo minuendo en que caímos, lejos de apaciguar-nos, hizo de piedra angular. Flaucésar perpetuó la disyuntiva mientras despachaba un seis de Negra Modelo –lo acompañé con otro– en un retablo de encino que recogió en el acotamiento de la Barranca de Oblatos. Dos palabras talladas con X-acto y cautín, que no tenían sentido literal y solo pudieron ocurrírsele a él, en pleno agobio, imbuido

de cerveza oscura. Pequeña Chipre. Calambur, quimérica protesta, furtivo traspiés. Locución absurda que para nosotros entraña lo contrario. El retablo tallado sigue ahí, en una repisa de la oficina. Funciona como certero, poderoso envión. Pequeña Chipre. Flaucésar explica –a pregunta expresa, pues prefiere dejarlo a interpretación de quien lo lee– que Chipre aparenta una banalidad geográfica en el Mediterráneo. Diminuta bisagra, almendra que flota en un vórtice donde convergen el ánora árabe, el macizo continental africano, el clavel griego y la mole turca, cuyas masas demolerían a la nación en un chasquear de islotes. Lejos de temer una correría o un pisotón, los chipriotas –dice con pasión Flaucésar– viven confiados al esplendor interno. En su pasta demográfica, con la sutileza de una brasa, palpitan los cinceles del bronce, la lozanía del cuero, la ira de la arena y la blanca fricción del tiempo. Desde su falsa nimiedad, Chipre encapsula, transpira la potestad del Imperio Otomano.

El retablo aporta asidero, bravura.

Nos recuerda cosas.

Así pues, afectados por la mediocre cobertura en medios, el fuelle de Huentitán se esfumó en quince días. La propia Björk, que con acento escandinavo nombraba a la empresa “*Boob’l Mun*”, dejó de mencionarnos. De hecho, no se cubrió el total de la factura. Ganó peso la hipótesis de que el concierto nunca sucedió. Que lo carneó el candidato a fin de apuntalar la cuota que acabó por darle la alcaldía. Vaya, que quienes lo fantaseamos éramos un puño de arribistas, músicos fracasados, fuereños que solo buscan mamar del erario público.

Esperábamos el llamado de otras bandas, de bookers profesionales.

No de Serfin o Banamex.

Fue duro.

A punto de enterrar lo vivido, aprender las artimañas de la distribución masiva o, de plano, largarnos a otro giro, alguien –siempre hay alguien que sorbe la urbe, que bate el manantial, que agita el agua– nos recomendó, con un mail urgente, consultar tal página web. Flaucésar y yo dábamos cuenta del citado doce de Negra Modelo que lo llevó esa noche a tallar el retablo, cuando accedimos a la página. Y vino la acción circunstancial, salvífica de Getty Images. Cóncavos ante el

monitor, descubrimos una serie de fotografías de Björk y su banda desgañitándose en el verdor de Huentitán; todas portaban el cintillo traslúcido de Getty Images. Björk, ataviada como ocelote, diosa de polvo y guacamaya, certificó a Mojo y NME que las imágenes eran genuinas, que ella estuvo ahí. Ahora, cualquiera podría comprobarlo: su extravagancia perfumó el altiplano jalisciense, la anomalía de sus composiciones cucó a los tucanes, su himno mineral excitó y fustigó a los jaguares. Veinte, veintitrés fotos que lustran exorbitantes crónicas, firmadas, ora sí, por corresponsales de respeto. Quienes acudieron al lugar –raro, dada la locación punto menos que insólita– hallaron un limen para aterrizar palabras; quienes no, se aferraron a ellas para evocar el vibrante testimonio de otros. El mundo se enteró, de rebote, que ni Aztlán ni Bucket Master estuvieron allí; Televisa, menos.

Bubble Moon Productions. Agencia mexicana no corporativa, costeadada evento-a-evento. Tres rasgos ineludibles: pila de deudas, errático flujo y agenda asediada por el sarpullido. El minúsculo local, donde ya empacábamos, se inflamó de sangre, nutrido de franca, boyante dignidad. Enloquecieron los teléfonos, la libreta de direcciones de Flaucésar fue sustituida por una barriguda carpeta, y esta, días después, devino en una base de datos. Dimos pie a una estructura horizontal, para economizar el bullicio. Nos registramos en el SAT bajo el epígrafe Contribuyente Rociado por la Fortuna. Escuchamos propuestas para formar jugosas sociedades en esquemas que no entendíamos y que, encrespados, rechazamos. Quienes no ofrecían dinero, nos leían proyectos de toda índole, a los que dimos bola para diversificar el rumbo y ensanchar la excitación.

Al precio que se nos antojaba.

Y henos aquí, a bolsillo acaudalado.

Expertos en montar fechas fuera de rol.

Como se denomina en el argot a estas locuras.

6

Prolongamos la inmersión veinticinco, treinta, más de cuarenta metros. Empecé a creer que era una mala broma (¿de Tony James?, ¿de

doña Chelo?, ¿de ambos, orquestados por Flaucésar?). Nada; seguro que nada productivo había en esas aguas, nada que respondiera al giro de una llave. Sylvian Abbaon se detuvo; lo imité. Nos estabilizamos. Unos metros abajo –sus pies medio tragados por la negrura verdosa– el abogado maquinó guiños de ánimo y retomó el descenso. Su braceo era anchuroso; a intervalos regulares. Nadaba con parsimonia teatral, guiado por el vigor exánime del haz de su lámpara que se perdía en la cerrazón del lecho inalcanzable. Aspas de luz acribillaban la penumbra. Tormenta caldeada, silenciosa, en muros de nata y niebla. Hasta que, a modo de interferencia, nuestras lámparas confluyeron –como por azar– en un vértice enorme, el principio de un objeto marfilado y emergente, tan vasto como fui capaz de establecer dado el exiguo campo de visión. Sylvian Abbaon fosilizó su aspecto. “Qué demonios...”, me dije.

Fuimos nosotros quienes concedimos a Eddie Vedder un sueño chorreado. Como se sabe, cuando Pearl Jam perdió la famosa demanda con Ticketmaster y se obligó a ceder los derechos de su catálogo por el periodo 1997-2012, Vedder se les separó. Ni a los tacos fue con ellos. Mientras la banda prospectaba un imitador suyo que tomara el micrófono, Vedder se mudó a Melbourne. Intentó hacer migas con Foetus; se les sumó, sin mayor borlo. Grabaron juntos un EP flojo y disperso, *Path*, aunque mantuvieron la fe gracias a ‘Bountiful’, un B-side al que Vedder sufragó versos de polvo y destierro. Un coágulo de estilos –el corazón borrascoso de J. G. Thirlwell, la sinagoga de Vedder– que atomizó a los críticos. Sin duda, el carburante que la banda anhelaba. En febrero del 2008 Flaucésar escuchó ‘Bountiful’ y dedujo que la banda ansiaba nuevos retos. “Checa ese silbido, ¿eh?, nos necesitan”, conjeturó Flaucésar con sabiduría faldera e intuitiva. Se apresuró a contactarlos a través de Sal Ricalde que conoce a uno de los técnicos que trabaja con el cuñado de Rick Rubin que conoce a Kim Thayil que conoce a Vedder. El arreglo fue inmediato. Ellos en su estudio –alternaron el Self Immolation Studios de Nueva York y el Linear Recording Studios de Nueva Galés del Sur–, nosotros en la fibrilar oficina de la colonia Alamitos, acordamos fecha y sede. Distrito Federal, 22 de mayo. Estimulados al máximo, Flaucésar y yo propusi-

mos —de entrada, a Vedder; después a Thirlwell— un set de ínfulas terroristas, al abrigo de las galeras en el enmarañado y campanudo cruce de puentes que forman Circuito Interior y Marina Nacional. Se ubicó una plataforma de madera comprimida, obleas de triplay y marco de pvc para dar el gatazo de osamenta. Se dispusieron muros con pliegos de papel calca y barrizales de bambú encenagados de hollín: era evidente que Thirlwell quería manchar a todos de negro. Hedía a llanta, levadura y meados. Fue un concierto de cuatro horas, animado por un soporífero generador de energía. Creamos cinco esculturas a partir del árbol de levas de una motocrós, tapizadas de engrudo, cartón, arcilla, y como céfiro turbante, pañoletas bañadas con brea; antorchas de traza bestial —vértices de un pentagrama invertido— con las que arropamos a los concurrentes. Que no fueron concurrentes, sino acaso testigos: el lastimero, agreste pelotón de infantes que vive en las galeras merodeó sin pausa, con timador sigilo, asociados como lobos. Flaucésar grabó la sesión en protocolo MiDi, sin alertar a los músicos, con una astuta pauta de distribución de micrófonos ocultos. El producto adquirió tintes de bosque lejano, de guerra en ciernes; serenó —sin menoscabar— el maniaco retumbo de Foetus. Una vez confirmado el abono bancario por parte de Thirlwell que dio por cerrado el expediente, Fláucesar le obsequió el archivo sin masterizar. Llegando a Nueva York, agradecidísimos, Thirlwell y Vedder consolidaron un álbum doble, *Silk*, que, como se sabe, dio pie a la escena nihil prog que pronto derivó en el oyster rock.

Nosotros, quienes propiciamos la última, radical conversión de Peter Murphy. Liado a una testarudez mística, con raíces en el Principado de Valaquia, Nashville y el lucífero Magreg, el decano del Goth consiguió, no por su axiomático talento sino gracias a nuestro trabajo, lo que nadie: tocar tres austeras canciones —tres y solo tres— al corsé de un bellísimo domo en el claustro de las Hermanas Adoratrices, en Siso-guichi, un nebuloso barrial de la Sierra Tarahumara. La Congregación del Santísimo Sacramento sostiene una premisa, un juramento tácito: el silencio vital del que se privan, la nulidad al interior del recinto —sellada con muros de obesa, monacal mampostería— da pie a un reposo absoluto y llameante, que propicia el discernimiento. ¿Cómo fue que

Flaucésar contactó (y convenció) a la congregación? ¿En qué términos pudo hablarles?, ¿qué les ofreció? Las religiosas se subían el hábito sonrosado, esquivando cables y artefactos, asistiendo a vísperas sin vulnerar el encanto del set; iban y venían por la bóveda, absortas en su diálogo interior. Mientras instalábamos, Peter Murphy y sus músicos se unieron a la plegaria, acusados, bochornosos, aunados al murmullo con callada violencia. Al igual que con Foetus, se planeó como formato privado. Esto no impidió que, por el efecto de un Llamado —el sordo, temperamental hálito que por décadas entona la silueta de Murphy— aflorara en Sisoguichi una gavilla de encapuchados. De a tres, de a cinco, se dieron cita en la hermosa capilla, usurpando bancas y reclinatorios. Para goce de unos cuantos, en el cenit del atardecer Murphy transfiguró ‘Cuts You Up’ en un lamento exánime y primordial: versos propios en miedos ajenos. La camaradería de ‘Final Solution’ trepidó a los acólitos que, corridos a un taburete, se asumían como el sexto y séptimo de los entes murfianos. Según leímos después en sus notorios perfiles de Twitter, tras indagar en decenas de versiones documentadas de ‘Final Solution’ no lograron vincular esa con ninguna otra (la llaman ahora “versión silente”, “versión ascética”). Hubo quien discrepó, y ante todo, quien los envidió, estampillando su reproche en vigorosos hashtag. El set de Sisoguichi finalizó con ‘Something I Can Never Have’ de NIN, velada con ardor, con chico esfuerzo, escorada a la estridencia y la abstención. Chapado en las tinieblas el brillo fúnebre de sus colmillos, Murphy amasó una tupida, desacralizada, hasta puerca versión. El salmo siseado por las Hermanas: “Ni la peste que acecha en las tinieblas, ni la plaga que devasta a pleno sol...”, copulaba con la liturgia que Murphy bramaba a somorgujo: *Gray would be the colour if I had a heart...* Todo, en cuarenta minutos. Esa noche, Murphy retornó a la civilización, en el mismo ferrocarril que lo trajo. Quiso viajar solo. Llevaba un morral con artesanías de madera y estambre que le obsequió una novicia joven, de cutis perlado: a escondidas de la Hermana Superiora, la novicia le presumió una calcomanía de Love and Rockets con la que engalanaba su biografía de Catalina Sordini. Antes de abordar el furgón, Peter Murphy aseguró a Flaucésar contar con tal carga emotiva, llevar tan honda impresión, que iba decidido a

socavar en su casa un hondo terraplén al Oriente, sobre el que gritaría cada sábado, de cara al sol:

—¡*Shemá Israel!*

A nuestra gestión se debe que Finta Inadmisible celebrara con tal pompa los 27 años y 114 días de su primer sencillo, en un templete de Punta Banda, Baja California Sur, al pie de los torreones de la CFE. La banda venezolana de broken folk, reconstituida tras la muerte de su vocalista Péndulo Madrí, reclutó al poeta John Cooper Clarke y decidió probarse en vivo. Nos localizaron gracias a un flyer que Clarke halló en una mesa del Trolley's Café de la avenida Taraval Street, en San Francisco. Implementamos un espectral escenario justo en el paralelo 27 con 114 grados, que embarazó de insospechados recursos a Finta Inadmisible: de ahí el mono preñado, el ente festivo de pop juicioso —a veces testarudo—, manantial de rock babilónico que ahora son. La precisión geográfica, la gentileza crepuscular de Punta Banda vino a darles cohesión, rebobinándolos. Como siempre digo: queda para el Olimpo la confección del *stage*. El púlpito en el que Clarke entonó ‘Cuatro mil días y noches’ del poeta japonés Ryuichi Tamura, entre otros fardos, era el cadáver desollado de una ballena gris. *En todas las ciudades lluviosas y en los hornos de fusión / En todos los puertos y las minas de estío...* Los versos leídos en inglés y gaélico latiguearon las hendeduras de aquel tifón orgánico. Escuché a Clarke conversar con la familia cochimí que halló el cetáceo varado en la playa: le contaron, con vocablos castellanizados a medias, para que él, en su patógeno español, lo entendiera, que acarrearón la ballena en una plataforma de cuatro ejes y la disecaron con buchec de levadura, suero de leche de cerdo y una tonelada de sal de yacimiento. Cobraron lo que en sus labores de pesca habrían ganado en meses. La entrega y recepción del dinero fue todo un ceremonial: esta gente sí que sabe imprimir valor al dinero. Igual les recompensó —junto con la escasa audiencia, apiñada en la arena— otro verso del mismo Tamura musicalizado con un *riff* apremiante de Finta Inadmisible. “Las mañanas de ese niño, y mis mañanas: ¿cómo diferenciarlas?”, zumbó Clarke, puesto a estremecernos. Por mucho que la escena fluía, no dejé de admirar el escenario, orgullo de Bubble Moon. El monitor del bajista quedó embalado a las costillas del rorcual; los

micrófonos, revestidos con cera, pendían de las barbas enjutas. Con un trueque en el mix —la perilla Reverb en 7, el factor Return apenas en 3— la percusión ganó carácter, y la guitarra acabó por lucir deliberada, inmunda, biliosa. La voz de Clarke se tornó afeminada, senil; berreaba como si algo en ella estuviera de veras mal. La estrofa de cierre, a propósito de un millar de ángeles caídos, produjo un encanto amargo, una suerte de caricia dolosa en la oquedad de la ballena. Esto movió a Clarke —según nos confió en un correo sucesivo— a repensar, releer y reorientar su testamento.

Más familiar e ilustre fue la presentación de los Sex Pistols en un hangar de Bagdad, en plena invasión norteamericana y británica, año 2003. No corrió a nuestro cargo, ya que ceñimos nuestro talento a suelo mexicano. Si la memoria no me falla, solo facilitamos un enlace entre la banda y el proveedor de comida. Quizás Flaucésar gestionó algo más, sin cobro ni provecho alguno. La mudanza; puede que también la aseguradora, dado que las condiciones de seguridad en territorio iraquí ameritaban rígidas especificaciones en el flete, racionar componentes biológicos y —a fin de evitar los retenes del ejército— convenir la entrega del mobiliario por determinada ruta fluvial. Ninguno de nosotros viajó a Bagdad. No obstante, la estela de Bubble Moon es tal que John Lydon confundió las cosas y llegó a Londres hablando maravillas de nosotros. Gracias a su arrastre, a su ileso poder de convocatoria, atendimos a un cliente recomendado de su puño y letra, el gran Glenn Branca.

Movidos por el empujón de figurar con Lydon, nos esforzamos en atender las urgencias de Branca y su entonces colaborador Jah Wobble para una icónica, flamígera función. ¿Dónde? Especulamos: los enjuagues del Sureste, el sobrio litoral de Isla Mujeres, los voluptuosos entresijos de la Sierra Gorda de Querétaro, la asamblea desértica de Ojinaga, los fétidos manglares de San Blas. Todo nos seducía; nada nos convencía. Cerca del hartazgo, cavilamos trasbordar nuestras manías a Norteamérica: una meseta de los Apalaches, un remanso de los Everglades, un banco de arena a mitad del Death Valley. Hasta que, en ocasión de su cumpleaños, hablamos con Luis Rojo. Sujetos a su cerril inventiva, decidimos situar al dueto Branca-Wobble en el horno

de la ladrillera más extensa del mundo, en los suburbios de Xalapa. No olvido lo siguiente: en las mismas fechas, y doliéndonos hondo, aborramos otro proyecto realmente seductor. Jorge Verdín consiguió que Thom Yorke aceptara viajar a Tijuana en el marco de no sé qué feria empresarial, para solfear la Tabla Periódica en la canalización del Río. Iba a encargarme de ello, en tanto Flaucésar se trasladaba a Xalapa. La tabla completita, de pe a pa: aposté a Flaucésar que Yorke inyectaría ficción a los metaloides y premura a los gases nobles; a él le concernía, sin embargo, la volatilidad que pudiese atribuir al galio, el indio y el estaño, isósceles tildado por la cercanía del bismuto. ¡El trato que daría al plomo!, ¡la zurra sonora que aguardaba al magnesio!, ¡el envase vocal del rodio!, ¡cómo retozaría del cobre al zinc, del platino al oro! La secuencia que eleva el peso atómico del berkelio al mendelevio, se antojaba para Yorke un reto delirante, un ir y venir entre octavas, genial para su vibrato movedizo y silvestre. La emoción por materializar aquello, y el consecuente despecho tras el escollo jurídico que lo bloqueó, causaron indecibles rabietas en Verdín, que sacó humo en Facebook por meses. Dejando, pues, pista libre a Branca. Pero el guitarrista, ácido de humor, supo de la simultaneidad del evento en Tijuana, y pataleó, fastidiado al ver que dividíamos esfuerzos. Colérico e impetuoso, nos canceló. Lo reanimamos tras un favor de Ejival, que telefoné a Ignacio Chávez Uranga: sabíamos que Branca admira a Ignacio gracias a una compilación de *drum & bass* de la revista *Uncut* que contiene dos piezas acreditados a Planktonman, su espléndido alter ego. Ignacio contactó a Branca, ofreciéndole tutelar los arreglos, el masterizado y la conducción del cuarteto de cuerdas en su siguiente producción, además de emperifollar la presentación de Xalapa con pinchazos electrónicos y aliños de humedad otoñal. A regañadientes, Branca se calmó, trasladándose a Xalapa. Al cabo de alinear breviaros e intenciones, la colaboración Branca-Wobble-Planktonman en la ladrillera resultó espléndida y —a juzgar por lo que vino en sus carreras— de lo más productiva para cada cual. Branca lo agradeció en un mail con copia para Lydon, con gratísimas sensaciones y un desproporcionado baño de adjetivos para Bubble Moon Productions que aún le sonaba injusto. A Wobble le redituó para colaborar en un soundtrack de

Steve McQueen. Leímos después en el blog de Pitchfork que el aroma ferroso y viciado de la ladrillera veracruzana —tras una conversación con Branca— incitaron a Gavin Bryars a escribir la ópera ‘Beneath a Mexican Fog’.

Hará un mes del último.

Justo el día en que recibí el mensaje de Tony James.

Richard Thompson colmó la caseta de transmisiones de Canal 40, en el pináculo del Cerro del Chiquihuite, con un estrambótico, bizarro Fairport Convention que Thompson bautizó como The Oy Vey Saints. De mantenerse, los Oy Vey reescribirá el manual del curtain pop. De verdad, meterán en crisis a muchos; supurarán, abrirán brecha. Acoronado al chillido de un guzheng ejecutado con exquisitez por Dylan Carlson, Thompson cuajó un espléndido dúo de guitarras con el fiero Michael Gira. Vaya brutal, maléfica tercia. Mi número favorito fue la glosa angelical de ‘Who Knows Where the Time Goes’ con la voz menoscabada, fangosa de King Creosote. Por desdicha o por fortuna, la única evidencia, el disco duro de Flaucésar con el archivo de audio, se me cayó de forma irrisoria a un barril de chapopote hirviente que pensábamos utilizar en Pitiquito, Sonora, para el compromiso pactado con Jimmie Dale Gilmore y el francés Ludovic Navarre. Extraje el disco como pude, con el canto de una moneda y con la suela de mi zapato: disco, moneda y zapato adquirieron facha de obsidiana, caramelizados en esa pasta fabulosa; lustrosos, inservibles.

Flaucésar tiene pendiente un sueño, que jamás logrará. “No cuentes conmigo”, le he dicho, y siempre reímos. Trasladar Bubble Moon a los médanos de Missouri en los años cincuenta, contactar al incipiente Willie Dixon y enchufar una banda con descendientes de esclavos en el ábside de un templo pentecostal, el más antiguo que pueda hallarse en Maxwell Street. Esto incluye un souvenir: pepitas de cuarzo, sujetas a una mancuernilla, con una luciérnaga atascada en una burbuja de ámbar. Hablo de Dixon. De los años cincuenta. Y de una luciérnaga viva, encendida.

“Sueños son sueños”, afirma él. El suyo es improbable.

Como imposible era lo que teníamos enfrente.

La laguna —el cráter— mostraba su precio.

Sigue Sigue Sputnik pidió turno.
Y su turno llegó.

7

A ciento veinte, puede que a ciento cuarenta metros de profundidad, nacido del albañal, con las calcáreas orejas en minuendo, afloró un exoesqueleto manso, descomunal. Conforme pudimos sondearlo, distinguimos su cuerpo lacerado por sesgos metálicos, inusitadas rampas y travesaños de asbesto que lo atrincheraban. Cerramientos, muros de carga, pedestales. Tenía pápulas de cristal en cada frente. Su cuerpo abominable —trazado a bestiales gisazos— se manifestaba al fisgón haz de nuestras lámparas. Adormilados por la visión, flotamos frente a la estructura como capullos movientes, pasivos e idiotas. Abbaon me dirigió un gesto indefinible: entre la pachorra y la estafa, la medida y la nobleza.

Es que, a uno le asaltan ideas necias.

Augurios del pasado, reliquias del futuro.

Lemuria, El Dorado, Calafia, el Priorato de Sión.

Con un halo de estupor, avanzamos hasta quedar a tiro de piedra, a lance de pez, del andamio mal nacido. Tenía raíces; extirpados filamentos de hierro y metal retorcido, con algún pie de roca, vestigios de yeso revestido de moho. Abbaon me apuntó con su lámpara, y luego a sí mismo, dejándome a oscuras; con un batir de brazos señaló lo que podía ser la fachada del edificio. Avanzamos hacia allá.

Pronto vislumbré una puerta abatible, delineada por un velo tinteante de lama y algas, por el que se leía: Remates Doña Chelo Pase Ud. Algo me hizo voltear a los ventanales que flanqueaban la puerta. En el interior había un patio de considerable amplitud; emanaba un brillo que monopolizó nuestro interés. Había un pasillo central y dos adyacentes. Anaqueles atiborrados, con gran cantidad de objetos aliñados con minuciosa, maternal soltura. Calculé: taladrar la tarima al fondo, el mixer en los cubículos, cables trenzados a un ribete, moderar la impedancia de las Bosé, dos bananas Yamaha, monitores Peavey...

Froté el cristal con el antebrazo.

Y pude ver más. Una podadora Koblenz con el cable arremangado; dos calcomanías de RBD le aportaban carisma. Un modular AM/FM con double deck, autoreverse, vigorosos woofer y ecualizador de siete bandas. Artefactos de aluminio con mangueras, termómetro, pipetas y chupones, para la ordeña. Un reloj de pared con manecillas dobladas y la inequívoca rajadura de navaja para fijar la altura de los hijos; un tal Chago rebasaba por 5" al resto. Un sofá con araños y pelo de gato. Máquinas de escribir, varias: me encantó la esbeltez, el dinamismo que transmitía una Underwood azul cielo, de agujas engarrotadas: a un costado tenía la margarita que iba a darle vida, a manera de trasplante, recién untada con cera de Campeche. Una avalancha. Dos puertas mosquitero, desvencijadas. Toldos, triciclos, escopetas. Guantes, violines, rebozos. Ollas exprés. Una Singer con magnífica sierra. Bustos de santo, amortiguadores, un dorado cáliz. Gatos hidráulicos, centenarios en estuche de fieltro, sillas de montar. En el corcho del mostrador destacaba una galería de Post-it en variedades lila neón, azul cánicula, verde lima: Ya no debe, Regresar abono, No halla su vale, Viene temprano, etc.

Según vi, se contaba con tres extinguidores, ventanillas de servicio numeradas, bodega al fondo y cubículos con equipo de cómputo. En un rincón se recogían escobas, mechudos y accesorios de limpieza.

Sentí un impulso por comunicarme con Abbaon; ligar en conferencia a Flaucésar y James. Anticipaba el juicio: aún no probábamos la llave. El silencio era amenazante, incluso fanfarrón. Coloqué la lámpara en mi axila y extraje cautelosamente la llave. Era precaria, medrosa; su ligerísimo peso radiaba una corpulencia casi etérea. La pasé de una mano a la otra. Resultaba extraordinario que un objeto tan doméstico y pagano fuera a transgredir con un sencillo giro el macabro estado del inmueble. Abbaon zarandeaba su lámpara, con ojazos magnos, ojos de molusco. ¿Me estaba apurando? O es que, ¿me advertía de algo?

Pensé en doña Chelo. En su hija menor.

También en Tony James.

Pensé en Björk.

Con alevosía, dediqué un suspiro a Bucket Masters.

Decidí que, al salir de ahí, conservaría un litro de agua para verterlo, despacito, en la Pequeña Chipre. El retablo se abultaría con el agua de la laguna. La sola idea generó en mí un soplo de satisfacción.

¿Cuánto reirá Rafa –me dije– ante la confirmación de Sputnik? ¿Se animará a acompañarnos? ¿Cómo iba a calzarse el equipo de buceo? La posibilidad de ver a Rafa Saavedra y a centenares de fans de Sigue Sigue Sputnik sumergidos a tal profundidad, guiados durante la inmersión –calculé– por una guía suspendida de focos, me maravilló de antemano. Con la boca en el respirador, esboqué una sonrisa. Una sonrisa larga: comisuras, patas de gallo, ambos carrillos hinchados.

Santa María del Oro es un advenimiento amarillo.

Así lo estableció el vuelo pautado de un cernícalo.

Giré, o intenté girar la manija de la puerta; no pude. Aposté por la llave. Sin forzarla, la empuñé, mostrándola como espolón entre mis dedos índice y cordial. La inserté con gentileza, atento a que el pestillo se desplazara. Sentí la activación del perno interno, un graznido sordo, como de corazón. Me alertó algo diminuto que reaccionó a la intervención de la llave. Me acerqué a la puerta, a punto de ser abatida y vi crepitar una gaveta: de sus cajones huyó, en despavorida y medrosa procesión, el alfabeto armenio. Un encarnizado jalón me aturdió en la hora de las hipótesis estúpidas. Filamentos de ola, crustáceos trompeteros, gruesos cordones de luz. Peces de esbelto bastidor que se infiltraron al patio en afán de guerrilla.

Cabellos de agua lacia. Luminoso tráfico.

Dilatados, perpetuos velámenes.

Ganglios de espuma.

Mármol vivo.

Tío Pepe, Tía Remus

El Grizzly Manor Café es una nuez de la India. Hay clientes de a diario que recorren el menú con automatismo, a mano ciega, como se recorren las fallas, aristas y hendeduras de cada pieza dental, a lengua ciega. Los hay de fuera, quienes jamás han estado en Big Bear o arriban cada invierno con gorro de esquimal y fieros zapatos de lengüeta, tentados a aparcar junto al cobertizo a dos aguas del Café. Los fines de semana las mesas se mantienen a tope. En la cocina no cesan los chubascos de aceite oscureciendo tiras de tocino; brincos de pan tostado, el brillo de cien soles en 200 ml. de jugo de naranja, salsa Cholula –cárdena, de aroma exultante– cuya tapa de madera gira, viene y va. El patio del Café vive una paciente agitación. En los muros abundan posters de la Guardia Forestal, memorabilia del *sheriff*, fotografías del propietario y fundador rodeado por celebridades; al entrar, hace ya una hora, Índigo se detuvo a repasar las imágenes. Reconoció con facilidad a John Fogerty y a Tommy Ramone. Un peloncito de pants podía ser Moby, la bufanda le cubría medio rostro; la sonrisa, sí, seguro era Moby. Índigo creyó distinguir –tampoco iba a asegurarlo– a dos encapuchados en una serie de fotografías con poca variación, fechadas en 2009, muy, muy parecidos al vocalista y al bajista de Fleet Foxes. El propietario, rollizo como un oso en ciertas imágenes, se venía deteriorando en otras, como la botarga del mismo oso. Con especial agrado aparecía Lucinda

Williams. En una Polaroid, Paul Giamatti sonríe y da la mano sin levantarse de la mesa. En otra, sumamente expresiva, aunque mal iluminada, y reciente, a decir de la decoración que aún puede verse en el mostrador, el propietario se dejaba abrazar por Alison Krauss y Jerry Douglas quienes se carcajean de algo y muestran a la cámara la flamante Dobro de madera mentolada que acaban de autografiar.

Se yergue sobre la chimenea el busto de un caribú de astas palmarias. Sobre una mesa de billar, abierta de sobacos, cuelga la cenicienta piel de un wolverine. El redondel de las comandas gira, abrigado por platillos que aguardan al mesero como centinelas humeantes. Una extensa colección de placas de automóvil rellena cualquier palmo disponible en los muros, certificando visitantes de cada rincón de la generosa América.

—Una pieza de pan sorprende al mundo.

Miridal lo dice con certeza geológica, con la fanfarria de quien formuló el efecto Goos-H nchen. Coloca una mano sobre la taza de café para tantear el vapor, y calla. Quizás calla demasiado, tanto que a uno le entran dudas. El rol de Miridal es abrir boca, dar pie a las reparaciones de Careli, y si las aguas toman su nivel, prorrumpe índigo con un juicio terminal. Una de dos: el t pico se desbarranca, o las tres se adhieren a él, miméticas.

El mesero acude. En el pectoral izquierdo exhibe su nombre grabado, Alec. Recoge los platos sucios del desayuno y pasa el trapo húmedo sobre la mesa. Coloca un florero de amapolas desdeñosas. Ofrece a las chicas adormiladas una canasta de pan dulce, que aceptan en silencio: sobresale un mo o con glas que Miridal toma, explora, finalmente muerde. Lo mastica con amplitud. El campaneo de sus mandíbulas subraya la afirmación que acaba de lanzar.

Interviene Careli:

—A ver, esto del pan. Dices que se sorprende, que el pan es, uh.  Qu  es lo que dices?

Miridal repite su dictamen. Ahora lo intenta forrar con cláusulas, con falsas alianzas para sumar virtudes. “Es un pararrayos de la civilización, no hay pan si no hay gente; me recuerda a Ivanhoe, el gato.” Miridal sabe que la noción es llana; debe ratificarla o se esfumar . En

sus palabras hay bisutería, pirotecnia. Esto podrá ser suficiente con sus colegas de la clínica (no tan leídos) o sus compañeros de la tienda de discos (todos ñoños) pero no con Careli e Índigo, con quienes Miridal emprende y regularmente pierde centenares de discusiones.

—El pan es un doblez, un ligamento en la rodilla del mundo —insiste, y lo que dice suena tentador para ellas.

—No sé si creerte —ataja Careli—. Para ti, mundo es cualquier cosa. No sabes lo que dices. Puros garabatos, lo de siempre.

Miridal da otra mordida al pan. Éste cruje; la capa de glas es colosal, huele a gluten. Desde el ventanal, caídas desde el remate de los cedros y abetos que rodean el Café, las secantes de sol californiano tonifican sus cuerpos. Miridal va inspirada: “El pan sorprende porque es un juego, un juego de tiempos. La harina, el huevo, solo miren”, y muerde otra vez. El argumento se abulta, sin cuajar. Languidece, no persuade. Una pizca encerada de glas pinta la comisura de sus labios: ella lo corrige con la lengua entera.

—No es que el pan sorprenda, a ver —entra Careli, a dar hilo—. La naturaleza se va de jerga en el pan, ¿es lo que dices? Es producto de la tierra, cierto. La tierra, la planta y la gallina puestos al fuego. Entonces, no es que la sorprenda, Careli. La resume, y hasta la controla —dice, y deja una pausa como si recordara un número telefónico antes de poner el broche—: La supera.

Silencio.

Las tres sopesan lo dicho.

Al interior del frasco de miel, que Miridal, Careli e Índigo ignoraron en la vorágine del almuerzo, asoma una burbuja cobriza, negligente, que asciende como sapo estúpido. Desde la cocina llega el sonido de trastos que chocan. Nuevas, airosas, incesantes fajas de tocino que caen al aceite hirviendo: éste chisporrotea. Se abre un grifo que suministra un chorro de ira sobre los metales.

—El concierto es a las seis, ¿verdad?

El recorrido desde Tijuana las dejó un tanto adoloridas; del módulo dúplex de la colonia Altamira, en la Alta Tijuana, a la serranía de San Bernardino. Así que cuando Careli halló el Grizzly Manor Café las tres comieron efusivamente. La mesa fue un cortejo de tomate, vapores

de café, recipientes y trastos, tajadas de papaya, minaretes de huevo, Jenga de waffles. Cuando el último trozo de fruta desapareció en la boca rosada de Careli, las chicas se esparcieron con aplomo a conversar a pierna suelta.

De vez en cuando una checa el reloj que está cerca del caribú y comparte la hora.

Están a tiempo.

Alec atiende la mesa contigua. Capta retazos de la conversación de las tres mexicanas que al hablar y reír pedalean como gametos. Hablan español fortuito, inglés migratorio y aromático slang de Calipso. Alec riza una ceja cuando sobrevuela la mesa; les sonríe. Sabe cómo tratarlas. No es el primer concierto de cierta envergadura que atestiguaba en el Snow Valley Ski Resort, en Big Bear, desde que Perry Farrell atrajo a miles montaña arriba en 1996 para el ENIT Festival, deshuesado Lollapalooza que prometió en su convocatoria duendes, espantapájaros, multiplicación de sangría y UFO. Alec asistió; tenía recuerdos ambiguos, desencajados, pues esa noche perdió una novia y ganó una infección en la piel. La ciudad de San Bernardino tiene un historial longevo, que también converge con la vida de Alec. Su padrino de bautizo fue involucrado en la golpiza que mató a un asistente del US Festival en mayo de 1983, celebrado a pocas millas de su casa: solo recuerda, al esforzarse, el aporreo embriagador del escenario que sobrevolaba el caserío por la presentación de The English Beat.

En un muro puede verse el póster conmemorativo del ENIT del año 96 con la formación de artistas programados. Cuatro o cinco veces al año aterriza un evento similar en el Snow Valley, y cuando esto sucede —como bien lo sabe Alec— un rimero de aves inunda las mesas del Café. Alec distingue avutardas nocivas, huilotas indigentes, harpías de moscardón, pavos florales. El comportamiento, la indumentaria, incluso la propina, dependen en gran medida del *line-up* anunciado en la radio local. Alec no conoce a las bandas que tocan esa noche; a decir de la sombría tramoya de los comensales, y de las tres mexicanas que ocupan la mesa catorce, puede imaginarlo. Qué se le va a hacer, un día vienen

los cisnes, otro los tucanes, piensa Alec, divertido, aproximándose a ellas: hoy es turno de las carroñeras. Él cumple su cometido; sirve con pulcritud tanto a *skaters* como a *metal heads*, a *hippies* como a *lowriders*. Ha vivido sus veintinueve años en las montañas de San Bernardino, de las que sale casi nunca. No se desgasta en novedades de la música, y cuando utiliza la pc es para jugar backgammon. Se le oye tararear ‘Guilty’ y ‘The Gambler’. Esa tarde, al servir, Alec repite un montón de veces la pegajosa línea de ‘Portland, Oregon’ acerca del bar que cierra sus puertas y el pichel para llevar.

Cuando Alec les trae café, Miridal dice, en nombre de las tres:

—Gracias, eres muy amable.

Índigo toma la azucarera y con un movimiento de espiral decreciente vierte una fuga blanca en su taza: con medida de gato, atisba la suave turbulencia.

Miridal e Índigo durmieron casi todo el trayecto. A Careli le encanta manejar, sobre todo en carretera. Condujo desde el amanecer la furgoneta Chevrolet 84 con la que su papá reparte enormes barras de hielo a las tiendas de abarrotes y pescaderías de la Colonia Herrera, la Hidalgo y la Altamira, que son muchísimas. El viernes por la noche, mientras la banda ensayaba en la recámara de Miridal, su hermano Gustavo les ayudó a desmontar las hieleras de la parte trasera de la camioneta, donde instaló un sofá con arneses, poleas y diablillos. Las chicas pretendían viajar a San Bernardino para ver a Om, el dúo de San Francisco que tanto les entusiasma. Pasarían la noche a orillas de la carretera “para ahorrarse el hospedaje”. La propuesta no convenció a Gustavo: les advirtió que era ridículo ir en esa matraca hasta San Bernardino; no porque la Chevy Van estuviera en riesgo, pues su motor es vigoroso y perpetuo, prácticamente inmortal, sino porque traga como un buque. “Yo que ustedes —anotó él— me iba en autobús, o de raite. Van a gastar más en gota que en hotel.” Como todos los insumos, el galón sube de precio en las montañas. Conforme ascendían por la State Route 18, Careli recordó con irritación lo dicho por Gustavo; cuánta razón tenía. Al estacionarse en el Café, desfalleció la aguja del combustible. Llevaban casi dos tanques; faltaban dos más.

Índigo.

Quiere hablar.

Anticipa sus palabras.

Baja su mandíbula apenas un poquito.

En cualquier momento podría salir un cangrejo de esa boca.

—Muchas cosas la superan —dice, con gravedad de mensajero—. A la naturaleza. La música, el papel; también el vidrio la supera. Y el café: ¿quién necesitaba el café?, nadie, y ahora lo adoramos. Una ventana o unos anteojos de vidrio la superan. Un cigarro, una bala: una bala con quince años de espera y anticipación. Y el pan, sí. El pan le da en su madre a la naturaleza.

Son sus primeras palabras desde que salieron de Tijuana.

Miridal recibe con pasmo la puntería de Índigo, figurándose los suspiros del trigo.

A Careli le cae aún mejor y despliega una mueca de satisfacción hacia Miridal y otra de abierta, de diáfana admiración para Índigo. Extrae una hoja del servilletero y aterriza en ella dos violentos enunciados; luego los arreglará para convertirlos en el estribillo que hace días buscaban. Y se cierra el círculo.

La cosa es así.

Las tres se acompañan, discuten naderías por una o dos horas. El río idiomático decanta, aguijonea y las tira al socavado, al vasto terreno de la inspiración. Una mordida casual al pan tostado (Miridal), la sustitución de un verbo por otro (Careli), la imagen se cataliza a nivel místico (Índigo).

Es Frosty Boulevard.

La última, sin duda también la mejor banda de *feromone trash* y *cabaret ska* que uno puede hallar en el norte de México.

De haber nacido en el Siglo XIX, las integrantes de Frosty Boulevard habrían sido aisladas artificialmente en el Laboratorio Kappa Psi. De ser lisboetas en los años 1920, prevalecería al menos una ardiente crónica de su topetazo con Fernando Pessoa y Aleister Crowley. Pero son de Tijuana, nacidas entre 1979 y 1991, y corresponden los honores a la Primaria Gregorio Torres Quintero en cuyos pasillos se conocieron

y entreveraron. Careli e Índigo se siguieron en la adolescencia y más tarde, a contratiempo, conocieron a Miridal en una presentación de fanzines. Resultó que sus madres son un tímpano, un ojal y un nabo, que siempre ayuda. Desde entonces Miridal es una explanada de concreto, Careli un grupo de huérfanos en posición de firmes e Índigo se ofrece como lábaro patrio. Sus nombres pillan, pues la historia de Frosty Boulevard discurría a Babel y había que desenmascarar a la farsante. Se desafían en un tablero de mancala doliente, de ajedrez quejumbroso. Un reino jerarquizado a la luz de antiquísimos torneos de cetrería donde el vencedor tira su halcón a los vencidos en lío de sangre, hierro y vanadio.

Alec mete mano en el playlist del Café. Nace a escaso volumen —entre la secrecía y la discreción— el rasgueo inequívoco de una Gibson J-45. Algunos lugareños la reconocen. Índigo no sabe si la ha escuchado antes; se concentra en resolver esa inquietante sensación de familiaridad, sin éxito. Agradece a Careli el *timing* de la guitarra. Miridal piropea el nervio, la convicción de la voz. Alec pasa caminando y dice: “Ese es Joe Ely, saben. ¿‘Boxcars’? Muy buena.” Desde una mesa cercana, alguien lo agradece.

Veamos.

Miridal Turquí (batería, güiro, voz de carnero) básicamente habla, enuncia; no se guarda nada. Es la mayor. Repiquetea lo que sabe, compone lo que ignora y cocina lo demás con harina de mijo. Aun enferma, como lo estuvo de 2004 a 2006, o adormilada como ese mediodía en el Café, es Miridal quien llama al mesero. Ella quien atiende entrevistas de Notivisa, Radio Latina y 91X. Ella quien celebra el tueste del café, la densidad de un caldo, y quien denuncia la estadía del invierno. Ni Careli ni Índigo reaccionan antes para levantar un teléfono. Su memoria para los cumpleaños y aniversarios es prodigiosa. Miridal ejerció de enfermera en el Hospital Mayhem donde entretenía a los pacientes con el historial clínico de otros; les narraba efemérides de este y de cualquier otro siglo, de tres estados, de cuatro universos. Le gustan las reseñas de películas iraníes, suecas, chilenas, que casi nunca ve; le seducen los poemarios de seiscientos gramos que lleva a cualquier parte, pellizcando silencios, saboreando líneas. Puesta en EL SOFÁ,

Miridal se presenta de falda, sin mallas, con flirteos robustos, confiada a cuencas geológicas: 'Blind Willie' de Sonny Sharrock. No hay mucho que Miridal se calle, nada que se reserve. Su hermano Gustavo, utilero-productor-publicista-bufón de Frosty Boulevard, se ensaña con ella: grabar sus ocurrencias con un dejo de tontada para subirlas a Youtube, manteniéndola a tiro por unos días. Ahora, Miridal trabaja en La Ciruela Eléctrica, un cuchitril contagioso del Tijuana Downtown donde arrima el hombro a actores, blogueros y músicos que escarban sus propias angustias entre los CD, LP y cassettes, espulgando aquí y allá, ayudándoles a localizar cierto ejemplar que, cuando lo halla, y antes de envolverlo, Miridal muestra al cliente y al propietario de la Ciruela con solemnidad de tenebrario judío. En las presentaciones de Frosty Boulevard, Miridal se divierte a granel con los celebérrimos ductos del micrófono y regala a los fans todo tipo de ocurrencias que la mantienen de buenas, antes, durante y después de cantar.

Con un cesto de curly fries en la mano derecha y un jugo de cranberry en la izquierda, Alec meneaba la cabeza en varios pasajes de 'Boxcars', haciendo una trompita.

Careli Mora (letras, triángulo, kártalos) permanece atenta a Miridal. La corrige, chispeante. Se esfuerza en captar lo que Miridal quiso decir: de sus vocablos absurdos, cascajos chirriadores, Careli enumera, cacha y recompone la fórmula del estradiol, el coro de 'Like a Prayer' y el jingle de Nokia. Si Miridal sugiere topografías triviales (Panamá, Cuautla, Cancún) Careli las castiga en una potente y casi química reacción, llevándolas al límite (Herdubreidarlindir, Coonoor, Ur). Cursa el último semestre de Filosofía y Letras, absorta en la tesis Veinte años de escena musical en Tijuana (1986-2006): Los vestigios de un pop humillado. Como es de esperarse, es ella quien aporta sensatez, aliento y corpulencia a las mejores canciones de la banda, como 'Chica sweet', 'Urbano 7076' y 'Verde pollution'. Es intensa. Escrupulosa, a ratos enfermiza. Su manual de jerarquías consta de dos plátanos grandes y un Slim Fast. El asesinato de Colosio aconteció a pocas cuerdas de su casa mientras ella y su familia asaban carne, y siempre le vino guango; en cambio, perdió el sueño cuando leyó el catálogo de contaminantes del Hazardous Substances Data Bank cuyo contenido tradujo, fotocopió

y promulgó en cuanta reunión de amigos le fue posible. Su sentido del humor apenas encaja en México con cierta dosis de muscarina. Ningún misterio reserva Careli en EL SOFÁ: uno se aproxima a ella, calculando el vértice de sus piernas blancas –no precisamente largas, tardíamente compensadas y musculosas, forjadas tras una vida sedentaria y años de penitencia en sesiones de spinning– con frascitas de espuma sucia y abrazos de sal, también algo de basura, en equilibrio de pebeteros y cálices: ‘Fade Into You’ de Mazzy Star. Las cosas que Careli calla no son las de una joven filósofa, sino las de un capellán de la Toscana flagelante y encajoso. Tiene tablas para discutir con Careli por el mero placer de no llegar a ningún lado. Si la mexicalense de piel rosada defiende –digamos– el movimiento cubista por la multiplicidad de visiones que éste ofrece, Gustavo descalifica el origen: no se mete con los íconos del cubismo sino con el cubo como referencia geométrica (“Se limita a seis caras”, le dice, “¿puede haber algo más predecible que eso?”), retando a Careli a fundar una escuela pictórica basada, si a esas vamos, en el icosaedro, de veinte planos. Ella se encoge, alicaída, sin ficha que mover. El humor de estufa, el celo, la gracia en las composiciones de Careli apuntan al hábito de un eremita que cumple los encargos del sultán para después enterrarlo en un banco de cenizas.

Llegado un punto ‘Boxcars’ mengua, se apaga, parece haber dado de sí. Nada más falso: la Gibson de Joe Ely se reconstituye y asalta en un cierre flagrante e infractor.

A Índigo esto le viene bien.

De verdad muy bien.

Índigo Malanche (bajo Zero fret 4003, guitarra Ibanez AW, serpentón J&R Wood, theremin Jake Rothman, litófono de jardín, lap steel Rickenbacker, dulcemele Applecreek, ocarina Chen Ching, chelo Cobra Davidson) se mantiene al margen. Se mantiene en el margen. Esbelta, sospechosa, de mirada exigente y náutica, Índigo lleva un lago de miel en el iris del ojo izquierdo, y en el derecho, bien mirado, se lee una transcripción agujoneada del Código Hammurabi. Es comunicóloga. Posee una sonrisa larga y verdaderamente espléndida; su madre, varios tíos, Careli y su maestro de Historia la incitan a extraer esa sonrisa. La motivan a subirla, tenerla a flote, sonreír

porque sí. Índigo la recubre con vetas de sílice. La potente brevedad de su conversación sugiere que atesora evidencias del dios Choctaw que con gusto comunicaría —a modo de mitote y revelación— a un chamán de la tribu biloxi. Durante años leyó con fe a los columnistas de *Artforum* y se ciñó a la ética de Max Weber; ahora busca el futuro en viejos números de *Flipside*. No es que le moleste participar en las charlas de Miridal y Careli, ni que se abstenga de ellas. Índigo las entrevé, las asimila desde un rincón poroso; ellas se enfrasan en un atado de alcores, pifias y enmiendas hasta que Índigo emite la Señal, enfoca el núcleo, apunta al cuello. Hormiguean en EL SOFÁ las piernas platinadas de Índigo en tormenta eufónica y siete niveles de hermosura: ‘Cloudburst Light’ de Tangerine Dream. Cuando la Malanche hace el amor se comporta como un infeliz movedor de pianos; cuando se lo hacen, se deja remolcar, paralela y tensa como el piano que mueve un infeliz. Las cosas que calla podrían embotellarse en tibios fotones. A Índigo, en cierto modo, Gustavo la respeta; quizás le teme. Compartieron salón en la preparatoria y desde entonces la nombra por su apellido: “Súbete ahí, Malanche”, “No te entiendo, Malanche”, etc. Condiciones hubo para que Gustavo se prendiera de ella; ahora sabe que no era atracción, sino un interés pullero y mordedor por descifrarla, símil de las campañas publicitarias que intuyen aunque jamás explican su producto. “Nada, Malanche, te pasas”, le dice. Piensa en ella como en un lobo. Se empeña en no olvidar que tiene líneas de mujer; líneas punteadas. Un amigo de las tres, Humberto Acosta, su fotógrafo, paje y anfitrión, la describió mejor en el marjal de su muro de Facebook. “Güey —apuntó al pie de una foto, etiquetando a Índigo— eres un serial killer confundido, tienes el cuarto de armas y no sabes dónde empezar.” A ella le encantó: respondió un signo conformado de dos puntos, un guión y la D mayúscula. En una sola noche el comentario acumuló veintitrés Me gusta, media centena de albures y un vasto cordel de ligas que catapultaron el tópico a rumbos insospechados: de la melancolía de Madchester a las máquinas de Rube Goldberg; del mecanismo para editar los stubs de Wikipedia a una supuesta declaración de culpa de Nicola Tesla por el bólido de Tunguska. En fin, Índigo es una creatura que vale la pena

adorar. No como se adora a un héroe sino a un boceto de Gaudí, un níquel acuñado en Alabama o un gecko.

Más allá de Escondido, con Miridal e Índigos dormidas, va Careli al volante. Sortea en el reproductor tres CD de Om que escucha y goza como el último contacto de una civilización que está por refundirse bajo tierra. A decir verdad, Om queda estupendo allí; suministro perfecto para manejar entre los bien drenados plantíos de aguacate del condado de Riverside.

El paisaje fuma un habano Sam Houston.

Careli recorre tres veces el *Pilgrimage* de Om, recién adquirido en Amazon, vía goHastings. La producción de Steve Albini es robusta, aunque algo contenida. Careli echó de menos la materia cruda del *Conference of the Birds*, a su gusto el mejor álbum del dúo, con el que inscribieron su nombre en la escena del *doom metal*. En las casi cinco horas a San Bernardino, Careli buscó adjetivos para sustituir *doom*. Ensayó y combinó híbridas, fallidas etiquetas: *drone*, *stoner*, *grief metal*. Intentó con debris, ¿era *debris metal*...?, no. Conjuró: *polluted*, *nostril* y *spoil metal*, favoreciendo —con un brinquito de júbilo— la expresión *whisper metal*. Así era. Careli consideró despertar a sus amigas: ¿qué caso tendría? Por un momento supuso que, como sucede en festivales que reúnen a millares de fans sin llegar a ser mainstream, con suerte se toparían con Chris Haikus y Al Cisneros, los integrantes de Om. Se propuso buscarlos en los jardines y entre los tenderos. Preparó un arsenal de argumentos, en caso de. “Muchachos, es que su música —se dijo, figurándose la escena, mientras escuchaba nuevamente ‘Unitive Knowledge of the Godhead’— es para tumbar el Acrópolis con un tufo pastoral, una sospecha verde, el cuajo de un relámpago, no sé, la flor, qué digo la flor: una flor de ceniza, el culo de un reinante parásito...” Mmh, no. Era demasiado. Debía ser concisa; ya sonaba a Miridal. Chasqueó, deseando que Índigo estuviese despierta. Seguro que la Malanche acomodaría las piezas.

Comenzó a espesar la vegetación. Los ramales de Sun City y Escondido ganaban peso, iban corporizándose en gordos, lanudos abetos.

Ascendieron por el City Creek Road con el motor caído a un sobrio gorgoreo. Ahí, con un regio paraje a la vista, Careli se expuso a 'Flight of the Eagle', y mutó, como la harina muta en muffin. Uno no sabe –apenas supone– si la mutación ocurre antes o después, en tal o cual pieza. En 'Flight of the Eagle' o en el éter de 'Annapurna'. En la piel forense de 'At Giza' o en los cuervos imbéciles que uno libera en 'On the Mountain of Dawn'. Toda certeza ha de abonar a un minucioso espulgue, que siempre se agradece. La espina, el desdén de Om revistió a Careli de una marginalidad que entró en fase de pupa montañas arriba, en el último tramo de la State Route 18.

Al fin, la camioneta arribó al Snow Valley Ski Resort. Cinco añitos menos que tuviera y la excitación la habría pillado. En cambio, le tranquilizó –una quietud viva, tangible– el denso follaje del trayecto. Las interminables curvas forzaban una velocidad moderada. Careli templó el volumen del reproductor Kenwood. Sintió que la invadía un efecto de jungla, un componente negro. “Vaya, qué bien”, se dijo. ¿Preocuparse?, ¿hablar con ellas? De qué y para qué: antes prefería hablar de la muerte o el pie de atleta. Deslizó la manija de su ventana, dos vueltas enteras: entró a chorros el aire fresco de la montaña, hinchado de coníferas. El flujo causó cierto rumor en la camioneta, sin despertar a Miridal e Índigo.

Careli redujo la velocidad al pasar por el Snow Valley.

Esa noche, además de Om, tocaban otras bandas igualmente estimulantes para ellas, como Thrones, The Damned Petunias, SunnO))), Lightning Bolt, y la irascible Aunt Remus cuyo oscuro prestigio amerita –a decir de Índigo, y por irse bajito– convocar a diez tribus en torno a almenares de fuego y barbacas de oro. “Lo haría, si tuviera el dinero”, jura la Malanche cada que Aunt Remus anuncia una gira. La campaña transformada en locación se utiliza en invierno para esquiar y en otoño para asambleas, ferias y conciertos. Trabajadores en overol operaban grúas, sellaban las torretas, cubrían grandes bombillas con cinta gris. Se reforzaban andamios, se trenzaban cables. Careli notó que el escenario había sido flanqueado con largas columnas cubiertas de forraje y enredaderas. De los reflectores pendían motivos de tipografía pétrea, en verde sepulcral. Y de los parlantes emanaba una

simulación de colmillos, dispares sobre una película de franela negra, concatenados a lo que parecía un chorro de nauseabunda pasta. A lo largo de varias millas, Careli vio amenazantes Impala, foscas Caprice, obesos Montecarlo, anquilosados Tempo, vagonetas de anchos neumáticos. Grupos en bicicleta y tipos de a pie peregrinaban colina arriba, en obligada vestimenta oscura. Un día antes, sintonizando la KBZT de San Diego, Careli supo que se esperaba a diez o doce mil asistentes. A vuelta de rueda, sostuvo el volante con una mano y con la otra abrió la guantera, atenta a no golpear con la puertecilla las rodillas de Miridal. Sacó los boletos y leyó: *Parking available at Noon. Gates open at 5 PM.* Iban a ser las tres.

Gates open... Aquello tenía eco forense.

Como si de las puertas de Gjöll se tratara.

Movida por un hambre atroz, y visto que sus compañeras de banda seguían dormidas, Careli decidió avanzar al poblado más cercano, Big Bear Lake, al que llegaron casi de inmediato. Dio algunas vueltas por el poblado, sorteando a lúgubres peatones. Le pareció agradable la fachada del Grizzly Manor Café y se internó al estacionamiento con un gran viraje de proa. Detuvo la Chevy Van. Giró la llave: el prehistórico motor se detuvo, decapitando ‘Bhima’s Theme’. Con el codo recargado en la ventana abierta Careli dejó acontecer el silencio. La inmovilidad despertó a Miridal; poco después, a Índigo.

—Venga, a comer —despabiló Careli.

Trataron de reconocer el lugar. Miridal reparó:

—¿Estamos lejos?

—No, está luego luego, acabamos de pasar —dijo, y añadió dirigiéndose a Índigo—: Pusieron columnas con flores, morra, todo así, como la bufanda de tu tía, la que llevó a la posada. Y pinches bocinas con dientitos. Neta, les va a gustar el *stage*. Quedó bien *mellow*.

Frosty Boulevard tiene su propia ‘At Giza’. Esperan estrenarla en la reapertura del Club A! a finales de noviembre. En la versión original, Al Cisneros, bajista de Om, ejecuta una secuencia de maliciosos mo-jones que hacen de ‘At Giza’ una laxa pesadumbre, un lecho de manso

ocultismo que a ellas les encanta. Pero Frosty Boulevard es inmune a la épica. Las bandas locales suelen refugiarse en covers como salida fácil para menear el ego y evocar al falelo. Frosty Boulevard, no: cada cover es una declaratoria de principios. Recogen una canción del cesto de desperdicios, tienden sobre ella puentes de sentido, pasta de modelar, arterias de luz. Se sientan, conectan, componen, y devuelven una ópera dilatada, simpática y ambigua. Contrario a la de Om, su 'At Giza' dura apenas tres minutos y repele todo giro escatológico; se nutre del humor, el erotismo. La aceleración.

Es decir.

Miridal adelanta un tumtum esmerado y creciente. Se asocian los pellizcos de Careli: el triángulo en toques delicados, luego enfáticos, finalmente bestiales. Un ápice de distinción revela el andamiaje en voz de Miridal. Los versos desbarrancan a nuevas, iracundas holguras. El cartucho de energía incluye, por supuesto, sus líneas favoritas: *A lighthen pon day, as scintillate rays, augurate arrival of a seraphic form...* Careli atiza los toms, enajena el cencerro y barrena los platillos con la fuerza de dos caracoles. Miridal hila los versos con arresto infractor y manías de solfeo que estremecen sus cuerdas vocales como lajas de azófar. No hay espacio para el lucimiento. Oh, sí que lo hay: la insignia de rango hace ver a Miridal como un teniente de lo más marica, a Careli como una reiteración, ¿y a Índigo? Un perrito lulu bien peinado. Espoleada, Índigo detona un performance brutal —embrutecido— que bien vale un paréntesis.

Sanguínea, rubicunda, la barbarie que Índigo Malanche extrae a sus instrumentos desencaja a cualquiera. Cómo perturba. Cuánto tuerce el producto. Monta la Cobra chelo, la aborda con actitud litigante, en áspera repulsión. Instrumento que no encaja en Tijuana, sino en un conservatorio para gobelinos —hablamos de un travesaño reluciente y lascivo, tronco femenino de primorosa caoba, envinada y turbia—, la Cobra chello adquiere en manos de Índigo intensos rosetes. ¿Su empaque? Ligero, de itinerantes nudos, remeda los portentos del hacha. ¿Y el color? Del púrpura achicharrado al gratín, del cobrizo orgánico al rojo champaña. La surcan trastes perfectamente nivelados, embragados a seis cuerdas sobre el vientre cebado, y en éste, a manera de ojal,

una triste medialuna ventila la tensión de las cuerdas. Índigo usurpa sus formas de mujer humeante, de lagarto pasional, de canario bélico.

La Cobra chelo se brinda a Índigo.

Resuella bajo la plomada de su cabello castaño.

Maridaje tórrido y fugaz, para una bestial paleta de sonidos.

Es hora de tumbar mitos. Frosty Boulevard no es —como escribí alguien— la banda que confecciona flautas con huesos humanos. Ni el colectivo que una Noche de Brujas irrumpió en la SEMEFO para instalar micrófonos en sus galeras y vender la grabación a Nick Cave.

Frosty Boulevard es —en cambio, y por mucho— una claraboya tensa.

Tensa, ahorquillada.

Índigo observa el chorro de jugo de naranja que inflama su vaso. Lo examina como si contuviera una ecuación floral, un dulce explosivo. Alec pasa por ahí y pregunta si quieren refill. Ante la negativa, ofrece traer la cuenta.

Careli se levanta; saca de su bolso dos billetes de veinte que coloca bajo la azucarera, y se dirige al baño. No se los dice: está profundamente tocada, agradecida por las horas de soledad que ambas le regalaron al quedarse dormidas. Se detiene en el andén que conecta los sanitarios del restaurante con el ingreso a las cocinas: jala su atención un cuadro, entre tantos. Es un manuscrito a tinta china, escudado por un cristal ya opaco. Careli se aproxima al cuadro y entona la visión. Se recoge el cabello con un dedo, lo tira a un lado y éste rodea la oreja en un salto de jade, despejando la frente y musitando lo que lee, como si orara. El cuadro —velado por la edad— contiene versos cheroqui que Careli lee dos veces.

Escucha, abriré tus huesos con pedernal negro.

Escucha, cubriré tus huesos con plumas negras.

Careli echa a correr el mordaz intelecto en pos de una melodía rompedora para esas líneas, considerando el *riff*, una pauta del bajo.

Escucha, traigo una caja para tus huesos.

Escucha, que tu alma se desborda.

Careli decide que será una balada hipnótica, mimética, y que sonará estupenda en Do menor. Absorta en el maridaje aceitunado y huidizo de una nueva canción –lo bien que encajaría en un set de Frosty Boulevard– Careli entra en el sanitario.

La tarde se despeña.

A millares, decenas de millares de kilómetros de ahí, al noreste del Sahara, en un oasis amañado por el desmoronamiento de las castas, un dromedario al que todos llaman Tío Pepe bebe a sus anchas. Es que no bebe y ya: bebe a sus gordas y reverendas anchas. Con resuello, con sabia desesperación sorbe y traga ánforas que lo desbordan, lo reconfortan litro a litro sustituyendo la noción suplementaria del agua ideal que por semanas edificaron en su cabeza la vastedad romántica de las dunas, por ésta, un agua viva y danzante, agua entera y cimarrona. El acto de beber encierra todas las verdades que Tío Pepe conoce, todas las que necesita. Traga un sinfín de agua para satisfacer el grandioso y no obstante limitado aforo de su cuerpo. Pasan los minutos. Pasan las caravanas. Se tiende el sol. La sombra de Tío Pepe es un polígono flaco, desgarrado, una sombra brutal: el dromedario sigue tragando, con golpes sordos que zarandean su cuello. Traga un resto; traga maravillosos borbotones, traga todavía más de forma violenta y bulliciosa, caray, es que Tío Pepe bebe del oasis a cantidad ociosa e inenarrable, a volúmenes que uno no se explica.

La tarde sanbernardina se ha volcado.

Más allá de lo que en estricto sentido le incumbe y corresponde.

Se agitan las servilletas de la mesa, con la presunción de un velero. Careli ha vuelto del sanitario; se sienta, repasando los versos cheroqui. Aún no está lista para hablarles de ello. “Traigo dip, ¿quieren?”, les sugiere, sacando un refractario de su bolsa. “Me quedó rico.” Lo dispone, abierto y al centro. Entrado en chupetazos, el paladar de las chicas honra aquello con fanfarria.

Los dip de Careli son geniales. Abundantes, festivos, siempre acicalados: este era un sumario de orégano, romero y lingotes de menta con pizca de cebollín, brócoli y ajo triturado, venas de chile pimienta, de majestuoso aroma. Lo embistieron las tres, golpe a golpe, con el cesto de totopos recién traído por Alec y una sorpresiva pila de Cheetos que

alguien extrajo del bolso. Los bastones amorfos, estalactitas de viva fosforescencia, encienden fuego en las manos de Miridal, Careli e Índigo. Sus dedos se zambullen en la piscina verdosa, en rito mudo, sigiloso.

Alec trae la cuenta, que desliza bajo el ya cadavérico dip. Le enorgullece el playlist de esa mañana: uno de sus privilegios como familiar del dueño es seleccionar la música. Entra ‘Daddy Sang Bass’ de Johnny Cash. Índigo la reconoce y tensa el muslo.

Alec asume que las tres mexicanas tasan y aprueban su elección musical.

Joe Ely vino después de My Morning Jacket y Deerhunter.

Union Station. Creedence. El gran Johnny Cash.

No estuvo mal; de veras que nada mal.

Alec va lleno de sí mismo.

Miridal roba el último pan de la canasta sin pensar en ello. “Voy pagando, ¿okey?, yo manejo”, les dice. Paga en la caja. Sale del Café, con la mano en el bolso: discrimina entre las llaves, tomando la correcta. Para deslizar la puerta corrediza de la camioneta, Miridal atranca el pie izquierdo al pavimento. La puerta es pesada. Miridal la aborda. Al encender, el motor de la Chevy Van pone en entredicho la salud del país.

En ese preciso instante, los dedos fantasmales de Al Cisneros encienden el monitor Marshall para el ritual de afinación.

Careli sale del Café con el mirar ido, aunque lúcido. Sube a la camioneta y se ubica en la ventana de la parte trasera. “Espera, tu alma se desborda...”, sigue ella, repasando silenciosamente esa línea, que la atrapó. Ya baraja otra canción: esta será –estima Careli– breve, contenida, de corte ceremonial. Tal vez una marcha.

Índigo sigue en el recibidor. No tiene prisa. Nunca la tiene. Hace una escala ociosa antes de salir, como si estuviera por fumar. Cuando finalmente abre la puerta del Café y hace por salir, se topa con una pareja de punks agrarios, nativos de Big Bear, que hacen por entrar. El trío se dedica un instante confabulador. Él, veinteañero de textura blanda, tejido a oscuras, con la piel fragante a leche, leche que resultaría deliciosa de verterse en un contenedor salino, luce un mohawk taciturno, apenas tangencial, vergonzoso para cualquier estilista bien

habido en Los Ángeles. Aquí, a mitad de la Nada –más bien debajo, al ras de la vivaz y sempiterna Nada–, sin duda alguien forjó su corte de cabello para que este luciera altivo, hasta desafiante, sin llegar a bravucón. A todas luces parece el chico aferrado a cierto credo: idearios que adopta con prontitud y desecha cada dos, tres años. Esto puede deberse a la postura algo jorobada del muchacho. Ella es de edad indefinible, ataviada en negro absoluto, chupada por una combinación silvestre entre la gripe, el alfabeto cirílico y las ganas de despilfarrar que a uno le dan apenas se anuncia el superávit financiero. Como única luz, la chica exhibe encima de su oreja izquierda un chisguete de pelo amarillo. Índigo se pregunta, con predatoria entereza, si el chisguete surgió porque la chica fue alcanzada por la trayectoria delirante de un pájaro. La pareja es rudimentaria; parecen heridos por un rancio despecho, salidos de una discusión bizantina que agujeró todas sus convicciones. Parecen remotos, parecen hambrientos. También parecen expertos en lenguas muertas: sin duda pagarían por hallar un interlocutor con quien ejercitarlas. Índigo deduce que sus gustos fueron tocados alguna vez por Ministry, quizás también por Can y Stereolab, matizados –por accidente o azar, tras un evento hechicero aquí, un gusto culpable allá– con hallazgos dispares de Dead Can Dance y Jeff Buckley, Madredeus y K. D. Lang. El producto –dedujo la Malanche– era honesto y desastroso.

Miridal da un acelerón, invocándolas.

Retumba el cigüeñal de la Tierra.

Índigo contempla a la pareja, que no atina a hablar, aunque la miran como si estuvieran a punto de hacerlo, como si ya le hubieran confiado un mensaje absolutamente comprometedor. La miran como si algo no permeara en la cabeza de Índigo, preguntándose por la eficiencia de un lejano transmisor. Son especies divergentes. Él se traza con gris humo; ella, con flúor cuarzo. Índigo proviene a una liturgia bovina, rígida, que ellos no están para entender. No obstante, los tres comparten mogollón, y lo saben. Índigo podía jurar que los chicos cargan al menos un CD de SunnO))) y otro de Fushitsusha. Ellos saben que en el iPod de la mexicana se apiña Bark Psychosis con Spectrum y Minor Threat. Al disponerse a salir, Índigo siente un alirón de confian-

za; separa los labios, pesados como baldosas, como para inaugurarlos, y sentencia, en campirano inglés:

—El motor de nuestra camioneta está en tono con mi bajo.

Él no atina a reaccionar.

Ella asiente dos veces.

Alec llama a la pareja para asignarles mesa. La pareja se desprende de Índigo como de una úlcera y avanzan, río arriba, Café adentro.

Una vez que Índigo sube, la puerta de la Chevy Van corre estrepitosamente.

Llegan al Snow Valley. Está congestionado; tendrán que merodear el estacionamiento para dar cupo a su nalgona camioneta. Gigantescos tumbos brotan del escenario. Arqueológicas tiras de luz, anhelos blancos hacen cumbre en la montaña. Hay quienes pitan, impacientes; Frosty Boulevard no tiene empacho en esperar.

Miridal pulsa el estéreo a buen volumen: resucita el bajo infeccioso de 'Bhima's Theme'. Tardan segundos en recordar que toda esa abominación corresponde únicamente a un bajo. Miridal discute emotivas precisiones. Careli las escucha engranar un debate que adquiere el espesor del Qumrán. Índigo siente una ciudad amurallada en los dientes y la describe a sus amigas con aire corrupto. La noche se anuncia. Opulenta y clara. A orillas de la carretera peregrinan sujetos solitarios, tribus miopes, legiones sedentarias. Algunos se agrupan alrededor de fogatas, asadores, tambos encendidos que propulsan al cielo cadenas blancas, gordos borbotones de heno.

Monerías sin estuche

1

No tengo dinero, ni sangre real ni mediano prestigio, pero me libero el calcetín sin voltearlo y soy una reata para estacionarme. Desconozco si el motor de mi Hyundai es de 1.8; en cambio, noto el ronroneo de una combi a distancia, la textura de las nubes previo a una nevada, y sé jerarquizar el rango de un lobo en la manada en función de lo insidioso, lo petulante o lo dilatado de su aullido. Ignoro a qué se refiere el mentado 1.8: ¿uno punto ocho qué?, aunque nombro –bajita la mano– ciento cincuenta banderas nacionales y sé diferenciar las rose-tas del jaguar de las volutas del leopardo, las nébulas del ocelote de las estrías cobrizas del tigrillo. Confundo la jota con la ge en determinadas variaciones de *elegir* y *dirigir*, pero aprendí de memoria el intervalo de verde a ámbar y de ámbar a rojo en el semáforo de ciertos cruceros de mi ciudad. Listo, lo que se dice listo, no soy; eso no impide saber cuándo una canción es folk-rock y cuándo es country-rock, ni que me lleve fenomenal con niños de 1 a 3 años, que no es poco. ¿Pilotear, yo?, nunca: a pesar de ello, por caprichosa relación inversa, sé por qué cuando aparece un helicóptero en tv la hélice dibuja una esfera pulsada, una circunferencia viva que parece que gira despacito, que se detiene, que súbitamente gira para atrás.

Jamás orientaría a quien pretenda comer equilibrado o vestir elegante: aprendí en un tris el nudo de la corbata y, en esto de los nudos,

háblese de mecate o de agujetas, domino la técnica del nudo ciego que enmaraña un par de nudos simples, con el segundo volcado en las orejuelas del primero. Sé que no podría capitanear una selección nacional –de lo que esta fuera– ni administraría con fluidez ya no digamos con eficacia un aeropuerto, como sé, por otro lado, con una certeza dura como nuez, que más allá del romanticismo de ciertos memes el planeta no llora, los pájaros no cantan, los delfines no sonríen, los perros no aman. Titubeo al alzar la mano y pedir turno; soporto, no solo soporto, sino que gozo y leo con paciencia el flujo ascendente de créditos que cierran un *film*. Mis distracciones causan risa y estragos, tan bobos como frecuentes, pero en tirar penalties digo Quítate que ahí te voy, y mi sistema digestivo es prodigioso. Dada la ocasión canto cualquier himno nacional, si este suena chido. Renuncio a todo debate a voz alzada: pero, ¡ey!, sé lo que es un estoperol, sé dónde los venden. Si algo he de presumir, es que desde temprana edad capté al dedillo la técnica de trazar en el aire un lapicito para que el mesero, a la distancia, apresure el cierre de la cuenta.

Nunca supe saludar con despiste a una mujer atractiva, aunque, sin falso ademán, aún tembloroso, detecto cuando es altamente probable que sus pezones sean cobrizos y estrechos, chatos y rosados, o rondos, amplios, como de mujer negra, y aclaro que en un dos por tres noté que la desnudez de Traci Lords, esas tetas desaforadas, eran de vil chamacaca. Mantengo a tiro el límite de un crédito bancario, domado como a creatura bífida; vaya, hasta cariño siento por American Express. ¿Agua quina, agua mineral?, sabrá dios la diferencia. ¿Se llevan con whiskey o tonic?, sepa. Soy capaz de reflexionar en lo que atormentaba a Francis Bacon, sin que se note: mientras pondero la ruptura de sus polígonos, el silencio de sus salas sangrantes y la descomposición de sus pontífices, cualquiera diría que analizo el estado del tiempo, la ropa sucia o la fluctuación del dólar.

2

Jamás gané carreras de velocidad. Sí de resistencia. Pese al empeño, no pude superar a los cacagrande de mi clase: sin juez académico ni boleta

de por medio, hoy tengo clarísimo lo que es un número primo, y sumo de 6 en 6 hasta 90 sin hastiar al prójimo ni contaminar, sea en una butaca del teatro o haciendo gallo-gallina en una alfombra. Desconozco eso del octanaje: no me engañan, al menos a mí no, las gasolineras californianas que publicitan el precio por galón con décimos de centavo que no existen. No tengo idea cómo diagnosticar una retención de impuestos, pero admiro a las franquicias regionales. La palma de mis manos no está hecha para el campo; doy crédito genuino a quien conoce a pie juntillas la cría del gusano de seda, el fermento de la uva o el ciclo menstrual de los cuyos. Me declaro inepto para reformar un sistema político, en tanto sé valorar el esfuerzo anónimo de un naturalista que tras años de sacrificio, meses de hastío e incommensurable tiempo muerto en un nicho selvático, al fin logra desenmascarar una rana o un pajarito hasta entonces desconocidos en tal manglar recóndito o en cual risco imperdible, si bien me divierte que, por jalones del ego, ya en el escritorio, algo mueve a tal hombre de ciencia a integrar su apellido en el registro taxonómico de la especie.

Cuánto me cuesta dirigir una reunión: me reservo aceptar el tinte ético de un convenio o cláusula nacida en una sala de juntas carente de ventanas, provista de iluminación tenue o velada. Quisiera tener claro por qué no me cae Frank Zappa: tengo razones, un montón de razones, para explicar por qué ha de desconfiarse de un gobierno que disfruta dar golpes de timón. Canto horrible, canto que da pena, lo que no me impide atinar cuando una canción se va a acabar. Ignoro el origen de la escala de Sol. Escribo el 5 según la ortodoxia: primero, una línea horizontal pequeñita, algo cargada arriba; del extremo izquierdo de esta, cae otra menor, un apéndice del que, con cierta urgencia, brota una panza, un redondel que se resuelve debajo, incompleto. No sé lo que podría decir, si me lo topo, aunque ya murió, al religioso que en un viaje escolar me hizo tocarle el deste, pero sé la conversación que llegado el momento podría sostener con Bruce Springsteen, Michael Stipe y Quentin Tarantino. Ah, cómo me divierte la trampa perfecta que se desprende de la notoriedad de Jaime Maussan, Moderatto y Arjona.

Sí, vi esos documentales, y me preocupan, pero sigo creyendo en Sea World. Rehuyo de los chochos, y si de astrología se trata, previero

la medieval. Sin alteración ni hartazgo puedo observar por cinco minutos un vaso con agua o una piedra. No necesito esfuerzo ni ensayo para deletrear Mississippi, Rummenigge, Hammurabi. Declinaría al ofrecimiento de NASA para tripular un crucero espacial. He asimilado sin el mayor trance que por mucha academia que tengamos no sabremos en qué momento está por parpadear un lagarto o lanzar picotazo una garza, ni la ecuación filosófica que representa en su plena expresión un año luz. No sé si me tatuaría, pero sé bien lo que no me tatuaría. Respeto a quien tiene un doctorado: admiraría a quien desconfíe del “techo” que conlleva obtener un doctorado y, con nuevos ojos, se anime a cursarlo por segunda vez. Orino a borbotones, sin hacer mucho ruido. La gente dice —no una ni dos veces— que mi letra se ha ido haciendo bonita. Discrepo con los gatos en lo esencial. Confío en “La muñeca fea”.

Tenemos un Lycoming

Viernes 29 en el Yonke Hiraes. A las 4 pasaditas Sillero recordó que no había dado leche al gato. Lanzó otra ojeada a la terracería, agobiado por el ajetreo. De Mauro, nada.

Gargano vadeó el cofre de un Cutlass destartado, con arrumacos largos, esbelto y delicioso. Se sabía monarca, último dragón. El ir y venir de empleados y clientes le tenía sin cuidado. Maulló quedito, procurando a Sillero. De un salto aterrizó en un rin, glorificando la cola en S. Con una astuta cabriola toreó la escudilla de aceite quemado y desfiló por el terraplén al interior de la caseta. Oteó las bandejas ennegrecidas, las láminas sucias, los fierros de siempre. No halló lo que buscaba: volvió a maullar. Encaró a Sillero y maulló por tercera ocasión.

Sillero despachaba una palanca de velocidades extirpada de un Mercedes, \$40. Sintió el avance del gato: bajó la mano y ofreció los dedos. Gargano permitió un agasajo breve y pasó de largo, atravesando la escotilla.

El cliente se despidió de Sillero maniobrando la palanca de velocidades, con una broma acerca de la boxeadora que, según el chisme, abandonó a esposo e hijos para aceptar la candidatura a alcalde. Sillero estiró el cuello para ubicar a Gargano —oh sí, la leche— y lo vio maullar a la sombra de un cigüeñal. Envidiaba su pulcritud, esa facha tumbona.

Prolongó la mirada más allá. Lo que descubrió, apagó su sonrisa.

El motor Lycoming.

¿Vendría Mauro a recogerlo, como le dijeron?

Demonios, cuánto le gustaba ese motor. Las caperuzas color chocolate, los pistones confrontados, ese matiz como de sapo en las boquillas de hule que fijan el cárter al bloque. Sillero se preguntó si los dígitos del núm. de serie simbolizaban algo, si la nomenclatura de la placa encubría un mensaje. Bah, qué iban a simbolizar, qué iba a encubrir, por supuesto que nada. La secuencia de fabricación y el alta en un padrón vehicular, a lo mucho. Esperaba que Mauro se lo llevara sin chistar. Con diecisiete años en el yonke y habiéndolo visto todo, el Lycoming era su motor favorito. Iba a echarlo de menos.

Tres semanas antes, un fulano en overol cochambroso ofreció la avioneta estrellada al Sr. Hirales. De inmediato atrajo el interés de empleados y clientes.

¿Qué máquina trae? Un Lycoming.

¿Prende? Está enterita.

El propietario rechazó la oferta, por la dificultad para hallarle cliente y por el espacio que ocuparía en el patio, equivalente a dos Focus que se venden solos. Había otra razón, que se guardó. El chasis era de una avioneta Cessna 172, la favorita del Cártel de Sonora. Una Cessna en ruinas, quizás baleada, sin papeles. Se las confiscarían sin averiguación; pedirles factura, placas y comprobante de baja, o involucrarlos en algo peor. Sillero experimentó un flechazo, seducido por las formas rutilantes del Lycoming. Convenció al propietario de subrayar lo lucrativo y no lo despreciable del motor, pero éste lo sermonizó: a estas alturas no iba a enseñarle su oficio. No es un popular 1.8 de 140hp, sino un ejemplar peregrino, una excentricidad. El contraargumento de Sillero fue un búmerang: un yonkero que se precia –alzó el índice– saca ventaja del riesgo, si no, ¿por qué dedicarse a esto? Aseguró que obtendrían un margen atractivo y que la pieza en sí misma, por su rareza, les daría prestigio.

El Sr. Hirales accedió, con la condición de que Sillero corriera la voz entre sus amigos, en otros jonkes, avisar a los productores de cebollín y espárrago, y al comité de sanidad vegetal que inspecciona el valle en avioneta.

No era la primera ocasión. El Sr. Hirales tenía el presentimiento de que tampoco sería la última. En su momento Sillero vendió la originalísima transmisión de un Renault Boro con la que se habían dado por vencidos. El último Volvo Amazon 63 que se vio en la ciudad. El tablero de un Fiat coleccionable. Un radiador exclusivo para Corvette al que no le dolía nada, etc. Audaz y todo, Sillero entendía que, de no vender el Lycoming este mes, iban a exigirle un porcentaje del costo. Lo peor es que saldría como chatarra. Qué pena, chatarrear un Lycoming. Malostrar su fuselaje, sus brazos refulgentes. Darle el indigno trato de la basura, los retenes en desuso y la tubería vulgar.

Sillero se juró no permitirlo.

El primer día desmontó el motor. Lo lavó, lo aceitó. Le cargó combustible. Para su sorpresa —y fascinación— el Lycoming encendió a la primera.

Su bramido era exquisito e imponente, de abejorro en la Atlántida. Mugía con la templanza de un Audi A4, un retumbo placentero y gutural, con un dejo de frenetismo. Como no queriendo, también producía un silbido, un silbido anómalo que no estaba al alcance de cualquiera. A Sillero no le gustó. Le parecía degradante.

El quinto día Sillero lo volvió a lavar.

Y fue por un atisbo absolutamente casual al detenerse a acariciar a Gargano, que Sillero advirtió en el bloque del motor un compartimento extraño, fijado con tornillos, rondanas y arandelas. Lo tanteó, golpeándolo. No sonaba hueco. Era del tamaño de un ladrillo. Era obvio que, al acelerar, el compartimento vibraba. “¿Por eso silba?”, se cuestionó Sillero. Asumió que sí.

Las automotrices invierten millones no solo en perfeccionar el rendimiento de los motores, sino también en curar un sello acústico, una rúbrica sonora en la aceleración. Tienen claro que el comprador dedica un instante a aguzar el oído; un instante crítico, del que muchas veces depende el Sí. Hay quien desea que su auto nuevo susurre o gorgoree, hay quien espera un gruñido o una detonación. Así que los diseñadores liman el interior del cofre, incrustan ribetes al escape, colocan paneles de hule en el soporte o pelusilla de alambre para particularizar el murmullo de la máquina, afinar y matizar el runrún del que se enamora el cliente.

Estaba claro que el compartimento no venía de fábrica. Sillero estimó que guardaba la tarjeta digital que suele adaptarse en modelos 1996-2006 para regular las emisiones; tal vez un geolocalizador. Con una revisión táctil notó rasgos de abolladura, esbozos de hundimiento. Entrevió una cinta que emergía de una ranura, y en torno a ella, una falsa tapadera. Controló la tentación de jalarla.

Quiso y no quiso averiguar qué contenía.

Su curiosidad era grande.

Al fin, Sillero decidió ignorar el compartimento. Presumió las bondades del Lycoming —que no eran pocas— entre sus compas de talleres, refaccionarias y deshuesaderos. Mecánicos de toda la ciudad acudían solos, en pares o en tercias para verlo tronar, ebrios por la novedad, honrados por el privilegio. Sillero les permitía quedarse tras el cierre, alrededor de una fogata. Encendían el motor, lo aceleraban, venerándolo como a un membrudo dios del fuego. Para Sillero era una gracia pertenecer al único yonke de la ciudad que ofrece piezas de aeronáutica. “¡Wacha, a la bestia!”, celebraba uno. “¡Sopotamadre, písale!”, pinchaba otro. En su jactancia, Sillero mimaba a Gargano. El gato reprochaba el aquelarre con el señorío y los tamaños de Genghis Khan. Dilataba el cuerpazo color canela, ensombrecida la cola, enmielado el vientre. Tenía un cardenal en la frente, rojísimo. Sillero siempre sospechó que convivía con la criatura más encantadora, avispada y cruel de la ciudad, aunque no había manera de probarlo.

La fogata chamuscaba periódico y cajas de bujías Champion.

—Cada fierro tiene su pendejo —balbuceó Sillero, en un lapsus meditando.

—Qué pues bato —increpó alguien, sintiéndose aludido.

—No usted, pariente —explicó Sillero—. Mi jefe. Dice que cada fierro tiene su pendejo.

Un chaparro de mal ver, apodado el Macaco, dijo a Sillero:

—Ya no lo ofrezca. Es para Mauro.

—¿Neta? —dudó Sillero, con una lejana referencia de Mauro, nada buena.

—Simón, este viernes. Mauro no es ningún pendejo.

El Macaco salió del yonke y subió a una Explorer que traspasó la noche con tremendo pedorreo.

Sillero comparó esa ofensa disonante con el canto celestial del Lycoming.

¿Sería el mismo Mauro? Sillero no lo veía hace siglos. En la Secundaria jugaron al beis, ganaron una Copa Nestlé. La hermana de Mauro fue su primera novia. Supo que Mauro y su familia emigraron a Anaheim, que se afilió a la naval. Volvió a la frontera, entró a la maquila. Frecuentaba los bares del centro: se le achacaban pleitos de callejón, ajustes de cuentas. Alguna vez se lo topó en un tianguis, qué onda bato, pos nada bato. Le daba igual si Mauro era un pintor renacentista o un viejo ballenero, siempre que presentara una oferta razonable por el Lycoming.

Esa tarde del 29, Sillero clavó el último recibo en el pincho. Las cuentas revelaban una buena semana, de un provechoso mes: si vendían el Lycoming se tornaría excelente. Gargano maulló al pasar, tirando órdenes. Sillero se agachó para abrir la hielera y extraer la leche, cuando irrumpió en el predio una ostentosa GMC Sierra. ¿Mauro?

Mauro bajó con un portazo. La puerta selló a la perfección.

Sillero viró la cabeza como hacen los búhos.

—¡Éitale bato!

Se saludaron. El empalme de manos evidenció la complicidad de un tercera base con su short stop. Esto y aquello bato, tás gordito, no traes mueble. Qué me dices de fulano, le sigues yendo al Necaxa, tu jefe cómo está.

¿El motor qué pedo? Rebonito.

¿Ónde mero? Wacha.

¿Jala machín? Al chingazo.

¿Lo calamos? Cálalo, te digo que está al mero chingazo.

Sillero retiró la manta que cubría el Lycoming. Esto generó un vienteillo que rozó a Gargano y lo perturbó. Sillero invitó a Mauro a que lo encendiera, y así lo hizo: el Lycoming exhibió músculo suficiente para escapar a Júpiter. Mauro no quiso ver las bujías, ni los filtros que Sillero cambió. En cambio, sin decir agua va, ubicó el compartimento añadido y lo validó con una ojeada.

La charla cayó al escenario en el que se fija el precio. A cómo, a tanto. Déjame en equis, dame ye. La operación cerró a la baja. Una lavadita y me avisas, lo lavo y te echo un call. Salúdame al Gordo, tú al Molina. ¿Tu carnala? Mi carnala qué. Nos wachamos bato, nos wachamos.

Chocaron las manos: abiertas, deslizadas atrás, pum, puño con puño.

La GMC arrastró los neumáticos en el terregal, chilló y precipitó su furia.

Sillero tarareaba algo. Sacó la leche de la hielera. Gargano esperaba una generosa porción y acopló las patas con escrúpulo. Sus hombros atigrados se abultaron. Sin servir la leche Sillero se aproximó al Lycoming. “Si jalo esta cosa...”, se dijo, hurgando el compartimento. “Cada fierro tiene su pendejo”, recitó.

Le mataba la curiosidad.

Hubo otro maullido.



En los 16 relatos aquí reunidos Javier Fernández describe y reescribe el hecho de vivir en frontera. Nacido en la capital del país y emigrado a Tijuana en la niñez, el narrador lanza los dados de la literatura para arraigar en Baja California, estado colindante con el sur de los Estados Unidos de América, una región socialmente dinámica, políticamente combativa y culturalmente porosa. La frontera geográfica, al verse expuesta en estos cuentos, sufre una suerte de excitación simbólica que altera sus límites. Los personajes conviven, viajan, luchan, rezan, bailan y vagabundean en locaciones pulsantes, sin ocultar jamás el bagaje migratorio. El imaginario de este volumen se destila en “Señora Krupps”, un relato bullicioso que tensa las cuerdas de la belleza y del realismo, con pasajes entrañables y a veces chocantes en los que prevalece la camaradería, la cábala, la fiesta y los recovecos de la cultura pop.

Javier Fernández (Ciudad de México, 1971) es comunicólogo y escritor. Migró con su familia a Tijuana con 11 años de edad y actualmente vive en Mexicali. Su primer libro de cuentos, *Si tarda mucho mi ausencia*, obtuvo en 1992 el Premio Estatal de Literatura en Baja California. Desde entonces ha publicado los títulos de narrativa *Señora Krupps*, *El estadio que naufragó* y *Seguir a los gansos*. En 2019 publicó el poemario *Casi lluvia*. Ha colaborado en revistas literarias, programas de radio cultural, blogs y medios digitales.



BAJA CALIFORNIA
— GOBIERNO DEL ESTADO —



SC
SECRETARÍA DE CULTURA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA



ICBC
INSTITUTO CALIFORNIENSE DE BAJA CALIFORNIA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA

